

ESTUDIOS ORATORIOS

v

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

ALGUNOS DISCURSOS

DE LOS

ORADORES MAS CLASICOS

ANTIGUOS Y MODERNOS.

PRECEDIDAS

DE UN DISCURSO SOBRE LA ELOCUENCIA

x

DE ALGUNAS ARENGAS SOBRE VARIOS GENEROS

DE LITERATURA.

Por Clemente Munguia

*Catedrático de Prosodia latina, de Ideología y de Bella Literatura
en el Seminario tridentino de Michoacan.*



MORELIA 1841.

IMPRESA DE IGNACIO ARANGO

Calle del Cedro letra Y.

2787

DEPARTAMENTO DE EDUCACION
ESCUELA DEL ESTADO

No.

CLASIFICACION 86

ADQUISICION 2946

FECHA

PROCESO

2935

H-2

ESTUDIOS PRELIMINARES
RESERVACIONES CRITICAS
ADVERTENCIA

ALGUNOS DISCURSOS

ORACIONES FUNERARIAS

DISCURSOS Y MODERACIONES

PRELIMINAR

DE UN DISCURSO SOBRE LA FRECUENCIA

Is qui et idonea maxime eligit, et omnia in arte maxime scribenda redigit in singulas rationes præceptionis, necesse est ejus rei summus artifex sit. Hoc igitur ipsum maximum artificium est, in arte sua posse et alienis exemplis uti.

CIC. AD HERENN. LIB. IV.

Don Juan Manuel

CUANDO me resolví á publicar una parte de las piezas que se han trabajado para la enseñanza del Arte de hablar, no tuve otro motivo que el de obsequiar un precepto del Ilmo. Sr. D. Juan Cayetano Portugal, dignísimo Obispo de Michoacan y del Sr. Lic. D. Mariano Rivas, Rector de este Seminario; y cuando estos Señores dispusieron que se imprimiesen aquellas, no fué porque las creyesen dignas de toda su aprobacion, sino con el fin de instruir al público, y muy particularmente á los padres de familia, que tienen á sus

de la en esta parte el estudio de los que están
que se han á instruir, desarrollar y aplicar los principios
de la Filosofía y de la Poética.

ADVERTENCIA

El bien público es el fin de todas las obligaciones humanas.
ningun otro fin que el de contribuir á la gloria de Dios y al
bien de la patria. Este es el fin de todas las acciones humanas.
Este es el fin de todas las ciencias y artes. Este es el fin de
todas las leyes y reglamentos. Este es el fin de todas las
instituciones. Este es el fin de todas las sociedades.
Este es el fin de todas las naciones. Este es el fin de
todas las realezmas. Este es el fin de todas las repúblicas.
Este es el fin de todas las ciudades. Este es el fin de
todas las aldeas. Este es el fin de todas las parroquias.
Este es el fin de todas las familias. Este es el fin de
todas las personas. Este es el fin de todos los individuos.
Este es el fin de todos los seres humanos. Este es el fin
de todos los seres racionales. Este es el fin de todos los
seres sensibles. Este es el fin de todos los seres vivos.
Este es el fin de todos los seres que existen en el mundo.
Este es el fin de todos los seres que existen en la naturaleza.
Este es el fin de todos los seres que existen en la sociedad.

CUANDO me resolví á publicar una parte de las piezas que se han trabajado para la enseñanza del Arte de hablar, no tuve otro motivo que el de obsequiar un precepto del Ilmo. Sr. D. Juan Cayetano Portugal, dignísimo Obispo de Michoacan y del Sr. Lic. D. Mariano Rivas, Rector de este Seminario; y cuando estos Señores dispusieron que se imprimiesen aquellas, no fué porque las creyesen dignas de toda su aprobacion, sino con el fin de instruir al público, y muy particularmente á los padres de familia, que tienen á sus

hijos en esta casa, sobre el establecimiento de una Cátedra que se dirige á inculcar, desenvolver y aplicar los principios de la Elocuencia y de la Poesía.

Esta indicacion, que manifiesta con toda claridad nuestro objeto, basta para que todos entiendan que no buscamos las alabanzas que se tributan al talento crítico ú oratorio; sino la indulgencia que parece correspondernos de justicia, cuando los defectos en que incurrimos no vienen del prurito de escribir, sino de los deseos ardientes de contribuir, en cuanto sea posible, á la grande obra de la educacion literaria.

El bien público es objeto de obligaciones comunes: ninguno está exonerado de contribuir á él; y un solo pensamiento, una idea, una palabra, un eficaz deseo, son quizá títulos mas preciosos á los ojos de la opinion, que un talento esclarecido, un genio profundo y admirable, reconcentrados en sí mismos é inertes del todo para la sociedad.

Si estos trabajos, absolutamente hablando, no deben ocupar la atencion de los literatos; la exigen y merecen sin duda, por el grande objeto que tienen, puesto que la educacion de la juventud es el resorte mas eficaz para promover el bien estar de los pueblos; y en este punto, los errores del que enseña son fecundísimos en resultados perniciosos. Esperamos por lo mismo que se nos advierta de ellos, no con el arrogante y presuntuoso designio de comprometernos en una lucha literaria, sino con el objeto laudable de obsequiar en silencio los consejos de la razon.

ESTUDIOS ORATORIOS

PRIMERA PARTE

SEÑORES.

DIGNA es de universal aprobacion la costumbre de instruir al público sobre el método que se sigue y los progresos que se hacen, durante cada periodo anual, en aquellos establecimientos que dirigidos á formar el entendimiento y el corazon de la juventud, se anuncian ya desde su origen como el grandioso y benéfico designio de mejorar la suerte de los hombres. ¿Que materia mas á propósito para ocupar fuertemente la atencion de todos los hombres cultos? Vosotros, Señores, nos habeis dado ya sobrados motivos de afirmarlo. Concurriendo frecuentemente á este lugar honorífico, habeis realizado al mismo tiempo vuestra dignidad propia, y la importancia del objeto con que se os llama. Ansiosos de que la buena educacion de vuestros hijos afiance algun dia la sólida ventura de vuestra patria, venís á pedirnos, con la mas tierna solicitud, nuevas de sus conocimientos y de sus virtudes, ávidos en extremo de atesorar mil diversos motivos de amor á vuestros hijos y de reconocimiento á las personas que os representan en esta casa.

Yo debo seguir, pues, en esta alocucion el órden insinuado desde la primera. Se ha tratado ya de la educacion física y moral, y anunciado el plan general que seguimos en la enseñanza: no resta sino hablar particularmente de cada uno de sus ramos.

Entre todos arrebatada mi atencion la bella literatura, no solo por ser ella como un centro de unidad para todos los estudios; sino tambien

VI.

por que lo reciente de la cátedra que se ha planteado para su cultivo parece exigir de nosotros la mas justa preferencia.

Mas no pretendo exaltar á vuestra vista sus primores, por que ni mis talentos me favorecerian, ni es conveniente abandonarse á los hechizos de la imaginacion y á los trasportes del alma, cuando se trata solo de justificar la importancia y desenvolver la economia de tan provechoso establecimiento. Mi discurso no tendrá otro carácter, por lo mismo, que el de una simple memoria. En ella procuraré manifestar primeramente las razones de interes público y perfeccion literaria que reclamaban la fundacion de esta nueva cátedra; y por último daré una idea general del método que tenemos adoptado en ella, confirmando su bondad con los resultados que ha producido.

PRIMERA PARTE.

APENAS hay institucion ninguna, por incontestable que sea su utilidad, que no tenga detractores. ¿Será extraño que todavia estemos en el caso de justificar la importancia del arte de hablar? No le bastó á Ciceron haber sido por su elocuencia el hombre de la república romana, para exonerarse de rebatir las opiniones contrarias al estudio de los excelentes principios que desenvolvió tan

*

VII.

magistralmente en sus tratados de la retórica; (*) y el mismo Quintiliano tuvo que dedicar un capítulo de sus instituciones á demostrar el grande interes de un estudio que habia ocupado de preferencia á los ingenios mas esclarecidos de la antigüedad. (**) ¿Y si ellos no quisieron fiarse ni de los documentos que atesoraba ya la historia de la elocuencia, ni de la claridad con que á su juicio resplandecía la importancia de tales estudios, para relevarse de manifestarla al público en sus libros; ¿estarémos dispensados de hacerlo nosotros que todavia ni aun contamos con una literatura patria? El ejemplo de tan autorizados maestros y los justos miramientos debidos al público, miramientos cuya obligacion jamas debe prescribir, nos determinan hoy á manifestar las razones de utilidad que se han tenido presentes al fundar en este Seminario la cátedra de Bella Literatura. Satisfarémos por lo mismo en primer lugar á cuantos califican de inútil el estudio del arte, y harémos ver en segundo, cómo los mismos objetos que tienen entre nosotros y aun por sola su institucion los seminarios, clamaban por esta interesantísima reforma en el sistema general de nuestros estudios.

El estudio de las reglas, afirman algunos, es inútil para el que tiene disposiciones naturales, por que ellas son el todo en la elocuencia y en la poesia; y con mas razon para el que de ellas carece, pues en este caso á nada conducen todos los preceptos del arte. Pero aun adelantan mas otros, que no satisfechos con proscribir las reglas, intentan extirpar de su república tanto á los oradores quanto á los poetas, como á los enemigos mas capitales de la verdad y de la virtud. Es nuestro ánimo contestar á unos y otros.

Las cualidades de la naturaleza son tan indispensables para conducir el arte á la mas alta

(*) *De Orat. lib. 1.º Capp. 20, 23 y 32.*

(**) *Cap. 12 lib. 2.º*

VIII.

perfeccion, que sería imposible sin ellas á las producciones del espíritu salir de la triste y limitada esfera de una ruda mediocridad. ¿Que son los preceptos de la Retórica para el que solo extiende su reflexion á distancias muy comunes y sobre objetos muy conocidos; que no imagina sino lo que ve, ni puede triunfar un solo instante de la tibieza y aun frialdad de sus propios sentimientos? ¿Que fuerza humana podrá con el mejor éxito las inclinaciones profundas que muy de antemano muestran el movimiento que requiere la juventud para llegar á su perfeccion? ¿Por ventura podrá elevarse en la escala sublime de las abstracciones el hombre que parece haber nacido para seguir los pasos lentos del manso animal que abre á la semilla la superficie de la tierra? ¿Y el que solo pretende vivir dentro de sí mismo podrá consumir con fruto los dias y los años en medio de las mieses ó en los talleres de las artes? La inclinacion es pues una antorcha segura para buscar en el espíritu los talentos que deben cultivarse; y el descubrimiento de estas potencias anuncia ya de antemano, no lo que ha de ser, mas lo que puede ser el hombre en la carrera de la vida. Semejantes á una tierra virgen ellas harán fructificar las plantas mas útiles: sobre ellas podrá levantarse el árbol protector y benéfico que cobijará con sus copas numerosos rebaños; ó tal vez brotarán por donde quiera abundantes abrojos, venenosas pasturas, flores inútiles y toscos y groseros frutos. ¿Que habrá de ser pues el hombre que cuenta con las disposiciones mas felices de la naturaleza? poco ó mucho y acaso menos que nada, segun el cultivo que reciba. Si ellas se empeñan primero en un camino seguro de todo extravío, marcharán siempre con rectitud; y si este camino tiene por término y blanco la utilidad común, entonces la gloria anunciará muy altamente lo que haya de ser para el universo y la posteridad el hombre que cuente con disposiciones tan brillantes y un cultivo tan

IX.

esmerado. ¿Pero se abandonan aquellas á sí mismas? ¿se obliga al entendimiento á vivir sobre el país, como suele decirse? ¿se sanciona por fin el libertinage de la imaginacion, y se arrasan los diques levantados por la sabiduria á la impetuosidad de los sentimientos? Pues nada es ya el que todo lo prometia; y en una situacion como esta, el hombre brillará, cuando mucho, de tiempo en tiempo, como la exhalacion fugitiva, no mas que para hacer visibles en cierto modo las tinieblas que le circundan. Dejemos, pues, con el juicioso Quintiliano (*) las necias declamaciones con que intenta desacreditar el estudio de la bella literatura la grosera impericia de ciertos hombres, que no teniendo ojos mas que para ver en globo los resultados, son incapaces de percibir la cadena secreta de conocimientos y aquellas exquisitas transiciones por donde han tenido que pasar cuantos han ilustrado la historia de las letras.

No siempre el talento es el mejor garante de la verdad, ni la sensibilidad un signo infalible de la elocuencia. ¿Cuantos entendimientos claros é ingenios perspicaces no se sumergen á cada paso en la confusion de las ideas y en el embrollo de los juicios! Desprovistos de todo criterio, desnudos de toda regla, no aciertan á cada paso ni en la eleccion de la materia, ni con el exacto sistema de los procedimientos. La imaginacion interpone sus brillantes y seductores delirios entre la razon y las cosas, el sentimiento huye de cuanto no lo estimula, y se abandona sin tregua á los aguijones que lo exitan: todo lo altera y confunde, y á medida que se adelanta su experiencia, multiplica los obstáculos para el conocimiento exacto del hombre moral. ¿Donde se hallará entonces la verdad? donde la persuacion? donde finalmente la elocuencia que merezca este nombre? ¿Para afianzar pues el imperio de la verdad sobre la conducta de los

(*) *Instit. orat. lib. 2º Cap. 17.*

X.

hombres, bastarán el talento sin el ejercicio, el ejercicio sin las ciencias, ó las ciencias sin aquel magestuoso vestido que atrae sobre ellas la vehemente y eficaz inclinacion á la práctica de las verdades que proponen? ¿Por ventura basta, para ser elocuente, lo que se necesita para obrar un movimiento mecánico en la multitud? ¿o acaso la verdad tal como sale de las especulaciones científicas, tal como se muestra al entendimiento cuando le ilustra, bastará para contrapesar las pasiones y obtener un triunfo completo sobre las tendencias mas dulces y arraigadas? Nó, dice Buffon: „la verdadera elocuencia supone el ejercicio del genio y la cultura de la razon: es muy diferente de esa facilidad natural concedida á todos aquellos que tienen pasiones fuertes, órganos flexibles y dóciles, viva y pronta imaginacion. Estos hombres sienten con viveza, saben manifestar esto de un modo muy sensible en lo exterior, y por una impresion puramente mecánica trasmítir á los otros su entusiasmo y sus afectos. En ellos, el cuerpo es el que habla al cuerpo, y á esto concurren igualmente todos los movimientos. ¿Que se necesita para conmover y arrastrar á la multitud? ¿Qué, para hacer estremecer á la mayor parte de los hombres? Un tono vehemente y patético, gestos expresivos y frecuentes, palabras rápidas y sonoras.” (*)

(*) *Discours sur le style.* Esta juiciosa observacion estaba ya hecha en gran parte por Quintiliano. He aquí sus palabras. *Verum hi pronuntiatione quoque famam dicendi fortius querunt. Nam et clamant ubique, et omnia levata (ut ipsi vocant) manu emugiunt, multo discursu, anhelitu, jactatione, gestu, motu capitis furentes. Jam collidere manus, terræ pedem incutere, femur, pectus, frontem cedere: mirè ad pullatum circulum facit: cum ille eruditus, ut in oratione multa summittere, variare, disponere, ita etiam in pronuntiando suum cuique eorum quæ dicit, colorì accomodare actum sciat: et, si quid sit perpe-*

XI.

Cuando nos proponemos sacar algun partido de los otros obligandolos á tomar alguna resolucion determinada, no hay medio mas peligroso que el de limitarse única y exclusivamente á mover los afectos. Todas las impresiones fuertes son por su misma naturaleza momentaneas y fugaces: en extremo falibles para contar con ellas, deben mirarse solo como un estímulo poderoso para convertir el espíritu á la verdad. Cuando no hubiera otros objetos capaces de calmar el ardor de estos sentimientos facticios, la misma constitucion del hombre seria bastante para desconfiar de ellos. Mil afectos se agolpan ó suceden en nuestra alma, y las mismas imágenes nos ocupan alternativamenté, como los delirios de un sueño, aun en las horas de la vigilia. El corazon es naturalmente inquieto, y cuando no hay solidez en las impresiones, aspira continuamente á remplazarlas con la variedad y reproduccion de las antiguas, ó con la produccion de otras nuevas. ¿No es esta una ley general, ley indispensable, y que no podria interrumpirse sin cambiar del todo la naturaleza del hombre? ¿Como pues una imagen viva, una expresion fuerte y animada, un gesto impetuoso y un rasgo patético, serán parte á contener la ansiosa solicitud de nuestra alma en busca de objetos que vengan á reproducir los sentimientos que ya se han extinguido?

No ignoramos que hay momentos de inspiracion en que el genio, echando al parecer una mirada desdeñosa sobre el aparato erudito de las reglas, se lanza á impulsos de una fuerza desconocida y superior á una region muy alta, donde apenas nos es dado columbrarle. Los grandes sentimientos que parecen sacarlo todo de la nada, enriquecen los tesoros de la lengua, ensanchan la esfera del pensamiento, revelan arcanos desconocidos; y que sé yo si esto habrá dado origen al desprecio insen-

tua observatione dignum, modestus et esse et videri malit. Inst. orat. lib. 2.º cap. 13.

XII.

sato de los principios. ¿Pero es exacta esta consecuencia? Cuando no se cuenta con otra cosa, muy poco se avanza en la oratoria, pues tales arrebatos producen cuando mucho un rasgo patético, algunos pormenores brillantes, ciertas frases atrevidas; mas nunca un designio completo, un vasto conjunto y un todo regular. La Iliada y la Eneida, el discurso por la Corona, la defensa de Milon, la oracion fúnebre de Henriqueta Maria de Francia, el sermón del corto número de los escogidos, y el homenaje ofrecido por Maury en presencia del clero galicano al Pontífice de Hipona, obras admirables se presentan á mi vista, insignes, incomparables; dechados perfectísimos donde el genio está en su mayor altura y en sus ápices el buen gusto; y sin embargo, ninguna de ellas me parece que debe referirse únicamente á la inspiracion. Hay tambien discursos improvisados, como el primero de Ciceron contra Catilina; pero lejos de ser este una demostracion contra las reglas, es un documento práctico que las sostiene; porque estas alocuciones repentinamente son menos el efecto inmediato de la naturaleza, que el resultado neto de un hábito bien adquirido. Reflexionemos que quien hablaba era Ciceron, es decir, un hombre que habia hecho rendir mediante su industria, los frutos mas abundantes á las disposiciones mas excelentes; que desde sus tiernos años habia empezado á enriquecerse con todos los conocimientos útiles, que dominaba todas las reglas del arte, que las aplicaba con extrema facilidad, por serle ya familiar esta clase de ejercicio; y que bajo este respecto, sus alocuciones momentaneas estaban dispuestas, por explicarme asi, desde su primera juventud. „Necesitaré yo de decir que es necesario el conocimiento de las reglas? Sin ellas nadie puede creerse constantemente dispuesto á usar de la palabra, pues aun cuando llegue el caso de que á impulsos de la naturaleza se consiga producir alguna cosa buena, no debe contarse con esto, puesto que es el resultado de una mera casualidad.” (*)

(*) Cic. Brut. cap. 29.

XIII.

Como Seria necesario dar en una prolijidad fastidiosa, para no detenerse aqui, tratándose de justificar que las disposiciones de la naturaleza, sin las cuales vendrian á ser inútiles todos los procedimientos del arte, exigen un sistema de principios y un fondo competente de instruccion, á fin de producir sus verdaderos resultados; y que tan difícil es concebir un orador sin talentos y doctrina, como sin el conocimiento práctico de las reglas esenciales del arte.

Y qué, ¿una imaginacion menos viva, una sensibilidad menos impetuosa nos dan motivos de creer que con ellas faltan del todo las disposiciones que se requieren para estudiar con fruto el arte de la elocuencia? Asi lo han entendido muchos para quienes el cultivo de la literatura es del todo superfluo, cuando la naturaleza no se ha insinuado con dotes maravillosas y disposiciones gigantescas. Esta opinion reducida á sus justos límites es tan exacta, como falsa y perniciosa en este grado de exageracion. No hagamos de la elocuencia un miserable juguete de palabras técnicas, un taller de figuras ofrecidas de propósito para exornar el discurso, ni un mecanismo casi material de lugares comunes; pero tampoco limitemos el provecho que de ella puede sacarse á las transformaciones admirables que en mil circunstancias sabe producir en el corazon. Muy diferente de la poesia, la elocuencia ilustra y hace provechoso el talento mediano, admite sus grados diferentes como la música sus tonos, y casi nunca deja de recompensar con usura los trabajos del que la cultiva. Sin salir de lo que propiamente se llama oratoria; ¿cuantos grados diferentes y á que distancia los unos de los otros, pudieran hallarse entre los hombres todos que se han ejercitado en el uso de la palabra? ¿No nos agrada lo mismo el desaliño enérgico de Demóstenes y la compostura llena de atractivos que se ostenta en la frase del orador romano? ¿No son tan dignos de memoria los rayos que Bourdaloue lanzaba para rendir y anonadar la so-

XIV.

berbia de una razon altiva y presuntuosa, como el arte feliz con que se introduce tan suave como irresistiblemente en el alma el autor de la impenitencia final? ¿Qué, tendremos la osadía para dar un fallo decisivo entre Bossuet y Fenelon, sin embargo de que haya diferencias tan extremadas entre uno y otro? Bossuet á la orilla de una tumba ve muy pequeños los palacios, muy miserable la opulencia, muy débiles á los Señores del mundo: es un Hércules que parece complacerse en aumentar la fuerza de su adversario para hacer mas brillante su victoria. ¿Que panegirista mas grande ha tenido la grandeza? que pintor mas sublime ha podido apetecer ni aun imaginar la gloria mundana? sin embargo, no bien las hace brillar en todo su esplendor, cuando una y otra desaparecen al soplo de sus labios.

Por muy diferente rumbo, ¿quanto no cautiva nuestro corazon el arzobispo de Cambray! Tranquilo como la muda corriente que se desliza por entre las flores delicadas; pero seductor irresistible, como el aspecto inefable de una mañana de primavera; sencillo en extremo, pero hábil en gobernar nuestro albedrio, casi no sabemos que nos habla, sino cuando ya nos tiene dulcemente ligados con cadenas de oro á su boca elocuente. Incomparable con todos los grandes genios de que hemos hablado, tratándose de ciertos géneros de oratoria, el Cardenal Maury á par que Bologne, ¿no han excedido á todos en el arte de encarecer las eminentes cualidades de aquellos grandes hombres que veneramos en el santuario? No: ni Henriqueta de Inglaterra, ni el príncipe de Condé deben á la elocuencia un tributo mas bello y mas glorioso, que el grande obispo de Hipona, Vicente de Paul y el virtuoso monarca que despues de haberse adquirido el amor de los franceses desde el trono de sus mayores, santificó este mismo trono, y subió de él á los altares, para recibir el culto religioso de la Iglesia universal.

XV.

Pero dejando aparte estos oradores de primer orden, aunque no lo son en todos los géneros que manejan: ¿cuantos títulos no reúnen á la estimacion pública los de segunda y tercera clase! ¿Que servicios tan importantes no deben las costumbres al infatigable zelo de Brydaine, al exquisito gusto de Flechier, á los Poulles, Elyseos, La Rués, Neuilles, entre los franceses; á los Blair entre los ingleses, á los Granadas, Santanderes y Calatayús entre los españoles y aun á los Parras y Uribes entre los mexicanos! ¿A qué fin multiplicar los ejemplos! Baste lo expuesto para ofrecer un estímulo á la nimia timidez de ciertos jóvenes, muy capaces por otra parte de obtener preciosos resultados en algunas de las diferentes clases en que está distribuida la oratoria.

Sin embargo, aun otro motivo mas poderoso y eficaz viene á juntarse aqui, para extender el número de los alumnos. El arte de hablar en toda su extension abraza todas las composiciones literarias, da reglas comunes á la poesia y á la prosa, y ofrece documentos preciosos para ilustrar el talento de cada uno. El poeta y el orador no han menester de cultivarle mas que el historiador y el filósofo; y asi como todas las ciencias y las artes pagan su contingente á la elocuencia, esta se esmera tambien en indemnizarlas á todas, haciendo fácil la exposicion de sus principios, generalizando el interes de sus resultados y extendiendo de mil maneras el número de sus atractivos.

¿Pero qué, no tienen interes en el estudio de los principios, sino únicamente el orador que conmueve, el poeta que recrea, ó el filósofo que instruye? Si no nos es dado elevarnos á semejante altura, podremos adquirir á lo menos otros derechos á la estimacion pública y algunos motivos de satisfaccion íntima respecto de nosotros mismos. Sabrémos gobernar nuestras impresiones, y dirigir las bien dentro de nuestra propia esfera. Un trato exquisito, una frase pura y correcta, una conver-

XVI.

sacion fluida y amena, un discernimiento ilustrado, ventajas inapreciables son en la carrera de la vida, y dotes muy dignas de abrir un campo honorífico en la sociedad al que las posee. ¿Y no es una condicion demasiado triste depender en todo de impresiones casuales y tal vez caprichosas, admirar lo irregular, embelesarse con lo deforme y trasportarse tal vez con lo binchado y declamatorio? ¿No es muy triste confundir la zampoña rústica con la flauta melodiosa, y la gayta silvestre con la caulta lira de la Italia? ¿Que atractivos pueden tener los progresos de las bellas artes para el que no halla diferencias extraordinarias entre la catedral de su Metrópoli y la soberbia cúpula de Miguel Angel, entre el desigño vulgar de una pintura mediana y las sublimes concepciones de Rafael? Pues he aqui la menor ventaja que puede proporcionar el estudio de los principios, ventaja muy grande para un espíritu que no se levanta mucho de la esfera comun; adquirir el tacto seguro que se llama buen gusto, ilustrar sus fallos para no aprobar sino lo perfecto, aplaudir la verdadera magnificencia, pulir, digámoslo así, su sentimiento acerca de lo bello, lo grande y lo sublime; en una palabra, discernir con exactitud y sentir con fidelidad.

Pero todas estas son ilusiones, dicen algunos: la verdad que es y debe ser el todo para el hombre, tiene dos adversarios terribles en la poesia que protege siempre el imperio de la fabula, y la elocuencia que trastorna frecuentemente los sanos principios y extiende y propaga los errores mas funestos. Sin duda que han existido muchos hombres que convirtiendo contra su objeto primitivo las mas bellas disposiciones de la naturaleza, han corrompido tan provechoso talento. „Acostumbrados, dice Cicero, à sostener en los debates oscuros la mentira contra la verdad, han alimentado su atrevimiento con el uso de la palabra; y fué necesario que los primeros ciudadanos se ocupasen en contenerlos, y defender à los suyos contra los ataques de

XVII.

„estos perversos. Semejantes desórdenes atrajeron „tanto menosprecio y aun odio à la elocuencia, que „los hombres de mayor ingenio, huyendo del tumulto y las borrascas del foro, se refugiaban en „el seno de los estudios pacíficos, como en un puerto „seguro contra las tempestades. He aqui lo que „derramó tanto brillo sobre las ciencias filosóficas y „morales, à que dedicaban sus ocios los mas esclarecidos talentos, renunciando à la elocuencia en „el tiempo que mas importaba conservar y extender su influjo saludable, puesto que mientras mas „profanaban un talento tan noble y honesto la „osadía y temeridad de la ignorancia y el crimen, mas „estrecha era la precision de oponerles, para bien „de la república, una resistencia vigorosa y enérgica.” (*)

¿Seria prudente pues ceder al sofisma el campo de la elocuencia, contentándonos únicamente con los documentos helados de un árido raciocinio? Ojalá y en todos nuestros pensamientos no tuviera parte sino la razon; y que la voluntad, siempre fiel à las inspiraciones del entendimiento, abrazara dócilmente la verdad y la tomase de continuo por blanco de sus deseos y por norma hija de su conducta. Mas por una desgracia inherente à la condicion humana, el mundo moral se rige muy de otra manera que el mundo geométrico, y la verdad y las pasiones se han disputado constantemente el imperio de la conducta. El eco no habia vuelto aún el canto de los pastores, la musa no habia comenzado à encarecer el trabajo de la agricultura, ni la trompa épica remitido à la posteridad las hazañas de los héroes; cuando se habia empeñado ya en el universo aquella lucha tremenda; y es muy digno de notarse que el dolor y el arrepentimiento fueron los primeros poetas y músicos de la tierra. Antes de levantarse el himno puro de la inocencia ó de la gratitud, se habian

(*) De Invent. lib. 1.º cap. 3.º

XVIII.

llorado ya los estragos del crimen; y los triunfos de las pasiones precedieron con mucho á los triunfos de la elocuencia y de la poesia.

¿Qué no ha menester la verdad para enseñorearse del corazon? Su semblante es adusto y severo, sus máximas inflexibles, sus goces muy espirituales, sus recompensas muy lejanas, para que se baste á sí misma y pueda tener prosélitos, en su desnudo y original aspecto. Mientras ella se nos muestra durante el periodo de la vida, necesita tomar el traje de la moda, buscar atavios seductores, lisongear los sentidos, y abrirse brecha no pocas veces al imperio del corazon por el insensible y dulce camino de una prudente y suave condescendencia. Mucho es obligar á un adversario á suscribir á la evidencia que resulta del encadenamiento fiel de las consecuencias con el principio. ¿Pero esto es lo que basta? „Exito lisongero, dice Guillon, pero fugitivo cuando no tiene mas garantia que el sufragio del entendimiento, no consigue por lo comun sino una aprobacion fria, un homenaje árido é inanimado, algunas veces la tentacion fuerte de vengarse del fastidio con la duda, y el despecho secreto de una division intima y profunda entre el asentimiento de lo verdadero y las resistencias de la voluntad.” (*)

Quitad la persuacion de los discursos, y la luz de la verdad brillará siempre para que se reconozcan los crímenes; mas desprovista de calor y de fuerza, no contribuirá jamas á disminuir su número entre los hombres, ni á extender y prolongar el ascendiente de la virtud. ¿Pero que cuadro tan diferente no presenta la verdad cuando se distribuye por la elocuencia! El corazon cede, las pasiones se alistan bajo el estandarte de la ley, y entran, por decirlo asi, en los grandes y sólidos intereses de la razon. Un juicio recto se tras-

(*) *Bibliothèque choisie des Pères de l'Église. Discours préliminaire.*

XIX.

forma en un cuadro delicioso, en una perspectiva llena de gracias, y donde se siente en alto grado el aliento de la vida. „La imaginacion y el sentimiento, empleados con una prudente y económica sobriedad, ponen en accion las máximas y los preceptos, dan á los objetos el tono de las circunstancias, saben revestirlos con el colorido propio del efecto que deben producir; los descomponen, los dividen, los reunen; y por una combinacion feliz de las impresiones dulces ó terribles, forman ese precioso interes que penetra y asecha; y pasan, digámoslo asi, al través de todos los sentidos que arrebatan, llevan su imperio al centro del alma, la conmueven ó la tranquilizan; y en el silencio que imponen á las pasiones, llaman á su arbitrio el sobrecogimiento del temor ó la amplitud de los deseos, el respeto ó el amor, los remordimientos ó la esperanza.” (†)

¿Que no debe la verdad, no digamos á la elocuencia que tiene un objeto tan serio y un fin de la mas alta gerarquía, sino en general á todas las bellas artes? Oigamos á un escritor del siglo de Luis XIV, á un hombre dignísimo bajo todos aspectos de arrebatarse nuestra conviccion. „Los griegos dice, (*) que llevaron á una perfeccion tan elevada la música y la poesia, pretendieron con esto inflamar el valor é inspirar los grandes sentimientos. Con la música y la poesia se preparaban á los combates; y el sonido de los instrumentos los arrojaba en un entusiasmo y en una especie de furor que llamaban divino. Por la música y la cadencia de los versos suavizaban los pueblos mas feroces, hacian entrar con el placer la sabiduria en el fondo de los corazones de los niños: los cantos de Homero les inspiraban agradablemente el desprecio de la muerte, de las riquezas, de los placeres que ablandan el alma; el amor de la gloria, de la libertad y de la patria. Mil

(*) *Fenelon. Dialogues sur l'Eloquence.* (†) *Guill. ib.*

XX.

„instrucciones se contenian en sus fábulas y en sus poemas: de este modo la mas grave y austera filosofía no se mostraba por lo comun sino bajo un semblante risueño; y todas las artes en fin que consisten ó en los sonidos melodiosos ó en los movimientos del cuerpo, ó en las palabras; es decir, la música, la danza, la elocuencia y la poesía, no fueron inventadas sino con el fin de inspirar grandes sentimientos en el alma de los hombres, haciéndoles pinturas vivas y patéticas de la hermosura de la virtud, de la deformidad del vicio, y obligando á todas aquellas artes á entrar en los designios respetables y augustos de la moral y de la religion.”

Sin duda que tenemos pseudo—oradores, lo mismo que pseudo-filósofos; que mil veces y á cada paso se han visto usurpados y desconocidos los fueros de la razon; que una elocuencia falaz y seductora ha comprometido los intereses mas caros, atacado las instituciones mas venerables y desconcertado los planes mas grandiosos; que la prostitucion tiene sus filósofos, sus apóstoles el interes personal y sus profetas vehementes la ambicion. ¿Pero que hemos de inferir de aqui? ¿Que la verdad se despoje de todos sus atractivos, que deseché los bellos tributos de la imaginacion y conserve siempre la fria temperatura del cálculo y del raciocinio? ¿Y cual será entonces el resultado de esa lucha eterna que sostiene contra el error y contra el vicio? ¡Ah! Muy pronto caerán sus defensores en el menosprecio, se arruinarán sus templos, volveráse á los cielos, y la tierra quedará inundada en un diluvio de errores y de crímenes. No condenemos el uso de las cosas por el abuso que de ellas puede hacerse; (*) no arruinemos la institu-

(*) Una verdad tan palpable no ha menester sin duda de autoridades; pero la enérgica y erudita familiaridad con que se explica Quintiliano nos obliga á insertar aqui sus mismas palabras.

XXI.

cion, sino procuremos su reforma; ni arrebatados por un zelo indiscreto, añadamos el delirio de destruir al atentado de profanar. Si se abusa de la elocuencia y de la poesía, nuevo motivo es este para cultivarlas con esmero, oponer su original belleza á sus galas postizas, las pinturas verdaderas á las fantásticas ilusiones; los movimientos decisivos á las conmociones pasajeras; la luz del sol á la débil antorcha que alumbrá un aposento, la verdad en toda su fuerza, al error con su falsa energia; y la virtud, en fin, con sus temores y sus esperanzas, y con todos sus atractivos inefables, á los envenenados deleites del vicio y á todas las seducciones del mal. „Lejos de menospreciar el estudio de la elocuencia, dice Ciceron, por el criminal abuso que de ella se hace todos los dias en los negocios públicos y privados, es preciso tomar de aqui nuevos motivos para dedicarse á ella con el mayor interes, á fin de oponerse al ascendiente peligroso que usurpan los oradores perversos con detrimento sumo de los hombres honrados, y para la completa ruina de toda la sociedad; y tanto mas, cuanto que siendo ella el gran resorte de las cosas públicas y privadas, por ella debe hacerse segura, por ella honesta, por ella ilustre, por ella finalmente agradable la vida. ¿No es ella la que dirigida por

*Quo quidem modo, nec duces erunt útiles, nec magistratus, nec medicina, nec ipsa denique sapientia. Nam, et dux Flaminius; et Gracchi; Saturnini, Glau-
ciae magistratus; et in medicis, venena; et in iis, qui philosophorum nomine malè utuntur, gravissima nonnumquam flagitia deprehensa sunt. Cibus aspernemur; attulerunt sæpè valetudinis causas. Numquam tecta subeamus; super habitantes aliquandò procumbunt. Non fabricetur militi gladius; potest illi eodem ferro latro. Quis nescit, ignes, aquas, sine quibus nulla sit vita, et (ne terrenis immorer) solem, lunamque præcipua siderum aliquandò etiam nocere. INSTIT. ORAT. lib. 2,º cap. 17.*

la sabiduría, cuya voz debe guiarnos en todas las cosas, hace los estudios florecientes? ¿No es ella la que atrae sobre todos los hombres que la cultivan la gloria, los honores y las dignidades? No es en fin la que ofrece á sus amigos el amparo más seguro y la protección más poderosa? ¿No deben á la palabra muchos hombres tan débiles y miserables en mil cosas, la superioridad más excelsa y visible sobre el bruto? ¿Cuan bello es por tanto ver elevarse al hombre sobre el hombre, por el mismo privilegio insigne que le ha colocado sobre todos los animales! (*)

¿Que autoridad más respetable y esclarecida pudiera encontrarse para condenar el furor de aquellos que manchan los puros atributos de la elocuencia, empleando en corromper el corazón los talentos preciosos que solo pertenecen á la virtud; y para acallar las voces de esos espíritus fríos, que más bien guiados por el orgullo de la ciencia, que sostenidos por el zelo de la verdad, quieren proscribir el arte de hacer á una y otra encantadoras y amables, y sobre todo reinas absolutas del corazón humano? Esto es lo que han hecho constantemente los hombres insignes á quienes aclama justamente la posteridad primeros luminares de la elocuencia en la historia del espíritu humano. (**)

(*) Cic. de Invent. lib. 1.º cap. 4.º

(**) Num igitur negabitur deformem Pyrrhi pacem cæcus ille Appius dicendi viribus diremisse? Aut non divina M. Tullii eloquentia, et contra leges agrarias popularis fuit? et Catilinæ fregit audaciam? et supplicationes qui maximus honor victoribus bello ducibus datur, in toga meruit? Non perterritos militum animos frequenter é metu revocat orator? et tot pugnandi pericula ineuntibus, laudem vita potiore esse persuadet? Neque vero me lacedæmonii, aut athenienses magis moverint, quam populus romanus apud quem summa semper oratoribus dignitas fuit. Equidem, nec urbium conditores reor aliter effecturos fuisse, ut

He aquí lo que respondemos á la tercera clase de adversarios que proscriben el estudio de la elocuencia y de la poesía. ¿Cuanas razones de utilidad no debía ofrecer por lo mismo el establecimiento de esta cátedra en el Seminario de Michoacan? No hay una circunstancia de la vida pública, en que no sea del mayor interés el uso de la palabra; ninguna época extraña ni á los atractivos de la poesía, ni á la acción poderosa de la elocuencia, ni á los documentos ilustres de la historia, ni á un sistema racional de principios para facilitar el estudio de las ciencias. Nuestros seminarios se hallan en el caso de promover estos estudios, por que son los reservatorios de la juventud, donde estan puestos á la vez los ojos de la Iglesia y las esperanzas del Estado. Eclesiásticos por su institucion, son el todo para nosotros. En Europa hay establecimientos para cada uno de los ramos; entre nosotros un seminario es por lo general el único establecimiento de todas las clases cultas; y tanto el clérigo, como el médico y jurisconsulto deben á estas casas todo el sistema de sus conocimientos comunes, y el primero y el tercero la totalidad de su ciencia.

Pero sin salir de la institucion conciliar: ¿no es propiamente hablando un colegio eclesiástico el verdadero centro de la elocuencia? El foro casi ya no tiene que persuadir, sino que convencer: la ilustracion de las asambleas legislativas haria ridicula hasta cierto punto una oracion apasionada y ve-

vaga illa multitudo coiret in populos, nisi docta voce commota: nec legum repertores, sine summa vi orandi consecutos ut se ipsi homines ad servitutum juris asstringerent. Quin ipsa vitæ præcepta, etiamsi natura sunt honesta, plus tamen ad formandas mentes valent, quolies pulchritudinem rerum claritas orationis illuminat. Quare, etiamsi in utramque partem valent arma facundie, non tamen est æquum, id haberi malum, quod bene uti licet. QUINT. IBID.

XXIV.

hemente. El púlpito cristiano ha venido á remplazar las antiguas juntas populares; y la mision evangélica, consagrando con el nombre de Dios el uso de la palabra, aseguró tambien un reynado perpetuo á la elocuencia religiosa. Jesucristo puso el trueno en la boca de sus ministros y el rayo en sus manos, para hacer estremecer el vicio, palpar la conciencia, y confundir, y exterminar los ejemplos de una prosperidad culpable. La elocuencia del púlpito, incomparable en elevacion y superioridad con la elocuencia profana, es hoy la que debe llevar este nombre por excelencia y la que por lo mismo debe tener su asiento y recibir sus homenajes en estos planteles de educacion cristiana.

Todos los que se consagran al ministerio de los altares, deben estar siempre dispuestos á vindicar la religion de los ataques obstinados de la incredulidad, á enriquecer el entendimiento de los fieles distribuyendo entre todos la santa doctrina, y á enderezar y corregir las costumbres, conduciendo á los hombres á su fin por el camino del arrepentimiento. ¿Que no ha menester el hombre para llenar dignamente unas funciones tan importantes y tan augustas? ¿Le bastarán los conocimientos que reciba en la enseñanza puramente didáctica? ¿Será igual el fruto, siendo desiguales los medios? No pensaba de esta manera el Sr. Benédicto XIV, que atento al verdadero fin que tienen los seminarios, estableció en el de Bononia una cátedra de elocuencia, sin la cual era imposible disponer competentemente á la juventud para las altas y difíciles funciones del sacerdocio. Es muy glorioso para nosotros que uno de los mas sabios Pontífices nos haya dado un ejemplo tan laudable; y que nosotros podamos servirnos aquí de sus mismas palabras para convencer á ciertos hombres, que sin discernimiento ni crítica, desechan indistintamente cuanto puede merecer á sus ojos el nombre de nuevo. „Grande será nuestro cuidado y diligencia en que se llenen cada uno de estos objetos; (dicé, hablan-

XXV.

do en general de todos los ramos de enseñanza) mas puesto que parece una cosa nueva este sistema de estudios en nuestro Seminario, hacemos presente á todos, que no solamente habrá en él peritísimos maestros que enseñen la gramática y las ciencias; sino tambien un excelente profesor de elocuencia, la cual es del todo necesaria á los eclesiásticos para que hablen al pueblo, explenen la disciplina de la ley, y desempeñen con exactitud otras varias funciones. El mismo Dios ha empleado muchas veces el ornato del estilo en las sagradas letras, como lo prueba Mabillon. „A la verdad, dice, cuanta delicadeza no se encuentra en las meditaciones sagradas de los poetas divinos! ¡que gracia en las alocuciones!, ¡que variedad tan grande de tropos y figuras! ¿Quien no admira en los Profetas la concision y energia de los apotegmas morales, las imágenes vivas de la virtud y del vicio y el peso de las reprensiones y amenazas? (*).

Desde el principio del cristianismo ha teni-

(*) *Nos profecto singulis magnam curam, ut fiant, ac diligentiam impendemus. Sed quoniam novum aliquid videtur, et inusitatum haec pro nostro seminario studiorum institutio, notum omnibus facimus, non futuros modo peritissimos viros, qui grammaticam, et humaniores litteras edoceant, sed excellentem quoque eloquentiae professorem, quae necessariae prorsus ecclesiasticis habetur, ut clerici verba ad populum faciant, christianae legis disciplinam explenant, aliisque rité munieribus perfungantur. Deus ipse in sacris litteris sermonis ornamenta saepius adhibuit, uti comprobat Mabillonius: Caeterum quantum acuminis in sacris divinatorum vatum meditationibus adest? Quanta in elocutionibus gratia! Quanta troporum ac figurarum varietas! ¿Quis non miretur in moralium libris brevitatem, et apophtegmatum energiam; in prophetis virtutis, ac vitii expressas ad vivum imagines, et oburgationum, minarumque pondera? BENED. XIV. INSTIT. ECLESS. INSTIT. LIX NUM. 14.*

XXVI.

do la Iglesia errores que combatir y extravíos que llorar. Apenas brotaban á su presencia pueblos enteros que seguían el estandarte de la Cruz, veía levantarse los trofeos de la incredulidad que se revelaba contra sus dogmas. No bien habia pronunciado el himno de gracias por los nuevos hijos que le nacían, cuando tenia que esforzar su voz contra los perseguidores de la creencia. Del centro de un reynado pacífico empezó á levantarse aquella anarquía religiosa peor que las persecuciones declaradas, durante la cual todas las opiniones engendraban sectas, y en que los hereges forzaban á la Iglesia santa, bañada todavía con la sangre de los mártires, á echar menos con sentimiento inexplicable la hacha de sus antiguos verdugos. Las pasiones desenfrenadas cuyos primeros conatos se dirijen á sofocar la voz de la conciencia, y á extraviar la marcha de la razón, han mantenido siempre una lucha tremenda contra la sana doctrina y poblado el mundo de escuelas corruptoras, de falsos sábios y filósofos corrompidos. Ya desde entonces era por lo mismo necesario unir el génio de la ciencia al talento de escribir: necesidad preciosa que nos ha producido los Clementes, los Ireneos, los Justinos, los Orígenes y Tertulianos, los Minucios, Arnobios y Lactancios, y tantos y tantos controversistas insignes, apologistas eminentes, luminares de la Iglesia católica y depositos de la sabiduría cristiana. Nos haríamos interminables, si repasando detenidamente todas las épocas de la Iglesia, emprendiesemos la grata y laboriosa tarea de pintar á los incrédulos y á los apologistas para gloria de la elocuencia didáctica. Dejando, pues, aparte á los Ambrosios y Agustinos, y sin remover para nada el siglo de Bossuet; basta fijar los ojos en la época á que pertenecemos, esta época de errores y de crímenes, esta época de indiferencia y letargo, en que la incredulidad parece dormir un sueño profundo, no mas que para minar de una manera mas insensible los funda-

XXVII

mentos de la religion: esta época en que los escritos de Bayle, de Rousseau, de Diderot, Holbach y toda la inmensa familia que reunia bajo sus alas el patriarca de Farenay estan produciendo sus funestos resultados. Raras veces se dirigen á la razón, y no pudiendo hablar sino á estímulos de mil afectos depravados, abandonan la via del convencimiento y tratan de insinuarse en la voluntad por el camino de la imaginacion.

Abandonado ya el ataque parcial que distinguía á los primeros hereges, desairada y aun zaherida la dialectica con que ellos atacaban, la impiedad hoy no está ya relegada á solo algunos libros conocidos de pocos lectores, sino estendida prodigiosamente por todo el mundo civilizado: las falsas doctrinas no llevan ya en sí mismas el antidoto de un lenguaje científico y una argumentacion escolástica; sino que se presentan, como observa Frayssinous, bajo mil formas las mas atractivas y á propósito para andar en todas las clases de la sociedad, desde la capital opulenta hasta la cabaña ignorada. No solo se ha puesto en práctica cuanto el raciocinio tiene de mas sutil, sino cuanto tienen de encantador la elocuencia y la poesía, cuanto de interesante y raro la historia de los hombres y la naturaleza, de chistoso y amargo el epigrama y la sátira, y de ingenioso y alhagüeño el cuento y la novela." (*)

¿Qué armas oponer á estas armas? ¿Marcharemos á la edad media para cubrirnos con la égida de las sùmulas? recontaremos las categorías? lanzaremos contra el enemigo el rayo del entimema, del silogismo y de todas las formas escolásticas? Nuestros libros por cierto no tendrían un solo instante de vida. Una exposicion árida, una discucion pesada, un estilo rigurosamente didáctico, no son el contrapeso que debe oponerse á tan astutos adversarios. Es preciso combatirlos con sus

(*) *Defensa del Cristianismo. Introduccion.*

XXVIII

propias armas, mostrarles en la religion la fuente de lo grande, de lo sublime, de lo bello, el verdadero manantial del genio, el origen de las concepciones mas profundas, la escuela de Rafael y de Miguel Angel, la gloria del Tasso, el depósito de esas gracias inimitables que admiramos en Corneille y Racine, de esos éxtasis divinos en que nos sumerge la sublime inspiracion de Juan Bautista Rousseau y los dulces y gratos enagenamientos de La Martine. ¿No nos complacemos en escuchar la voz de la religion en el silencio de las ruinas, hallar la paz del alma en el centro de un retiro monástico, y ver á todos los siglos acarreado cada uno mil tributos de admiracion y gratitud á este culto de la humanidad y del entendimiento, que ha poblado el universo de academias de liceos y de institutos, y hecho brotar en el desierto los árboles protectores que liberalmente dispensan los frutos deliciosos y nutritivos de la virtud y de la ciencia.

¿Cuando se agotaría la elocuencia didáctica empleada constantemente en referir y exaltar los prodigios de nuestro culto y su influjo poderoso en el bienestar del género humano? Los templos del paganismo que no parecian descollar en el territorio de Atenas y de Roma sino para ofrecer al hombre como un vil conjunto de grandeza y de infamia; se desplomaron á los primeros acentos de los apóstoles: levantóse sobre sus ruinas el templo del verdadero Dios; el hombre reconquistó su grandeza primitiva y empezó á brillar sobre su frente aquel rayo celeste que anunciaba la dignidad excelsa de su estirpe. Su vista que antes encontraba los Dioses en la falda de una pequeña colina, ve reflejarse por toda la naturaleza la imágen de la verdadera divinidad, la sorprende á cada paso en la belleza del muddo fisico, y la encuentra esculpida en el corazon del hombre justo y anunciada por todas partes en las grandes y benéficas virtudes con que arrebató nuestro acatamiento y nuestros homenajes la parte sana y el cuadro perfecto del mundo mo-

XXIX.

ral. He aqui lo que ha inmortalizado la pluma de Chateaubriand, y lo que hará perdurables los nombres de Pascal, Fenelon, Bergier, Luis Racine, Bossuet, La Mennais, y de todos los modernos apolo-gistas. He aqui el aguijon y el modelo para la juventud eclesiástica en los trabajos de la contro-versia; y un nuevo y poderoso argumento para sostener el cultivo de la bella literatura en los seminarios conciliares.

Hablando de la oratoria, la naturaleza misma de las cosas, el triste estado de nuestra civilizacion y la depravacion general de las costumbres, levantan muy altamente la voz para reclamarla. „Si tuviésemos nosotros, observa San Juan Crisóstomo, asi como los apóstoles, el don de los milagros, tal vez pudiéramos pasar sin todos los socorros del arte de bien decir. Un ciego á quien un predicador volviese repentinamente la vista, un muerto que resucitara en medio de su auditorio, seria, yo lo confieso, un exordio magnifico en extremo, y muy capaz de suplir á todos los movimientos de la Retórica: sin embargo, continua el elocuente Patriarca, aun en éste caso no habría motivo suficiente para ver con desprecio los resortes de la palabra, puesto que el mismo San Pablo no llegaba á desdeñarlos: testigos de esto pueden ser los homenajes que á su elocuencia, y no á sus milagros, rindieron los pueblos de Lycaonia.”

(*) La religion cristiana tiene un carácter que la distingue eminentemente sobre todo, el carácter de su doctrina. Tan antigua como la eternidad, es tambien de todos los siglos, se adapta á todas las vicisitudes de la vida, y constantemente nos descubre nuevos motivos de admiracion: las ciencias la deben sus progresos, su perfeccion las artes, la elocuencia el mas alto grado de su poder, la poesia, su eterna primavera y su perpetua virginidad.

(*) Citado por Guillon en el Discurso preliminar á la Biblioteca de los Padres de la Iglesia.

¿No le consagrará el hombre los homenajes de sus potencias y la flor de sus conocimientos mas exquisitos? ¿Dejaremos para los asuntos profanos la pureza de la dición, la soltura de los giros, la melodiosa combinacion de los periodos, la viveza de las pinturas, la exactitud de las descripciones, las gracias del colorido, la magnificencia y hermosura de las imágenes; y consagraremos á las verdades augustas los desechos, por explicarme así de nuestro propio talento? ¿Que, un lenguaje inculto, una frase incorrecta, un estilo desaliñado, un tono perezoso, &c. &c. son los atavios que corresponden á la palabra divina? Las bellas artes parecen excederse á sí mismas cuando levantan al verdadero Dios los monumentos del ingenio: la arquitectura habla muy vivamente al sentimiento y á la imaginacion en la capital del universo cristiano; la pintura nos arrebató el homenaje de un transporte sublime al aspecto de la *Transfiguracion*: la música en fin, temerosa de perder sus atractivos en el siglo, donde fastidia tan pronto como seduce, ha venido á buscar en el Santuario un asilo contra la inconstancia de los hombres; y haciendo resonar las bóvedas augustas con el hosana de la gratitud, los acentos del dolor, ó los clamores del arrepentimiento, prolonga nuestros éxtasis y nos convida á la virtud con cierta especie de prueba de felicidad.

A la vista de tantas producciones eminentes en que se admiran á la vez la elocuencia mas animada y el zelo mas fervoroso, comprendemos facilmente, no que Dios ha desechado los adornos del estilo, sino que consagrándolos para sí, ha querido elevar la imaginacion á una esfera que parecia inaccesible, y la sensibilidad á los afectos mas nobles y generosos, á los objetos mas caros, á los consuelos mas puros y á las esperanzas de una inmortalidad feliz. ¡Admirable poder de la elocuencia! La carrera del tiempo que rae de la superficie de la tierra los monumentos de la gran-

deza humana, nada puede contra las memorias del zelo apostólico; y todavía nos penetra de respeto y de amor el *elogio de los Patriarcas*, nos llama con fuerza á la virtud *los libros de la virginidad*, y excita la admiracion de la posteridad el santo vencedor de Firme y Fortunado.

El siglo de Luis XIV, aquel siglo de religion y de gloria, parece haberse perpetuado hasta nosotros, si no por la conservacion de la fé en toda su pureza, á lo menos por los escritos inmortales de tantos hombres que sostenian las costumbres desde el solio hasta la choza. ¿Por ventura la muerte de aquellos oradores ha trascendido á sus discursos? ¡Ah! nuestro corazon palpita todavía, nuestros cabellos se erizan, nuestra conciencia se alarma; el temor y la esperanza se despiertan con una fuerza terrible, y el arrepentimiento, este precursor de la gloria, asoma de tiempo en tiempo su frente humillada y marchita, cuando escuchamos la lectura de Bossuet, de Bourdaloue, de Massillon y del amabilísimo Arzobispo de Cambrai. ¿Y por que tantos otros Ministros, que como ellos dirigian al pueblo la palabra, no corrieron la misma suerte? ¿No tenian abierto tambien delante de sus ojos el divino libro donde Jesucristo nos dejó sus ejemplos, sus milagros y su doctrina? ¿no habian recibido como ellos el pleno poder de predicar á toda criatura? ¿no se les habia franqueado el corazon del hombre en el tribunal de la reconciliacion? ¿Por qué, pues, no recogieron tanto fruto? ¿por qué no han llegado hasta nosotros? y si han llegado en efecto, ¿por qué no dominan lo mismo nuestro corazon? porque los unos contaban con los talentos necesarios para hacer fructificar copiosamente la sabiduria de la cruz, y los otros no habian recibido unos dones tan altos: los unos multiplicaron sus talentos, ejercitándolos mas, y mas en el estudio de los buenos principios; y los otros descuidaron tal vez de todos los recursos del arte: los unos creyeron que la autoridad, la gra-

XXXII.

cia, la doctrina y todos los beneficios espirituales que habian recibido de Jesucristo, estaban exigiendo una consagracion absoluta, una exquisita solicitud para santificar el arte y la naturaleza; y escrupulizaron tanto sobre este punto, que creian no haber hecho nada mientras faltase algo que hacer. He aqui la razon por qué sus obras producen todavia tan admirables trasformaciones, por qué todavia corren nuestras lágrimas, y por qué nuestras facultades todas quedan satisfechas hasta la plenitud á tiempo de egercitarse en unas producciones tan insignes. Bourdaloue habla; y la razon le abandona la mas dulce victoria: Bossuet pinta; y bajo su pincel desaparece el oro de las coronas, la frescura de los laureles guerreros, y todas las imágenes encantadas del siglo: Massillon truena; y el vicio salva despavorido los atrios del Santuario, y la virtud halla un trono en el corazon, y el arrepentimiento multiplica, en el silencio profundo de la conciencia, los Publicanos, las Magdalenas y los Agustinos. He aqui, Señores, lo que espera la religion de sus Ministros, y lo que exige de aquellos que estan á la cabeza de los futuros eclesiásticos; y he aqui las consideraciones poderosas que determinaron al Illmo. Señor Don Juan Cayetano Portugal á establecer aquí la cátedra de elocuencia. A ejemplo del Sr. Benedicto, ha creido siempre que no basta la enseñanza didáctica para sacar todo el provecho de la palabra divina; que los talentos oratorios necesitan de cultivarse, y que este cultivo indispensable consiste, no solo en traducir medianamente el latin, tartamudear algunos silogismos y aprender un compendio de moral; sino en elevarse hasta los principios de la ciencia, tomarlos en las fuentes purísimas de las Santas Escrituras, repasar á la luz de la historia todos esos acontecimientos memorables, todas esas vicisitudes tremendas y todos esos triunfos gloriosos que llenan los anales de la Iglesia; en adquirir un sano criterio para sacar una inmensa copia de

XXXIII.

doctrina en el estudio del hombre moral; y finalmente en poseer y dominar la lengua propia, no solo como un fiel intérprete del raciocinio, sino como el espejo claro de una rica imaginacion y el órgano de los grandes sentimientos. ¡Ojala y que viviendo en un pais tan culto como el que gobernaba el Señor Benedicto, tuviera la satisfaccion de anunciar que habia escogido excelentes profesores! Pero reducido á la mayor indigencia, no ha hecho mas que buscar instrumentos de propagacion á sus planes grandiosos; y comunicar su amor á la juventud y su entusiasmo por el progreso de las ciencias á cierto número de jóvenes, que trabajan á par de sus discipulos, y han tenido que estudiar juntamente con ellos los nuevos ramos que han venido á establecerse. Sin embargo, lo que se ha hecho hasta aqui, muy pequeño en sí mismo considerada la perfectibilidad y estension del arte, ha sido mucho, atendida la carencia absoluta en que nos hallabamos de semejantes estudios. Pero calificar con exactitud el valor de nuestros trabajos no nos pertenece á nosotros. Deteniéndonos, pues, dentro de los límites que nos prescribe nuestro deber, darémos una idéa del método que se ha seguido en esta cátedra, esperando con tranquilidad el fallo respetable y decisivo de la opinion.

SEGUNDA PARTE.

Apenas hay uno medianamente versado en la historia de las letras, que no reconozca el método como la piedra de toque en el progreso de la

filosofía y de la literatura. Un método extravagante y caprichoso agobia las fuerzas intelectuales y las conduce por fin á un estado peor todavía que la ignorancia; y las antiguas sectas filosóficas y el flujo y reflujó de las opiniones más absurdas y las épocas de decadencia que han sucedido á los más bellos siglos, no reconocen por ventura una causa más principal que el extravío de los métodos. Al contrario, cuando estos son exactos, el entendimiento ve prolongarse delante de sí un horizonte indefinido y puro que recorrerá pasos de gigante y que domina con la vista hasta en el último de sus objetos. El método es en las ciencias lo que la mecánica en las artes: multiplica el número de los descubrimientos, y economiza las fatigas del trabajo. Esta verdad, cuya confirmación se encuentra donde quiera, nos determinó desde el principio á elegir un sistema de enseñanza que produjese los resultados más importantes en la educación literaria de la juventud.

La primera innovación que se hizo en este punto fué no admitir á la cátedra de elocuencia sino á los jóvenes que hubiesen estudiado el curso de filosofía; ó cuando menos las instituciones de Lógica y Metafísica. Este es el tiempo en que el juicio de los jóvenes comienza á madurar; en que el estudio de la crítica, con aplicación á los objetos naturales, modelos acabados de exactitud y corrección, ha empezado á formar aquel tacto fino y delicado en que consiste la esencia del buen gusto: esta es la época, en que un ingenio lozano se apresura á ensayar sus fuerzas en composiciones bizarras, cuyas formas audaces son, á juicio de Quintiliano, pronóstico seguro de la más alta perfección. *Volo se efferat in adolescente foecunditas, multum indecoquent anni..... Audeat haec aetas plura, et inventis gaudeat.* (*) No tiene cierto carácter de

(*) En estas pocas líneas se contienen las razones principales que autorizan esta innovación. Estas

ridículo, destinar el tiempo de la gramática para el estudio de la bella literatura? ¿Qué unos rudimentos casi mecánicos, unas facultades en extremo torpes, una reflexión todavía no conocida y mucho menos desarrollada, una carencia absoluta de los principios elementales de la filosofía, serán los requisitos suficientes para penetrar en la parte científica, delicada y bella de los idiomas? No pensaba de esta manera el juicioso Quintiliano, á quien hacían tanta fuerza los abusos ya introducidos en su tiempo, que en una parte de sus instituciones manifiesta que entre la Gramática y la Retórica deben mediar cierta clase de conocimientos científicos; y en otra repocha enérgicamente á los maestros de gramática, el que traspasando los límites de su oficio, se introduzcan á la Retórica. (*) Si algunos pues entienden, que hemos obrado mal, y no por otro principio que el de la innovación, sepan que no hemos hecho sino escuchar y obedecer una voz muy respetable que se hizo oír en el universo literario; mas há de diez y ocho siglos. A tres cosas puede reducirse cuanto se refiere al método que vamos á dar á conocer; que son: la elección, la explicación y la aplicación del texto. Aunque sobre esta materia se ha escrito tanto y tan bueno, no solo en España, sino también en Francia, en Italia y en Inglaterra, que á primera vista ofrece mil embarazos la elección de una obra que sirva de texto, no tuvimos que trabajar mucho nosotros, porque el ARTE DE HABLAR EN PROSA Y VERSO, compuesto por D. JOSE GOMEZ HERMO-

circunstancia y la satisfacción que nos causa ver justificadas por la experiencia las ideas de su autor, nos determinó á confirmar las nuestras con este rasgo tomado de la alocución con que cerró el año escolar de 835 el Sr. Lic. D. Mariano Rivas, Rector del Seminario.

(*) Instit. Orat. lib. 1.º cap. 7.º y lib. 2.º cap. 1.º

XXXVI.

SILLA, nos presentaba una ventaja incontestable sobre los otros; y era la integridad de su plan y la filosofía de su método.

No puede negarse que el Doctor Hugo Blair trata muchas cuestiones de una manera bastante filosófica y profunda; pero tampoco debe desconocerse cierta irregularidad en el conjunto y sobre todo, que esta misma copia de doctrina y esta metafísica sublime alejan mucho del objeto á la juventud, para la cual es inconcusamente perdido cuanto no lleva el carácter de elemental. Unas instituciones dirigidas á ofrecer las primeras ideas sobre cierta materia, deben, lejos de agotarla, distribuirla con mucha economía, reduciéndola á los principios mas necesarios, y no salvando en la exposicion de estos ninguna de las ideas intermedias. Lo mismo es recargar la materia, que agobiar la memoria, debilitar la energía de las otras facultades y disminuir la fuerza activa de la reflexión; y lo mismo es salvar ideas intermedias, que perder la esperanza de ser entendidos. Unos tratados como los de Blair, Bateux, Maury y otros varios, son utilísimos sin duda para los que tienen ya cierta clase de instruccion, mas no para los jóvenes que todavía no estan iniciados en la materia.

Don Francisco Sanchez Barbero peca sin duda por el extremo de lo diminuto, y por otra parte no acertó á darnos un sistema filosófico, capaz de satisfacer á la razon. Con alguna frecuencia pinta mas bien que define; mas bien declama que instruye; y desdeñando ser lánguido y frio cuando trata de la elocuencia y de la poesia, prefiere de ordinario cierto calor facticio que evapora todo cuanto se dice. No puede atribuirse este defecto al erudito catalan Don Antonio Capmany; antes bien, conoedor como muy pocos de los escritores de su patria, ha sabido dárnoslos á conocer de una manera que honra tanto sus profundos conocimientos en la lengua castellana, su discernimiento in-

XXXVII.

comparable, su crítica filosófica, su habilidad para entresacar lo bello y de primer orden de entre muchas deformidades; quanto á una nacion tan digna de figurar en la Europa literaria, como de llevar el pendon en la Europa guerrera. Pero ni la FILOSOFIA DE LA ELOCUENCIA, ni el TEATRO DE LA ELOCUENCIA ESPAÑOLA, ni ambas obras unidas, daban el lleno á nuestros deseos, puesto que en la primera todo está circunscrito á la oratoria, y en ambas nos quedamos en la misma ignorancia respecto de los principios y tesoros de la poesia. Gomez Hermosilla comienza por elegir un plan universal, comprendiendo bajo el titulo de ARTE DE HABLAR, quanto puede referirse á la expresion de nuestros pensamientos. La metódica exposicion de las verdades de las ciencias, los medios de suplir la falta de los ausentes cuando ardemos en deseo de hablar con ellos; los anales, los fastos, las memorias, la historia en fin, este fidelísimo espejo donde se reflejan constantemente los siglos presentes y pasados; la merecida alabanza de tantos claros varones que legaron á la posteridad una vida eminentemente social, ó á la Iglesia un ejemplo vivo de virtud y edificacion; las nobles defensas que ofrecen á la inocencia una égida, ó las acusaciones vehementes que levantan un patibulo al malvado; y en fin, esos discursos, cuya fuerza poderosa rinde, y humilla las pasiones, extiende y perpetua el reinado de la virtud, transforma el corazon y levanta el espíritu á sus destinos inmortales: la poesia, que al influjo soberano de sus melodiosos conciertos, dulcificaba las costumbres feroces de los primeros pueblos; que embellecia las florestas y los bosques para ofrecer un delicioso é inocente recreo á los primeros pastores, que derramaba tantos atractivos sobre el trabajo de los campos, encantando desde la tosca reja hasta la mies dorada; que estrechaba los vínculos sociales, entonando sus himnos á los placeres de la mesa, al vencedor de los juegos olímpicos, al arbolillo, á la copuda encina, al arro-

XXXVIII.

guelo manso, ó al caudaloso río; en fin, que perpetua los ecos de universal aclamacion que suceden á los triunfos admirables, para dar hermanos ó descendientes á los capitanes ilustres: en una palabra, los cuadros que nos revela nuestra fantasia, los sentimientos que nos inspiran nuestras pasiones, los designios que nos hace concebir el deseo de ser útiles y todo cuanto deposita nuestra alma y todo cuanto profiere nuestra lengua, está comprendido en el plan general de Gomez Hermosilla.

Esta universalidad era ya un título muy justo de preferencia; mas el tratado que nos ocupa tiene ademas una recomendacion de primer orden, y es la exactitud y facilidad de su método. Todo está ligado á una idea demasiado simple, y que fluye naturalmente de las nociones mas comunes de la ideología. Se sabe muy bien que todas las cosas que pueden caer bajo la especulacion tienen puntos de contacto y puntos de separacion, atributos comunes y cualidades características. ¿Por que habia de exceptuarse de esta ley el arte de hablar? Quanto puede referirse á él se llama composicion literaria; y bajo este respecto, todas las comprendidas en este género deben estar sujetas á reglas comunes y reglas particulares. He aqui una division muy natural y muy sencilla. Pero con mas gusto nos sorprende aun el ver en una sola definicion las claves de todo un tratado. Se define la composicion literaria: „una serie de pensamientos „presentados bajo ciertas formas, enunciados con ciertas expresiones y distribuidos en cierto número de „cláusulas.” Desde aqui el autor nos permite registrar de una ojeada todo su plan, puesto que ya comprendemos que las reglas comunes á toda composicion literaria se distribuyen filosóficamente en cuatro partes principales: los pensamientos, sus formas, las expresiones y las cláusulas. Es imposible que se omita nada, desde que ha podido hacerse tal anuncio, ni que una particion tan exacta deje lugar al menor hueco. Aqui todo está

*

XXXIX.

deducido de la naturaleza misma de las ideas, todo fundado en el orden metafísico y todo correspondiente á la evidencia de razon. ¿Quando acabariamos, si pretendiésemos seguir el progreso analítico en la calificacion de esta obra excelente? Basta decir, que el autor muy pocas veces abandona esta filosofía, incomparablemente mas útil que una crítica declamatoria donde se alaba ó vitupera con estudiadas frases, mas por desgracia sin llegar á descubrir sino muy accidentalmente un fundamento sólido que sostenga la crítica.

No ignoramos que el ARTE DE HABLAR tiene defectos; que Gomez Hermosilla ejerce mas bien la diatriba que el criterio, tratándose de ciertos escritores: que Balbuena y Lope merecian algun mas miramiento, á lo menos el de que presentase algo de lo bueno que tienen, á un lado de los pasajes que se les censuran; que algunas veces es obscuro, superficial otras, tal cual inexacto, y acaso tambien erróneo. Mas por fortuna esto no impide que la balanza se incline á su favor, y que al tiempo de exponerlo se suplan todos estos defectos y se enmienden todas estas imperfecciones. Este es un deber que nos hemos impuesto sin perdonar medio alguno para llenarlo.

La suma claridad con que el autor procede en todo el curso de la obra, claridad cuyo principio está en el orden natural y progresivo de las ideas, nos ahorra ciertamente la tarea de aquellas explicaciones que se dirigen á ilustrar el verdadero sentido del texto; pero esto no impide que se aumenten extraordinariamente los trabajos, por la naturaleza misma de esta clase de enseñanza. Es imposible que unas instituciones elementales basten á formar el buen gusto, si no van auxiliadas de una multitud de recursos absolutamente necesarios para el objeto. El buen gusto, Señores, no consiste ni en la posesion de las teorías del arte, ni en el uso indiscreto de los autores; puesto que lo primero produciría cuando mucho un razonador

XL.

frio, y lo segundo no seria capaz de proporcionar sino un tacto grosero y en extremo falible.

Se ha dicho que un institutista debe dar mas á los ejemplos que á los preceptos, y criticado con mucha acrimonia el ARTE DE HABLAR por el corto número de ejemplos que propone; y nosotros mismos hemos tenido ocasion de notar en otra parte que sin estos, constantemente repetidos y bien analizados, la instruccion es vana y el buen gusto no puede formarse; mas nunca hemos pensado que este aumento de ejemplos sea una obligacion del institutista, á quien basta uno solo para darse á entender, sino del profesor, que debe suplirlo todo multiplicando los medios de radicar profundamente en el espíritu de los alumnos todas las teorías del arte. Un corto número de principios deducidos de la natureleza de las cosas, desenvueltos con método y exactitud, y aplicados de continuo en la crítica literaria; he aqui lo único en mi concepto que puede ilustrar el raciocinio, rectificar la imaginacion y limar, por explicarme asi, la sensibilidad, á fin de habilitarnos del todo para distinguir y graduar las bellezas, para conocer y censurar las imperfecciones. Un egercicio constante y esmerado hará que acompañemos con tal frecuencia á los escritores, y nos iniciemos de tal modo en su verdadero mérito, que á fuerza de reconocer á cada paso el origen de sus extravios y el principio de su elevacion, nos encumbremos como ellos, sin extraviarnos; ó ya que la naturaleza nos haya rehusado tan felices dotes, tengamos á lo menos aquel habito finísimo, hijo del discernimiento, que califica y gusta sin engañarse.

He aqui el punto de vista que tenemos siempre delante para conducir á la juventud por el mas ameno de todos los estudios. Que aquellos alumnos á quienes la naturaleza haya concedido talentos y genio, sigan de continuo las huellas de los mejores maestros; y si no estan destinados á ilustrar la literatura con la elocuencia ó con la

XLI.

poesia, desempeñen con dignidad sus destinos; y bien se consagren al foro, bien al ministerio eclesiástico, siquiera piensen con orden, hablen con exactitud y escriban con elegancia y correccion.

A fin de obtener unos resultados tan preciosos generalizando la utilidad del establecimiento, ha sido necesario egercitar de continuo las reglas del arte en el análisis literario de los autores. ¿Mas cómo sostener la atencion de los jóvenes sin aquella variedad que á las composiciones comunican las diferencias notables del carácter, del estilo, y el objeto particular, el tono y demas cualidades del escritor? Hay cierta especie de necesidad, cuando se trata de sostener agradablemente los trabajos del espíritu, de huir cuanto sea posible la monotonía aun en aquellas cosas que pueden llamarse perfectas. He aqui la razon por que no quisimos limitarnos á la lectura de ciertos pasajes aislados que suelen servir de ejemplos en esta clase de enseñanza. Se avanzaria sin duda poco, si abandonándose los profesores á multiplicar el número de antítesis, concesiones, epifonemas, apóstrofes, hipérboles, alegorías, dialogismos, perifrasis, expresiones bien usadas, bien cortados periodos y pensamientos bien escogidos; se desentendiesen de buscar aquella variedad amena y en extremo satisfactoria con que brinda un plan rico y fecundo donde se hermanan y compiten la variedad, la sencillez y la armonía.

¿No gustamos en efecto con cierta especie de trasporte de admirar aquella fisonomía particular que tiene cada siglo, en la índole peculiar de sus escritores, en la grandeza ó decadencia de ciertas épocas literarias y en las relaciones íntimas y maravillosas que existen entre el idioma y el genio en cada una de las edades? ¿La noble y elegante sencillez de los escritores griegos, la facundia y vehemente progresion que descubren los poetas y oradores latinos, el nuevo rumbo que la imaginacion, el talento y la sensibilidad, protegidos

XLII.

por el cristianismo han tomado en las edades modernas; esa especie de universalidad con que nos sorprende la literatura francesa en el siglo de Luis el Grande, y las mismas vicisitudes á que ha estado sujeta la literatura española, donde tan pronto vemos anunciarse una era notable en la historia general del espíritu humano, como eclipsarse la brillante gloria que derraman sobre su patria los mas grandes ingenios: todo esto, repito, ¿no es un pábulo continuo al ardor de saber, y un aliciente poderoso para el talento sublime, y una mina fecundísima para el que no debe á la naturaleza singulares prerogativas en la distribucion de sus dotes?

Estas reflexiones muy naturales bastan para librar-nos de una manía que por otra parte no deja de ser comun, la de inclinarse á una literatura con exclusion absoluta y aun menosprecio de las otras. ¡Ojalá y al paso que se dilatan nuestros deseos de abarcar la literatura antigua y moderna, viéramos desaparecer los tropiezos que á cada paso y con demasiada frecuencia nos detienen! Mas ya que no nos es dado ni aun aspirar á tan abundante fruto, procuramos por lo menos acercarnos todo lo posible á estas ideas. Asi es que hemos procurado conocer y dar á conocer á Demóstenes en la traduccion francesa de Auger, á Ciceron, Salustio, Virgilio, Horacio, &c. en el original y en las mejores versiones tanto francesas como españolas que poseemos; á Bossuet, Flechier, y Beauvais en las oraciones fúnebres, á Massillon, Bourdaloue, Fenelon, &c. en los sermones morales; á Maury en los panegíricos, á Buffon y Jovellanos en los discursos académicos, á Vargas Ponce, Viera y Clavijo, y otros prosistas de igual mérito. En la poesía lírica no hemos salido de la España, sino es para ver hasta donde se han acercado los Navarretes á los Melendez, los Tagles á los Leones, los Heredías á los Quintanas, y los Pesados á los Herreras. Tal vez algunos extrañarán que no hayamos querido salvar los Pi-

XLIII.

ríneos para admirar la inspiracion sublime de Corneille y de Racine, la melodiosa lira de Juan B. Rousseau, la musa del Homero frances, el severo númen de Boileau, los patrióticos raptos de Delavigne y las meditaciones dulces y melancólicas, y las armonías admirables y encantadoras de La Martine. Tal vez se nos tachará de mucha rudeza por no vernos ni una sola vez en la fecunda y gloriosa patria del Tasso, del Petrarca, del Ariosto y de Metastasio, en la cuna de Klopstoc, de Goette, y de Gesner, ó á las orillas del Tamesis escuchando los ecos monótonos de Young, los turbulentos cantos de Sackespeare ó el desesperado acento de Lord Byron. Pero reflexiónese que apenas hemos dado los primeros pasos en esta indefinida carrera; y que nunca deberia perdonárenos el enorme delito literario de abandonar á los poetas españoles sin conocerlos, para buscar en otra parte los tesoros inagotables con que brindan á manos llenas al hombre de buen gusto. ¿Y donde mejor que en la lengua castellana deberémos buscar las galas y primores de una locucion verdaderamente poética? No ya faltándonos el conocimiento profundo de los idiomas modernos: pero aun cuando lo tuviésemos, siempre deberíamos comenzar por el estudio y análisis de los poetas castellanos. ¿Y no habrá cierta especie de crueldad en reprocharnos que de tiempo en tiempo analicemos con gusto las composiciones de nuestros mejicanos? Ciertamente es que no podemos figurar en el viejo teatro de la Europa, pero no lo es menos que debemos observar continuamente la perfeccion ó imperfeccion de nuestros propios trabajos, y hasta que punto hemos adelantado en una carrera del todo nueva para nosotros. Pero sea lo que fuere, debemos al público la verdad; y para cumplir en un todo con este religioso deber, estamos en el caso de manifestar francamente los autores que se han escogido. Si la eleccion ha sido buena, la aprobacion que de ella se haga basta para recompensar nuestras tareas: si no lo ha sido, contamos con la

XLIV.

docilidad suficiente para someternos con gusto á las correcciones de una crítica racional y decorosa.

El orden de procedimientos que ofrece á la razon el método analítico para que adquiera el perfecto conocimiento de las cosas, basta para dar una idea del sistema que observamos en la crítica literaria, ó de otro modo, en la práctica y aplicación de las reglas del arte. Comenzando por lo mas compuesto, se examina el género, la clase y especie en donde se comprende la composicion: si es en prosa ó en verso: en el primer caso, si pertenece á la oratoria sagrada ó profana; si á la historia verdadera ó ficticia; si á la clase didáctica ó al género epistolar. En el segundo, si la poesia es directa, dramática ó mixta; si pertenece á la oda sagrada ó heroica; y para no entrar en pormenores, si debe referirse al género lírico, didáctico, descriptivo, á la comedia ó á la tragedia, á la sencillez y naturalidad pastoril, ó á la elevacion y sublimidad épica.

Cada uno de estos ramos se halla sujeto á principios fijos, en cuya fiel observancia está vinculada la perfeccion de las obras. La buena calificación depende del conocimiento de estos principios; y al tiempo de aplicarlos, se ve si estan bien observados, no solamente en los caracteres distintivos, sino tambien en las cualidades comunes á todas las composiciones literarias.

No basta pues hacer un análisis genérico que se refiera á toda la pieza; es necesario descender á los pormenores, analizando igualmente el pensamiento y su expresion, y considerando cada cláusula como un pequeño todo sujeto igualmente á reglas determinadas. Esta nimia exactitud en el exámen de los pormenores, como la que se habia observado para caracterizar toda la pieza, nos conduce á descubrir los atributos mas notables del estilo, el mérito del lenguaje y el tono de la composicion. No es extraño, por lo mismo, que despues de aplicar las reglas características prescinda-

XLV.

mos de ellas, por decirlo así, ó nos limitemos por medio de la abstraccion á las reglas generales que deben observarse en todas las producciones del espíritu; es decir, á los pensamientos y sus formas, á las expresiones y á las cláusulas.

Tal es, Señores, el sistema que hemos adoptado para ejercitar á nuestros alumnos en el uso de la palabra. Si no es el mejor, los resultados han sido felices. Vosotros los habeis visto y no con una mirada indiferente, sino con aquella satisfaccion íntima que tan dulcemente nos ha recompensado. Esta circunstancia me excusa de entrar en pormenores, tratándose de manifestar los frutos que hemos recogido, pues una reseña general basta para despertar en vuestras almas los dulces sentimientos que os ha inspirado, con motivo de las funciones públicas de Literatura, el ardiente amor que teneis á la juventud.

Grandes y penosos fueron por cierto los trabajos que impendimos, y muchos los inconvenientes que fué necesario vencer para sistemar esta cátedra en el Seminario. Abrir una nueva carrera en cualquiera género, aun cuando se cuenta con todos los elementos precisos, envuelve dificultades de tal naturaleza que no pocas veces obligan á renunciar á la empresa y á abandonar la carga: por que si la prevision atesora cuanto juzga podrá necesitar en el curso de las tareas, no conseguirá nunca suplir con la misma oportunidad las ventajas del hábito, las lecciones de la experiencia y aquellos medios que multiplica el solo hecho de hallarse ya una cátedra establecida. ¿Que será, pues, cuando no se cuenta ni aun con los materiales que independientemente del ejercicio pueden reunirse? Tal era nuestra situacion cuando abrimos la cátedra de elocuencia. Si exceptuamos el talento y aplicacion de los alumnos, todo lo demas nos faltaba. Lo primero que supone el estudio de la elocuencia es un cabal conocimiento del idioma que se habla; mas como entre las cáte-

dras establecidas por las constituciones del colegio no tuvo lugar una de lengua castellana, faltaban, como es de suponerse, á los cursantes de literatura estos elementos indispensables, y que no pueden suplirse de viva voz, sino en una parte muy pequeña y siempre con mil dificultades. ¿Que caudal tan precioso de pensamientos bellos, grandes y sublimes, de rasgos llenos de ternura y sensibilidad, de finas y elegantes locuciones y de cuanto mas se admira en la literatura, no pueden atesorar, para cuando lleguen á estudiarla, aquellos que han aplicado las reglas de la gramática en el análisis y traduccion de los poetas y oradores latinos? Pero en vano se habian leído en las cátedras de este idioma las elegantes narraciones de Cornelio, los retratos inimitables y las bellas descripciones de Salustio, los elocuentes discursos de Ciceron, las eminentes poesias de Virgilio y de Horacio; por que limitándose á lo puramente gramatical, mientras recargaban su memoria con reglas innecesarias, dejaban correr en la inercia de su imaginacion aquella época de la vida la mas á propósito para fomentar y dirigir su impaciente actividad.

¿Para que, Señores, fatigar mas vuestra atencion con pinturas desagradables? Ya lo he dicho: todo nos faltaba, menos el talento y aplicacion de los alumnos: fué necesario criarlo todo; y ¡ojalá y hubieramos contado siquiera con aquel estímulo general y eficazísimo que la opinion pública comunica á las grandes empresas, cuando lejos de mirarlas con desprecio, reconoce toda su importancia!

Sin embargo, esta opinion comenzó á uniformarse á favor del establecimiento, desde que se presentaron las primeras funciones públicas. ¿Que mas se necesitaba para encender con la noble emulacion el entusiasmo de la juventud seminarista? ¿Que mas para sostener la constancia de aquel á quien se habia confiado su enseñanza? Podría decirse que la opinion pública dejó de favorecernos un instante, para darnos á entender, al tiempo

de franqueárenos toda, el influjo poderoso que egerce en la prosperidad y en la gloria de los pueblos.

Omito recorrer aqui la serie de composiciones que sucesivamente se han presentado (*) en cada uno de los actos de Literatura, por que ninguno de los que me escuchan las ignora. Tampoco es mi ánimo caracterizar aqui el mérito relativo de cada jóven, por que semejante empresa envuelve dificultades que no he podido nunca superar. ¿No es cierto que en los talentos hay tantas diferencias como en las fisonomias? Si á favor de un entendimiento analítico saben apreciar algunos hasta los caractéres mas accidentales de las composiciones literarias; dotados otros en alto punto de las cualidades del corazon, sienten con tan extrema fidelidad, que pueden recibirse sus impresiones como juicios exactos: estos cuentan con una imaginacion tan exquisita, que los introduce con demasiada frecuencia hasta los misterios del ingenio; aquellos, dueños absolutos de su atencion para fijarla y conducirla á su placer, todo lo conocen con presteza y todo lo califican con exactitud. ¿Y cuantas diferencias no introduce tambien la diversidad que se nota en los ramos á que cada uno se inclina? Entre las varias obras que se someten á la crítica, unos prefieren las que hablan exclusivamente á la razon, otros siguen los movimientos poderosos de la elocuencia; quienes sobreponen á todo un excelente poema; quienes un drama sentimental, quienes en fin los diferentes tonos de la lira. Esta inclinacion tan varia va, por explicarme asi, amoldando el espíritu de una manera singular y característica, nuevo y poderoso inconveniente para hacer una comparacion acertada y una calificacion justa. Abandono pues con mucho gusto tan agradable entretenimiento á los que tengan bien conocidos los talentos y el carácter de los jóvenes que me ocupan, y puedan hacerse cargo de tantos pormenores

(*) *Vease la nota que está al fin de este discurso.*

XLVIII.

é incidencias, como deben entrar en el cómputo para resolver con exactitud un problema tan difícil.

Es una fortuna para mí luchar con este feliz inconveniente, puesto que me proporciona el mismo la incomparable ventaja de exaltar igualmente el mérito de todos. Cuando ninguno de ellos ha recibido preferencia ninguna en mi corazón, por que á todos los amo con igual ternura y en todos tengo mil cualidades preciosas que admirar, es muy grato para mí alegar aquí, Señores, á vuestra vista, los títulos que tienen todos ellos á vuestra estimación.

¿Pero qué podré yo decir en que no me precedan ya vuestras propias reflexiones? Testigos oculares de todas las funciones públicas, habeis sabido graduar todos los adelantos y señalar con exactitud el espacio que hemos recorrido y lo que nos resta que andar en tan brillante y dilatada carrera. No debo yo por lo mismo detenerme en la manifestación de los resultados: no diré que en todos los actos literarios se sujetaron al exámen todos los principios del arte de hablar: que se ventilaban en las réplicas todas las cuestiones mas exquisitas que ofrece tan dilatada materia: que se recorrieron los atributos principales del estilo: que fueron expuestas, como la estrechez del tiempo lo permitía, las cualidades de los pensamientos, las reglas importantísimas que se refieren á sus formas y á su expresión: que sucesivamente se iban indicando ya las mas útiles indagaciones sobre el origen, importancia y reglas del lenguaje figurado, ya la construcción y repartimiento de las cláusulas, para reunir en el mas alto punto la claridad, la unidad y la energía. No me detendré haciendo mérito aquí de todos los géneros de composiciones que se tocaron tanto en prosa como en verso, de un análisis escrupuloso y sobre manera grato, de algunas observaciones críticas, de los paralelos exactos, de los juicios comparativos; ni menos todavía de los ensayos de acción oratoria con que solia confirmarse la exposición de su teoría.

XLIX.

Diré, Señores, el entusiasmo con que recibisteis los excelentes trozos de tantos recomendables oradores, de tantos poetas consumados, de tantos escritores insignes? ¿Que placer para todos ver presentarse como por encanto los primeros lumineros de la Grecia y de Roma, los ingenios esclarecidos que adornaron el mas bello siglo de la Francia, á los escritores que vió florecer el reinado de Carlos III, y esa generación de cisnes que han encantado mil veces las fértiles campiñas de la Iberia.

¿Y cual debia ser el inmediato efecto de impresiones tan nuevas y deliciosas? Estimulada la juventud por el doble y eficaz aliciente de la amabilidad hasta entonces gustada, y de la sincera aprobación que ha recibido constantemente de vosotros, no puede ya sin violentar las inclinaciones mas fuertes y mas dulces, abandonar tan provechosas y delicadas lecturas. Para formar una idea no menos de sus adelantos que de las esperanzas con que nos brindan, basta sorprenderlos á cada paso en el silencio de su estudio, oírlos hacer criterio de los autores clásicos y buscar el mérito de los libros que manejan en el gran registro de la historia literaria. Escritores antes desconocidos, son hoy familiares; y es muy digno de notarse que no pocas veces nos dejan traslucir estos sus pensamientos en los ensayos de nuestra juventud. He aquí los resultados inmediatos de que somos deudores al establecimiento de esta cátedra. Si de aquí nos trasladamos á un porvenir que no está muy lejos; ¿cuales prometen estos jóvenes iniciados ya en los pensamientos de los grandes maestros? No lo diré yo, que por ventura sería reprendido de parcialidad: decidlo vosotros los que habeis presenciado sus funciones públicas; vosotros, los que habeis derramado sobre ellas vuestras alabanzas y premiado con vuestro entusiasmo sus nobles afanes; vosotros los que abriendo las páginas de la historia, sabeis por donde han comenzado los bellos siglos de la

L.

literatura; vosotros finalmente los que mas en contacto con lo que pasa en este plantel de educacion, habeis visto cundir el interes hácia tan bellos estudios por todas las clases del colegio.

¡Pero que otra cosa debiamos prometernos de un establecimiento el mas adecuado para proteger el desarrollo de las facultades mas preciosas, dirigir el impetuoso vuelo de una impaciente imaginacion y derramar innumerables atractivos sobre los tesoros de las ciencias? Vosotros, Señores, lo habeis visto. Nadie queda sin parte en un reservatorio tan fecundo. El que pueda lisonjearse de un genio superior es capaz de subir, mediante los principios, al rango supremo de los primeros escritores. El que se halla constituido en una completa mediocridad podrá ordenar sus ideas, rectificar su método, sistemar sus conocimientos, adquirir un gusto bien formado, escribir con regularidad, pureza y elegancia; ó por lo menos, sostener una conversacion animada, y juzgar exactamente de la perfeccion ó imperfeccion de las cosas. Conoceis, no solo por el concurso de autoridades tan respetables como las de Ciceron, Quintiliano, S. Juan Crisóstomo, Guillon y tantos otros, mas tambien por vuestras propias observaciones, que la elocuencia y la poesia han sido y deben ser constantemente, por su objeto, acreedoras al reconocimiento de todo el género humano; y que si han existido en todas épocas hombres bastante corrompidos para hacerlas degenerar, el abuso bien lejos de ser un argumento contra el uso recto de las cosas, es un vehemente y poderoso estímulo para no abandonarlas un instante. El foro y la tribuna piden el idioma del convencimiento; y á pesar del tono calmado que caracteriza la elocuencia moderna, no excluyen la pureza de la diction, la variedad de los giros, la energia de los pensamientos y la elegancia del estilo. ¡Por que, pues, habia de carecer nuestro Seminario de una enseñanza la mas conforme al importante y grandioso objeto de su institucion? ¡Qué, todas

LL.

las ciencias tienen defensores y partidarios, y habia de carecer la religion cristiana de apologistas y oradores? ¿No es muy digna de llevarse la atencion de nuestro espíritu y obtener el resultado de nuestros mas preciosos estudios? ¿Los incrédulos, por ventura, habian de monopolizar las gracias y los encantos del estilo, para dejarnos á nosotros las impotentes armas de una seca y árida discusion?

¿Como, pues, no aplaudir, el empeño laborioso de comunicar á nuestros alumnos el doble talento de la ciencia y de la palabra; de la ciencia con que se elevan á las profundas y útiles verdades de la moral y de la naturaleza; y el de la palabra con que pueden extender y propagar estos inestimables tesoros para rectificar el corazon y mejorar la suerte de los hombres? Vosotros nos habeis dado con vuestra aprobacion y vuestro entusiasmo la opinion mas alta de vuestra sabiduria. He aquí la recompensa mas preciosa para nosotros: he aquí la corona feliz de nuestros trabajos. Protejed, pues, un establecimiento que nunca os pierde de vista: apoyadlo con vuestra opinion: no permitais que un golpe siniestro acabe de una vez con tantas esperanzas. El tiempo vuela: el periodo de la vida es un instante fugitivo; mas por fortuna está de vuestra parte el hacerlo perdurable. Dueños sois de la inmortalidad, con solo ilustrar el siglo á que pertenecéis, con solo allanar el sendero de la ilustracion y de la cultura. Despejad este campo que todavia está cubierto de malezas: aplanad estas montañas que levanta delante de nosotros el espíritu de retroceso, y veréis cómo sobre este bello sitio extiende, para recibiros, sus anchas basas el templo sublime de la gloria.

Y vosotros, ¡ó jóvenes! dulces primicias de tantos afanes, objeto de nuestros cuidados, fundamento de las futuras glorias que prometemos á la Patria, gozad en hora buena de la recompensa magnífica que os han merecido vuestras tareas: levanted vuestra frente hasta los cielos: haced que

nazca entre nosotros un siglo muy grato para la moral y las letras: pero no olvideis nunca ni esta casa ni esta época; y allá en tiempos mas remotos, cuando vuestras almas, poseedoras de riquezas inagotables sean un manantial perenne de conocimientos y de virtudes; cuando la Historia se anime constantemente delante de vosotros á fin de multiplicar los dechados de vuestra imitacion; cuando mas íntimamente unidos con los grandes genios que han ilustrado los pueblos, seais dueños de levantaros hasta la altura de sus pensamientos; cuando las musas que os inspiren habiten vuestras campiñas; cuando despleguéis en el Santuario todo el zelo apostólico; cuando reprimais el orgullo de la necia incredulidad, proclaméis en la tribuna las verdades en que se funda la prosperidad pública, ó sostengais en el foro la causa de la inocencia: entonces, que vuestra elevacion no os impida volver una mirada sobre estos techos: animad en vuestra imaginacion la escena que hoy teneis á la vista: y arrebatados de veneracion y gratitud; ofreded á vuestros mayores el único homenaje digno de su memoria, el de vuestros conocimientos, vuestra elocuencia y vuestras virtudes.

CORRESPONDIENTE

A LA PAGINA XLVII.

Habiéndose pronunciado este discurso delante de personas que habian asistido á las funciones públicas de Literatura, creímos conveniente omitir la noticia de los jóvenes actuantes y de las piezas literarias que se fueron escogiendo sucesivamente en todos los actos para egercitar las reglas del arte conforme al sistema de análisis que ya dimos á conocer. Mas ahora que se imprime la referida alocucion con el objeto de que circule dentro y fuera de la capital, para instruir á los padres de familia que tienen sus hijos en este Seminario, darémos una brevísimas idea de ambas cosas, á fin de suplir aquella falta.

El año de 1836 hubo dos actos públicos desempeñados uno el dia 9 de Setiembre por D. José Maria Orocco, actual Beca de oposicion en Derecho canónico y Catedrático de Sintaxis latina, y el otro el dia 14 por

LIV.

D. Rafael Conejo que hoy tiene ya el título y egerce la profesion de Abogado. El premio de la cátedra, que consistió en el *Curso de Literatura de La Harpe*, se dió al primero; y al segundo premió su Catedrático privadamente con el *Espíritu del Derecho de Fritot*.

Se convidó para estos actos con la siguiente Casilla.

Una es la senda
 Los precipicios mil; quien en sí propio
 Del arte los preceptos desdenando,
 Vanamente confía,
 Del Icaro tal vez remonta el vuelo;
 Mas desechas las alas mal seguras,
 Despénase con mengua al hondo suelo.

MARTINEZ DE LA ROSA.

Desenvolver los principios comunes á todas las composiciones literarias; manifestar las reglas á que cada una debe sujetarse; hacer ver que su fundamento único es la naturaleza, y demostrar que nadie ha llegado á la perfeccion, sino por su rigurosa observancia: tal debe ser el objeto del arte de hablar, y tal es la materia de este egercicio literario.

En la exposicion de las reglas seguimos el *Arte de hablar de D. J. Gomez Hermosilla*, haciendo la aplicacion de ellas en el análisis de las siguientes composiciones. De *Massillon*, el sermón sobre el corto número de los escogidos.—De *Flechiér*, la oracion fúnebre del Mariscal Vizconde de Turena.—De *Cayo Salustio*, los discursos de César y Catón, dichos en el Senado con motivo de la conjuracion de Catilina.—De *Jovellanos*, el dis-

LV.

curso sobre la necesidad de unir el estudio de la bella literatura con el de las ciencias.—De *Cadalso*, dos cartas: una con el título de *Conclusiones*, y otra con el de *Miseria del hombre en todas las edades*.—De *Martinez de la Rosa*, Himno sacro, Oda sobre la paz del ánimo, Epístola á un amigo por la muerte de su esposa.—De *Iriarte*, la Primavera.—De *Rioja*, „Las ruinas de Itálica y la Epístola moral á Fabio.”—De *Moratin*, la Moderna gerigonza, y de *Melendez Valdes*, la Egloga sobre la vida del campo.

Igual número de funciones fueron presentadas el año siguiente de 1837: tuvo la suya el dia 11 de Octubre D. Teófilo Garcia Carrasquedo, y la suya el dia 13 D. Manuel A. Velez: la primera fué dedicada al Exmo. Sr. D. José Ignacio Alvarez, Gobernador del Departamento; y la segunda, al Ilmo. Sr. D. Juan Cayetano Portugal dignísimo Obispo de Michoacan. Aquellos jóvenes, que hoy son Becas de oposicion en Derecho canónico, y el primero ademas, Catedrático de Gramática castellana, fueron premiados por el Colegio con obras en cuya asignacion se consultó al gusto particular de cada uno, por haber desempeñado ambos igualmente bien sus actos públicos. Al primero se le

dió la obra grande de Carvajal, titulada *Libros poeticos de la Santa Biblia*, y al segundo las *Obras completas de Mr. Thomas*.

Se convidó con la casilla siguiente.

Il ne faut pas faire à l'éloquence le tort de penser qu'elle n'est qu'un art frivole, dont un déclamateur se sert pour imposer à la foible imagination de la multitude et pour trafiquer de la parole: c'est un art tres sérieux, qui est destiné à instruire, à réprimer les passions, à corriger les moeurs, à soutenir les lois, à diriger les délibérations publiques, à rendre les hommes bons et heureux.

Fenelon. Lettre à l'Académie française.

Para dar á los principios del buen gusto la aplicacion mas conveniente, es necesario presentar á la vez la regla y el modelo: por que las lecciones sin el ejercicio no serian mas que una vana especulacion, y la práctica sin las reglas proporcionaria cuando mucho una facilidad perniciosa. Pero si con dedicar la juventud únicamente á la lectura y meditacion de obras mal escritas, la obligariamos á formarse un estragado gusto; haciéndola analizar solo producciones perfectas, la privariamos de un objeto en que la critica empieza á egercitarse. Es pues indispensable presentar las bellezas al lado de las imperfecciones, por que solo de esta manera podrán apreciarse exactamente las primeras y distinguirse de las segundas, aun quando se hallen confundidas.

Despues de haber seguido fielmente á Gomez Hermosilla en la metódica exposicion de los principios, nos hemos aplicado, para conformarnos con este sistema, á distinguir las bellezas de primer orden que se admiran en las composiciones que siguen, de los defectos que en ellas se han deslizado á sus autores.—De *Massillon*, el sermon so-

bre la muerte del pecador y la del justo.—De *Ciceron*, el discurso en defensa de Aulo Licinio.—De *Cayo Salustio*, el discurso de Mario al pueblo, dándole gracias por haber sido nombrado para mandar el ejército en la Africa y hacer la guerra á Yugurta.—De *Chateaubriand*, el discurso pronunciado delante del Cónclave en 1829.—De *Virgilio*, la égloga cuarta.—De *Moratin*, la Anunciacion.—De *Lista*, la muerte de Jesus.—De *Herrera*, la cancion á la pérdida del rey D. Sebastian.—De *Rioja*, la epistola moral á Fabio.—De *Martinez de la Rosa*, discurso moral sobre la templanza en los deseos.—De *Villegas*, el Céforo, y de *Melendez Valdes*, la Fuente.

El año de 838 desempeñaron los actos de Elocuencia D. Antonio L. Moran el dia 10 de Octubre y D. Maximiano Moncada el 12 del mismo mes. El primero de estos individuos es Beca de oposicion en Derecho, y el segundo, Presbítero y Beca de oposicion en sagrada Teologia. Dedicó el primero su acto al Ilmo. Sr. Dr. D. Angel Mariano Morales, antiguo Obispo de Sonora y dignísimo Obispo actual de Oaxaca, y el segundo al finado Sr. Dr. D. José Felipe Vasquez entonces Gobernador de esta Sagrada Mitra. Aunque tanto estas como las otras funciones públicas del colegio dejaron satisfecha la expectativa del

público é indemnizados de sus tareas á los respectivos catedráticos, no se dió ningun premio en este año, por que un recargo de ocupaciones impidió la formacion de la Crísis.

Se convidó para los referidos actos con la siguiente casilla.

Il ne suffit de frapper l'oreille et d'occuper les yeux; il faut agir sur l'ame et toucher le cœur en parlant á l'esprit.

Buffon. Discours sur le style.

Para aplicar las reglas del Arte de hablar de Gomez Hermosilla, se presenta el análisis de las composiciones siguientes.—En prosa: de *Demóstenes*, la arenga sobre la paz: de *Bossuet*, la oracion fúnebre de Henriqueta de Inglaterra: de *Fenelon*, el sermón de la Epifanía: de *Buffon*, el discurso sobre el estilo. En verso: de *Herrera*, la batalla de Lepanto: de *Fr. Luis de Leon*, la Ascension y la noche serena: de *Rioja*, la rosa: de *Lope de Vega*, cancion americana: de *Cadahalso*, la guerra de Baco: de *Moratin*, epístola á D. Gaspar Jovellanos: de *Melendez Valdes*, la tempestad y la tortolilla: de *Martinez de la Rosa*, el huerfano: de *D. A. Saaavedra*, „á mi hijo Gonzalo de edad de cinco meses.”

En el año de 1839 se presentaron cuatro actos de Literatura desempeñados, el primero por D. Agustin Aguilar, el dia 14 de Setiembre, el

segundo por D. Gabino Ortiz el 18, el tercero por D. Miguel Martinez el 23 y el cuarto por D. Juan B. Gomez el dia 30 del mismo mes. El premio de la cátedra, que consistió en las obras poéticas de La Martine, se asignó á D. Miguel Martinez. A los otros jóvenes premió su catedrático en la forma siguiente: á D. Agustin Aguilar consignó las obras completas de Moratin, edicion española, á D. Gabino Ortiz, la coleccion de poetas españoles y el Teatro de Gorostiza; y á D. Juan Bautista Gomez, las cartas de Madama Sevigné.

Se convidó para estos actos con la casilla siguiente.

Quis enim qui, nisi summé teneat artem, possit ea que jubeat ars de tanta, et tam diffusa scriptura notare, et separare? Caeteri cum legunt orationes bonas ac poemata, probant oratores et poetas, neque intelligunt, quare commoti probent: quod scire non possunt, ubi sit, nec quid sit, nec quomodo factum sit, id, quod eos maximé delectet.

Cic. Reth. ad Herenn. lib. IV.

Conservando respecto de las composiciones en prosa el mismo sistema que se ha seguido en años anteriores, de analizar discursos pertenecientes á la literatura europea antigua ó moderna; nos apartamos de él ahora en las de Poesia, dejando, con todo el respeto que se merecen, á los españoles nuestros maestros y nuestros modelos, á fin de ofrecer al público algunos de los bellos ensayos con

LXIV.

mismo las reglas de la poesia bucólica en las églogas 1.^ª y 4.^ª de *Virgilio*.

POESIA LIRICA. La oda sagrada de *Arjona* á la Natividad de Ntra. Señora. De *Heredia*, la titulada: á Elpino, la de la Inmortalidad y la de Napoleon. De *Castro*, el arroyuelo. Del Sr. *Pesado*, el hombre, y del Sr. *Carpio*, las ruinas de Babilonia.

POESIA ROMANTICA. Se expondrán las opiniones diferentes que se han formado algunos sobre la poesia clásica y romántica; y con tal motivo podrán manifestarse las observaciones particulares que se han hecho en la cátedra para fijar en lo posible las ideas sobre este punto. Y á fin de hacer algunas aplicaciones prácticas, se han escogido los pasages mas bellos que se admiran en el *Moro Expósito* de *D. A. Saavedra*.

Ademas del texto de Gomez Hermosilla expondrá el sustentante algunos principios mas extensos sobre la oratoria sagrada en general y sobre los sermones morales y oraciones fúnebres en particular; las observaciones críticas de Delille sobre los episodios referidos y el paralelo que hace entre Homero y Virgilio el abate *Juan Andres* en su *Historia de la literatura*, para lo cual se ha tomado en la Iliada de *Homero* el episodio de la despedida de Hector.

LXV.

ARENKA

QUE PRONUNCIO

D. Teófilo Garcia de Carrasquedo,

PARA DAR PRINCIPIO A SU ACTO

DE LITERATURA,

LA TARDE DEL 11 DE OCTUBRE DE 1837,

A PRESENCIA DEL EXMO. SEÑOR

D. JOSE IGNACIO ALVAREZ,

GOBERNADOR DEL DEPARTAMENTO DE MICHOACAN,

A QUIEN FUE DEDICADA ESTA FUNCION PUBLICA.

EXMO. SEÑOR.

Si para arrebatarse el espíritu hácia la verdad y la virtud, es necesario encantar la imaginacion y dirigirse al sentimiento, si en vano tentáramos estos medios sin emplear los adornos de una elocuencia varonil, ni poner en movimiento las imágenes con que sabe engalanarse la poesia ya bella, ya sublime; ¿que objeto mas digno de nuestra incansable aplicacion, que aquel arte maravilloso dirigido á formar el buen gusto y á dar preceptos seguros al ingenio?

IX.

LXVI.

Después que el jóven en los estudios de la lengua patria y latina ha recorrido una senda florida, cuyos primores no le han dejado percibir la ligereza de la edad y la imperfeccion inevitable de los primeros conocimientos; cuando acaba de ejercitar en las ciencias filosóficas los procedimientos pausados de un frio raciocinio; y cuando el alma parece haberse despojado ya de esa facultad activa que engendra nuevos seres, ó da á los que ya existen una multitud de nuevas formas; se sorprende, al entrar en el santuario de la literatura, con mil objetos nuevos y maravillosos que inflaman su entusiasmo, trasportan su espíritu, y le arrancan, sin que lo sienta, el primer homenaje de su admiracion. A cada paso corresponde una sorpresa, un encanto nuevo y que siempre renace: se elevan sus ideas, su fantasía se embellece y fecunda, sentimientos nobles y generosos vienen á henchir su corazon.

¿Quién no se siente profundamente conmovido al contemplar los prodigios que ha obrado la elocuencia? Si ella alguna vez ha prostituido su elevado carácter hasta ensalzar los vicios mas indignos y divinizar á los opresores de los pueblos; en vez de confundir aqui los prestigios miserables de un retórico con los medios puros que sabe emplear un orador digno de este nombre; admiremos los efectos prodigiosos de la verdadera elocuencia, en aquellas circunstancias felices que han protegido su vuelo noble y elevado, en aquellas circunstancias digo, en que promoviendo libremente el bien estar de la sociedad que constituye su objeto primitivo, ha hecho callar el grito de las pasiones, combinado mil intereses opuestos y reunido los ánimos en un punto comun: en aquellas ocasiones en que inflamando la bravura del soldado, ha conducido los ejércitos á la victoria, desconcertado las conspiraciones mas bien tramadas, y desvanecido los proyectos ambiciosos de los conquistadores.

Pero mientras el orador nos conduce por la fuerza del sentimiento á la verdad y á la virtud,

LXVII.

el poeta, sembrando de flores el mismo camino, nos hace llegar no pocas veces á igual término con sus imágenes sensibles y sus cuadros alhagüenos. A su voz melodiosa, se producen mil encantados prestigios: ya nos introduce en el gabinete de los monarcas, ya nos traslada á la choza del labrador, para hacernos sentir la suavidad con que se desliza en blanda corriente la vida dichosa de los campos. Pulsa con la vara mágica, y las risas nacen y las gracias vienen á danzar en su torno. Tambien hace correr nuestras lágrimas; ya presentándonos al viejo Priamo tendiendo sus manos al orgulloso vencedor para reclamarle una prenda querida, ya á la hermosa Casandra indignamente conducida del templo de Minerva, atadas sus tiernas manos y levantando al cielo sus ojos con la expresion de la melancolía mas profunda, ó al heroe mas esforzado de la antigua Troya, atado á la carroza del vencedor inhumano, mostrando aquellas heridas que recibió junto á los muros de la patria, sacando largos gemidos de lo mas profundo de su pecho, y exhortando á Eneas á la fuga con voz despavorida. *¡Heu! Fuge, nate dea, teque his, ait, eripe flamis.* ¿Que de atractivos no ha prestado el cisne de Mantua al amor de la patria, á las afecciones mas dulces, aquellos sentimientos profundísimos que nunca se expresan, pero que una voz interrumpida basta para trasmitirlos al corazon! Una nueva Troya, un nuevo Simois se ofrecen á la vista del viajero en las comarcas de Epiro. Andrómaca incapaz de contener mil sentimientos que vienen de tropel á apoderarse de su alma, cuando un último á Dios anuncia la partida del heroe troyano, prorrumpe en expresiones cortadas que manifiestan su dolor. ¿Desdichado de aquel que no sienta todo el encanto, toda la ternura de estos versos de Virgilio!

..... *Cape dona extrema tuorum,*
¡O mihi sola mei super Astyanactis imago!
¡Sic oculos, sic ille manus, sic ora ferebat!

LXVIII.

No nos admiremos pues de que el cetro de oro ceda al laurel del poeta. El recuerdo de Homero conmueve mas que el valor de Aquiles al hijo de Philipo; y cuando vemos al mas grande conquistador envidiando la suerte del héroe griego, no por su gloria en los combates, sino por haber cantado sus hazañas el primero de los poetas, creemos fácilmente que hubiera cambiado la dominacion del mundo por la conquista del genio.

Pero Señores, mi pequeño discurso jamas podrá elevarse á la altura necesaria para hablar dignamente de la elocuencia y de la poesía; y no la voz débil de un jóven que se ha iniciado apenas en este género de estudios, sino las reflexiones de cualquiera orador están ya prevenidas por el gusto de los literatos que me escuchan; y si habeis sentido plenamente vosotros la necesidad de cultivarlos, lo debeis sin duda, menos á los elogios que de ellos se han hecho, que á la lectura de los hombres insignes que los han merecido.

Demóstenes y Tulio, Homero y Virgilio en la ilustre antigüedad; Bossuet y Massillon, Fenelon y Racine en el mas bello siglo de la Francia; el dulce Garcilaso, el sublime Herrera, el cultísimo Rioja, el tierno y delicado Melendez, honor esclarecido de la literatura española, os han inspirado ese entusiasmo que veo brillar en los ojos de esta reunion escogida. Si no temo afirmarlo: el anuncio de que estos genios deben ser evocados en este lugar, os han juntado en él para saborear de nuevo las dulzuras inefables que habeis gustado mil veces en la lectura de sus obras: y ellos mismos extenderán vuestro interes al ensayo imperfectísimo que hoy tengo el honor de sujetar á vuestro juicio, satisfecho de que en nuestros trabajos no buscais las producciones acabadas de un ingenio maduro, sino los esfuerzos de una juventud que reune títulos bastantes para aspirar á vuestra benevolencia, con solo haber obedecido á la voz de sus maestros.

LXIX.

ARENAGA

CON QUE

D. Manuel A. Velez,

DIO PRINCIPIO A SU ACTO

DE LITERATURA

LA TARDE DEL 13 DE OCTUBRE DE 1837,

A PRESENCIA DEL ILUSTRISIMO SEÑOR

DON JUAN CAYETANO PORTUGAL,

DIGNISIMO OBISPO DE MICHOACAN,

A QUIEN FUE DEDICADA ESTA FUNCION PUBLICA

IIIMO. SEÑOR.

Las instituciones francas y sencillas de los antiguos pueblos, los climas deliciosos de la Italia y de la Grecia, una naturaleza virgen que ostentaba sus flores intactas á la vigorosa actividad de una imaginacion creadora, levantaron las artes y el ingenio á una altura, que nos obliga todavia despues de dos mil años á inclinar nuestra frente ante los simulacros augustos de Atenas y de Roma. ¿Quien hubiera previsto en aquella época lejana, que habia

de llegar un tiempo, en que elevado el carácter de la oratoria á una dignidad mas eminente que la tribunicia y consular, obtendría el ingenio una superioridad incontestable sobre todo lo que mas se admira en los grandes modelos de los antiguos maestros?

Un soplo divino descende de los cielos, saca al hombre de su esfera natural, y le comunica la fuerza poderosa, la fuerza irresistible de las concepciones eternas. El Evangelio aparece, y la elocuencia, consagrada hasta entonces á asegurar los derechos del hombre privado, ó á promover los intereses de las grandes naciones, extendió prodigiosamente su poder sobre el sentimiento y la imaginación: por que ya no tuvo que lisongear las pasiones de un pueblo, ni que abatirse á emplear el lenguaje de la adulacion para inclinar las voluntades de un usurpador injusto en favor de la inocencia calumniada. Colocada en su verdadero punto, dirigida á su único objeto, eleva su voz augusta para revelar al hombre los misterios de la única divinidad, extender por todo el mundo el suave imperio de la moral cristiana, y ensalzar en los objetos mas pequeños de la naturaleza, así como en los mas grandes, la sabiduria, el poder, la inmensa magestad de su divino autor.

Me traslado en este momento al templo cristiano: yo veo á un sacerdote que sin otro aparato que el de una cátedra sencilla, sin mas decoracion que su carácter, y sin otro influjo que el de sus virtudes, penetra hasta lo mas íntimo del corazón humano y obra en los que le escuchan transformaciones que nada tienen de comun con los triunfos de la elocuencia profana. Una mirada compasiva que dirige á su auditorio, un arrobamiento profundo que lo enajena, unos ojos donde brilla el fuego de la caridad, una boca que se abre para descubrir los sentimientos de ternura que agitan su corazón, nos hacen olvidar al hombre y reconocer en él un ser todo divino. Eléva-

se nuestra alma á los pensamientos mas nobles; el mundo no es nada á nuestros ojos; y el espectáculo de la eternidad viene á suceder entonces á los falsos prestigios, á las seductoras ilusiones y á las esperanzas engañosas. „¡Hijos míos, caros hijos!” He aquí sus primeras palabras, hé aquí, dice Chateaubriand, todo el secreto de la elocuencia del Crisóstomo campestre. Yo veo pendiente de sus labios á una muchedumbre dócil, observo que simpatiza con todos sus sentimientos. ¿Quién ha dado á este pastor humilde un ascendiente tan prodigioso en el alma del pueblo? En vano busco en cada uno de sus pensamientos aquella singular destreza con que el defensor de Ligario lisongea el amor propio de un orgulloso general. Las palabras con que empieza nos recuerdan aquellos tiempos felices de los patriarcas, en que un soberano no era mas de un padre, y la sociedad una familia numerosa. :::::¡Hijos míos, caros hijos!::::: ¡Ah! ¿Eran estos, Señores, los vínculos que en las antiguas repúblicas estrechaban á los oradores con el pueblo? ¿Desplegaron nunca sus labios, para dejar salir de su corazón estas palabras llenas de ternura, estos restos queridos de la voz de la naturaleza? Sin duda que un lenguaje tan lleno de encantos, dirigido á un pueblo inocente y sencillo, donde no ha penetrado todavía el contagio maligno de una sociedad abandonada al lujo y los placeres, nos determina irresistiblemente á bendecir nuestra dicha en gozar de una religión tan pura, que nos habla tan de cerca y se insinúa en el alma de un modo tan dulce y al mismo tiempo tan victorioso. ¿Como se dilata mi espíritu cuando veo á este hombre venerable anunciar la doctrina santa á los buenos habitantes de la campiña! ¿Pero es por ventura menos admirable cuando con un genio profético y con voz de trueno lanza sobre la pompa de las cortes, en el estrépito de las conquistas y contra el orgullo de las grandezas humanas, los rayos de la palabra divina?

LXXII.

Yo me siento agitado por una conocion extraordinaria cada vez que repaso en uno de los escritores mas insignes con que se honra la Francia este bello pensamiento donde estan consignados los títulos augustos del ministro del evangelio. „Ven, „le dice, ven á ocupar en el santuario el lugar „del mismo Dios: todas las verdades morales te „pertenezen: todos los hombres no son delante de „ti sino pecadores y mortales; y los depositarios „del poder no se distinguen á tu vista sino por sus „mas graves obligaciones, sus peligros mas terribles, „y la espantosa perspectiva de un juicio mas severo.” Tales son en pocas palabras los principales caractéres de la elocuencia del púlpito.

¿Quien osará establecer la comparacion entre ella y la elocuencia profana? Bossuet y Massillon no son los rivales de Demóstenes y Tulio, una distancia incalculable los separa; y si ellos supieron aprovecharse de la energía que subyuga, de esa mezcla feliz del talento y la imaginacion, del sentimiento y la filosofia, del ingenio mas fogoso y el gusto mas delicado; fué menos para marchar por sus huellas, que para asociar primores de segundo orden, á bellezas de un orden infinitamente superior, á esas concepciones sublimes que nacen de la fuente misma de nuestro culto.

Bossuet sube á la cátedra de la verdad; convoca desde allí á todas las coronas del mundo; siéntese agitado por la divina inspiracion. El universo entonces no es á sus ojos sino un monton de ruinas; y al considerar el fatal término en que vienen á estrellarse los proyectos de elevacion que concibe la soberbia presuntuosa de los hombres, se indigna de tomar en sus labios la palabra grandeza; no mira en ellos sino una destruccion sobre otra destruccion, y al borde del sepulcro es donde con una voz llena de fuego proclama la nada de las grandezas humanas. Aproximando, por decirlo asi, á la tierra las moradas invisibles, y la eternidad al tiempo, levanta su voz terrible para dar

LXXIII

lecciones á los reyes: llora en una muerte todas las muertes: llama triste la inmortalidad que concedemos á los heroes: los busca en vano en los combates y en las victorias: en vano se fija en el sepulcro para encontrar allí siquiera sus despojos, su imaginacion se fatiga inútilmente para hallar con que nombrarlos, por que mira perecer hasta los términos fúnebres con que designamos sus miserables restos; y en medio del aparato suntuoso con que la magnificencia de las cortes pretende honrar la memoria de los grandes, no ve mas que genios llorando al rededor de un sepulcro, y columnas soberbias, que parecen querer llevar hasta los cielos el magnífico testimonio de nuestra nada.

Transportaos, Señores, á aquel dia, (por que es muy grato para las almas grandes, refrescar la memoria de ciertos objetos, que les han arrancado alguna vez el tributo de la admiracion,) transportémonos al dia terrible en que Massillon separa del resto de los hombres á los fieles que le escuchan: cuando reduce á un instante el curso indefinido del tiempo; y cuando á los ojos de una augusta asamblea, hace á la naturaleza exhalar el último gemido. „Acordaos de aquella fuerza, vehemencia y energía que siempre van en aumento, de aquellas pinturas espantosas que se engendran y suceden con rapidez, de aquellos movimientos progresivos que preparan al auditorio para recibir el último golpe de la elocuencia: de los cielos que se abren, y de la repentina aparicion de Jesucristo que va á fijar la eternidad: del espanto del predicador que se coloca en la escena al lado de su auditorio, sumergido en la ignorancia mas profunda sobre su último destino: de aquel apóstrofe capaz de desesperar que dirige á los justos; de aquella interrogacion sublime á Dios, á que la conciencia tiembla responder: „¡ó Dios ¿en donde estan „vuestros escogidos, que es lo que queda para vuestro rebaño?” Para apleciar este triunfo de la elocuencia, dice Maury, es necesario suponer la re-

LXXIV.

ligion viva en todos los corazones, y acordarse que todo un pueblo se levanta repentinamente por un movimiento involuntario; y cual si un rayo hubiera caído en medio del templo, el auditorio arroja un grito sordo y lúgubre de espanto y de fé. Luis XIV cubre su frente con sus manos trémulas y el orador mismo, participando de la conmoción general, queda por algunos instantes en silencio, y parece mas consternado que toda la corte, á quien esta última vez se dirigia.”

¡Cuan inferior, Señores, que mezquino aparece, comparado con Bossuet, el panegirista mas elocuente de la antigüedad, el panegirista de Trajano! En vano buscaremos en los monumentos de la elocuencia antigua cosa alguna que oponer á estos cuadros, por que solo la religion cristiana podia haber dado al génio este vuelo tan atrevido. Solo ella pudo haberse apoderado del corazon humano, combatiendo las pasiones dulces que le adormecen y cautivan, asi como las impetuosas y vehementes que le arrebatan y trasportan: solo ella pudo haber eclipsado la celebridad de los primeros oradores, llevando el mas bello de los estudios al mas alto punto de perfeccion y grandeza, y dando á los hombres en los triunfos que adquiere la elocuencia un reflejo vivísimo de la verdadera gloria.

SEGUNDA PARTE

OBSERVACIONES CRITICAS.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

EL SERMON DE LA EPIFANIA

Predicado por el Sr. Fenelon en la Iglesia de las misiones extrangeras el dia 6 de Enero de 1685 en presencia de los Embajadores de Siam.

AL juzgar segun los preceptos de la crítica las composiciones de los escritores mas distinguidos, por satisfecho que sea nuestro gusto, sentimos sin embargo un secreto retraente para confesar que se hà tocado en ellas el último punto de la perfección. Volvemos inmediatamente sin quererlo, hàcia aquel typo ideal que el espíritu se há formado por consecuencia de sus investigaciones mas ó menos profundas à cerca de los verdaderos principios del arte de escribir, y sentimos casi siempre la falta de algunas cualidades precisas para que la obra pueda llamarse acabada. En las composiciones oratorias principalmente, cuyo mèrito comun es muy relativo, quisièramos encontrar reunidas todas las prendas felices que se van admirando en los insignes modelos; pero este deseo tan justo muy raras veces

se satisface sea por la desigualdad natural de los talentos, ó por el ejercicio de ellos mas ó menos bien dirigido, ó por las situaciones diversas en que suelen encontrarse aquellos á quienes Dios hà concedido el inestimable privilegio de la palabra.

Mientras Flechier nos embelesa con un estilo melodioso y florido, sentimos no hallar en sus oraciones fúnebres aquella vehemencia progresiva que arrebatá, aquella imponente grandeza con que nos transporta Bossuet. Incapaces de quedar satisfechos con las admirables dotes de este Demòstenes evangélico, sentimos que no haga correr nuestras lágrimas, sino cuando convoca á todos los Pueblos, para anunciarles en sus cabellos blancos la proximidad de su fin *con una voz que desfallece y con un ardor que se extingue*. ¡Quien no se llena de asombro muy grande, cuando vè desaparecer todas sus excusas y destruirse los argumentos que mas invencibles creía, por la dialéctica irresistible de Bourdaloue; ¡Y esto le basta para someterse del todo; Su entendimiento con rendirse al vencedor, tributa á los talentos de este gran Maestro los mas sólidos de todos los homenajes: ¿pero el corazón cede y el hombre se transforma? Algunas imágenes bien escogidas, algunos movimientos mejor preparados, cierta sobriedad en la erudición sagrada, no nos habrían dejado cosa alguna que hechar menos en sus excelentes discursos. Menos faltas notamos en Massillon, cuyos triunfos innumerables en la tribuna cristiana, parecen proclamarlo como el mejor intérprete de las pasiones y el dueño absoluto del corazón humano. Sin embargo, la misma superabundancia de sus talentos oratorios, ¿no lo hace debitar á veces con protijas reflexiones morales y amplificaciones lánguidas la fuerza y energía de su estilo? Se hà visto que no està esento de defectos aun en sus discursos mas admirados. Tal vez el *del corto número de los escogidos* se acerca mas á la perfección que el de *la muerte del pecador y la del justo*; pero aun allí mismo suele encontrarse

en los pormenores sino tal cual defecto positivo, á lo menos mucha susceptibilidad de mayores bellezas. ¿Donde encontrar pues un orador que contento con absoluta plenitud la expectativa del buen gusto?

Un hombre, cuyas producciones oratorias estuvieron ocultas mas de medio siglo, bien por que la envidia las escondiese, bien por que la solicitud de los literatos no hubiese llegado á conocerlas; un hombre que parece haber recibido de la naturaleza talentos únicos è incomparables; que nacido en el siglo XVII, parece haberse iniciado por un privilegio singular en los misterios bellisimos de la antigua edad de oro de la literatura, y en quien parece que se verificò la transmigración pitagórica, por que en sus escritos admirables creemos descubrir las almas felices de Homero y de Virgilio; el querido autor del *Telemaco*, despues de haber inscripto su nombre con letras de oro en el Santuario de la gloria, mediante esta obra maestra de la poesía épica y de haber hecho admirar de mil otras maneras la fuerza de su ingenio y la pureza de su gusto, aseguró asimismo una bien merecida celebridad como orador con dos producciones eminentes entre todas las del mismo género, que son un discurso pronunciado en la consagración del Elector de Colonia y el Sermon de la Epifanía.

Ambos tienen una originalidad que sorprende sin embargo de versarse en materias comunes; ambos ministran con bellezas de un orden elevado, pábulos indeficientes á la admiración mas culta; y en uno y otro se ven reunidas en superior grado aquellas hermosísimas y preciadas dotes que muy raras veces se juntan para adornar el ingenio; pero limitarè mis observaciones al segundo, cuya variedad prodigiosa de pruebas, imágenes y sentimientos parece como nacida para ministrar en un solo discurso, el ejemplo de cuanto mas debemos aplaudir en las obras maestras de la elocuencia cristiana.

La vocacion de los gentiles, constituye todo el argumento de esta composicion literaria. Mejor que en extracto será poner à la letra el exordio, para dar una cabal idea del rico y grandioso plan que sirve al autor de pauta para recorrer la luz del evangelio, mil variados y fecundos acontecimientos.

EXORDIO.

Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.
Is. cap. 40.

„**B**ENDITO sea Dios, hermanos míos, pues que se ha dignado poner hoy la palabra en mis labios para alabar la obra que ha cumplido en esta casa! Confieso que deseaba desde largo tiempo, dilatar mi corazón delante de estos altares y decir en alabanza de la gracia todo lo que ha obrado ella en estos hombres apostólicos para iluminar el oriente. Hablo pues hoy con un transporte de júbilo, hablo de la vocacion de los gentiles en esta casa de donde salieron los hombres que fueron à anunciar la feliz nueva al resto de la gentilidad.

„Apenas Jesús, la expectativa y el deseado de las naciones hubo nacido, cuando he aquí à los magos, dignas primicias de los gentiles, que conducidos por la estrella, vienen à reconocerle. Bien pronto las naciones conmovidas vendrán en multitud despues de ellos: los ídolos serán derribados y el conocimiento del verdadero Dios tan abundante como las aguas del mar que cubren la tierra. Yo veo à los pueblos, veo à los príncipes adorando en la serie de los siglos à este hombre Dios, à quien los magos vienen à adorar en este dia. ¡Naciones del Oriente! vosotras vendreis tambien à nuestro turno: una luz, en comparacion de la cual, apenas es una sombra la de este astro, herirá vues-

„tros ojos y disipará vuestras tinieblas. Venid, venid, apresuraos à venir à la casa del Dios de Jacob. ¡O Iglesia! ¡O Jerusalem! ¡regocijaos, arrojad gritos de alegría! Vos que en aquellas regiones erais estéril, que no criabais allí, tendreis en esta estremidad del universo, innumerables hijos. ¡Que os admire vuestra fecundidad! Volved los ojos à todas partes y ved: satisfaced vuestras miradas en vuestra gloria: que vuestro corazón se admire y se dilate: la multitud de los Pueblos se vuelve hacia vos: las islas vienen, la fuerza de las naciones os es concedida: nuevos magos que en el Oriente han visto la estrella de Jesucristo, vienen del centro de las indias para buscarle. ¡Levántate, ó Jerusalem! *Surge illuminare Jerusalem &c.*”

„Mas yo siento mi corazón muy conmovido en lo mas profundo, dividido entre la alegría y el dolor. El ministerio de estos hombres apostólicos y la vocacion de estos pueblos es el triunfo de la religion; pero es tambien por ventura el efecto de una secreta reprobacion que està pendiente sobre nuestras cabezas. Acaso estos pueblos van à levantarse sobre nuestras ruinas, como sobre las ruinas de los judios se levantaron los gentiles, en el nacimiento de la Iglesia. He aquí una obra que Dios hace para glorificar su evangelio. ¡Pero no será tambien para transferirle? Indispensable sería no amar al Señor para no amar su obra; pero sería tambien necesario olvidarse à si mismo para no temblar por ella. Regocijémonos pues en el Señor, hermanos míos, en el Señor que dá gloria à su nombre; pero regocijémonos con temblor. Hè aquí dos pensamientos que serán la materia de este discurso.

INVOCACION.

„**E**SPÍRITU prometido por la misma verdad à to-

„dos los que os buscan, que mi corazón no res-
 „pire, sino para colocaros en su parte mas in-
 „tima: que mi boca enmudezca, si nó ha de abrirse
 „à vuestra palabra! ¡Que mis ojos se cierren à
 „cualquiera otra luz, que no sea la que vos derrá-
 „mais desde vuestras alturas! ¡O espíritu Santo,
 „sed vos mismo todo en nosotros: en los que me
 „escuchan, la sabiduría, la inteligencia y el sen-
 „timiento; en mí, la fuerza, la unción y la luz.
 „Maria ruega por nosotros.”

La noble magnificencia de este exordio, brilla en medio de la mas grata sencillez. Sin sentirlo, nos sorprendemos cautivos por la elocuencia desde las primeras líneas de tan excelente introduccion: por que el orador traslada dulcemente à nosotros las impresiones de que nos habla; y asi es como experimentamos un sentimiento de admiracion para caer despues en temores muy fuertes. Sin este recargo de figuras, miserable recurso con que suelen reemplazar algunos el talento, Fenelon sorprende y arrebatata nuestro espíritu con primores delicados; y con aquella elocuencia del alma, prenda feliz de la naturaleza mas bien que resultado del arte, ofrece à la vista del observador una fiel gradacion de sentimientos y de ideas, en que se comienza por la novedad del espectáculo y se concluye naturalmente con el anuncio de un plan fecundísimo y sobre manera oratorio el cual debe ser desenvuelto en el presente discurso.

PRIMERA PARTE.

LA primera parte de él, donde van à expla-
 narse los diversos motivos de júbilo que excita
 vivamente en el espíritu la vocacion de los gen-
 tiles, se abre con una magnífica alegoría, en que
 la Iglesia, esta mística Jerusalem presenta el be-
 llo quanto grandioso cuadro de una ciudad tran-
 quila, cuyas puertas francas y sin custodia alguna,

parecen anunciar aquella plenitud de paz y de repo-
 so, aquella fruicion de placer, patrimonio de las
 almas felices, tan extrañas à las sombrías impre-
 siones de la tristeza, quanto à las ideas turbulen-
 tas de temores y de peligros. Es una ciudad que
 alimentada con productos de todas las naciones,
 aguarda soberanamente à los Señores de la tierra
 que vuelan à incorporarse dentro de sus sagra-
 dos vestigios: ciudad centro comun de seguridad
 y de gloria, fuera de la cual no se encuentra sino
 el dolor y la muerte: ciudad en fin, jamás enne-
 grecida por las sombras y perennemente alumbrada
 por un eterno dia. ¿Podrá encontrarse uno solo
 de corazón tan insensible que no se embriague
 con los primores y hechizos de tan bella pintura?
 ¿Quien no siente inundado su espíritu con el goce
 de aquel bienestar único, à que nada perturba
 y que no muere jamás? ¡Esfuerzo supremo del
 genio! tacto delicado, discernimiento feliz que anun-
 cia las obras del talento! Para desplegar la magni-
 ficencia de tan rica poesía en un discurso oratorio
 y levantarlo à tan alta perfeccion lejos de des-
 naturalizar su verdadero y genuino carácter, hà
 menester el hombre de un conjunto tan raro y
 tan copioso de conocimientos, de sensibilidad, de ternura,
 de imaginacion y de grandeza, que muy pocos
 aun de aquellos que levantan con gloria su frente
 en el teatro de la literatura, podrán lisongearse
 de triunfos tan bellos y de una superioridad tan
 prodigiosa.

Sin ser tan poético, no es menos oratorio
 el cuadro que sigue, donde pinta con admirable ener-
 gía la rápida propagacion del evangelio; y donde
 Jesus arrebatando desde Belen las miradas del mundo
 y atrayendolo todo à sí por el dulce imperio que
 ejercia en todos los corazones, presenta el espectácu-
 lo sublime de la renovacion de un mundo por el
 nacimiento de un niño. Este pensamiento, cuya
 superioridad nada tiene que temer de la amplificacion
 oratoria, pues cada una de sus partes tiene por

„sola mucha elevacion, viene á desenvolverse naturalmente con increíble rapidéz y extraordinario movimiento. Mucho y muy bello se ofrece aquí á la mas ilustrada admiracion; pero á fin de que se vea cuan inagotables son los recursos de los grandes maestros, y cuantos motivos de sorpresa puede encontrar la crítica en algunas lineas bien expresadas y mejor concebidas, veamos este rasgo en su integridad, donde se describen las conquistas de la gracia desde el nacimiento del cordero hasta la conversion de Roma. „Jesucristo nace y la faz del mundo se renueva. La ley de Moyses, sus milagros y los de los Profetas no habian podido contener el torrente de la idolatría, ni conservar el culto del verdadero Dios, en un Pueblo encerrado en un rincon del mundo: pero el que viene de lo alto está sobre todas las cosas, y á Jesus estaba reservado el poseer todas las naciones como herencia. El las posee ya, vosotros le veis; y desde que ha sido elevado en la cruz, todo lo ha atraido á sí. Desde el origen del cristianismo, San Irineo y Tertuliano habian hecho ver que la Iglesia se habia extendido yá mas que aquel imperio que se jactaba de ser el único en el mundo. Las regiones salvages é inaccesibles del norte, que el Sol ilumina apenas, han visto la luz celestial: las playas abrasadoras de la Africa han sido inundadas con los torrentes de la gracia; los mismos Reyes se han convertido ya en adoradores del nombre que blasfemaban, y en padres que nutren cuidadosos á la Iglesia, cuya sangre vertian.”

„Mirad esos pueblos bárbaros que hicieron caer el Imperio romano, multiplicados sin duda por Dios y reservados bajo un cielo de nieve, para castigar á Roma pagana embriagada con la sangre de los mártires: Dios les afloja la rienda, y ellos inundan el Universo. Pero trastornado este Imperio, se someten al del Salvador; y siendo juntamente ministros de sus venganzas y objetos

„de su misericordia, sin saberlo y como por la mano son conducidos delante del Evangelio, de modo que podría decirse de ellos á la letra, que habian encontrado al Dios que no buscaban.”

Recorre luego el orador la Europa y el globo entero con las alas de un genio profético, y con la impetuosidad de los movimientos mejor sostenidos, mas penetrantes y variados, para celebrar así las conquistas de la Cruz en las misiones del Oriente. „Pueblos, dice, de las extremidades del Oriente, vuestra hora ha venido. Alejandro, aquel rápido conquistador á quien Daniel pinta cual si no tocase la tierra con sus pies, tan zeloso de subyugar al mundo todo, se detuvo mucho mas acá de vosotros: pero la caridad va mas léjos que el orgullo. Ni las tierras abrasadoras, ni los desiertos, ni las montañas, ni la distancia de los lugares, ni las borrascas, ni los escollos de tantos mares, ni la intemperie del aire, ni el fatal medio de la linea en que se descubre un cielo nuevo, ni las flotas enemigas, ni las bárbaras costas, nada puede contener á los que Dios envía. ¿Quiénes son éstos que vuelan como nubes? Vientos conducidos en vuestras alas: que el Mediodia, que el Oriente, que las islas desconocidas los aguarden, y los miren en silencio dirigirse hácia ellas desde las mayores distancias. Cuán afortunados son los pies de éstos hombres á quienes vemos venir desde lo alto de las montañas á traer la paz, anunciar los bienes eternos, predicar la salud y decir: „O Sion, tu Dios reynará sobre tí! Hé aquí éstos nuevos conquistadores que vienen sin armas, excepto la cruz del Salvador: vienen, y no para arrebatarse las riquezas ni derramar la sangre de los vencidos, sino para ofrecer su propia sangre y comunicarles el tesoro celestial.”

„Pueblos que los visteis venir, ¿cual fué entonces vuestra sorpresa, ni quien es capaz de representarla? Ved aquí á unos hombres que sin ser atraídos por ningún motivo de comercio, ni de an-

„bicion, ni de curiosidad, se dirigen á vosotros; unos
„hombres que sin haberos visto nunca, sin saber
„siquiera donde estabais, os aman tiernamente, lo
„dejan todo por vosotros, y os buscan al través de
„todos los mares con tantas fatigas y peligros, para
„daros parte en la vida eterna que han descubierto!
„Naciones sepultadas en la sombra de la muerte,
„¡que luz sobre vuestras cabezas!”

¡Que variedad en el cuadro! ¡Que energia
en la narracion! ¡Que destreza tan exquisita en la
eleccion de las circunstancias! *La caridad va mas
lejos que el orgullo.* ¡Podrá presentar la elocuencia
antigua cosa alguna comparable con esta observacion
tan natural, tan simple, y al mismo tiempo tan sub-
lime! ¡Con cuanta imaginacion y grandeza pinta los
obstáculos que arredran á los heroes y desaparecen
bajo los pies de los Apóstoles! Si solo la religion
cristiana podia ministrar la materia, el talento de
Fenelon era el único capaz de manejarla con tan
insigne superioridad. Todo aquí se halla en mo-
vimiento y en su propio sitio; pero principalmente
¡de que manera tan feliz acertó á preparar la ex-
clamacion que termina este magnifico cuadro! *Na-
ciones sepultadas en las sombras de la muerte, ¡que luz
sobre vuestras cabezas!* ¡Cuándo se pintó la admira-
cion de una manera mas sublime! Quitese la elipsis y
desaparecerá todo el cuadro y perderá su interes el
movimiento; mas estos son los secretos preciosos del
ingenio, donde nunca penetrarán las reglas del arte.

Fenelon nos trasporta consigo al reyno de
Siam y al Japon, y no teme desafiar los peligros
que presenta tanto este como la China para los
embiaados de Dios, por que ha visto triunfar de to-
dos aquellos á un santo Obispo que habia dado la vuel-
ta al mundo. En una página poco mas nos cuenta
de la manera mas interesante las peregrinaciones
que habia hecho este apóstol de la caridad. Con
la ternura de un hijo nos habla de sus costumbres
puras y de las lecciones de virtud y sabiduria que
daba con sus ejemplos. Una vez que se anticipa,

una situacion deplorable, las penitencias y trabajos
de aquel misionero que estaba ya al borde del sep-
ulcro no fueron bastantes á contenerlo, por que
el fuego de la caridad que ardía en su pecho lo
llamaba otra vez á la China. Incapaz ya de de-
tenerlo, se dirige á él con una voz llena de triste-
za pero al mismo tiempo de resignacion. „Id pues,
„anciano venerable, atravesad una vez todavia el
„Oceano admirado y sumiso; id en nombre de
„Dios. Vos veréis la tierra prometida; os será da-
„ño penetrar en ella, por que habeis esperado con-
„tra la misma esperanza. La tempestad que debia
„causar el naufragio os arrojará sobre la deseada
„costa. Por el espacio de ocho meses hará vues-
„tra voz moribunda que los muros de la China
„resuenen con el nombre de Jesucristo. ¡O muer-
„te precipitada! ¡O vida preciosa que debia durar
„mas largo tiempo! ¡O dulces esperanzas tristemente
„arrebataadas! Pero adorémos á Dios y callemos.”

Se descubre en este pasage un no sé qué
de melancólico y sombrío, á la vez que de grande
y magestuoso: es el corazon que oprimido con el
peso de unas memorias tiernas y venerables y agi-
tado por vagos presentimientos, no puede manifes-
tarse del todo: aquí la imaginacion y el sentimiento
se substituyen á la exactitud lógica de las ideas, por-
que el corazon demasiado zeloso, nunca se digna
de hablar al entendimiento. ¡Solo el que siente como
Fenelon es capaz de una ternura tan delicada y
penetrante!

De otro orden ciertamente, aunque no de
menor interes en su línea, es el punto que viene
á suceder á este movimiento patético; por que sin
perder de vista su objeto, ataca á los protestantes co-
mo á unos hermanos que sin guia que los conduzca,
vagan errantes fuera de la Iglesia Romana que es su
centro. El orador echando una mirada á las épocas
mas lejanas de la historia, recuerda con placer y
con un aire de sorpresa, que está usando precisa-
mente del mismo idioma con que San Agustín ata-

caba á las sectas de su siglo. Presenta á la Iglesia en la cumbre de un elevado monte fijando la vista, dirigiendo los pasos y sosteniendo las esperanzas de todos los pueblos. Empleando con una sabia economía los procedimientos de la lógica mas estrecha y los encantos de una imaginacion seductora, nos embelesa con sus cuadros; pero dejándonos percibir en ellos mismos la fuerza de la realidad. „Esta sabia sobriedad de imaginacion, dice el Cardenal de Maury, sin la cual nada existe digno del buen gusto, le permite coordinar sus cuadros con tal arte y medida, que producen siempre un efecto maravilloso sia que se descubra nunca esfuerzo ni artificio.

„Invita luego á los ministros de la religion, afin de que se consagren á los trabajos apostólicos; y despues de citarse él propio al tribunal de sus oyentes, osa preguntarse á sí mismo, ¿por qué no se pone á la cabeza de aquellos misioneros cuyo zelo estaba inflamando? ¿Porqué limitándose á piadosas exhortaciones, no se apresura á darles el ejemplo? A la sorpresa que excita una franqueza tan valerosa, suceden la emocion todavía mas viva y el suave enternecimiento que inspira la humildad sublime con que inmediatamente responde.”

„Que no pueda yo, hermanos míos, exclamar como Moyses á las puertas del campo de Israel: si alguno pertenece al Señor, únase á mí! Dios me sirve de testigo; Dios delante de quien estoy hablando; Dios á cuya presencia sirvo cada día; Dios que lee en todos los corazones! Señor, ¿vos lo sabéis; confuso y penetrado de dolor y admirando vuestra obra, no siento en mí ni el esfuerzo, ni el espíritu que son necesarios para ir á cumplirla! ¡Felices aquellos á quienes concedéis el hacerlo! ¡Feliz yo mismo, á pesar de ser tan débil y tan indigno, si pueden mis palabras encender en el corazón de algún sagrado ministro esa llama celestial con que un pecador como yo no merece estar inflamado.”

La inagotable imaginacion del Arzobispo de Cambray, no cesa en toda la serie de este discurso de presentarnos cuadros que se suceden sin asemejarse nunca, y crecen siempre en esplendor y en interes. Transportando á sus oyentes á aquellas regiones lejanas donde se complace en descubrir los consuelos y triunfos de los misioneros, describe Fenelon con el mas tierno interes las costumbres sencillas, el fervor y la piedad de los pueblos orientales.

„Allí, dice, ninguno se atreve á ofrecer á la vista de aquellos fieles llenos de un fervor santo á nuestros tibios cristianos de la Europa, recelando con mucho temor que este ejemplo contagioso les enseñe á amar la vida y á abrir sus corazones á las alegrías emponsoñadas del siglo. El evangelio integro todavía produce en ellos aún su natural expresion: por que forma pobres bienhadados, afligidos que hallan alegría en sus lágrimas y ricos que temen tener su consuelo en este mundo; por que todo medio entre el siglo y Jesucristo es ignorado allí; porque no saben aquellas almas felices otra cosa que orar, ocultarse, sufrir y esperar. ¡O amable simplicidad! ¡O fé virgen! ¡O alegría pura de los hijos de Dios! ¡O hermosura de los antiguos tiempos que Dios ha vuelto á producir en la tierra, y de la cual no nos resta á nosotros ya sino una triste y vergonzosa memoria! ¡Ah! ¡Infelices de nosotros! Hemos pecado, y nuestra gloria por esto nos abandona; vuela mas allá de los mares; un nuevo pueblo nos la arrebató: he aquí, hermanos míos, lo que debe hacernos temblar.

Nada es mas bello que este último trozo. ¡Que ternura en los sentimientos! ¡Que sencillez tan agradable en la narracion! ¡Cuanta nobleza en el estilo! Y sobre todo, ¡que naturalidad en la transicion al segundo punto! Ella es la imagen fiel de esos colores desvanecidos con tal arte, que insensiblemente pasa la vista del uno al otro de los extremos! ¡O amable simplicidad! ¡O fé virgen! He

aquí la alegría; pero no muy exaltada sino con cierta melancolía que luego se trasluce y va creciendo suavemente hasta que domina del todo: „¡O heimosura de los antiguos tiempos que Dios ha vuelto á producir en la tierra, y de la cual no queda entre nosotros ya sino una triste y vergonzosa memoria!” He aquí la alegría que inspiraba la primera parte moderada ya por una idea muy desconsoladora. *¡Ah infelices de nosotros!* veamos ahora la perspectiva completamente variada: las naciones orientales han desaparecido, y los oyentes no pueden distinguir ya sino á sí mismos. „Hemos pecado, continúa, y nuestra gloria por esto nos abandona: vuela mas allá de los mares: un nuevo pueblo nos la arrebató. Esto es, hermanos míos, lo que debe hacernos temblar.” He aquí á la Francia que por cierta especie de encanto vino á reemplazar á las regiones del Oriente: he aquí una perspectiva óptica de las mas bellas: es la imágen de un cielo puro que repentinamente se vé cubierto de nubes espesas que arrebatan el día y la luz á los ojos de los hombres. Un cuadro nuevo se descubre á los espectadores; por que la alegría que en la primera parte se respira, no queda ya sino en la clase de una triste y vergonzosa memoria. *¡Hé aquí al verdadero orador!*

SEGUNDA PARTE.

AL principio de la segunda parte Fenelon pinta con la mas varonil y rica elocuencia la proscripción de los judios y la defección de la creencia católica en las vastas regiones del Levante, „de donde la fe, dice, se levanta sobre nuestras cabezas como el Sol. *¡Que ha sido de aquellas famosas Iglesias de Alejandria, de Antoquia, de Jerusalem, de Constantinopla, que tenian subordinadas á sí otras innumerables? Allí es donde por espacio de tantos siglos sufocaron los mas negros*

„errores aquellos concilios y pronunciaron oráculos que vivirán eternamente; allí es donde con tanta magestad reynaba la antigua disciplina, modelo por el cual suspiramos hoy en vano. Aquella tierra estaba regada con la sangre de los Mártires; exhalaba el perfume de las virgenes; el mismo desierto florecía con sus solitarios. Pero todo ha sido asolado en aquellas montañas que destilaban leche y miel, y donde pacian libres de todo recelo los rebaños de Israel. *¡No son ahora mas que cavernas inaccesibles de serpientes y basiliscos!* „*¿Que ha quedado ya de las costas de la Africa, donde las juntas de los Obispos eran tan numerosas como los concilios generales, y donde la ley de Dios aguardaba su explicacion de la boca de Agustin? Yo no veo mas que una tierra despidiendo todavia el humo del rayo que Dios ha lanzado sobre ella.*

„Nada puede presentarse, dice Maury, superior á este último rasgo que envidiaria á Fenelon la inspiracion mas poética: pero yo me engaño, por que va á verse otro movimiento oratorio de una impetuosidad aun mas vehemente y una pintura de costumbres ejecutada con un buril mucho mas profundo y enérgico. Es ese hacinamiento de ideas de un efecto siempre progresivo cuyo poder á veces despliegan los grandes oradores para subyugar y arrastrar á su auditorio, precipitando, por decirlo así, con la rápida aceleracion de un grande rio una elocuencia impetuosa cuyo movimiento continuo arrastra todo lo que encuentra en su curso.”

„*¿Que haria la religion cristiana mas tiempopo en aquellos pueblos corrompidos hasta la raiz, que no llevan el nombre de fieles sino para denigrarlo y profanarlo? Cobardes é indignos Cristianos, por vosotros el cristianismo está envilecido y desconocido, por vosotros el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles; no sois mas que una piedra de escándalo en las puertas*

„de la casa del Señor para hacer caer á todos aque-
 „llos que se dirigen á ella en busca de Jesucris-
 „to..... El orgullo ha roto sus diques
 „è inundado la tierra; todas las condiciones se han
 „confundido; el fausto se llama cultura; los insen-
 „satos arrastran á los prudentes y los hacen se-
 „mejantes á ellos; la moda es una ley tiránica á
 „la cual se sacrifican las mismas leyes; el último
 „de los deberes es la satisfacción de las deudas;
 „los ministros del púlpito no se atreven á interceder
 „ya en favor de los pobres á vista de la multitud
 „de acreedores que hacen subir sus clamores hasta
 „el Cielo. Así es como la justicia hace enmudecer
 „á la caridad; pero la justicia misma no es escucha-
 „da..... La simplicidad, la modestia, la fru-
 „galidad, la probidad exacta de nuestros padres
 „pasan por virtudes rígidas y austeras de un tiem-
 „po demasiado burdo. Bajo el pretexto de civili-
 „zarse, los hombres desfallecen en el deleite al paso
 „que se obstinan contra la virtud y el honor; cá-
 „da día se inventan hasta lo infinito necesidades pa-
 „ra autorizar las pasiones mas odiosas. ¡Detestable
 „refinamiento de nuestros días, monstruo de nues-
 „tras costumbres! La miseria y el lujo se aumentan
 „como de concierto; prodigamos nuestro propio inté-
 „res, para ser devorados muy pronto por la codicia de
 „lo ajeno. La ruina es el primer paso de la for-
 „tuna; ¡Quién podrá soportar las altanerías locas
 „que afecta el orgullo, ni las bajezas infames que
 „el interés obliga á cometer? Ya no se conoce
 „mas prudencia que el disimulo, otra regla de las
 „amistades que el interés, ni beneficio alguno que
 „conserva la adhesión de los hombres desde que se
 „les encuentra inútiles ó fastidiosos. Gastados has-
 „ta la médula de sus huesos por los sacudimientos
 „y encantos de violentos y refinados placeres, los
 „hombres no encuentran mas que una enfadosa dul-
 „zura en los consuelos de la vida inocente; y des-
 „de que no se sienten animados por los furores de
 „alguna pasión, caen en las mortales languideces

„del fastidio. ¡Es esto ser cristiano? ¡Vamos, va-
 „mos á otras tierras donde no estemos reducidos á
 „ver tales discipulos de Jesucristo! ¡O Evangelio!
 „Es esto lo que vos enseñais? ¡O fé cristiana!
 „¡Véngate! ¡Deja caer una eterna noche sobre la
 „faz de esta tierra, de esta tierra cubierta con un
 „diluvio de iniquidad!

Pero veamos por último y sin lisongearnos
 „cuales son los recursos que nos quedan. ¡Que
 „autoridad será bastante á enderezar unas cos-
 „tumbres tan depravadas? Una sabiduria vana y
 „sin sobriedad, una curiosidad soberbia y desen-
 „frenada arrastra los espíritus; el Norte no cesa de
 „producir nuevos monstruos de error; entre estas
 „ruinas de la antigua fé todo cae, todo cae como
 „á pedazos, y el resto de las naciones cristianas
 „resiente las consecuencias de este formidable gol-
 „pe; vense los misterios de Jesucristo sacudidos con
 „fuerza hasta sus fundamentos; hombres profanos
 „y temerarios han salvado la barreras y enseñan-
 „do á dudar de todo; esto es lo que oímos todos
 „los días; un ruido sordo de impiedad que viene
 „á herir nuestros oídos, despedaza nuestro corazón.
 „Después de haberse corrompido en lo que cono-
 „cen, blasfeman de lo que ignoran. ¡Prodigio reser-
 „vado á nuestros días! ¡La instruccion se aumenta
 „y la fé se disminuye! La palabra de Dios que
 „antes era tan fecunda llegaria á ser estéril entre
 „nosotros si la impiedad se atreviese á ello; mas
 „esta tiembla bajo el poder de Luis que semejan-
 „te á Salomon la disipa con sus miradas. Sin
 „embargo, entre todos los vicios ninguno se teme
 „mas que el escándalo; ¡que digo! el escándalo
 „mismo está en su colmo: por qué la incredulidad
 „aunque tímida no está muda, pues sabe desli-
 „zarse blandamente en las conversaciones tan pron-
 „to con envenenados chistes, tan pronto con cues-
 „tiones en que se quiere tentar á Jesucristo á se-
 „mejanza de los fariseos. Entre tanto la ciega pru-
 „dencia de la carne que se arroga el derecho de

„moderar la religion, deshonra y enerva la poca fé
 „que queda entre nosotros. Cada cual marcha por
 „el camino que le señala su propio juicio, é in-
 „genioso para engañarse á sí mismo se forma una
 „falsa conciencia. Reconoced la autoridad de los
 „Pastores y lograréis la uniformidad de la disciplina.
 „El desarreglo incapaz de contentarse con que se
 „le tolere, quiere ser la regla misma y llama exceso
 „cuanto se le opone. La casta paloma, cuyo pa-
 „trimonio aquí abajo son las lágrimas, redobla sus
 „gemidos. El pecado abunda, la caridad se resfria,
 „las tinieblas se espesan, el misterio de la iniqui-
 „dad se forma y en estos dias de ceguera y de
 „pecado hasta los elegidos serian engañados si pu-
 „dieran serlo. La antorcha del Evangelio que debia
 „dar la vuelta al mundo, termina su carrera. ¡O
 „Dios! ¡Que veo! ¡Donde estamos? ¡El dia de
 „la ruina está cercano y los tiempos se apresu-
 „ran á llegar! Pero adorémos en silencio y tem-
 „blando el impenetrable secreto de Dios.”

Así concluye Fenelon la segunda parte de este magnífico discurso. Tal vez ninguno de su clase podrá ofrecerse al paralelo, para obtener sobre esta pieza el fallo de una superioridad indisputable. Si se trata de las pruebas, ¡cuanto no resplandece aquí la copia mas sorprendente de doctrina, el predominio sobre la historia, la erudicion del mejor gusto, la mas adecuada y perfecta filosofia, la concordia de cuanto mas escogido abrazan en su inmenso conjunto la erudicion sagrada y la profana, con lo que mas arrebatada y subyuga en un entendimiento claro y penetrante; las verdades austeras de la moral con los atavíos primorosos y exquisitos de una feliz imaginacion! No se encuentran aquí ni las prolijidades que fastidian, ni las sutilezas que atormentan, ni las pesadas discusiones que cansan, ni las vanas imágenes que esterilizan, ni el follage y la hichazon que nunca satisfacen, ni la sencillez lánguida que obstruye la fuente del sentimiento, ni la luz que se ofusca, ni las flores que se marchitan.

Los movimientos tan suaves como el alma de Fenelon son tal vez mas irresistibles que la voz impetuosa de Bossuet. Sencillo pero al mismo tiempo elevado, aquel Orador estimable derrama la claridad sobre cuanto expone y levanta al mismo tiempo el espíritu de los fieles que le escuchan hasta la altura de sus grandes pensamientos. Su estilo se desliza como una blanda corriente, mas arrastra al mismo tiempo como los caudalosos rios; y mientras respeta en sus márgenes á la tierna y delicada rosa, postra en los bosques al orgulloso cedro y á la robusta encina.

EPILOGO.

¿Como cerrará el Orador esta obra maestra de la elocuencia religiosa? ¿Tronará como Bourdaloue contra los vicios de su patria? anunciará como Massillon el fin de los tiempos? ó descenderá como Bossuet el misterioso velo del sepulcro ante un auditorio de reyes? No temais sorprender al Cisne de Cambray fuera de aquella tranquila y deliciosa senda tocada solo por su planta. Recorred el campo inmenso de la filosofia, subid á colocaros en las faldas del Pindo, examinad las correspondencias de una amistad sincera, escuchad los consejos místicos de las almas piadosas, dad la vuelta á la esfera indefinida de la política, id á conversar en el sepulcro con los que ya gozaron de la vida, pedid á la naturaleza que os revele sus arcanos, buscad finalmente al genio del Orador en el teatro vastísimo de la elocuencia; (*) y siempre encontraréis y por todas partes á este hombre privilegiado, á este vencedor sin vencidos, á esta alma feliz que no tuvo modelo; encontraréis por todas

(*) Alusiones todas á los diferentes géneros en que se ejerció Fenelon.

partes la sublimidad humilde, la serena ternura, el apasionado interes, la caridad inflamada, el prudente zelo, la dulzura inimitable, la imaginacion única, la virtud ilustre y seductora del amable Fenelon.

Vedlo cómo se recoge, cómo busca en la inmensa familia del genero humano aquellas pocas almas que en el silencio de su retiro conservan inextinguible la luz de la fé y el fuego puro de la caridad: vedlo postrado á los pies del trono del Eterno, deshecho en lágrimas y reclamando con ellas las gracias de la redencion. Su patria entonces presente á su espíritu, parece inspirarle aquellos sentimientos de ternura que fluyen de sus labios para elevarse hasta el cielo.

„Almas recogidas, exclama, almas fervorosas, apresuraos á detener la fé ya próxima á volar de entre nosotros. Sabeis que diez justos habrian salvado la Ciudad abominable de Sodoma que consumió el fuego del cielo. A vosotras corresponde gemir incesantemente al pie de los altares por aquellos que no lloran sus miserias. Oponeos; sed el escudo de Israel contra los rayos de la cólera del Señor; haced violencia á Dios, mirad que así lo quiere; detened con vuestra mano inocente la cuchilla ya levantada.”

„Señor, que decis en vuestras escrituras: *„Aun cuando una madre olvidase á su propio hijo, fruto de sus entrañas, yo no os olvidaré nunca:* no aparteis vuestra presencia de nosotros. Que vuestra palabra crezca en esos reynos á donde vos la enviáis; pero no olvideis las antiguas Iglesias, cuya mano habeis conducido tan felizmente para plantar la fé en esos nuevos pueblos. Acordaos de la silla de Pedro, fundamento inmóvil de vuestras promesas. Acordaos de la Iglesia de Francia, madre de la de Oriente y en la cual ha resplandecido vuestra gracia. Acordaos de esta casa que es la vuestra, de los obreros que ella forma, de sus lágrimas, de sus oraciones, de sus traba-

„jos. ¿Que os diré yo, Señor, por nosotros mismos? Acordaos de nuestra miseria y de vuestra misericordia. Acordaos de la sangre de vuestro hijo que mana sobre nosotros, que os habla en favor nuestro y en la que ponemos toda nuestra confianza. Lejos de arrancar de nosotros según vuestra justicia esta poca fé que nos queda aun; aumentadla, purificadla, vivificadla. Que penetre todas nuestras tinieblas, que sufoque todas nuestras pasiones, que rectifique todos nuestros juicios, á fin de que despues de haber creído aquí abajo, veamos eternamente en vuestro seno lo que ha sido el objeto de nuestra creencia.”

He aquí una idea muy ligera de esta obra incomparable de la oratoria cristiana. Ella contiene, como anuncié desde el principio, cuantas prendas caracterizan á un Orador de primer orden, puesto que se hallan aquí reunidas en alto grado la lógica, la poesia y las pasiones. Un raciocinio que incesantemente progresa y siempre con una rapidez asombrosa; ideas que se suceden con extraordinaria facilidad sin confundirse nunca; una verdad urgente y llena de insinuacion y de vida; imágenes ricas, pintorescas y dignas de figurar con brillo en los mas elevados poemas; contrastes muy seductores por su hermosura y naturalidad; cuadros escogidos en la historia con increíble economia, presentados con la mas clara concision y de aplicaciones tan felices, que persuaden mas altamente que los mejores argumentos; lo bello, lo grande y lo sublime, lo suave, lo fuerte y lo apasionado ocupando siempre aquel sitio que la crítica tiene fijado ya y que les asigna el buen gusto: movimientos felicísimamente prevenidos y extraordinariamente variados, como la admiracion que suspende las potencias, ó tal vez el saludable terror que nos hace estremecer á vista de nuestro futuro destino. ¿Como caracterizar una elocuencia que así hace fluctar nuestro espíritu en un golfo de sentimientos tan varios y profundos? Unas veces nos deja pene-

traídos íntima y profundamente de una desesperada tristeza; otras debilita con dulzura inefable tan horrible pasión para dejarla en un grado de melancolía dulce y atractiva, fuente perenne de las más plenas y satisfactorias delicias; hasta que por fin retirando muy lejos los términos de la esperanza, priva de su fuerza natural á nuestro espíritu, para dejarlo caer en esa languidez extremada que se parece tanto al postrer sueño del hombre.

Vense aquí juntas y mutuamente sostenidas la dialéctica triunfadora de Bourdaloue sin aquella erudición recargada ni el tono cuasi escolástico donde hallan algunos los títulos de su gloria, y muchos otros el menoscabo de su poder; la fecundidad prodigiosa de Massillon sin esas amplificaciones frías con que debilita la acción de su elocuencia, ni ese amontonamiento de ideas terribles con que agobia muchas veces, y los vuelos atrevidos, arrebatados y siempre sublimes, y siempre felices de la Aguila de Meaux. ¿Cual será pues el modelo de esta elocuencia singular que parece no asemejarse á ninguna? ¿En que fuente bebería Fenelon esta unción exquisita, esta persuasión tan dulce, este derretimiento con que parece resolver nuestro espíritu con los transportes del amor? ¿Lo dire? No busqueis el modelo en Demóstenes, en Tulio ni en Bossuet: leed á Isaías el más sublime de todos los profetas: mirad cuán suavemente se comunica su inspiración al genio de este admirable Pontífice: mirad cómo brilla por todas las partes de este magnífico discurso esa poesía soberana que depositan las escrituras santas y que tanto ha elevado á Racine sobre Virgilio y á La Martine sobre Píndaro: pero leed sobre todo el evangelio, escuchad á Jesucristo en las situaciones diferentes de su peregrinación por la tierra: acordaos de aquella indeficiente y atractiva amabilidad que trascendía siempre á sus palabras, de la gracia interesante y tranquila de sus instrucciones, de aquella sabiduría profunda que los mismos impíos

han admirado en sus discursos. Ved en el evangelio la verdadera fuente de la elocuencia sagrada y el ejemplar que tenía siempre á su vista el Arzobispo de Cambray.

¿Pero qué palabras bastarian á encarecer nunca esta pureza única de gusto, esta perfección inimitable de estilo, esta sobriedad poética de un genio inspirado que nunca abusa de sus tesoros, y esta ternura finalmente con que hubiera podido honrarse el mismo Virgilio? ¿No nos complacemos en sorprender en esta elevada sencillez al discípulo, al émulo, al eminente admirador de Homero? Al echar la vista por estas páginas de oro, ¿no nos creemos trasladados como por encanto á los tiempos felices de la culta Grecia?

¿Por que fatalidad inconcebible esos críticos minuciosos llenos de erudición y curiosidad y tan ansiosos de sorprender con mil descubrimientos al mundo literario, que ocuparon los mejores días de su existencia en analizar el siglo de Luis XIV, no han asociado, cuando se trata de la oratoria del púlpito, el amable nombre de este esclarecido Pontífice al de Bossuet, Massillon y Bourdaloue, que son justamente vistos como el glorioso triunvirato de la elocuencia religiosa? Si debemos lamentar á nombre de las letras, dice Mauroy, que Fenelon más amigo de Jesucristo que de la celebridad, contento siempre con abandonarse á las inspiraciones del momento, no nos haya dejado una galería de obras maestras para las cuales tenía elementos tan fecundos; no le rehusariamos sin injusticia y sin ingratitud esa gloria que le cubren las dos producciones eminentes que legó á la admiración de la posteridad. No es la multitud sino la importancia de los títulos quien distribuye y fija los asientos en el Santuario de la gloria.

En vano llenaria muchas páginas desahogando sabrosamente los sentimientos que este discurso me inspira, porque no es dado transmitirlos ni pin-

tarlos al débil influjo de mi expresion. Hay en esta obra tal concurso de circunstancias, que para elogiarla dignamente seria necesario no solo poseer la materia con perfeccion, sino detenerse mucho en cada una de sus partes. Una de las cosas mas admirables en ella es la mezcla que descubrimos á cada paso de la sublimidad y la ternura: porque se hace increíble que hayan sabido asociarse constantemente dos sentimientos que si no son opuestos entre sí, á lo menos se hallan colocados á distancias inmensas. Lo tierno pertenece á esa belleza singular que parece nacida para mantener al alma en aquel suave y delicioso recreo que no se hermana casi nunca con los sacudimientos que causa lo sublime. Yo me fatigo buscando en los otros escritores un carácter semejante de estilo, y á la verdad no puedo encontrarlo. Cierto es que el alma del autor se pinta regularmente en sus obras, pero esta circunstancia es tan característica de Fenelon, que nos vemos tentados á reputarla por única. Su alma se mezcla en todo, y todo lo atrae con dulzura inefable: y nosotros no sabemos como definir esos trasportes continuos que tan profundamente nos arroban y esos golpes terribles que nos hacen estremecer, cuando todo conspira á la calma y todo anuncia la serenidad y la quietud. El panegirista de las acciones guerreras podrá tal vez unir su nombre al de los héroes que celebra, mediante los primores de un bello estilo; pero el que habla de las producciones insignes que enriquecen la literatura habrá siempre de resentir el humillante golpe que le prepara la desventaja de su posicion. El mejor modo, por no decir el único de alabar el genio oratorio, dice el autor citado, será siempre someterlo á la mas concluyente de las pruebas, la de referir textualmente no un bello pasage aislado que la casualidad pudiera ofrecer en una mala composicion; sino muchos de ellos bien sostenidos, por que solo así se conocen los talentos de primer orden á favor de unas obras esclarecidas y perfectas, á donde la mediania no toca jamas.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

EL SERMON DE LA IMPENITENCIA FINAL

PREDICADO

POR MASSILLON.

EL mérito de esta oracion se anuncia ya desde la feliz aplicacion del texto. *Ego vado, quaretis me, et in peccato vestro moriemini.* Quien toma por tema de su discurso una sentencia capaz por si sola de conmovier con una fuerza irresistible á todos aquellos, que en medio de sus desórdenes conservan aunque lánguidamente la fé del cristianismo, se anuncia ya desde el punto de partida como un hombre superior y dominante, que tiene en una mano la espada de la ley, y refrena con la otra las pasiones de los que le escuchan; que Señor absoluto de la materia que va á tratar, ni teme que le abandone la soberana inspiracion del genio, ni duda sojuzgar á los hombres y extender las conquistas de la cruz con el poderoso influjo de la palabra.

No extrañemos pues que inflamado el Orador al pronunciar aquella sentencia de Jesucristo, se aparte de la sencillez comun de los exordios, para abrir el suyo amagando fuertemente á los que le escuchan con los temores que naturalmente fluyen de una amenaza fulminada por la verdad eterna contra el pecador impenitente. *Si no os habeis estremecido, católicos,* les dice, *al oír pronunciar*

estas palabras, las mas terribles sin duda que se leen en nuestros libros santos, no encuentro en la religion cristiana verdad alguna que sea capaz de conmovernos.

Abrir con esta cláusula el exordio es no simplemente ver con desprecio los lugares comunes á donde se acoge un miserable y estéril retórico, no simplemente enlazar la introduccion con la materia del discurso; sino entrar en su fondo sin desflorar los primores de una novedad atractiva, abrirse brecha por medio de las circunstancias mas cercanas y marchar directa y osadamente al corazon: es consultar á la naturaleza en su parte mas fecunda y seguir fielmente el orden de las ideas y la cronología de los sentimientos, moviendo así con destreza inaudita los escondidos y maravillosos resortes del hombre moral.

En el resto del exordio descubrimos con agradable sorpresa no la pausada y exquisita coordinacion de pensamientos por donde pasa un Orador á fijar el plan de su discurso, sino una reunion anticipada de las verdades mas terribles cuyo desenvolvimiento forma el cuerpo de la composicion, y un movimiento patético encaminado á Dios á vista de aquellas demostraciones de penitencia que hace el pecador en el último de sus dias. La circunstancia de hallarse tambien en el discurso este y otros movimientos semejantes ministra apariencias razones á la crítica, para censurar en el Orador una falta, que consiste en anticipar movimientos dignos de reservarse para aquellos puntos del discurso donde deben excitarse las pasiones; pero á los ojos de aquel que se hace cargo de todas las circunstancias, debe aparecer aquella como una señal infalible del buen gusto y superioridad del Orador. En efecto, despues de pronunciado el texto, y un texto que debia producir una gran revolucion en el espíritu de los fieles, que abrigaban todavia los temores y las esperanzas eternas, ¿pudiera haberse escogido otro medio que el

de proteger esta primera impresion de la gracia, disponiendo así el corazon á la mas bella de todas las reformas? Si el objeto de los exordios, como nadie ignora, es captarse la benevolencia del auditorio y excitar fuertemente su atencion, para contar así con aquella docilidad que acertadamente se mira como el primer triunfo de la elocuencia; ¿no reune *el de la Impenitencia Final* los medios mas eficaces para producir tan maravillosos efectos? ¿Quién no prodiga las efusiones de su ternura y de su amor á un Apóstol benéfico, que se muestra tan lleno de inquietud y sobresalto, á vista del inmenso abismo que se abre delante de nosotros? ¿Quién no despierta del profundo letargo en que le tienen las pasiones, cuando el estallido del trueno le hace palpitar á las ideas de MUERTE, ETERNIDAD, anunciándole una borrasca en que infaliblemente debe perecer? ¿Quién finalmente no vuela deshecho en lágrimas de arrepentimiento á lanzarse en los brazos de aquel Angel tutelar que se le presenta como enviado del cielo, á fin de conducirlo por una senda menos escabrosa hácia aquel reyno de paz y de ventura en que gozan de una felicidad inamisible aquellas almas dichosas que á fin de salvarse de tantos riesgos, se habian abandonado suavemente á la direccion de los ministros del santuario?

„Si dilatais vuestra conversion hasta la hora
„de la muerte, moriréis en vuestro pecado: por que
„entonces ya no estaréis en estado de buscar á
„Dios; y por que aun supuesto que os hallaseis en
„estado de buscarle, serian inútiles vuestros esfuer-
„zos para volveros á él, porque no le encontra-
„rais.” Este es el plan y la division del discurso,
plan rico y fecundo que abre camino á la irre-
sistible marcha de la dialéctica, que ministra pá-
bulo á la actividad prodigiosa de la imaginacion,
y que brinda al sentimiento con aquellas pasiones
que declarandó solemnemente el poder, se elevan
de ordinario hasta la esfera de lo sublime. Si

la mayor parte en el buen ó mal éxito de un discurso cabe segun afirman los mejores críticos á la eleccion del plan y distribucion de la materia; el que ha escogido Massillon, y el modo particular con que lo distribuye, nada deja que apetecer, ni para el convencimiento ni para la persuacion. La primera parte contiene una verdad que por si sola hace estremecer: *la penitencia en el lecho de la muerte es casi siempre imposible*; pero cuando el Orador reserva para la segunda probar que, *seria del todo inútil, aun cuando fuese posible*, obstruye todas las sendas y aniquila todos los recursos. *No podremos hacer penitencia en la hora de la muerte*: ¡Espantosa amenaza! *Nada conseguiriamos aun cuando lo pudiesemos*: ¡Golpe terrible, decisivo, mortal! ¡Verdad que despedaza el corazon!

PRIMERA PARTE.

EL progreso del raciocinio en la primera parte no es menos expedito, por que las causas de donde pretende el Orador deducir sus pruebas, llegan hasta la demostracion, derramando así la evidencia sobre la primera verdad, cuyo objeto es lo imposible de la penitencia en la hora de la muerte. „No estaréis entonces, dice, en estado de buscar á Jesu-Cristo, por que os faltará tiempo, ó en caso de que se os conceda, no os lo permitirá la opresion de vuestros males; ó finalmente, por que aunque vuestros males os lo permitan, vuestras antiguas pasiones opondrán á ello unos obstáculos que entonces no podréis vencer.” Es imposible llevar mas adelante la lógica, y preparar mejor la inteligencia del auditorio á las fuertes impresiones de las grandes verdades. El Orador se abre por si mismo una marcha segura no menos

al convencimiento que á la persuacion. ¡Con que agradable novedad sorprende á sus oyentes con la rápida y enérgica narracion de esos acontecimientos diarios y terribles, que arrebatan á cada paso de la escena del mundo á los que habian hallado en él sus placeres! ¡Que no perdonan ni á la vida inocente del niño, ni al tierno y cariñoso interes del jóven lozano, ni á las canas respetables del viejo! ¡Con que fuerza y oportunidad recuerda á los que le escuchan la poca razon que tienen para fiarse en el tiempo! „¿De quien dependen, exclama, los dias y los años? ¡Quien hace que el Sol salga y se oculte sobre nuestras cabezas? ¡Podeis acaso vosotros mandar á este Astro, como aquel Capitan del Pueblo de Dios, que se detenga y que alargue el dia de vuestra vida, para daros tiempo de acabar la victoria y de domar vuestras pasiones? ¡Los títulos, el puesto, el poder, ni aun los mismos cetros os dan derecho sobre uno solo de vuestros instantes? ¡Los que mandan en la tierra pueden asegurar para sí mismos el instante siguiente? No es esto en lo que Dios quiere darnos á conocer que es nuestro dueño, que tiene nuestra suerte en sus manos, y que no tenemos excusa para adherirnos con tanto apego á un mundo, al que nunca podemos estar unidos, mas que el instante presente que ya no existe?”

„¡O Dios mio! Vos que sois el que únicamente pone límites á la vida de cada uno de nosotros, vos que desde el principio habeis contado mis dias como mis cabellos, que presidisteis al instante de mi nacimiento y desde entonces señalasteis en mi frente el de mi muerte: vos solo, Señor, que habeis escrito en el libro eterno los dias de mi destierro y de mi peregrinacion; vos solo estais viendo si yo me hallo aún lejos de mi carrera, ó si toco ya aquel término fatal, despues del cual no se halla mas que la muerte y el juicio.”

Casi no hay escritor ninguno de cuantos han hablado sobre esto, que no deplora la rápida sucesion del tiempo. Horacio ha consagrado lo mismo que otros poetas, á tan triste materia algunas de sus mas bellas odas; y el *fugaces labuntur anni*, con que abre su poética locucion á Póstumo, se repite aun con placer al cabo de tantos siglos por los que estan medianamente versados en la literatura latina: pero el genio que jamas resiente la esterilidad aglomera, cuando tiene que expresar pensamientos comunes, mil circunstancias felices que los disponen para producir los encantos de la novedad. Massillon deplora la rapidez de los siglos; pero sujeta del todo al Rey de la Eternidad, á quien apostrofa luego con una interrogacion sublime.

El entendimiento necesita muchas veces para recibir en toda su fuerza la impresion de la verdad, que esta le sea presentada por la imaginacion. He aquí lo que particularmente se nota en este trozo donde se manifiesta la temeridad del hombre en fiarse del tiempo con tan absoluta seguridad. Ninguno podia quedar tranquilo en el auditorio despues de un reproche tan tremendo y de esa reunion de casos frecuentes en que los hombres tal vez cuando se hallan mas sumergidos en los placeres, se sorprenden repentinamente en la eternidad. Sin embargo, ¿que excusas no se levantan en el alma que está devorada por el fuego de los vicios? Apenas la conmueve una verdad terrible justificada por la experiencia, cuando se tranquiliza con sofismas peligrosos. Nadie conocia mejor esta situacion que Massillon; y por eso le vemos siempre muy alerta contra las diferentes excusas que no cesa de oponer á la virtud una voluntad depravada. Parece que adivinaba el pensamiento de su auditorio cuando previniendo una especie de objecion le habla de esta manera. *Tal vez os aseguraiis con que estos ejemplos de muertes imprevistas son raros y que no pasan de ciertos golpes ex-*

traordinarios y únicos, que no caen sino sobre un pequeño número de infelices.

A la sorpresa que excita una objecion tan bien presentada sucede una fuerte conmocion cuando el Orador va desenvolviendo por grados un pensamiento que la reduce á polvo. Manifiesta que son tan comunes estos sucesos en el tiempo en que habla, como raros y extraordinarios habian sido en los siglos precedentes, y concluye diciendo, que aun cuando asi no fuese, aun cuando uno solo debiera ser el sorprendido, seria la mayor imprudencia no temer. Esta manera particular de desenvolver las ideas es un indicio seguro de la victoria para la razon: porque unas verdades van así preparando las otras, y todas ellas se ligan y sostienen de tal suerte, que cuando llegamos al último eslabon de esta cadena, nos es imposible resistir al poder del racionio. Por esto el Orador despues de atacar á sus oyentes con estas reflexiones tan insinuantes, concluye su prolépsis anunciando sin vacilar, que la mayor parte de los que espiran son sorprendidos, para deducir al cabo de una serie gradual de conceptos urgentísimos, que *todas las muertes son repentinas; que casi ningun pecador muere creyendo que va á morir; y que no aparezca delante de Dios sin haberse preparado para esa terrible cuenta.* Satisfecho entonces de haber borrado del entendimiento hasta la última huella de una excusa tan peligrosa; no teme ya exclamar con un tono verdaderamente amenazador. *Aseguraos despues de esto con el pequeño número.* Muchos Oradores emplean á cada paso estas y otras amenazas semejantes; pero desprovistas de toda preparacion quedan por lo regular en la clase de comunes declamaciones. Para hablar con un tono de seguridad como este, es necesario haber adquirido antes varios triunfos graduales, y contar con aquella autoridad que se grangea el Orador con el profundo conocimiento del hombre manifestado á cada paso en los racionios mas urgentes. Esta

táctica es tan familiar á Massillon, que muy pocas veces deja de persuadir al instante lo que se propone. Acabamos de verlo en este pasage, donde se nos manifiesta que casi todas las muertes son repentinas, verdad que vemos como una paradoja cuando nimiamente apegados al sentido material de la palabra, continuabamos viendo la cuestion en el orden fisico; pero que llega á los ápices de la evidencia, cuando atentos al desig- nio del Orador la colocamos inmediatamente en el orden moral. No todo lo que es violento es repentino, lo primero se refiere al tiempo, lo segundo á la expectativa ó al descuido. Quien se sorprende con lo que no esperaba tan pronto ve como repentino un suceso que sin embargo pudo haberse preparado con lentitud. ¿Que importa pues que la muerte nos arrebatase despues de haberse anunciado por una larga y penosa enfermedad, ó á tiempo que un rayo se desprende de las nubes? Nada, para el que está continuamente preparado; nada tampoco, para el que opone una resistencia constante y obstinada á la idea de su destruccion. Basta no esperar la muerte para que sea repentina; y como muy raras veces la espera el pecador, puede asegurarse que no tendrá este tiempo para convertirse á Dios si reserva tan grave empresa para el último de sus dias.

„Pero demos, continua el Orador, que se os conceda el tiempo y que los Ministros del Señor, tengan lugar para ir á deciros, como otro tiempo un profeta al Rey de Judá: *dispon las cosas, de tu casa porque vas á morir.*”

Antes de pasar adelante, nótese la oportuna y feliz aplicacion de este lugar de la Escritura. No quiero hablar aquí de ese discernimiento comun con que debe usar de ella el Orador cristiano, porque semejante observacion pareceria en cierto modo ridicula. Cuando nos proponemos alabar á un grande hombre, no es cordura emplear en hacer visibles aquellos rasgos que solo cuentan con

una perfeccion comun, un tiempo que suele escarsearse demasiado, aun tratándose de pinceladas llenas de elevacion y de ingenio. Lo que hay aquí de notable es que Massillon en la simple coyuntura de que se aprovecha para aplicar el texto sagrado, encuentra un medio de manifestar el poder de su talento y de adquirir un verdadero triunfo sobre su auditorio; porque en la misma *concesion* que le hace, descubre sin decir una palabra, que concede lo que es moralmente imposible. Mas para dar claridad á esta idea, permítaseme hacer algunas reflexiones analíticas sobre el pasage de Isaias.

Quando Ezechias oyó el anuncio del Profeta, volviendo su rostro á la pared, oró á Dios en estos términos: *Acuérdate, te ruego y te suplico, ó Señor, de cómo he caminado en tu presencia con sinceridad y corazon perfecto, y que he hecho lo que era agradable á tus ojos.* Esta plegaria llena de resignacion y de piedad anuncia por si sola, que disposiciones tan santas para la muerte son por lo regular una recompensa de la virtud y no el último asilo del vicio; y que á ellas debió el Monarca el favor inestimable de saber por Isaias la proximidad de su fin, y de que Dios le concediese aun algunos años mas, que vivir sobre la tierra.

El cántico de Ezechias, que se lee desde el verso 12 hasta el 20 está lleno de ideas terribles para los que hallan en el mundo sus placeres, y en la vida el centro de su felicidad. Aquí se ve que no pasaba un solo dia sin que el pensamiento de la muerte se levantara en el espíritu de tan piadoso Rey: aquí se ve que la vida no es por lo comun sino un término de prueba y de tribulacion, y un presente muy triste para el que se alarma de continuo con los riesgos innumerables que la rodean. Un Rey que constantemente habia vivido con temor y con temblor alza su voz moribunda para implorar las misericordias del altísimo á tiempo que se le anuncia la formidable cuenta. ¿Que

espera pues la criatura abandonada sin tregua á los placeres de los sentidos y envuelta sin cesar en las borrascas de las pasiones? ¿Podrá lisonjearse de una revelacion feliz que le anuncie su inmediatecion á la eternidad? ¿Tendrán sus últimos dolores bastante elocuencia para persuadirle una verdad tan espantosa? ¡Ah! La esperanza se mide por los deseos; y ninguno mas ardiente agita al pecador, que el de retirar los límites de su existencia para extender el teatro de sus delitos, ensanchar la esfera de sus gozes y prolongar indefinidamente la funesta embriaguez de su corazon. Conceder pues al auditorio que haya de tener tiempo de que los ministros del Señor vengan á decir á cada uno en el extremo de su vida, como el Profeta al Rey de Judá: *dispon tu casa por que vas á morir*; es concederle una gracia rarísima, que solo debe mirarse como la recompensa inmediata de las almas justas; es concederle un imposible; es en fin tocarle una circunstancia de la vida humana que nos hace estremar, una circunstancia donde la virtud mira su garantia y donde el vicio reconoce aunque muy tarde el primer efecto de una sancion que habia despreciado.

Me he detenido sin duda mas de lo necesario en este rasgo que á primera vista nada tiene de notable; pero como estoy entendido en que uno de los secretos mas preciosos de la Arte oratoria consiste en aprovechar ciertas oportunidades en que un texto de la Santa Escritura suele causar un golpe decisivo en el alma, ya se trate de producir el convencimiento, ya de mover eficazmente la voluntad, con tal que el talento del Orador haya sabido prepararlo con destreza; he querido servirme de la presente coyuntura en que Massillon obtiene infaliblemente una victoria al tiempo mismo que parece conceder un triunfo; puesto que ningun pasaje es mas á propósito para confirmar estas ideas.

¿Que dirémos pues cuando á esta concepcion sigue todavía la pintura de una situacion fu-

nesta en que el tiempo mismo no es garantia ninguna para creer que á la hora final habrá tiempo de convertirse á Dios? „Que puede hacer entonces una alma pecadora, consumida de dolores, „desfallecida con el peso y con la multitud de sus „males y que apenas tiene la vida suficiente para „animar su cadáver? ¿Os parece que con un entendimiento que ya se ofusca, con una lengua que „se traba y entorpece, con una memoria que se confunde, con un corazon que se deshace; os parece que en este estado puede un pecador registrar „los abismos de su conciencia? ¿Quereis que pueda conocer con claridad sus escándalos, sus verganzas, sus restituciones, aquel abismo de impurezas en que siempre ha vivido, aquellos escorbos acerca de los cuales nunca se ha explicado bien; y en una palabra, que entre en unos „cuidados y unas menudencias para las que apenas „bastarian el espíritu mas sereno y la mas entera „razon? ¿Quereis que esta alma ya inmóvil y atada con las cadenas de la muerte conozca el horror de sus pasadas iniquidades? ¿que piense seriamente en implorar las misericordias de Dios, „cuando las ideas de aquella última hora no parecen mas que sueños, y los pensamientos son „como los de un hombre dormido?

Para hacer sentir la extrema dificultad de una empresa no hay medio mas á propósito que presentarla bajo un punto de vista bastante claro, para que se pondere su naturaleza, se calcule su extension y se conozcan plenamente los innumerables recursos de que se necesita para llevarla al cabo; pero pasar de aqui á enumerar unas circunstancias cada una de las cuales basta por sí sola para convencerse de que los inconvenientes son gravísimos y los obstáculos insuperables, es demostrar con admirable fuerza que tal empresa viene á ser imposible. He aqui lo que consiguió el Orador poniendo en contraste el empeño de ilustrar la conciencia para volverse á Dios con la imagen

del alma cuando está combatida con las enfermedades del cuerpo. Una razon que se ofusca, una lengua que se ata, una memoria que se confunde, un corazon que se extingue, un resto de vida que apenas basta para animar un cadáver, una alma inmóvil y atada con las cadenas de la muerte, ideas que no se distinguen de un sueño, pensamientos que confunden con los delirios fantásticos y caprichosos del hombre que duerme..... ¡Que situacion tan funesta! ¡Que pintura tan horrible! ¡Que cuadro tan desesperador! ¿Y que pretende el hombre en un postramiento tan grave, en un abandono tan absoluto de sus fuerzas? *Registrar los abismos de su conciencia, conocer con claridad sus escándalos y sus venganzas, sondear el golfo profundo de su impureza, penetrarse del horror de su iniquidad y entrar en unos pormenores para los que bastarian apenas el espíritu mas sereno y la mas entera razon.*

„¡Gran Dios! Vos que desde lo alto de
 „vuestra justicia estais mas atento que nunca á los
 „secretos movimientos de aquella alma desgraciada,
 „¿que es lo que pasa en aquellos últimos instan-
 „tes entre ella y vos? ¿Que descubris en ella que
 „pueda reparar una vida entera de culpas y apla-
 „car vuestra indignacion? ¿Se vuelve entonces á su
 „criador? ¿Adora en secreto al Autor de sus be-
 „neficios y al vengador de sus ingraticudes? ¿Se
 „humilla bajo la mano que está levantada para he-
 „rirla? ¿Se mira como una víctima destinada á los
 „tormentos eternos, si la juzgais segun el rigor
 „de vuestra justicia? ¿Os dirige desde el abismo
 „de su dolor los clamores de un sincero arrepen-
 „timiento? ¿Forma siquiera un deseo que merezca
 „vuestra atencion? ¿En vez de aplacaros, se ha-
 „lla ni aun en estado de conoceros? ¿Y que otra
 „cosa veis, ó gran Dios, en las funestas inquie-
 „tudes que manifesta, sino los últimos esfuerzos
 „de una alma que se defiende contra la muerte y
 „de una máquina que se deshace?”

„Que efecto tan prodigioso no debe produ-

cir este apóstrofe á Dios, cuando ha llegado á un punto tan elevado el movimiento que precede! Se diria que fatigado el Orador de haber estrechado tan fuertemente á su auditorio, y no encontrando en él bastante capacidad para desahogar los sentimientos que le agitan, se vuelve á Dios para pedirle una revelacion misteriosa. ¡Con cuanto gusto ha elegido los atributos divinos que corresponden á la escena! Presenta á Dios, *desde lo alto de su justicia*; le ofrece á nuestra vista, *mas atento que nunca* á los movimientos del hombre. Todo es aqui solemne; todo inspira un horror santo: esta *atencion singular* de parte de Dios, estos *movimientos secretos*, esta alma *desgraciada*, tienen un no sé qué de augusto y al mismo tiempo de espantoso que nos hace estremecer. Pero, ¡ay! este mudo dialogismo, estas preguntas reiteradas y urgentes sucedidas de un silencio profundo, hacen erizar el cabello. ¿Que dirémos de la interrogacion que viene á cerrar tan terrible pasage? La conciencia tiembla á cada nueva pregunta; teme que el Orador la satisfaga, y ella misma vacila, sucumbe, pero no se atreve á responder. Cada nueva circunstancia la altera, cada nuevo recuerdo la atormenta, el silencio misterioso del Orador la confunde. En esta situacion tan angustiada para el auditorio, el Orador reúne sus fuerzas, se reviste de toda su dignidad, y cual si ya estuviese inspirado por Dios, á quien se ha dirigido, responde á su nombre exclamando soberanamente. *¿Y que otra cosa veis, ó gran Dios, en las funestas inquietudes que manifesta, sino los últimos esfuerzos de una alma que se defiende contra la muerte y de una máquina que se deshace!* He aqui el verdadero sublime.

Llegando aqui, nos parece que el Orador no puede decir una palabra mas sobre este punto; creemos que despues de haberse convertido á Dios, no buscará nuevos testimonios de esta verdad entre los hombres que le escuchan. Sin embargo,

un pensamiento nuevo le asalta: se acuerda repentinamente que muchos de los que viven han sufrido la espantosa crisis que acaba de describir, se han visto á las orillas del sepulcro y han experimentado los tormentos de la agonía. Dirijese pues á ellos, estrechándolos urgentísimamente á la revelacion de lo que pasaba en sus almas, durante aquellos momentos en que la conversion es tan difícil y las demostraciones de piedad son tan sospechosas.

Pasa de aqui á reprochar la funesta costumbre que tienen muchos de consagrar al arreglo de la sucesion un tiempo estrechísimo que debiera emplearse todo en prepararse para la eternidad.

Nos mortifica mucho encontrar en este rasgo y el que precede cierta trivialidad en los conceptos y muy principalmente en el modo de presentarlos, la cual debilita sobre manera la impresion que nos habia dejado el último movimiento. Tal vez el lugar en que colocó los dos pasages de que hablamos no es lo que menos contribuye á la especie de languidez que reyna en todos ellos. Cuando se acaba de producir aquel trasporte que caracteriza lo sublime, es muy peligroso insistir en las mismas ideas. Cuando un orador despues de haber recorrido la tierra, se eleva hasta los cielos, y parece entrar á la parte con Dios en el secreto de sus planes; casi es infalible que una vuelta hácia la tierra, sin variar de designio, arrastra necesariamente á la elocuencia á una condicion muy humilde. He aqui lo que sucedió al Orador, por haber vuelto á buscar testimonio entre sus oyentes acerca de una verdad en que ya Dios se lo habia dado de la manera mas sublime.

La pintura del enfermo arreglando la sucesion, y de los hijos y parientes en atalaya de su fortuna, y cercando la cama del moribundo, no pasa de una narracion muy comun. Pero el genio tiene recursos inagotables para borrar estas impresiones poco gratas y casi nunca deja de recompensar al buen gusto.

Massillon concluye pues, esta prueba con un cuadro en que la escena que representan el sacerdote y el enfermo arrebatada el interes de todo los espectadores. El Orador aqui se mezcla muy delicadamente con solo no hablar del Ministro en singular, sino comprendiéndolos á todos é incluyéndose á simismo. „Le decimos que se arrepienta; ¿pero quien sabe si lo oye? Le pedimos alguna señal de dolor; levanta sus ojos moribundos; se esfuerza en vano para mover una lengua ya inmóvil; dice que sí con la cabeza; nos parece que le hemos entendido; ¿pero quien sabe si se entiene el mismo? &c.” Esta mezcla de la caridad cristiana con la crítica moral, en la situacion que acaba de presentarse, inspira un interes muy vivo. Pintanse aqui con la mayor energia los esfuerzos de un Ministro zeloso por salvar al alma de una ruina tremenda; pero al mismo tiempo se percibe la amargura de su espiritu, la inquietud de su imaginacion, el martirio de la incertidumbre y los tormentos de la duda. El interes se aumenta con la parte que toma el Orador en la escena, pues al verle dudar élmismo de unas manifestaciones que mil veces ha presenciado, tomamos parte con él en la lucha, y recibimos sus discursos con aquel convencimiento que necesariamente arrastra quien habla sobre los datos de la razon y con los documentos infalibles que atesora la experiencia.

Está demostrado que las enfermedades presentan un obstáculo invencible á la conversion repentina de un pecador moribundo; pero el Orador, que mira por todas partes aparecer nuevos datos en apoyo de las verdades que propone, no tiene dificultad ninguna en conceder que se conserve expedito el uso de la razon en medio de los mas crueles dolores. Las enfermedades del alma tienen un carácter mas obstinado que los males del cuerpo: estos preparan la eficacia de la medicina con la voluntad firme del que los padece, para recibir dócilmente sus socorros; aquellos oponen la

mas terrible de todas las resistencias, pues no la hay sin duda tan tenaz, como la de un enfermo que embriagado con el mal que lo destruye, enuentra en este mismo un placer inefable que no quiere abandonar. Las pasiones tienen mas dificultad en desaparecer ya que se radican, y empuñan el cetro del albedrío, que facilidad habían encontrado para propagarse, á tiempo de habérselas admitido liberalmente en el alma. El estorbo pues de las pasiones es la última y la mas formidable prueba que el Orador escoge para demostrar cuan imposible es la verdadera penitencia en el instante de la muerte. Aquí es donde aglomera luego todas las situaciones, presenta todos los casos, y concluye siempre con el respetable testimonio de las santas escrituras. El impuro, tal vez recreará sus ojos moribundos en las funestas imágenes de sus pasados desórdenes; tal vez no abandonará las riberas del mundo, sin decir un adios desesperado al infeliz objeto que corrompió su corazón: sus huesos se llenarán entonces de los desórdenes de su juventud; y sus vicios dormirán con él entre las cenizas del sepulcro. (*)

Un pensamiento desconocido perturbará entonces por la primera vez la quietud engañosa del avaro: su alma vomitará las riquezas que había tragado, pero será muy contra su voluntad; el Señor las arrancará de sus entrañas, pero no arrancará de su corazón el amor que les tenía. (**)

Prosigue el Orador por la serie de las pasiones, escogiendo siempre de preferencia las que presentan un carácter mas obstinado y mas terrible; y despues de ofrecer á la vista de su auditorio los diferentes casos que diversifican esta escena final del hombre pecador, se convierte á Dios co-

(*) *Ossa ejus implebuntur vitii adolescentiæ ejus, & cum eo in pulvere dormient.* Job 20 v. 21.

(**) *Divitias, quas devoravit, eromet; et de ventre illius extrahet eas Deus.* (Job *ibid.*)

mo lo tiene de costumbre, para concluir en seguida su primera parte con una magnífica amplificación en que se ofrecen las lecciones de la experiencia, las sentencias de la Escritura y los ejemplos de la Historia Santa, obrando de concierto para preparar un movimiento que debe reputarse como uno de los mas á propósito para justificar los triunfos de la elocuencia.

„Vos, Señor, (exclama, hablando del pecador „moribundo,) Vos, Señor, nos avisais en las Divinas Escrituras, que su fin será semejante á sus obras: „*Quorum finis erit secundum opera ipsorum.* (*) Si „habeis sido deshonestos en vuestra vida, moriréis „como tales; si habeis sido ambiciosos, moriréis sin „que muera en vuestro corazón el amor al mundo „y á sus falsos honores; si habeis vivido tibios, sin „vicios ni virtudes, moriréis con tibieza y sin con- „puncion; si habeis vivido irresolutos, formando con- „tinuamente proyectos de penitencia, sin ponerlos „jamás en ejecución, moriréis llenos de deseos y „vacíos de buenas obras; si habeis vivido incons- „tantes y siendo tan presto del mundo como de „Dios, tan presto sensuales como penitentes, go- „bernandoos siempre por vuestro gusto y por la „inclinacion de un genio inconstante y ligero, mo- „riréis en estas deplorables alternativas, y vuestras „lágrimas en la hora de la muerte serán de la „misma especie que las de vuestra vida: esto es, „vuestro arrepentimiento será pasajero y superfi- „cial; vuestros suspiros nacerán de un corazón tier- „no y sensible, pero no de un corazón penitente: „en una palabra, moriréis en vuestro pecado: *In „peccato vestro moriemini.* En aquel pecado en que „habeis vivido encenagados tanto tiempo; en aquel „pecado que es mas propio vuestro que los demas, „porque domina en vuestras costumbres y en vues- „tro temperamento; en aquel pecado que os es co- „mo natural, y del que no habeis conseguido en-

(*) *Cor. 11. v. 15.*

„mendaros en toda vuestra vida: *in peccato vestro moriemini*. Acab muere impío, Jesabél deshonestá, Saúl vengativo, los hijos de Helí sacrilegos, Absalón rebelde, Balthazar afeminado y Herodes incestuosos. Toda la Escritura está llena de semejantes ejemplos, todos los Profetas publican estas amenazas: Jesucristo se explica hoy de un modo capaz de hacer temblar á los mas insensibles; la experiencia es terrible en este asunto; y vosotros mismos estais diciendo que la muerte es conforme la vida.”

SEGUNDA PARTE.

LA verdad que se propone Massillon desenvolver en la segunda parte es todavia mas alarmante: *la penitencia en la hora de la muerte casi siempre es inútil*. Dios ha puesto limites á su paciencia; y asi como ha señalado tiempo para acordarse del pecador, le tiene igualmente fijo para olvidarse de él. ¿Cual es la consecuencia inmediata de esta verdad? Que siendo toda la vida presente un tiempo de propiciacion y de salud, si en alguna parte hemos de buscar este segundo tiempo en que Dios abandona al pecador; será precisamente, cuando este se halle combatido por los últimos dolores: por que de otra manera ¿donde estaría aquella justicia que insulta las lágrimas del impio que está para morir?

Para conseguir la penitencia en la hora de la muerte, se necesita el concurso no solo de la gracia comun, por decirlo así, no solo de la gracia eficaz que produce la mudanza del hombre, sino lo que es mas todavia, el de aquella gracia que consume la santificación de una alma, la gracia de la perseverancia final. ¿No es pues el mayor de todos los delirios abandonarnos tranquilamente á las pasiones y al pecado, satisfechos de que á la hora de la muerte hemos de adquirir esta gracia

que prepara la santificación del hombre? A nadie debe Dios esta gracia. Muchos viven largo tiempo dóciles á las inspiraciones de una conciencia fiel, y suelen morir sin tenerla, tan solo por que se deslizan despues de una larga y recta peregrinacion. Ella debe mirarse como un presente inestimable, como una margarita preciosa que reserva Dios á sus escogidos, para hacerles ver al fin de su carrera, que no son perdurables las persecuciones del mundo.

No seria extraño que Dios concediese tan singular favor á uno de aquellos hombres extraordinarios que durante el curso de su vida no habian visto resplandecer á sus ojos la luz de la fé; que habian existido sin Dios, sin esperanzas y sin consuelos; no seria extraño que una vuelta rápida sobre el pasado tiempo, la presencia repentina de Dios y un golpe violento, é imprevisto de su gracia determinasen una conversion verdadera y una muerte santa. Pero que la espere aquel hombre para quien han sido inútiles, durante la vida, el apoyo de la religion y el socorro de los sacramentos; y que semejante á un pródigo ha desperdiciado tanta riqueza, y abusado de tantos dones, y á quien ha estimulado siempre á los vicios la vana confianza de que al fin morirá con la muerte de los justos; es el colmo de la mas loca temeridad.

Cierto es que un instante de verdadera penitencia basta para la salvacion del hombre; pero cuando se dice que Dios despreciará la del pecador moribundo, se quiere dar á entender que esta penitencia será inútil, por que es falsa. Mas bien es hija de la necesidad á que se ve reducido el hombre, que natural efecto de un arrepentimiento sincero, como lo justifica la experiencia de aquellos que habiéndose mostrado muy contritos en una enfermedad grave y peigrosa, parece que no consiguieron el restablecimiento de su salud, sino para abandonarse con mayor ímpetu á los desórdenes favoritos de su conducta. El dolor que manifiesta

es hijo de un temor puramente natural: sus lágrimas son lágrimas de Esaú y de Antiocho, lágrimas estériles y reprobadas. Por esto el pecador levantará entonces sus ojos al cielo, y el justo Dios se reirá de sus clamores: llorará, y Dios insultará sus lágrimas. Inútil será entonces que después de haber buscado para confesores á eclesiásticos condescendientes, llame algun hombre de Dios el mas ilustrado por sus talentos y el mas venerable por sus virtudes. En vano le exhortará este Ministro á que ponga toda su confianza en Dios, y minorará a su vista el horror de sus delitos para que no caiga en la desesperacion: el mismo Ministro le hablará temblando, por que sabe que el Señor tiene su peso y su medida y que el hombre nada puede relajar de ella. (*)

Después de haber hecho una reseña de las pruebas de la segunda parte, para manifestar en este conjunto la lógica admirable y la fuerza de convicción con que siempre se distinguen los discursos de este orador; es conveniente descender á los ejemplos singulares que mejor contribuyen para enriquecer el talento y formar el buen gusto de la juventud. Es grave empeño el de buscar lo mejor donde todo resplandece igualmente. Casi no hay un pasaje en este discurso, donde no falte absolutamente el objeto de la cen-sura literaria, y donde el mas buen uso que pueda hacerse de la crítica, no sea el de elogiar cumplidamente lo que ha llegado al último punto de regularidad. Por otra parte, cualquiera de los trozos que pueden elegirse necesita ser visto en relacion con lo demás á fin de apreciarlo en su perfeccion: por que los movimientos oratorios sacan toda su fuerza de la preparacion que sabe darles el talento; y

(*) Lo mas de este extracto de las pruebas de la segunda parte, se ha tomado del análisis respectivo, entre los que vienen al fin de cada tomo de los Sermones de Massillon.

esta preparacion desaparece en su totalidad cuando se considera un trozo aisladamente. Sin embargo, tienen cada uno en simismo tantos caractéres de belleza, y son tan á propósito para confirmar las mejores reglas; que no los omitiríamos, sin defraudar á nuestro objeto de una parte muy considerable.

El medio mas adecuado para conseguir el triunfo sobre las pasiones es acaso levantar barreras por todas partes, á fin de obstruirles los caminos diferentes que ellas multiplican diestramente para evitar el ataque directo de la moral evangélica. La ley de Dios tiene caractéres tan visibles que se franquean por lo comun á la inteligencia mas limitada; y el pecado produce tan terribles efectos en el alma, que muy pocas veces el remordimiento deja de sobreponerse por su intensidad á los goces reprobados. Todos conocen su posicion moral, y muy raro es aquel á quien se escapa la idea de la suerte que se le espera. Si el orador pues, se limita á la explanation de los preceptos y á una aplicacion genérica de la moral á las costumbres, dificilmente multiplicará las conquistas de la elocuencia cristiana. Es necesario que saque á su auditorio de la senda comun que le es bastante familiar, de aquellos puntos en los cuales se sitúa, para resistir á las fuertes insinuaciones de la verdad; es necesario que destruya, por explicarme asi, todos los atrincheramientos de las pasiones, que no proponga una verdad general sin estar prevenido ya para rebatir todas las excusas que suelen oponerle aquellas; es preciso finalmente que circunscriba de tal modo los caractéres morales, que cada uno de los que le escuchan mire en ellos su propia imágen. De este modo la cuestion toma un carácter muy personal, y la elocuencia puede contar con mayor número de triunfos.

Este era el secreto de Massillon: habla, y todos le escuchamos, combate, y todos nos estremecemos; hiere, y cada uno se cree exclusivamente he-

rdo. Se diría que al predicar poseía el don milagroso de las lenguas: pues por notable que sea la uniformidad en el idioma de un pueblo, difícilmente se encuentran en todo él dos corazones que tengan una misma fisonomía. A fin de producir tan maravillosos efectos, ¡con que facilidad abandona Massillon el ataque directo, para tomar otro diferente; la acusación colectiva, para descender á la singular; el sistema de prueba, para seguir el de refutación! Ha desenvuelto ya las pruebas que consisten en el término y medida que Dios pone á su gracia; ha repasado con su auditorio las sentencias mas formidables de la escritura santa; pero no olvidándose de que en todas estas amenazas generales cada uno se consuela con los otros, y todos á su vez quieren ser excluidos; lo anuncia terminantemente, para disipar esta miserable y peligrosa ilusión.

„A unas verdades tan terribles oponéis sin „duda aquella secreta y falsa esperanza, de que „estas amenazas generales no os comprenderán „en particular: pero os pregunto, ¿cuales son los „pecadores á quienes se amenaza en los libros san- „tos, con que serán abandonados de Dios en la hora „de la muerte? ¿No son los que se parecen á vo- „sotros? ¿Que mérito halláis que os pueda lison- „gear de que entonces Dios haya de usar con vo- „sotros de particulares atenciones? ¿Acaso vues- „tra vida pasada? bastante favor sería el que Dios „quisiera olvidarse de ella. ¿Acaso los deseos „de conversión que habéis estado formando conti- „nuamente? esos mismos deseos acabarán de hace- „ros inexcusables. ¿Acaso aquella buena dispo- „sición de vuestro natural que casi os precisaba „á amar la virtud? esa era una gracia de que „entonces Dios os ha de pedir cuenta: ¿Acaso „la esperanza que tuvisteis en su misericordia pa- „ra la última hora? ya habéis oído que este será „el mayor de todos vuestros delitos. Lo que yo „hallo de particular en vosotros es que seréis mas

„indignos de la misericordia del Señor, que ningún „otro pecador; y que el justo Dios tendrá contra „vosotros algunas razones mas, para negaros lo que „esperabais, que contra la mayor parte de las al- „mas impenitentes. ¿Pues en que os podeis fiar „todavía, católicos? Sin duda en la bondad de Dios, „que no quiere la muerte del pecador. ¿En su „bondad? ¿Pensáis acaso que su bondad consiste „en una insensibilidad que no siente el ser ofendi- „do con los mayores ultrajes? ¿En su bondad? „Por lo mismo que es bueno, abandonará al peca- „dor en la hora de la muerte: su bondad no le „permite entonces conceder unas gracias que ser- „virían de escollos á los demás hombres; su bon- „dad no quiere poner lazos á la falsa confianza „de los pecadores, abriendo sus entrañas en aque- „llos últimos instantes á los gritos de una alma „infel: tambien es bondad en Dios el quitar á nues- „tras pasiones los pretextos de error y de impe- „nitencia, y no hacer que la salvación de uno sirva „de perdición para muchos: de este modo contáis „con la bondad de Dios, y su misma bondad es la „que pide vuestro castigo, y la que debe hacernos „temer en todo.”

Entre todas las figuras con que un buen orador levanta su estilo hasta un punto en que la elocuencia subyuga y arrastra mas, ninguna ciertamente produce mejores efectos que la interrogación bien manejada. Acaso nunca increparon los antiguos con mayor eficacia y vehemencia al culpable, que cuando Ciceron se dirigió á Catilina con un exordio *ex abrupto*, ó cuando le dice que si tendrá valor para resistir á la autoridad de la patria, menospreciar sus dictámenes y rebelarse contra su fuerza; ó mas bien cuando pregunta á Tuberon, para desarmar á Cesar; ¿que hacia su espada desnuda en los campos de Farsalia? (*)

(*) *Quid enim, Tubero, dstrictus ille tuus in acie Pharsalica gladius agebat? ¿cujus latus ille*

Sin embargo, Massillon ha llevado la destreza en este punto hasta un grado muy prodigioso. Incalculable es el número de movimientos que produce en el alma con solo variar el giro de una interrogacion urgente. Semejante á un Poeta trágico, demuestra y ataca fuertemente; acusa y responde, afirma y prueba, empleando las formulas de la duda; conmueve é instruye, ilustra y confunde y lleva la antorcha espantosa de la verdad hasta el fondo de una alma desengañada, á la cual no quedan ya ni errores, ni ilusiones, ni palabras, ni otro lenguaje que el de las lágrimas.

Con todo, no es este el punto en que Massillon se detiene, por que aun le quedan nuevas dudas que resolver ó nuevos desengaños que pro-

mucro petebat? qui sensus erat armorum tuorum? quæ tua mens? oculi? manus? ardor animi? quid cupiebas? quid optabas? Todo esto, como observa Rollin, (trat. de est. tom. 2.º) se reduce á decir que el mismo Tuberon se encontró en Farsalia y combatió contra Cesar. ¡Pero que fuerza no dan al pensamiento tantas y tan vivas figuras reunidas en tan pequeño número de incisos y esta succion rápida de sinónimos graduados por su empleo en la expresion! ¡Con que maestría, con cuanto vigor no pinta el Orador delante de Cesar al acusador de Ligario buscando á Cesar entre la multitud confundida, á sus ojos registrando con avidéz todas las filas para encontrarle, y á su espada pronta á sumergirse en su seno! Este apostrofe, dice Le Clerc, el mas vivo y elocuente que ha salido de Ciceron, ha sido justamente admirado siempre por los maestros del arte. Si hemos de dar crédito á Plutarco (Vida de Ciceron) su efecto fué decisivo. Cesar se estremeció á la idea del peligro de que habia escapado. Las tablitas en que estaba escrita la sentencia de Ligario cayeron de sus manos y desde entonces quedó seguro ya el triunfo de la causa. (V. L. C. orac. de Lig.)

ducir. Parece que cuanto ha dicho tiende á destruir una verdad de fé y es que la penitencia verdadera siempre es eficaz, y nunca desatendida en el asilo supremo de la misericordia. A esto responde con una claridad extraordinaria en que sin padecer nada el principio, queda mas firme la proposicion de que *la penitencia en el lecho de la muerte casi siempre es inútil.*

„Confieso, Católicos, que cuando considero esta terrible verdad, y veo por una parte al pecador en la hora de la muerte buscando á su Dios y levantando sus manos en accion de suplicar, y por otra al Dios de las venganzas apartarse de él y cerrar los oidos á los gritos de su dolor y á todas las señales de su penitencia; confieso, vuelvo á decir, que me parece el Señor un Dios justo y terrible que no necesita del hombre; pongo á mi vista la severidad de sus juicios y me siento sobrecogido de un secreto horror; pero por mas formidable que entonces parezca en su modo de proceder, es justo y no puede portarse de otro modo con el pecador.”

„No quiero decir que un solo instante de verdadera penitencia no pueda borrar los delitos de toda la vida, pero Dios entonces desprecia la penitencia del pecador que está para morir, por que es falsa. Es falsa primeramente, por que no es libre; mas es efecto de la fatal necesidad á que se vé reducido, que de la gracia y de un verdadero arrepentimiento: porque decidme, amados oyentes míos, si despues de haber llegado hasta el último exceso en vuestra rebelion contra vuestro Dios, y despues que el último dia de vuestra salud ha sido el último de vuestras culpas, rendis las armas; y pedis misericordia, cuando os veis ya perdidos, y cuando el Dios de las venganzas tiene levantada ya la espada sobre vosotros: si alzais los ojos al cielo, hácia donde nunca habiais mirado, cuando empieza á faltáros la tierra; si detestais los infames deleytes, cuando

„vuestro cadáver se deshace, y cuando ya no percibis cosa alguna con tanta vehemencia como su fétor: si derramais vuestras riquezas sobre los pobres, cuando desfallecidas vuestras manos se caen por sí mismas, y no las pueden mantener: si á tiempo de morir dais las mas tiernas instrucciones á vuestros hijos y criados, cuando ya no los podeis escandalizar con vuestro mal ejemplo: en una palabra, si os arrepentis, cuando ya no se os permite que prosigais siendo pecadores: ¿la ocasion en que derramais vuestras lágrimas, no basta por sí sola para hacerlas sospechosas? ¿No es cierto tambien que entonces Dios juzga con equidad, despreciando vuestra penitencia? ¿Si prolongase aun vuestros dias, no proseguiriais tambien vosotros en vuestros delitos? ¿Si os fueran á asegurar de su parte que la enfermedad no habia de concluir en la muerte, tomariais tantas medidas para hacérosle propicio? Cuando no estabais tan declarados vuestros males, y teniais aun alguna esperanza de vida, ¿permitisteis el que se llamase al Ministro de Jesucristo? ¿Hubo siquiera quien se atreviese á proponerlo? ¿Pues que dabais á entender con eso, sino que os apartabais del pecado con tanto pesar como de la vida; y que no queriais exponeros, por decirlo así, á volveros á Dios, sin estar antes bien asegurados de que ya no podiais servir para el mundo?”

Vuelve aquí el Orador á estrechar á su auditorio con esas preguntas enfáticas que conmueven profundamente la conciencia: pero no quiero hablar de ellas sino con relacion al modo de prepararlas. Esta es la piedra de toque en todas las composiciones oratorias y muy particularmente en los sermones morales en que todo lo hace lo patético. Si examinamos detenidamente lo que pasa fuera de nosotros á tiempo que sentimos algunas fuertes afecciones, verémos que ellas dependen absolutamente de la preparacion. Un trueno imprevisto deja una impresion muy diversa de la que

produce aquel que no estalla sino cuando toda la naturaleza nos ha sumergido en ese terror que inspira un cielo cubierto de nubes, el relámpago hirviendo instantanea y reiteradamente nuestros ojos y la tempestad en toda su fuerza. A la luz de estos principios tan obvios examinemos el trozo que acaba de leerse, para ver en que consisten principalmente los admirables efectos de las interrogaciones que vienen á cerrarlo. Todo lo que precede se reduce á decir que nada tiene de particular el rendirse á Dios, cuando la vida nos abandona; pero nótese el maravilloso resultado de este pensamiento en todo su desarrollo. El Orador aquí sustituye lo individual á lo genérico, y esto le facilita el producir un completo desengaño y excitar un fuerte y eficaz movimiento en el corazón. Todos saben que la amplificacion oratoria es el gran medio de propagar exacta y abundantemente las ideas; y cuantos han leído las oraciones de Ciceron conocen el grado en que poseia este gran Maestro tan precioso talento. No parece sino que nosotros hubieramos hecho lo mismo en igual caso, y sin embargo apenas hay cosa mas difícil. La amplificacion oratoria no consiste en esa repeticion languida de unas mismas ideas con diversidad de giros en el lenguaje; tampoco en esas enumeraciones prolijas en que toma poca, ó ninguna parte el sentimiento; sino en el desenvolvimiento de un objeto que antes no presentaba sino la confusa impresion del conjunto. ¿Que es un amplificador inepto? Un hombre que se ocupa friamente en poner á una estatua cuantos vestidos puede haber á la mano, sin entender un ápice la esfera de su objeto. ¿Que es el verdadero orador cuando amplifica? Un escrupuloso y fiel observador de las cosas, un filósofo que despues de haber analizado profundamente los caracteres morales, se complace en seguir al objeto en todos sus lineamentos, examina todos sus resortes, calcula lo que es, lo que ha sido, lo que será; y

nos descubre dentro de nosotros mismos lo que no habíamos podido conocer; en una palabra, es el genio en movimiento, ó es el talento en acción. Cuando Massillon desenvuelve y propaga con tanta superioridad las ideas, nos sorprende á cada paso, sin salir de nuestro corazón; y así es como los movimientos con que termina el pasaje y señaladamente el último son en extremo eficaces y positivamente sublimes.

Veamos, para concluir, otro muy singularmente notable por el primor con que en él se maneja ese diálogo oratorio, tan adecuado para confundir la conciencia mas obstinada, como para mantener en igual grado de viveza la atención de los oyentes. Ha expuesto ya Massillon el segundo carácter de falsedad que distingue á la penitencia de un pecador en el lecho de la muerte, haciendo ver que las demostraciones que hace son mas bien efecto de un temor puramente natural, que resultado de un arrepentimiento sincero. Ha amplificado magníficamente este juicio, para convertirse luego á Dios por un apóstrofe muy patético, en que ya le habla él por sí mismo como el mas delincuente de todos, aumentando así prodigiosamente el interés de tan valiente figura; y después de tan bella preparación, vuelve á su auditorio para presentar un drama el mas animado, en que hablan solos el moribundo y su Divino Juez.

„Y así, amados oyentes míos, dice, entonces
 „levantaréis la voz al cielo desde el abismo de
 „vuestros males, y el justo Dios se reirá de vuestros clamores: *ego quoque in interitu vestro ridebo*: Lloraréis, é insultará vuestras lágrimas desde lo alto de su justicia; *subsano*: os heriréis el pecho, y no se ablandará vuestro corazón; le prometeréis mas fidelidad si dilata vuestra vida, y se burlará de vuestras promesas, por que verá en la corrupción de vuestro corazón, que si dilatara vuestros días, no haría mas que dilatar vuestros delitos: exhortaréis á los que asisten á vuestra

„muerte á que se aprovechen de vuestro ejemplo,
 „y á que sirvan á Dios mientras tienen salud; y
 „el Señor os responderá en lo interior: *por qué tú has de referir mis justicias?* Le diréis, no entrareis en juicio, Señor, con vuestro siervo; y os responderá, *que ya estais juzgados*. Le diréis, „O Dios mio lleno de bondad! Vos, Señor, solamente venisteis á salvar á los pecadores; y os responderá, *que no hay salvacion para el impío*. „Le diréis, ¡ó Salvador de los hombres! yo pongo mi confianza solo en vuestra infinita misericordia; y os responderá, *que la esperanza del pecador perecerá con él*. Le diréis, ¡ó Pastor Divino de nuestras almas! Vos nunca despreciáis á las ovejas descarriadas que vuelven á buscaros; y os responderá, *que hay tiempo de perdonar y tiempo de castigar*. Le diréis, ¡ó Jesus! yo pongo mi alma en vuestras manos; y os responderá, *que no la tiene ya por suya y que no la recibe sino para hacerla eterna víctima de su justicia; y vuestros infructuosos gemidos é inútiles súplicas servirán de espectáculo agradable á su furor y á su venganza. Consolabor, & vindicabor.*”

¡Que cosa puede presentarse ni mas vivamente pintada que esta escena, ni de un interés mas animado que este diálogo terrible! Que se busque un pasaje trágico que cause una conmoción mas viva, y no será fácil encontrarlo. ¡Que espantoso contraste no forman aquí los tardios clamores de una alma sobrecogida de horror, y la severa indiferencia del Dios de justicia! Pero lo que hay de mas grave aquí es que no toma en esto ninguna parte la imaginación, y todo el movimiento se debe á la verdad. Estas respuestas tremendas de Dios no son interpretaciones oratorias para dar mayor cuerpo á lo patético del discurso, sino sus mismas palabras tomadas de la santa escritura; son las sentencias mas formidables para el que ha sido iluminado por la revelación. Esta risa de Dios en medio de los mas profundos clamores del alma,

estas lágrimas inútiles que arrastran la burla del Juez á quien se dirigen. Ese reproche tremendo lanzado fuertemente contra las hipócritas exhortaciones del moribundo, esta esperanza del pecador que perecerá con él; y estos gemidos infructuosos que solo sirven de espectáculo agradable al furor y á la venganza del altísimo, ejercen tan mágico poder en la imaginación y en el entendimiento, y subyugan de tal modo toda la alma, que para resistir al terror sublime de que nos penetra todo el pasaje, sería preciso cerrar los ojos contra los rayos purísimos de la fé.

A esta escena sucede otra mas lastimosa, mas desesperada, aunque menos violenta. El moribundo siente la amargura de su alma y el tormento de su situación; empieza á adquirir un convencimiento práctico de que ha de morir: el sepulcro se abre ya delante de sus ojos; ríndese bajo el peso incalculable de sus crímenes; quiere verlos con distincion, y todos se le confunden; intenta recorrerlos, y no puede ni aun penetrar en medio de su asombroso conjunto.... Un esfuerzo para repararlo todo.... No: la empresa es imposible.... ¡Ensayá una mudanza en su corazón!... pero sus antiguas ilusiones se animan, sus afectos depravados renacen, las pasiones descubren su airado rostro y parecen imponerle silencio.... ¡Que agitación! ¡que lucha! ¡que espectáculo!... Entre tanto el mal se agrava, los dolores urgen, el tiempo se estrecha; y el viento de las alas de la muerte empieza á circular al rededor del lecho. Entonces el moribundo semejante á Saul en la crisis mas deplorable, hace salir á otro Samuel del sepulcro, y le dice como aquel desgraciado rey: „me hallo entre mortales penas: *Coarctor nimis*. (*) Os he enviado á llamar para que me digáis lo que debo hacer en la extremidad en que me encuentro: *vocavi ergo te, ut ostenderes mihi quid*

(*) Reg. 28. v. 15.

„*faciam?* (*) ¿Pero cual sería entonces la respuesta del hombre de Dios, si le fuera permitido el responder „lo que la religion le obliga á pensar? ¿Porqué inquietais el sosiego de mi sepulcro, le diría, como Samuel á Saul, y me obligais á salir de mi „retiro para venir á este lugar? „*Quare inquietasti mihi, ut suscitarer?* (**) Ya no es tiempo de recurrir al Señor: ¿de que sirve el consultarme, „cuando ya os ha abandonado? „*Quid interrogas me, cum Dominus recesserit à te?* (***) Moriréis, y la „justicia de Dios cumplirá en vos lo que tantas veces „os habíamos anunciado de su parte. „*Faciet enim tibi Dominus sicut locutus est in manu mea* (****) „Esto es lo que entonces piensa el Ministro del „Señor: os exhorta á que no desesperéis, pero no „por que él forme mucha esperanza: os habla de „las misericordias del Señor; pero adora interiormente los terribles decretos de su justicia para „con vosotros: os pone delante al Divino Salvador „espirando en la Cruz; pero no se atreve á decirnos que aquella cruz no es para vosotros tro„no de gloria, sino un tribunal severo, desde „donde ha de pronunciarse vuestra sentencia: „os disminuye con santos artificios de caridad el „horror de vuestras culpas, para que no desesperéis; „pero sabe muy bien que el Señor tiene su peso „y medida, y que no está en mano del hombre „el alterarlos. Os repetirá muchas veces para asegurararos contra una vida llena de desórdenes, que „la gracia no necesita mas que un momento para salvar al pecador, y que un solo movimiento „de verdadero dolor equivale á muchos años de „virtud y puede consumir la santificación; pero „no ignora que este movimiento es uno de aquellos prodigios singulares de la gracia, con los que „es cosa terrible tener que contar para la salvación; y que el comun y casi infalible efecto de „una vida pecadora es la muerte en el pecado.”

(*) Reg. 28. v. 15. (**) *Ibid.* (***) v. 16 (****) v. 17.

EPILOGO.

Para concluir esta serie de verdades llama de nuevo el Orador la atención de sus oyentes hacia la terrible sentencia que le sirve de texto: *quæretis me et in peccato vestro moriemini*. Hace una reflexión muy triste; supone que tengan tiempo para volverse á Dios, que cuenten al fin de su vida con una razón expedita, que le busquen efectivamente y le ofrezcan lágrimas de dolor y de arrepentimiento; y sin embargo, añade: „¿que es lo que Jesús, su Cristo os permite esperar de vuestras diligencias „y lágrimas, si las dilatais hasta entonces?“ *Me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado.*

Aquí es donde repasa ligera pero enérgicamente el Orador sus más notables reflexiones para transmitir á sus oyentes el sentimiento profundo de una duda que sucede á los clamores últimos del culpable, que ya desesperado de la vida y agitado de inexplicables temores, intenta ablandar á su Juez. No trasladaré aquí á la letra esta peroración; por que aunque muy buena en sí misma, no puede reputarse superior á la parte confirmativa, ni es tampoco una de las que más sorprenden en los discursos de este insigne Orador. Limitándome pues á lo expuesto acerca de los trozos particulares que se han ido leyendo, concluiré esta ligerísima reseña con algunas observaciones generales respecto de todo el *Sermon de la Impenitencia Final*.

Si la elocuencia consiste en apoderarse fuertemente del corazón, después de haber rendido al entendimiento, ningún discurso reúne mayores títulos para llamarse elocuente, que el de la impenitencia final. Difícil sobre manera parece dar una demostración tan evidente de una verdad tan terrible, pues que lo imposible é inútil de la penitencia en el lecho de la muerte está fundado

aquí en un género de pruebas que no podría nunca desvirtuar toda la sutileza de los filósofos. El Orador aplica un texto de la santa escritura; pero después de haber convencido la razón con argumentos puramente naturales que con tal abundancia le suministra el orden metafísico, el orden físico y el orden moral. Es necesario no tener criterio ninguno sobre las esencias de las cosas, para persuadirse de que un instante bastará para destruir el hábito, que no sin causa se ha llamado segunda naturaleza: es preciso ignorar del todo las leyes naturales, para creer expeditas las funciones del alma, á tiempo que los más crueles dolores, los dolores de la muerte atormentan nuestros órganos: en fin, es indispensable desconocer el verdadero carácter de las pasiones, para esperar con firmeza el obtener sin preparación, sin continua lucha y en un solo momento, el triunfo más completo sobre todas. ¡Y no se requiere igualmente privar á Dios del soberano atributo de su justicia, para creer que colmará la medida de sus gracias, á tiempo que el pecador, después de haber hecho rebosar la de sus delitos y cuando ya no puede cometerlos, se vuelve á él, y no más que por un principio de terror y de espanto?

Este orden de raciocinios tan fiel y estrechamente concatenados dan á la lógica del Orador un poder incontrastable, pero mayor todavía, cuando apenas acertamos á distinguir en ellos las líneas que separan lo especulativo de lo práctico, las pruebas, de los movimientos; la dialéctica, de las imágenes; y para decirlo de una vez, el convencimiento, de la persuasión. ¡Tan admirable así es la destreza con que se sirve de todas las inspiraciones del genio y de todos los resortes del arte! ¡Que uso tan feliz de las figuras más valientes! Esa interrogación con que á cada paso nos postra; ese dialogismo con que no nos permite ni un instante de reposo; esas conversiones reiteradas á Dios que tanto confunden la conciencia; esa amplifica-

cion oratoria que descubre un talento verdaderamente grande para profundizarlo todo; esos caracteres morales donde vemos con sorpresa nuestro propio retrato, y donde reconocemos con rubor que ya no somos los depositarios únicos de nuestros mas profundos y vergozosos secretos: en fin, ese empleo de la santa escritura, que á cada paso viene á perturbar la falsa quietud de nuestro corazon, discernimiento feliz que anuncia una sabiduria profunda, y prepara una victoria completa contra los vicios: todo este conjunto, repito, nos hace ver el Sermon de la Impenitencia Final como uno de los mas distinguidos ejemplos de la oratoria, y á su esclarecido autor como un genio admirable que si tiene igual, acaso no tiene superior. No me olvido de que se han encontrado en Massillon algunos defectos en que no incurre Bourdaloue; y que en esta misma pieza pudieran censurarse ciertos descuidos, como la especie de prolijidad en que á veces incurre, tal cual pasaje en que suele repetirse, y algunas exhortaciones muy comunes; pero estos mas bien realzan que oscurecen el brillo del Orador, por que deben tenerse como felices negligencias que hacen desaparecer hasta la última sospecha de refinamiento y estudio. Concédase pues en buena hora á su glorioso rival el mérito de un racionio insuperable; pero quédese al Obispo de Clermont el derecho de reunir todos los homenajes, cuando se trata de aquella mocion dulce y fuerte al mismo tiempo, tan propia para rendir y sojuzgar hasta el corazon menos accesible á los transportes de la virtud. *La mayor gloria de Bourdaloue dice d' Alembert, consiste sin duda en que aun sea disputada la preeminencia de Massillon.* (*)

(*) *Eloge de Jean-Baptiste Massillon.*

OBSEEVACIONES CRITICAS

SOBRE EL SERMON

DE LA MUERTE DEL PECADOR



LA MUERTE DEL JUSTO.

Si recordamos que el objeto de los Sermones morales es encaminar á los fieles no solamente á la enmienda de los vicios, sino tambien á la práctica de las virtudes, y que pueden procurarse ambos objetos sin perjuicio de la unidad de plan que ha de haber siempre en las composiciones literarias; los dos cuadros que Massillon presenta en este discurso, lejos de incurrir en el defecto de aquella, como lo pretende el Cardenal Maury, conspiran admirablemente á ganar el alma por el suave y delicioso influjo de la virtud, despues de haberla hecho estremecer al aspecto de la horrorosa deformidad y funestos resultados del vicio. Estas dos perspectivas ofrecen un cabal contraste, por que el retrato espantoso del pecador, que precede á la imágen consoladora del justo, viene á servir de sombra, digámoslo asi, y derrama por tanto un interes muy vivo sobre la hermosísima pintura de la única felicidad que puede existir en la tierra. Sin duda que la dicha no requiere sombras ni contrastes para difundir en el espíritu las dulces y tranquilas impresiones de la belleza; pero cuando la sombra realza la perspectiva, cuando lo obscuro limita los contornos de la luz para distin-

guirla en toda su claridad y completar el colorido, ¡qué de encantos no presta á la pintura! El espectador entonces puede recorrer, en mil delicados pormenores, diferentes grados de variadas bellezas, sin perder con esto la idea del conjunto.

A fin de producir un efecto tan maravilloso, Massillon ha sabido aprovecharse de todos los recursos que presta la elocuencia. La admirable maestría con que en ambas partes está manejado el climax oratorio; esa mirada terrible y penetrante que arroja sobre las pasiones, para manifestarlas de concierto arrastrando á los hombres á un destino fatal; la mezcla de una lógica exactísima con los afectos mejor sentidos; movimientos felicísimos diestramente preparados; la fuerza de una imaginación, dirigida y moderada por el buen gusto; finalmente una especie de acción dramática que mantiene en toda su energía la atención del auditorio; tales son en mi concepto los caracteres que distinguen este bello discurso.

Es lástima encontrar en él algunos ligeros descuidos, que si pudieran justificarse en parte con la necesidad que parece haber de sacrificarlo todo á la claridad, principalmente en los discursos dirigidos al comun de los fieles; no todos son de este género, pues hay algunos que bien pudieran haberse evitado, mediante un esmero que nunca puede ser excesivo en las composiciones literarias. Enumeraciones prolijas, repeticiones tan frecuentes que casi declinan en redundancias, amplificaciones vagas á veces y siempre excesivas, y finalmente, cierto decaimiento que se nota en la segunda parte, son los defectos mas notables de este Sermon.

Pero casi nunca aparece uno de estos defectos, sin que venga un rasgo lleno de primores á destruir inmediatamente aquella impresión desagradable. Es el descenso de la Aguila, que no parece bajarse hasta la tierra, sino para recobrar el aliento y remontarse mas en la region inaccesible. Son los descuidos de un Orador que posei-

do profundamente de su asunto y ocupado todo y solo de las grandes verdades que anuncia al pueblo para promover sus intereses eternos, se deja arrebatado hasta los cielos por el impulso de su inspiración, dejando el cuidado de pequeños pormenores, á los que no tengan una vista suficiente para abarcar el conjunto.

Después de habernos hecho pasar por todas las situaciones de la vida del pecador, y cuando en los recuerdos de lo pasado, en la consideración de lo presente y en el aspecto de lo futuro no halla sino torcedores crueles que despedazan sus entrañas, imágenes delincuentes que refrezcan la memoria de su iniquidad, una nube espesa que hace desaparecer hasta el último vislumbre de la esperanza, el abismo abierto delante de sus ojos en vez del mundo que ha huido para siempre, y al Juez inmutable señalándole con el dedo este lugar de desesperación, como su última morada; concluye su primera parte con este movimiento terrible, con este cuadro espantoso, el mas perfecto y admirable que ofrece la elocuencia. „Entonces el „pecador moribundo, no encontrando ya en la memoria de lo pasado, sino remordimientos que le „consumen, en cuanto se presenta á sus ojos, imágenes que le afligen, y en el pensamiento de lo „futuro, horrores que le espantan; no sabiendo ya „á quien recurrir, ni á las criaturas que se le „escapan, ni al mundo que se desvanece, ni á los „hombres que no pueden librarlo de la muerte, ni „al Dios justo que mira como un enemigo declarado de quien ya no debe esperar indulgencia; se „revuelve en sus propios horrores, se atormenta y „agita por huir de la muerte que ya casi le tiene „en sus manos, ó siquiera para huir de sí mismo: „sale de sus ojos moribundos un no sé que de „sombrio y de feroz, que expresa los furios de „su alma: desde el hondo seno de su tristeza arroja „palabras que no se oyen sino á medias, interrumpidas por sus sollozos; y que no se sabe si

„las ha formado la desesperacion ó el arrepentimiento: arroja sobre el Dios crucificado miradas terribles, y que dejan motivo para dudar si lo que ellas expresan es el temor ó la esperanza, el odio ó el amor: empieza á padecer violentas conmociones; pero se ignora si es el cuerpo que se disuelve ó el alma que siente ya la llegada de su Juez: suspira profundamente; pero no se sabe si le arranca estos suspiros la memoria de sus crímenes ó la desesperacion de dejar la vida: en fin, en medio de estos tristes esfuerzos, sus ojos se fijan, sus facciones se alteran, su rostro se desfigura, su boca lívida se entre-abre por simisma; estre mécese todo su cuerpo; y con este último conato, su alma infeliz se arranca, como á despecho, de este cuerpo de barro, cae entre las manos de Dios, y se encuentra sola á los pies del Tribunal terrible.” No puede encarecerse bastante la superioridad de esta pintura: al sentimiento corresponde mas bien que á la fria reflexion desempeñar aquí el oficio de la crítica. Para sentir toda su belleza, su energía y sublimidad, no basta leerlo simplemente, no basta considerarlo de una manera aislada; es necesario abarcar la totalidad del objeto, entrar en los designios del Orador, participar de sus emociones; y sobre todo, no perder de vista los fuertes argumentos con que antes ha convencido, las imágenes terribles con que nos ha asaltado, los movimientos decisivos con que ha producido ya una mudanza en nuestro corazon. El hombre al llegar aquí, se siente abrumado con el peso de las graves memorias y de las reflexiones mas profundas.

¿Que mas se necesita para disponer el espíritu á las impresiones suaves y deliciosas que debe producir la muerte del justo? Cuando el Orador ha sabido identificarnos de tal modo con el réprobo infeliz, que sucumbe por último á sus crueles dolores en el lecho de la muerte, que sentimos sus mortales angustias, sus crueles remordi-

mientos y la incertidumbre de su destino confirmada por la experiencia de nuestros extravíos, nos asemejamos al hombre que luchando con las olas de un mar enfurecido, mira roto el navio, y el abismo abierto para sepultarlo en sus senos. Si cuando este desgraciado acaba de decir el último á Dios á sus esperanzas, percibe entre la oscuridad que le circunda, y al vislumbre del último rayo, una mano benéfica que le promete la vida; ¿no se siente repentinamente mudado y dispuesto á ver como la suprema dicha el simple término de aquellas inquietudes mortales, la mera negacion de sus padecimientos? Tan feliz y bella sin duda es la preparacion oratoria, que con el espectáculo del pecador moribundo, hace, para ofrecer á nuestra vista la risueña y consoladora perspectiva de la muerte del justo. Para que esta segunda parte surtiere todos sus efectos, y nos hiciese amar la virtud mas tal vez de lo que habiamos detestado los vicios, no necesitaba el Orador de haber compuesto su cuadro de goces positivos, pues para sentirse en la plenitud de la dicha, bastaba estar libre del terror, del espanto, la amargura y desesperacion en que nos creíamos ya irremediamente con la muerte del pecador. El que para apreciar las composiciones literarias, no cuenta con otra luz que la de su razon y su crítica, encontraría por ventura esta segunda parte tan inferior á la primera, que á su juicio debia suprimirse del todo, ó á lo menos invertirse el orden del discurso; pero quien dotado del inestimable privilegio de sentir, analiza los sentimientos y se pide cuenta de todas sus afecciones, encontrará este segundo cuadro, no solo como digna continuacion, sino como indispensable complemento del primero. ¿Al pasar nuestra vista por las primeras líneas de la muerte del justo, no sentimos poco á poco disiparse la espesa nube, disminuirse el peso que nos agobiaba y difundirse por nuestro espíritu un bienestar muy agradable, hijo de la esperanza que se creía perdida.

y que sin embargo empieza á renacer? Analizemos este sentimiento: ¿quien ha podido producirlo? ¿por ventura la primera parte? ¡Ay! al tiempo de concluir la creíamos tambien terminada nuestra existencia y consumada nuestra reprobacion. ¿Acaso la segunda? Pero considérese sin relacion con la primera, y la ilusion desaparece, y el sentimiento no existe, y la pieza pareceria notablemente mediana. No sucede asi mirándola en esta relacion maravillosa, como podrá experimentarlo cualquiera que se determine á hacer el ensayo. Estos sentimientos indefinidos, estas relaciones felices, este tino y discernimiento para aprovecharse hasta de las menores circunstancias, esta sabia distribucion de las impresiones, de los cuadros, de las pruebas y de los movimientos, este no sé que, cuyo principio se busca en vano en alguna parte del discurso, y que sin embargo, tiene una causa muy real y muy positiva; he aqui la mano invisible del genio, he aqui, para decirlo de una vez, los impenetrables y augustos arcanos de la verdadera elocuencia.

¿Quien no se siente inundado en las puras delicias que experimentan las almas fieles en la morada feliz, cuando mira en el justo que espira, aun en medio de sus dolores, el espectáculo más bello que puede presentar la tierra? ¿Cuando borrando de su espíritu el cómputo limitado del tiempo, se fija para siempre en los años eternos? ¿Cuando persuadido ya de que es un extraño entre los suyos, de que no es ya hombre de su pais, nos descubre en sus movimientos y discursos al extranjero de partida, que vuelve por fin á los campos de la patria? ¿Quien no detesta los placeres delincuentes, cuando mira sus funestas é inevitables resultas en la reprobacion consumada del infeliz pecador que no ha sabido reprimirlos? ¿Pero quien no ama las deliciosas penalidades y satisfactorias privaciones de la virtud, cuando en el mismo lecho del dolor mira al bienaventurado que espira ceñido con el laurel del triunfo que supo adqui-

rir sobre las pasiones y los vicios? ¿Cuando le mira ya cubierto con el resplandor purísimo de la gloria, hallando en cada paso de su vida, y hasta en sus mismas debilidades, un manantial perenne de consuelos, diciendo el último adios á las riberas del tiempo, y saludando con el cántico de Moyses al padre de las misericordias?

Si los estrechos límites á que la necesidad nos reduce permitieran dar mayor amplitud á estas reflexiones críticas; lejos de contentarnos con una ojeada general, descenderiamos á varios por menores que inspiran el mas vivo y universal interes. Hariamos escuchar un soliloquio puesto en la boca del pecador, en cuyo pasage vemos levantarse la elocuencia hasta una altura incomparable; celebrariamos esta imaginacion fidelísima que va ofreciendo á los ojos del moribundo, como en una triste galeria, mil objetos que antes le habian inundado de placer y en el instante crítico le penetran de terror: esas penas inútiles, causa de tantas agitaciones y precursoras de goces tan momentaneos; los servicios á la república, las acciones guerreras, las nobles cicatrices, los aplausos contemporaneos, las brillantes recompensas, los orgullosos monumentos levantados en las plazas públicas; triste comitiva de fantasmas que llegan solo hasta el sepulcro. Veriamos pasar rápidamente por el último lecho la brillante pompa de la corte, la sociedad inmensa de los aduladores, el magnifico palacio, las producciones donde se admiraba el genio del artista, la mesa espléndida, el hijo tierno, la consorte querida, abandonándolo para siempre. Despues de esto, se animaria á nuestra presencia un cuadro bien extraño, teatro súbito de transformaciones increíbles: el crédito y la autoridad convertidos en indiferencia; la estimacion pública en un olvido profundo; el cuerpo con los atractivos de la naturaleza ó los atavios de la moda, en un cadáver inmundo que llena de temor á cuantos quisieran acercarse. En fin, una palabra muy sencilla con que la Iglesia

anuncia la partida del alma; *proficiscere, anima christiana*, vendria luego á suceder al pomposo nombre de *Principe*, á las voces de la fama y al idioma redundante de la lisonja. Fatigados ya de un espectáculo tan horroroso, de unas ideas tan funestas, volveriamos, como para buscar alguna tregua, nuestros ojos al humilde pero delicioso lecho del moribundo virtuoso; y *el descanso de las penas*, y *el recreo de una dicha nueva*, y la *seguridad infalible que la eternidad ofrece* á la venturosa recompensa del justo, ¡que bálsamo tan á propósito para calmar los dolores del alma, arrebatarla con mil suaves trasportes y difundir por toda ella un arrobamiento feliz! ¡Con cuanta avidéz no apurariamos tantos placeres literarios, exaltando hasta los cielos la ardiente y fecunda imaginacion que tan bien ha sabido encantar el doloroso lecho de la muerte!

Cediendo pues una tarea tan dulce al buen gusto de nuestros lectores, dirémos, para concluir, que este sermón y el que precede son dos modelos en que resplandecen caracteres diversos á la verdad, pero igualmente perfectos. En el de la *impénitencia final*, admiramos principalmente, el arte de propagar las ideas en el orden de la lógica; en el de *la muerte del pecador y la del justo*, no sabemos como alabar suficientemente el arte delicado de escoger, distribuir y graduar los colores para componer cuadros de un efecto tan prodigioso: en el uno celebramos el talento; en el otro aplaudimos al genio; el primero se distingue por la fina vulgaridad de su lenguaje; el segundo, por la cultura de la expresion y la elegancia, digamoslo así, de los conceptos; la sublimidad del primero pertenece á la razon, al paso que á la imaginacion y al colorido ha de atribuirse la sublimidad del segundo: pero uno y otro deberán estar siempre á la vista de la juventud, para sostener sus virtudes, enriquecer y dirigir sus talentos, y proteger con absoluta seguridad los arrebatados y peligrosos impulsos de su naciente inspiracion.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

LA ORACION FUNERAR

DE BOSSUET

EN LAS HONRAS

DE ENRIQUETA DE INGLATERRA.

Si la elocuencia de los antiguos llegó á tal punto, que nos es difícil concebir un grado mas de perfeccion, cuando se trata de promover con el influjo de la palabra los grandes intereses de los Estados, la elocuencia sagrada tiene un carácter de elevacion que la hace superior á la elocuencia profana. La sencillez de aquellos discursos que sin mas objeto que el de explicar la santa doctrina, estan desprovistos de todas las galas de la imaginacion, tienen siempre por causa de su materia una superioridad á que no puede llegar por si sola la razon humana. Los que van encaminados á descubrir la certeza de nuestros dogmas para rendir el orgullo de la incredulidad, ofrecen á la alma una satisfaccion mas pura y mas completa que los discursos académicos donde mejor se han movido los resortes del arte. ¡Que diré de esas concurrencias públicas en que un Ministro del altar se constituye á la vez intérprete del Dios vivo, pintor fidelísimo del corazon humano y órgano por donde

el arrepentimiento eleva sus clamores hasta el trono del soberano Juez? Todo pues, en la oratoria sagrada transporta la imaginacion, eleva el alma y excita con viveza inexplicable el sentimiento de la virtud. Todo saca al hombre de las ideas temporales; y las pasiones que lo subyugan parecen enmudecer á los primeros acentos del sacerdote cristiano.

Sin embargo, hay un género particular en que parece reunirse cuanto es necesario para que la elocuencia sagrada revele todos sus grandes atributos. Si los sentidos no tuviesen el menor influjo sobre nosotros; si superiores á las pequeñas grandezas del mundo, las viesemos de continuo con una mirada desdeñosa, y si nuestras almas, sueltas ya de las cadenas que las detienen en la tierra, pudieran elevarse sin esfuerzo á la contemplacion de las cosas invisibles, ¿que discurso mas á propósito para poseerlas exclusivamente que el que se versara sobre los altos misterios de la divinidad? Pero apegados en extremo á las ilusiones del mundo, y constantemente aturridos con el estrépito de la celebridad, solo podemos salir de este letargo con uno de aquellos golpes terribles que hacen caer á nuestros pies el ídolo que adoramos: es necesario ver bajar los reyes al sepulcro, ver su polvo confundido con el polvo no ya de los hombres oscuros, sino aun de las cosas mas despreciables; es necesario ver á estos altos personajes en aquel instante en que parece vuelven á tomar la naturaleza y el carácter del hombre; es necesario ver la eternidad al lado del tiempo, y á la religion sentada al borde del sepulcro. Tal es el objeto de las oraciones fúnebres.

Es mucha gloria para Bossuet el que las oraciones fúnebres se eleven tanto sobre las otras producciones oratorias, así por la magnificencia del asunto, como por la magestad del tono y la sublimidad del estilo: por que el ha excedido tanto á las mismas teorías en fuerza de su ingenio, cuanto la oracion fúnebre excede en elevacion á todos

los otros géneros. „Representémonos, dice el Cardenal Mauty, á uno de aquellos oradores que Ciceron llama vehementes y en cierto modo trágicos; (*) que dotados por la naturaleza de la soberania de la palabra, se elevan sobre las reglas y los modelos, y llevan el arte á toda la altura de sus propias concepciones; un orador que con su vuelo sube hasta los cielos, de donde baja con sus pensamientos engrandecidos por la religion, para sentarse sobre los bordes de una tumba y abatir el orgullo de los principes y de los reyes, á vista del Dios que despues de haberlos distinguido en la tierra durante el rápido momento de la vida, los restituye á su nada, confundiéndolos para siempre con el polvo de nuestro comun origen; un orador que se cria una lengua tan nueva y tan original como sus ideas, y da á sus expresiones tal carácter de energia, que creemos oírle á tiempo que leemos sus escritos, y á su estilo tal magestad de elocucion, que el idioma de que se sirve parece cambiar de carácter y divinizarse en cierto modo bajo su pluma; un Apóstol que instruye al Universo llorando y celebrando á los mas ilustres de sus contemporaneos; en fin, un orador cuyos discursos animados por la inspiracion mas ardiente, mas original, mas vehemente y mas sublime, son en este género obras absolutamente aparte, obras en que sin guia y sin modelos, toca á los límites de la perfeccion, obras clásicas consagradas en cierto modo por el sufragio unánime de todo el género humano, y que es preciso estudiar incesantemente, como los artistas van á Roma con el fin de formar su gusto y madurar su talento, meditando las obras maestras de Rafael y de Miguel Angel. ¡He aqui al Demóstenes frances! ¡He aqui á Bossuet!”

Todas sus oraciones fúnebres tienen tanta

(*) *Grandis, et, ut ita dicam, tragicus orator.*
Brut. 203.

originalidad y grandeza; sus pensamientos en ellas se alejan tanto de esa filosofía comun, donde siempre descubrimos al hombre, á pesar de todos sus esfuerzos para criarse una autoridad superior á la que puede tener la condicion humana; su imaginacion predomina tanto sin salir de los mas estrechos limites de la verdad; sus narraciones son tan perfectas, su estilo tan puro, tan limpia y tan elevada su elocucion; que para dar á la juventud una obra sin modelo capaz de alimentar su admiracion á medida que perfeccionase sus conocimientos, bastaria tomar indistintamente cualquiera de las oraciones fúnebres de Bossuet.

Sin embargo, en la de Henriqueta de Inglaterra, nos subyuga y arroba desde el primer anuncio, pues ofrece llorar en una sola muerte, la muerte y la nada de todas las grandezas. Por otra parte, sentimos un patético tan dulce en la pintura de una princesa, distinguida con los encantos de la hermosura, privilegiada con las cualidades del espíritu y rarísima entre las de su sexo por las prendas del corazón, que nuestras lágrimas, que corren de tiempo en tiempo, nos van aliviando sucesivamente de aquella sensacion angustiada que en el corazón excitan los movimientos poderosos de una elocuencia soberana.

„Una triste y dolorosa memoria ha quedado unida al nombre de Henriqueta de Inglaterra. (*) Era la última hija del desgraciado Carlos I.º, como la reyna su madre habia sido la última hija de Enrique IV. Las primeras miradas de esta habian visto á su padre en todo el esplendor de su gloria, pacíficamente sentado en un trono que conservaba por los derechos de la sangre y habia conquistado por su valor, adorado aun de aquellos mismos que habian sido comprometidos á combatir contra él, y pronto á dar leyes á la Europa por el

(*) Este rasgo biográfico está tomado en la Historia de Bossuet por Beauisset.

ascendiente de la confianza ó por el terror de sus armas.

Menos felices fueron los auspicios bajo que nació Henriqueta de Inglaterra: por que despues de haber recibido la vida en medio de los campos, no habia llegado á ver al rededor de su cuna, sino á los enemigos mas encarnizados de su casa, ni habia llegado á oír otras palabras, que gritos de rabia y de furor contra los autores de sus dias. Habiendo escapado de los primeros complots, y restituida á su madre, todavia mas infeliz que ella, su infancia no habia estado exenta de aquellas privaciones crueles que las condiciones mas elevadas experimentan raras veces.

Al través de las consideraciones y benevolencia sincera que halló en la corte, donde habia venido á buscar un asilo, pudo reconocer que la piedad que se inspira es entre todos los sentimientos el que una alma noble y altiva experimenta mas dolorosamente. Habiala obligado en cierto modo una impresion tan penosa á depositar en el silencio de su corazón cuantos movimientos la oprimian; y su carácter naturalmente amigo de franquearse en el abandono de una dulce confianza, contrajo al fin una reserva opuesta con mucho á su genuina inclinacion. Mas esta noble circunspeccion era lo único sin duda capaz de mantener la dignidad del infortunio.

Cuando restablecida en su rango y honores por una Providencia menos severa, se vió repentinamente llamada á ocupar el segundo puesto en la primera corte de la Europa; las cualidades amables que la naturaleza le habia concedido parecieron adquirir un esplendor nuevo, como resultado de la violencia interior que largo tiempo se habia impuesto ella misma.

Apenas Henriqueta de Inglaterra se hubo presentado bajo un nuevo titulo en aquella corte de Luis XIV. brillantísima entonces con todo el esplendor de un rey joven, sensible á la gloria,

lento de grandeza de gusto y de magnificencia; cuando vino á ser el objeto de todos los homenajes. El sentimiento que inspiró llegó á ser una especie de culto público: por que si bien habia sido colocada en el segundo rango, tenia todo el crédito, disfrutaba todos los atractivos y aun casi podia decirse que recibia todos los honores del primero.

Era muy difícil á una princesa jóven, cuya inclinacion á la confianza y á la bondad no la fortalecia bastante contra el extremo de sus mismas virtudes, tener bastante imperio sobre sí, para escapar á los tiros de la censura, ó de la indiscrecion. Mas de una vez vinieron las nubes á eclipsar aquellos dias de fiesta y de placer; y las borrascas interiores de su palacio la hicieron suspirar frecuentemente por los tiempos infaustos, en que el abatimiento mismo de su casa habia siquiera preservado á su infancia de esos pesares domésticos que por ventura son los mas difíciles de soportar.

Tal era la disposicion de esta princesa, cuando oyó la voz de Bossuet invocar con un acento tan religioso los manes de su madre. En medio de las seducciones de que se habia visto rodeada, un sentimiento natural de bondad habia defendido á su alma de aquella indiferencia que cierra el oido á los consejos de la virtud, cuando esta en fin hace escuchar su voz en el silencio de las pasiones. Las penas y las contradicciones que tan frecuentemente venian á corromper la prosperidad que al parecer disfrutaba, la habian impuesto á buscar en la religion los consuelos que el mundo era incapaz de proporcionarle. Una inspiracion feliz excitada por la impresion que las palabras de Bossuet habian dejado en el fondo de su alma, la determinaron á poner toda su confianza en él. Acababa de mostrarle en la historia misma de los autores de sus dias los mas alarmantes ejemplos de la instabilidad de todas las grandezas de la tierra. A la voz de Bossuet, la religion descendió al corazon de

Henriqueta de Inglaterra; y el primer beneficio que vino á concederle fué aquella calma, aquella satisfaccion íntima que habia perdido hacia muy largo tiempo.

Mientras guardaba en un corazon nacido para la virtud estas inclinaciones felices que el mundo y sus vanidades habian podido extraviar, pero no corromper, vino la política un instante á disputar esta princesa al ascendiente de Bossuet.

Henriqueta de Inglaterra vino repentinamente á ser el resorte secreto de una negociacion en la cual estaba interesada la suerte de todo un pueblo: dos grandes reyes confiaron á la discrecion de una princesa, que apenas contaba los veintiseis años de su edad, las vastas combinaciones de un plan que el misterio mas profundo debia cubrir aun con sus velos, y que no debia estallar, sino para hacer desaparecer del rango de las naciones á una nacion que habia conquistado su libertad con cien años de combates, de industria y de prudencia. El éxito mas feliz habia coronado sus empeñadas tareas; y en medio todavia de las brillantes fiestas que habian señalado á todos los lugares de su tránsito, estrechó los vínculos de una alianza que iba á sorprender á la Europa y á condenarla ó á un silencio impotente, ó á una desesperacion terrible. Henriqueta de Inglaterra volvia triunfante; y abandonándose tal vez con una complacencia excesiva á esta prosperidad nueva, iba á precipitarse en la gloria.

Entre los honores y encantos de los mas brillantes destinos, la muerte vino subitamente á herir á esta gran victima. ¿Quien es capaz de figurarse á Bossuet en esta situacion tan dolorosa y al mismo tiempo inesperada? Confidente por la religion de todos los secretos de su alma en los tiempos mas brillantes de su gloria, fué tambien el que fijo en su lecho fúnebre descubrió los ciegos á sus ojos moribundos, y derramó juntamente en su pecho todos los consuelos de la religion y

toda la ternura de que es capaz la elocuencia para disminuir el espanto de la muerte. No estaban cumplidos aun diez meses desde que habia pronunciado el elogio fúnebre de la reina de Inglaterra, cuando un suceso igual lo arrastraba al templo á ofrecer este triste homenaje á la princesa su hija. ¡Qué revolucion tan extraña de ideas no debió levantarse luego en su espíritu! Es triste ver al hombre bajar al sepulcro, terrible cuando este último tránsito va precedido de toda la magnificencia que puede disfrutarse en el curso de la vida. ¿Que dirémos cuando estos acontecimientos fúnebres se suceden con tanta impetuosidad, y cuando vemos sepultarse á un mismo tiempo las gracias de la juventud, el objeto de la celebridad y esperanzas de un Reyno? ¡Ah! Bossuet penetra en el templo, y cual si Dios le hubiese condecorado ya con el titulo de mensajero suyo en la muerte de los grandes, sube á la cátedra cristiana,::: fija sus ojos en el aparato fúnebre::: los vuelve á su interior para repasar allí mil memorias profundas en las que se confunden á cada paso el entusiasmo de la alegría y el grito del dolor::: recuerda que no ha discurrido un año desde que fué llamado al templo por una muerte igualmente ilustre::: su corazon se siente sobremanera oprimido::: ábrense sus labios y pronuncian aquellas palabras que la ciencia divina dictó al mas poderoso, al mas magnífico y al mas sabio de todos los reyes.

EXORDIO.

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.

ECLES. CAP. I. v. II.

„Yo estaba pues destinado á ofrecer este homenaje fúnebre á la muy alta y muy poderosa prin-

cesa HENRIQUETA ANNA DE INGLATERRA, DUQUESA DE ORLEANS. Aquella á quien yo habia visto tan atenta, cuando estaba tributando este mismo deber á la reyna su madre, habia de venir tan pronto á ser el asunto de un discurso semejante, y mi triste voz estaba reservada para este deplorable ministerio! ¡O vanidad! ¡O nada! ¡O mortales ignorantes de sus destinos! ¿Lo hubiera ella creido hace diez meses? ¿Y vosotros, Señores, hubierais imaginado, cuando la visteis derramar tantas lágrimas en este lugar, que tan pronto habia de juntaros en el propio sitio para llorarla á ella misma? Princesa, digno objeto de la admiracion de dos grandes reynos, ¿no era bastante que la Inglaterra llorase vuestra ausencia, sino que habia de verse aun reducida á llorar vuestra muerte? Y la Francia que os volvió á ver con tanta alegría, rodeada de nuevo esplendor, al regreso de aquel viage famoso de donde volvisteis cargada de tanta gloria y de tan bellas esperanzas, ¿no tenia otra pompa, ni otros triunfos que ofreceros? ¡Vanidad de vanidades y todo vanidad! Esta es la sola palabra que me resta; esta es la única reflexion que me permite, en un accidente tan extraño, tan justo y sensible dolor. No he recorrido pues los libros santos para escoger en ellos algun texto que aplicar á esta princesa. He tomado sin estudio y sin eleccion las primeras palabras que presenta el Eclesiastes: pues aunque haya sido aqui tan frecuentemente nombrada la vanidad; no lo es todavia bastante á mi juicio para el designio que me propongo. Yo quiero deplorar en una sola desgracia todas las calamidades del género humano; y hacer ver en una sola muerte la muerte y la nada de todas las grandezas humanas. Este texto que conviene á todos los estados y á todas las situaciones de la vida, viene á ser, por una razon particular, propio de mi lamentable asunto; por que jamas han sido las vanidades de la tierra ni tan claramente des-

cubiertas ni tan altamente confundidas. No: despues de lo que acabamos de ver, la salud no es mas que un nombre, la vida no es mas que un sueño, la gloria no es mas que una apariencia, los placeres y las gracias no son mas que un peligroso recreo: todo es vano en nosotros excepto la sincera confesion que ante Dios hacemos de nuestras vanidades, y el juicio severo que nos hace despreciar todo lo que somos.”

„Pero digo la verdad? ¿El hombre, á quien Dios hizo á su imágen, no es mas que una sombra? ¿Lo que Jesucristo vino á buscar del cielo á la tierra, lo que ha creído poder adquirir á costa de su sangre, sin envilecerse, no es mas que una nada? Reconozcamos nuestro error. Sin duda que este triste espectáculo de las vanidades humanas nos penetra de espanto; y la esperanza pública, repentinamente frustrada por la muerte de esta princesa, nos lleva mas lejos todavia. No permitamos al hombre que se desprecie todo entero: no sea que, creyendo con los impios que nuestra vida no es mas que un juego en que reyna la casualidad, marche sin regla y sin guía al capricho de sus ciegos deseos. He aqui la razon por que el Eclesiastes, despues de haber comenzado su divina obra por las palabras que he referido y despues de haber llenado sus páginas todas con el desprecio de las cosas humanas; quiere al fin mostrar en el hombre alguna cosa mas sólida y concluye su discurso, diciendo: „Teme á Dios y guarda sus preceptos, por que esto es todo el hombre: sabe que el Señor examinará en su juicio todo el bien y el mal que hayamos hecho.” Todo es pues vano en el hombre, si atendemos á lo que da al mundo; mas al contrario, todo es importante, si consideramos lo que debe á Dios. Adelantemos aun mas estas ideas: todo es vano en el hombre, si miramos el curso de su vida mortal; mas todo es importante, todo es precioso, si contemplamos el término en que ella se detiene y la cuenta que

tenemos necesidad de rendir. Meditemos pues hoy á la vista de ese altar y de ese sepulcro la primera y última palabra del Eclesiastes: la una que muestra la nada del hombre, la otra que establece su grandeza. Que ese sepulcro nos convenza de nuestra nada con tal que ese altar, en que se ofrece todos los dias por nosotros una víctima de tan grande precio, nos enseñe al mismo tiempo nuestra dignidad. La princesa que lloramos será un testigo fiel de uno y otro: veamos lo que una muerte repentina le ha arrebataado; veamos lo que una santa muerte le ha concedido. Asi aprenderémos á despreciar lo que ha dejado ella sin pena, á fin de consagrar toda nuestra estimacion á lo que abrazó con un ardor tan grande, cuando su alma depurada ya de todos los sentimientos de la tierra, y llena del cielo, á donde ya tocaba, vió la luz manifiesta en su totalidad. He aqui las verdades que voy á tratar; y que he creído dignas de ser propuestas á tan gran príncipe y al concurso mas ilustre del universo.”

Dejemos aparte la elevacion que reyna en toda esta parte del discurso, esa magestad que se siente desde que empezamos á recorrer las primeras lineas, ese pensamiento sublime y cuya noble osadia luego nos descubre al genio inspirado por la religion, este solemne anuncio de que van á llorarse en una sola muerte todas las calamidades del género humano. Primorosos á la verdad son estos caractéres; pero ellos brillan por toda la serie del discurso, y nos darán ocasion de ponderarlos dignamente en aquellos pasages donde aparezcan mas dominantes. Hay en esta introduccion tres cosas muy dignas de notarse, para estimarla en todo el grado de su perfecta regularidad.

El texto que ha escogido el Orador es doblemente comun, ya por que puede reputarse como el menos circunscrito para una oracion determinada, ya por que apenas hay cosa mas repetida hasta por las gentes del vulgo. Sin embargo, el genio,

depositario de innumerables recursos, jamas llega á apoderarse de una idea por comun y familiar que se suponga, sin que deje de adaptarla maravillosamente á sus creaciones. Bossuet nos advierte que sin eleccion y sin estudio ha tomado las primeras palabras que le ofreció el Eclesiastes; no se olvida de que el concepto que encierran es universalmente repetido; pero dice con firmeza no haberlo sido bastante á su propósito, por que nunca han sido las vanidades de la tierra *ni tan claramente descubiertas, ni tan altamente confundidas.* Despues de esto, ¿quien osaria proponer otro pasage de la Escritura para sustituirlo al profundo y melancólico pensamiento de Salomón? Veamos pues ya convertido en propio y característico lo que mas comun y vago nos parecia.

Las reflexiones con que se abre el exordio estan tomadas de unas circunstancias tan inmediatas y al mismo tiempo singulares, tan sorprendentes y terribles á la vez, y estan presentadas con un aire de enagenamiento tan extraño, tan triste y al mismo tiempo tan natural, que nada podia imaginarse mas á propósito para derramar la consternacion por el auditorio, la cual en las oraciones fúnebres es el modo con que se insinua la atencion y la docilidad. ¡Que contraste tan opresivo para el alma, el de un Pontífice venerable, animado con toda la fuerza que comunica la religion, reservado á pesar de encontrarse muy adelantado en la carrera de la vida, para llorar, á nombre de toda la nación y con la autoridad de la palabra divina, la muerte de una princesa rodeada de tanta gloria y cuando no se habia marchitado aun en su rostro ni una sola de las flores que anuncian la primavera de la vida! Acaba de enumerar estas circunstancias, y exclama: ¡vanidad, o nada! Pondera con su auditorio lo inopinado del acontecimiento, apostrofa con grave ternura á su joven heroína; y despues de manifestar á la Inglaterra viéndose reducida á llorar no solo la ausencia sino

la muerte de Henriqueta, y á la Francia ofreciéndole al cabo de un viage tan ilustre por única recompensa el aparato fúnebre que condecoraba su féretro, vuelve á exclamar profundamente: ¡vanidad de vanidades y todo vanidad! Estas exclamaciones que se van presentando despues de ciertos pensamientos, cada uno de los cuales comprende la elevacion y la caída, se asemejan á los pausados y profundos lamentos del dolor, son la expresion mas viva del desconsuelo, y la imágen mas fiel de un religioso desengaño. Cuando hacemos la pintura de la gloria mundana, el entusiasmo se apodera de nosotros en tal extremo, que nos vemos tentados de divinizar al heroe; pero cuando adelantando un paso, la vemos precipitarse desde su inmensa altura y disiparse á nuestra vista como un débil meteoro, se apodera luego de nuestro corazon una triste languidez que ya no nos permite decir otra palabra, sino la que descubre mas altamente el efecto que ha producido en nosotros la luz de la verdad. Entonces vienen las reflexiones mas serias, entonces sentimos que renace en el alma el imperio de la razon: no queremos ya dar crédito al falso brillo de la celebridad; y abandonados á nuestras propias ideas, nuestra imaginacion confunde la grandeza con la nada, y nuestros labios se abren de tiempo en tiempo para decir que *todo es vanidad.* Pero cuanto mas no brilla el talento del Orador al corregirse de la generalidad con que ha pintado la vanidad del hombre? No todo es despreciable, no todo es vano, no todo perece. Hay un principio noble dentro de nosotros que proclama nuestros destinos inmortales, que recuerda la nobleza de nuestro origen, que descubre nuestra elevacion y sanciona nuestra grandeza. Si por una parte nos confundimos con el polvo; por otra podemos levantarnos hasta la esfera infinita en que reside la Divinidad. Esta finísima correccion por donde se abre campo Bosuet á fijar el otro punto

de su discurso, sorprende sobre manera en medio de su incomparable naturalidad, circunscribe mejor el texto, y da el último golpe de perfeccion á un exordio el mas adecuado para mostrar el verdadero talento oratorio que tan noblemente se anuncia desde que presenta el rico y fecundo plan que ha sabido concebir. Tales son las cualidades que notamos con gusto en este exordio, el cual debe proponerse, como un perfecto dechado, á cuantos intentan formarse en la oratoria, no solo con las buenas teorías, sino tambien con los ejemplos mas escogidos.

PRIMERA PARTE.

„Todos morimos, decia aquella muger, cuya prudencia alaba la Escritura en el segundo libro de los reyes, y vamos sin cesar al sepulcro, asi como las aguas que se pierden sin vuelta.” He aquí un texto muy significativo que magníficamente amplificado por el Orador, sirve de introduccion á la primera parte de este discurso. Prosi-gue manifestando que si alguna cosa pudiera elevar á los hombres sobre su debilidad natural, nada habria en el universo mas distinguido que esta princesa. „Por cualquiera parte, dice, que yo siga las huellas de su glorioso origen, no des-cubro sino reyes; y por donde quiera me deslum-bra el esplendor de las mas augustas coronas. Preséntase á mi vista la casa de Francia, la mas grande sin comparacion de todo el universo, y á la cual pueden ceder sin envidia las mas poderosas casas, puesto que todas intentan sacar su gloria de esta fuente. Veo á los reyes de Es-cocia, los reyes de Inglaterra que por espacio de tantos siglos han reynado sobre una de las naciones mas belicosas del mundo, mas todavía por su va-

„lor que por la autoridad de su cetro. Pero esta princesa nacida sobre el trono poseia un espíritu „y un corazon mas alto que su nacimiento: pues „lejos de que hubiesen podido agobiaria en su pri- „mera juventud los infortunios de su casa; des- „cubrian todos en ella desde entonces una gran- „deza que no debía nada á la fortuna. Con harto „júbilo deciamos todos que el cielo la habia arran- „cado, como por milagro, de las manos de los „enemigos del rey su padre, para darla á la Fran- „cia: ¡don precioso inestimable presente, con tal „que su posesion hubiera sido mas duradera! Mas „por que viene á interrumpirme este recuerdo? ¡Ah! „no podemos detener un instante los ojos en la „gloria de la princesa, sin que la muerte se mez- „cle allí inmediatamente para ofuscarlo todo con „su sombra. ¡O muerte, aléjate de nuestro pen- „samiento, y déjanos engañar por un poco de tiem- „po la violencia de nuestro dolor con la memoria „de nuestra alegria! Acordaos pues, Señores, de „la admiracion que la princesa de Inglaterra cau- „saba en toda la corte; por que vuestra memoria „sabrá pintárosla con todos sus caractéres y su „incomparable dulzura, mejor que pudieran hacerlo „nunca todas mis palabras. Crecia entre las ben- „diciones de todos los pueblos; y los años no de- „jaban de traerle cada uno á su vez el tributo de „nuevas gracias.”

De aqui pasa el Orador á exaltar la repu- tacion eminente que disfrutaba su heroyna entre los personajes de su familia. Anna de España, que nada encontraba de superior á su mérito, deseosa de aglomerar en su casa toda la grandeza del mundo, quizo que Felipe de Francia se casase con Henriqueta. En quanto á las cualidades de su espíritu, baste decir que quien habia tenido la dicha de agradar á MADAMA, se persuadia luego que habia tocado á la perfeccion; y el rey mismo, cuyo gusto estaba sobre los ápices de una suprema delicadeza, la tenia puesta en su estima-

cion sobre toda clase de elogios.

Sin embargo, nada pudo herir su modestia; jamas la deslumbraron sus luces: igualmente á propósito para encontrar que para recibir los consejos de la prudencia, ninguna cosa estimaba tanto como estudiarse así misma en su propio caracter, á fin de conocer sus defectos, que tenia la grandeza bastante de ver sin temor cerca de sí. Ningun estudio tenia para ella los encantos que la historia, la cual se llama no sin motivo, prudente consejera de los príncipes. Aquí es donde los reyes mas grandes no tienen rango ya sino por sus virtudes; y donde para siempre degradados por las manos de la muerte, vienen á sufrir sin corte y sin séquito el juicio de todos los pueblos y de todos los siglos. Descúbrese aquí cuan superficial es el lustre que proviene de la adulacion, y cuan insubistentes son los falsos colores, por mucha industria y esmero que se ponga en aplicarlos. Aquí estudiaba nuestra admirable princesa los deberes de aquellos de cuya vida se compone la historia: aquí perdía insensiblemente el gusto de las novelas y de sus héroes insípidos, y empeñada en formarse sobre lo verdadero, despreciaba esas frias y peligrosas ficciones. Así pues, bajo un semblante risueño y aquel aire de juventud que parecia no prometer sino juegos, ocultaba un sentido y una seriedad que sorprendia con mucho á cuantos la trataban."

Una cualidad estimabilísima entre los hombres y muy difícil de encarecer debidamente cuando adorna el espíritu de una jóven, la de guardar el secreto, es un rasgo muy capital, para que lo hubiera pasado en silencio el panegirista de Henriqueta de Inglaterra; y esta es una de las causas en concepto suyo que fijaron sobre ella la atención de los reyes para poner en sus manos los mas comprometidos negocios de la política. Sin embargo, ¡con que delicadeza exalta Bossuet el viage á la Inglaterra y se abstiene al mismo tiem-

po de descubrir el misterio que aquí se contenia! No penseis, dice, que cual temerario intérprete de los secretos del Estado, quiera yo discurrir acerca del viage que hizo á la Inglaterra; ni que imite á esos políticos especulativos, que arreglan segun sus ideas los consejos de los reyes y componen sin instruccion los anales de su siglo. No hablaré pues de este viage glorioso, sino para decir que MADAMA en él fué mas admirada que nunca. No se hablaba sino con trasporte de la bondad de esta princesa, que á pesar de las divisiones que en las cortes son tan ordinarias, le ganó desde luego todos los espíritus. Era imposible elogiár bastante su increíble destreza en el manejo de los mas delicados negocios, en curar esas desconfianzas encubiertas que por lo regular los mantienen suspensos, y en terminar las diferencias todas de una manera que consiliaba los intereses mas opuestos. ¡Mas quien podria pensar sin vertir lágrimas, en las muestras de estimacion y ternura que le dió el rey su hermano? Este gran rey, mas capaz de ser movido por el mérito que por la sangre, no se cansaba nunca de admirar las excelentes cualidades de MADAMA."

Detengámonos un tanto con el fin de reparar á la luz de los principios aquellas consideraciones que naturalmente excitan los diferentes trozos que acaban de leerse. Se ha visto ya que en las oraciones fúnebres debe predominar lo sublime. ¿Y puede levantarse hasta él quien tiene presicion de discurrir sobre cosas pequeñas? No hay sublimidad en el estilo, cuando falta en los pensamientos, ya busquemos esta cualidad en el orden físico, ya en el orden moral; ni los pensamientos son sublimes cuando los objetos son comunes. El género demostrativo de la elocuencia sagrada deshecha por lo mismo cuanto no es grande; y bajo este respecto debe calificarse de una piadosa temeridad el empeño de ciertos oradores, que nimiamente afectados de las personas privadas, quieren

honrar su pira con la elocuencia fúnebre. Es pues indispensable que el objeto pertenezca en cierto modo á toda la sociedad, que ocupe á la vez el espíritu de todo un pueblo con la grandeza de sus acciones, y que su nombre, si es posible, vuelva constantemente con los ecos de toda la tierra. Se trata de situar á los pies de la religion toda la grandeza de los hombres; ó para confundirla y anonadarla, si no tiene mas objeto que la gloria estéril que el mundo puede conceder, ó para que reciba del Supremo Ser á quien se dirige, aquella estabilidad sin fin, que ha prometido conceder á la gota de agua que se ofrezca en su nombre.

Bossuet emprende hacer un elogio fúnebre; ¿pero cual es el objeto á quien va consagrado? Una tierna rosa que desaparece bien pronto, pero despues de haber brillado sobre todas las bellezas que deposita la pradera. Ocupaba es cierto MADAMA el segundo rango; pero le ocupaba en la primera corte del universo, y despues de haber deshechado mil brillantes diademas. No podian buscarse los vestigios de su origen, sin ver exclusivamente en ellos pasos de reyes; ni hecharse una ojeada sobre la historia de su familia, sin que la vista se ofuscase con el *resplandor de las mas augustas coronas*. Tal vez no basta para realzar la estimacion de la persona, el que esté cobijada completamente por los rayos de luz que despide la *MAGESTAD*; pero Henriqueta de Inglaterra poseia un espíritu que regia con igual cetro la grandeza y el infortunio. Su entendimiento tenia tal imperio sobre los grandes talentos de su siglo, que siendo este el siglo de oro por excelencia en la edad moderna, los mas insignes literatos de la Francia veian el voto de MADAMA como la señal infalible de la perfeccion de sus obras. ¿Que se hecha menos aqui de cuanto exalta con la imaginacion el orgullo de los mas altos personajes? Pues nada bastó á deslumbrar sus miradas, nada

pudo herir la modestia de su corazon; gustaba de conocerse á si misma y tenia la elevacion de alma suficiente para ver de cerca todas sus faltas; y para que tan excelentes prendas tuviesen toda la nobleza de que no son suceptibles las virtudes puramente humanas, vino la religion á comunicarles su carácter divino, á tiempo que Bossuet trazó una fiel historia de la sublime nada que resplandecia en toda la familia de la reyna de Inglaterra. Esto era ya mucho pero no todo lo que formaba la brillante aureola de Henriqueta: era preciso que en las relaciones políticas de las dos mas grandes monarquias desenvolviera un genio que habria despertado la envidia de los mejores diplomáticos; que conciliara los intereses mas exquisitos de ambas potencias, que marchase á la Inglaterra para volver de allí á sorprender á la Europa reduciéndola á un *impotente silencio*, ó á una *desesperacion terrible*.

Inagotables á la verdad son los recursos que una vida tan célebre ministra á la elocuencia del panegirista; ¿pero no es igualmente cierto que para usar ventajosamente de ellos es menester dominarlos por la preponderancia de las fuerzas intelectuales? „Escoged siempre un asunto proporcionado á vuestras fuerzas, sopesad antes la carga que van á conducir vuestros hombros.“ he aqui el sabio consejo que daba Horacio á los Písones. ¿Y no es inmensa la mole que lleva sobre sí quien se encarga de exaltar la gloria para precipitarla despues con el poder de la elocuencia? Es necesario describirla con un pincel eminente para que la pintura levante á una altura superior el ardiente entusiasmo que nos causa la realidad; y he aqui por que nada se conoce tan difícil como la oracion fúnebre de un personage cubierto de gloria. Pero yo no necesito salir de Bossuet para confirmar esta observacion con la autoridad mas insigne y mas respetable que puede concebirse. Oigamos á este inimitable panegirista pin-

tando con toda la soberania de su genio la dificultad que tiene la elocuencia para igualarse á la gloria del heroe. „Al momento en que abro mis „labios para celebrar la gloria inmortal de Luis „de Borbon, príncipe de Condé me siento igualmente confundido por la grandeza del asunto, y „si me es lícito confesarlo, por la inutilidad del „trabajo. ¡Que parte del mundo habitable no ha oido „las victorias del príncipe de Condé, y las maravillas de su vida? Por donde quiera las refieren: „el Frances que las encomia con jactancia no enseña nada al extranjero; y aunque ahora pueda „yo contaros una parte de ellas; prevenido siempre por vuestros pensamientos, tendré aun que „responder al secreto reproche que me haréis de „haber quedado muy abajo de vosotros. Nosotros, „débiles oradores, nada podemos hacer por la gloria de las almas extraordinarias; solamente sus „acciones pueden alabarlos, (*) y *cualquiera otro „elogio desfallece cerca de los grandes nombres.*”

He aquí la causa de que Bossuet no haya tenido modelo, ni tampoco imitaciones aproximadas: sus oraciones fúnebres solo se parecen á simismas, y han quedado aun en una esfera mucho mas alta que nuestra admiracion. Veamos pues, si el Orador ha podido abarcar, exaltar y confundir al mismo tiempo toda la gloria de Henriqueta de Inglaterra.

En cinco páginas de su discurso refiere y pondera todas las bellas acciones que distinguieron á su heroína; y esta narracion tan sucinta es al mismo tiempo la mas completa que habria podido imaginarse. Su increíble rapidez nos hace sentir con la mayor fuerza la rapidez con que se disipa la magnificencia mundana: su pompa sencilla y elegante nos advierte que el historiador estaba muy habituado á las maneras de la corte y á despreciar

(*) *laudent eam in portis opera ejus, PROV. XXXI. 31.*

la ostentacion de los palacios: el movimiento que reyna por toda ella nos hace ver que escuchamos no solo al historiador exacto sino al orador eminente, á tiempo que refiere los acontecimientos mas dignos de memoria por el íntimo enlace que tienen con la sociedad en que vive; y finalmente esa filosofia incomparable, con que juzga soberanamente de todo, nos hace admirar mas que ninguna otra cosa la alma sublime de Bossuet.

Los historiadores componen un cuadro de pormenores prolijos aunque interesantes; pero el orador, es un estatuario que funde grupos colosales para que hagan todo su efecto desde las mayores alturas: aquellos ó no se afectan, ó si acaso, es muy ligeramente, de lo que enarran; este nos habla como si estuviera viendo las cosas, anima las escenas que describe y arrastra sobre ellas la universal admiracion. Tal es el carácter de la narracion de Bossuet: el es el punto céntrico en que vienen á cruzarse todos los rayos de la gloria: pinta y observa al mismo tiempo; derrama por todas partes los sentimientos que lo conmueven; exalta y diviniza el inestimable presente, pero al mismo tiempo deplora el que su duracion haya sido instantánea; se esfuerza por alejar de sí esa sombra lúgubre que todo viene á ofuscarlo, y no pudiendo conseguirlo, apostrofa luego á la muerte con melancólica ternura: Virgilio adorna la narracion de Bossuet, y el *propria hæc si dona fuissent* vuelve á penetrar, despues de tantos siglos, en el corazon de los reyes. ¡Que noble y delicadamente le señala el severo juicio de la posteridad, cuando caracteriza la historia con el titulo de consejera de los príncipes! ¡Con cuanta dignidad y con que filosófica osadia reprende la frivolidad misteriosa de los políticos, que anhelan de continuo plegar la economia de los gobiernos á sus caprichosas teorías, y cuánto no resalta al mismo tiempo el tacto político de una muger, que supo arreglar por simisma los intereses mas complicados de Ingla-

terra y de Francia! ¿Como hablar dignamente de un Orador que ha sabido elevarse tanto sobre un asunto tan sublime? Pero lo que mas nos sorprende, es verlo abandonado á los trasportes de la gloria, deplorar su pérdida, repetirlo con enagenamiento; y avergonzado, despues, de haber tributado sin apercibirse un elogio á la grandeza, nada conforme con el espíritu del cristianismo, vuelve sobre sí con cierto aire de sorpresa para manifestar que todo lo mesurable es indigno de los nobles destinos del alma. „O llaga irremediable! Lo que „en este viaje ha sido el objeto de una admiración tan justa, ha venido á ser para este príncipe „la causa de un dolor que no reconoce límites. „Princesa, digno vínculo de los dos mas grandes „reyes del mundo, ¿por que les habeis sido tan „pronto arrebatada? Si estos dos grandes reyes se „conocen, resultado es de los cuidados de MADAMA. Asi sus nobles inclinaciones conciliaron sus „espíritus, y la virtud será entre ellos una mediadora inmortal. Pero si su union no pierde nada „de su firmeza, deplorarémos eternamente nosotros „el que haya perdido el mas dulce de todos sus „recreos, y que una princesa tan querida de todo el „universo haya sido precipitada en el sepulcro, cuando la confianza de dos reyes tan grandes la elevaba hasta el colmo de la grandeza y de la gloria.”

„La grandeza y la gloria! ¿Podemos aun „oir estos nombres en este triunfo de la muerte? „No, Señores, yo no puedo soportar estas grandes „palabras con que la arrogancia del hombre trata „de aturdirse á sí mismo para no apercibirse „de su nada. Tiempo es ya de hacer ver, que „cuanto es mortal, por mucho que se le agregue á lo exterior á fin de engrandecerlo en la „apariencia, es en su fondo incapaz de elevacion. „Escuchad á este propósito el profundo raciocinio „no de un filósofo que disputa en la escuela, ni „de un religioso que medita en el claustro; quiero

„confundir al mundo por la boca de aquellos á „quienes mas respeta, de aquellos que mejor le „conocen; y no quiero darle para vencerle sino „Doctores sentados en el trono. *O Dios, dice el „rey profeta, vos habeis hecho mis dias mesurables, „y mi sustancia no es nada en vuestra presencia.*”

No sabemos que ponderar aqui, si la brillante perspectiva de felicidad, ofuscada tan pronto con la muerte de Henriqueta, ó el noble y generoso retraimiento del Orador, cuando despues de haber hablado con sumo interes de la grandeza y de la gloria que se preparaba en lo sucesivo para encantar la vida de MADAMA, pronuncia de nuevo estas dos palabras, con un énfasis despreciativo que hace tan profunda la exclamacion. „No puede „dudarse, dice Mr. Thomas, que Bossuet al componer este elogio fúnebre, se hallaba íntimamente „afectado; ¡con tanta elocuencia habla en él de „la miseria y debilidad del hombre!” ¿Que diríamos de la preparacion que ha dado á las palabras del rey profeta? Es grave, enérgica y eminentemente delicada. Uno de los escollos en que siempre se estrellan los oradores medianos, es la grandeza y la gloria en el instante en que la elocuencia debe tronar contra ellas. Creen que el evangelio los autoriza para deslizarse hasta el ultrage; y no pocas veces desnudan á la magestad de los altos personajes de aquellos miramientos que ha querido conservarles el que mandó á las naciones que diéran al César lo que es del César; es decir, del acatamiento respetuoso que se debe á los altos funcionarios. Nadie por ventura ha humillado tanto como Bossuet la fama, la celebridad y cuanto mas vivamente deslumbra las miradas del universo; pero nadie ha llevado á mayor altura la delicadeza con que debe hablarse en las córtes y dar preceptos severos á los monarcas. Al cabo de una serie gradual de pensamientos con que destruye todos los prestigios del cetro y la corona, ennoblece estas mismas dignidades, invocando en su auxi-

lio la autoridad suprema de los Reyes. ¡Tanto así resplandece la elocuente urbanidad de este admirable pontifice, cuando para convencer al mundo le presenta *Doctores sentados en el trono!*

Este pasaje nos recuerda otro no menos delicado que se encuentra en la oracion fúnebre de la reyna de la Gran Bretaña. „El corazon de una „gran reyna, elevado en otro tiempo por una larga serie de prosperidades y luego sumergido en „un abismo de amarguras, hablará muy alto; y si „no es permitido á los particulares dar lecciones á „los príncipes, acerca de acontecimientos tan extraordinarios, un rey me presta sus palabras para decirles: *Et nunc, reges, intelligite; erudimini, qui judicatis terram:* escuchad, grandes de la tierra; „instruios, árbitros del mundo.”

Discurre el Orador particularmente por algunas de las situaciones mas brillantes en que la fortuna ó el mérito suele colocar á los hombres. El vencedor que ve tendidos á sus pies á todos los vencidos, y que acaso se jacta de una gloria muy efectiva, caerá tambien á su turno en las manos de la muerte; y una voz terrible, la voz de aquellos que le precedieron en el sepulcro, al golpe de su espada, le llamará terriblemente á que se confunda con su polvo. (*) Vano será el empeño de substraerse de la nada, mediante las cualidades del espíritu, los grandes designios, los vastos pensamientos: „morirán, dice el rey profeta, „y en este dia perecerán todos sus pensamientos.” Una amplificacion muy breve de este concepto prepara el lugar en que Salomon dice haberse aplicado á la sabiduria, para desengañarse muy pronto de que ella era tambien una vanidad. A esto viene á suceder un cuadro muy perfecto, en que se admira la religion en toda su magestad, se recuerda con estrépito la muerte de MADAMA;

(*) *Et tu vulneratus es, sicut et nos, nostri similis effectus es.* Is. XIV, 10.

y se pinta la consternacion de la corte, el sobresalto del pueblo y el abatimiento del rey, la reyna y Monseñor. Pasaje es este de tanto movimiento y de tanta sabiduria, que no puede omitirse cuando se trata de examinar aunque rápidamente una obra tan insigne.

„Considerad, Señores, esas grandes potencias que nosotros miramos desde tan bajo. Mientras que temblamos bajo sus manos, Dios las „hiere para instruirnos. Su elevacion es la causa „del golpe; y las perdona tan poco, que no teme „sacrificarlas al resto de los hombres. Cristianos, „si MADAMA ha sido escogida para darnos una „leccion como esta, no murmureis: nada hay aquí „de áspero para ella, pues como lo vais á ver, „Dios la salva por el mismo golpe que nos instruye. Deberiamos estar muy convencidos de nuestra „nada; pero si han menester golpes de sorpresa „nuestros corazones encantados con el amor del „mundo, este es bastante grande, bastante tremendo. ¡Oh noche desastrada! ¡Oh noche horrible, „en que repentinamente retendió como el estallido „del trueno esta espantosa nueva: ¡MADAMA se „muere, MADAMA está muerta! ¡Quien de nosotros no se sintió herido á este golpe, como si „algun trágico accidente hubiera desolado á su „familia? Al rumor primero de un mal tan extraño, acudian á San Cloud de todas partes: todo „estaba consternado, menos el corazon de esta „princesa. Oíanse gritos por todas partes; veíase „por donde quiera el dolor y la desesperacion y „la imágen de la muerte. El rey, la reyna, Monseñor, toda la corte, todo el pueblo, todo está „abatido, todo está desesperado; y me parece que „veo el cumplimiento de estas palabras del Profeta: „*El rey llorará, el príncipe será desolado, caeránse „las manos al pueblo de dolor y de espanto.*”

Si hemos de buscar en esta oracion fúnebre un pasaje que justifique plenamente el citado pensamiento donde Bossuet dice, que jamas han si-

do las vanidades de la tierra, ni tan *claramente descubiertas*, ni tan *altamente confundidas*, será este sobre todos, en que se pinta en dos palabras la enfermedad y la muerte de Henriqueta. *MADAMA se muere*: he aquí presentado el peligro con suprema energía: *MADAMA ha muerto*: he aquí la catástrofe. Pero la increíble rapidez, con que se impelen y precipitan estas exclamaciones funestas, pinta de un modo tan sublime como nuevo lo sorprendente y repentino de esta muerte tan dolorosa para la Francia. Quien podrá asignar los intervalos de tiempo que separaron la enfermedad la agonía y el último suspiro? ¡*MADAMA se muere!* ¡*MADAMA ha muerto!* „A estas palabras „dice un escritor, Bossuet se vió obligado á detenerse; el auditorio prorrumpió en sollozos, y la „voz del Orador fué interrumpida por sus suspiros „y por sus lágrimas.”

¿Y que dirémos de los últimos rasgos que se distinguen en el pasage? Estos movimientos simultáneos, ese aturdimiento universal, en que las condiciones parecen confundirse por alguna calamidad pública, son de un efecto maravilloso en la elocuencia; pero la sublimidad nos enagena cuando el Orador comprendiéndolo todo en un pasage de la Escritura, parece dar á sus pensamientos un carácter profético, para hacernos sentir mas vivamente la mano de Dios en las grandes pesadumbres de los reyes. *Rex lugebit, et princeps induetur merore, et manus populi terræ conturbabuntur.*

Desembarazado el Orador de este primer movimiento describe otra escena igualmente viva: Monseñor, el rey mismo estrechando entre sus brazos á *MADAMA*, y ella escapándose de entre estas reales manos. Admirase de que tan pronto haya desaparecido, cuando *en la mayor parte de los hombres las mudanzas van verificándose poco á poco, y la muerte los prepara de ordinario para su último golpe. Pero ¡ay! MADAMA ha pasado de la mañana á la tarde, como la yerba de los campos.*

En la mañana florecia, y vosotros sabéis con cuanta gracia: en la tarde la vimos ya marchita; y estas fuertes expresiones con que la santa escritura exagera la inconstancia de las cosas humanas, ¡debían ser para esta princesa tan precisas y tan literales! „Si se reflexiona en esta princesa jóven arrebatada á las bendiciones del Pueblo y á las esperanzas del reyno, si se considera que aun el „Orador cristiano se ve reducido á enternecerse „por que estas gracias tan dulces y esta hermosura sean arrebatadas por la muerte; si se atiende á que este Orador es un Obispo, y este Obispo se Bossuet, será preciso convenir en que el „austero Prelado debió estar profundamente conmovido para hacer oír hasta en el santuario lamentos otorgados á estos frágiles favores de la „naturaleza.” (*)

Un pasage lleno de moralidad sucede á estos lamentos. Es la historia fielmente referida de los placeres de un bello porvenir. El Orador mira en lo presente cuantos elementos pudiera apetecer, para pronosticar á *MADAMA* dias llenos de gloria para simisma y de interes para la Francia; y con esta reseña, excita mas vivamente el dolor de una pérdida tan repentina. Grande es á la verdad el sentimiento que nos causa un accidente de esta naturaleza; pero el corazón, tan ávido del dolor como del placer, parece que gusta de ensanchar indefinidamente el primero; y su ansiosa solicitud de franquear curso libre á sus lágrimas repasa con una especie de enagenamiento todas las esperanzas que ha visto desaparecer. Entonces es cuando se abandona con mayor ímpetu á los movimientos de su pesar, y nunca siente con mas viveza cuan débiles é inciertos á la vez son los cálculos del hombre. „En lugar de una hermosa vida estamos reducidos á formar la historia de una „admirable pero triste muerte. A la verdad, seño-

(*) *El P. Gibon, Thése sur l'Eloquence.*

res, continua el Orador, nada igualó jamas á la firmeza de su alma, ni á ese valor apacible que sin esfuerzo para elevarse, se encuentra por su natural situacion muy mas allá de los acontecimientos mas terribles. Si; MADAMA fué dulce hacia la muerte, como lo habia sido hácia el mundo; su gran corazon ni se irritaba, ni se arrebataba contra ella. No la desafió con fiereza, contenta con mirarla sin sobresalto y recibirla sin turbacion. ¡Triste consuelo, pues que á pesar de este grande ánimo la hemos perdido! Tal es la gran vanidad de las cosas humanas. Después de que por el último esfuerzo de nuestro valor nos hemos sobrepuesto, digámoslo asi, á la muerte, ella extingue en nosotros hasta ese valor, con que parecíamos desafiarla. ¡He aqui, á pesar de aquel gran corazon, á esta princesa tan admirada y tan querida! ¡Hela aqui tal como nos la ha puesto la muerte! Aun ese resto tal como esta va luego á desaparecer; esa sombra de gloria va á disiparse; y nosotros bien pronto vamos á verla despojada aun de esta triste decoracion. Va á descender muy presto á esos lugares sombríos, á esas moradas subterráneas, para dormir en el polvo con los grandes de la tierra, como dice Job; con esos reyes y esos príncipes anonadados, entre los cuales apenas se la puede colocar. ¡Tan oprimidos están allí los rangos, y tan pronta la muerte para llenar esas plazas! Pero aqui nuestra imaginacion nos engaña todavía: por que la muerte no nos deja bastante cuerpo para ocupar algun lugar; y excepto los sepulcros, nada se advierte allí que forme alguna figura. Nuestra carne cambia muy pronto de naturaleza: nuestro cuerpo toma otro nombre; aun el de cadáver, dice Tertuliano, puesto que nos muestra aun una forma humana, no le dura largo tiempo; viene á ser un no sé que, el cual no tiene nombre en ninguna lengua: ¡tan cierto asi es que todo muere en el hombre, hasta estos términos fú-

„nebres con que se designan sus miserables restos!”

Antes de llamar la atencion sobre este rasgo sublime que viene á cerrar la primera parte del discurso, permítasenos hacer algunas ligeras reflexiones sobre la preparacion inmediata que tiene. Cada uno de estos pormenores supone una alma cuya elevacion ha podido sujuagar digámoslo asi, todas las grandezas, y cuya filosofia ha seguido tan fielmente las pasiones, que para caracterizarlas hasta en sus diferencias mas tenues, basta un pensamiento, una idea, una palabra. Una ojeada menos perspicaz sobre el corazon del hombre habria distinguido en el arrojado toda la magnanimidad del héroe; pero Bossuet ha sabido encontrarla en un estado del espíritu muy diferente del arrebatado de las pasiones. Un culto menos espiritual habria situado los límites del heroísmo en el violento desafío de la muerte, mientras un culto nimiamente sensual mantendria en toda su fuerza los temores, sin abrir campo siquiera á la resignacion; pero el cristianismo, que como dice Chateaubriand, „no es la muerte del corazon sino su regla”, ha sabido elevar los nobles sentimientos, quitándoles al mismo tiempo aquella ruda fiereza que á veces nos disgusta en los heroes de la Iliada: para invitar la muerte con orgullo, basta estar privado del noble auxilio de la razon; para temblar á la vista de su imágen, basta una pusilanidad femenil; *mas para verla llegar sin sobresalto y recibirla sin turbacion*, se necesita el concurso de una alma verdaderamente ilustrada, y un pecho sostenido con toda la fuerza de la religion: tal es la idea que nos dá el orador del heroísmo cristiano, idea en que resplandecen al mismo tiempo cuanto la filosofia tiene de mas profundo, y cuanto la moral tiene de mas sublime. Este tacto tan delicado para desarrollar los preceptos de la moral cristiana, entre las narraciones de un elogio, es por ventura la parte mas difícil, y lo que mas inimitable hace á

Bossuet en la oratoria fúnebre. Un discurso de esta clase en que á un rasgo biográfico sucediese una serie de pensamientos morales emitidos con absoluta separacion, estaria privado de todo interes y se haria insoportable por su ruda mediocridad. *Singula quæque locum teneant, sortita decenter*, decia Horacio, el mismo que hacia consistir la belleza en el órden, y el órden en el enlace y la oportunidad. Cuando se aplica pues directamente la moral á las costumbres, aquella constituye el todo del discurso; pero cuando ella debe brillar en los ejemplos, es imposible ofrecerla en trozos separados sin despojarla de toda su eficacia.

Al lado de este extremo hay otro igualmente pernicioso, el de una narracion desprovista de reflexiones morales: semejante discurso seria muy indigno de la magestad que debe resplandecer en la oratoria sagrada, seria nimiamente profano: porque la misma historia desprovista de la antorcha de la moral, es un cuerpo sin alma, una instruccion estéril y una obra sin objeto. Tocar pues en este medio tan delicado, como lo vemos en Bossuet, haciendo que la narracion sea oratoria y la moral esencialmente histórica, es haber circunscrito los límites de la perfeccion. ¡Cuántos documentos importantes, cuantas lecciones sublimes no puede recoger en estas pocas lineas, un entendimiento á propósito para sondear toda la profundidad que ellas encubren! ¡Este mismo valor, con que algunos se jactan en la situacion mas crítica del hombre, es el primer despojo que reconocemos con sorpresa entre los trofeos de la muerte!.... ¡Que pequeño es el hombre!.... ¡Con razon basta el estrecho recinto de un sepulcro para depositar juntamente todas las gracias de la juventud, todos los proyectos empeñados de la edad madura, los laureles que se entrelazan con las canas del guerrero, los vastos designios del diplomático orgulloso, el terrible poder de los monarcas y cuanto la gloria ostenta de mas atractivo! *He aquí á pesar de aquel*

gran covazon, á esta princesa tan admirada y tan querida. El alma se asusta con este espectáculo, y á la vuelta de su sorpresa se siente combatida por una desazon amarga que la devora, por una tristeza profunda que la consume. Pero al fin, aun tenemos una idea que nos consuela: las memorias de una vida tan ilustre se mantienen en toda su frescura: el mismo aparato de grandeza que honra su féretro es una ilusion extraordinaria que entretiene nuestro dolor: creemos que aun vive: ¡tal es la impresion que excita la magnificencia aun en el templo de la muerte! ¡Vana esperanza! *Aun ese resto, tal como lo estamos viendo, va á desaparecer: esa sombra de gloria va á disiparse, y el objeto de nuestro piadoso delirio será muy pronto despojado de esa triste decoracion.* ¡Cuan fino, cuan delicado, cuan filosófico al mismo tiempo es llamar á las ricas decoraciones que adornan estas tumbas una *sombra de gloria!* A un anuncio de esta naturaleza sucede el decaimiento y languidez del que va viendo poco á poco estrecharse el círculo de la esperanza. Sin embargo, aunque despojada de todos los arreos fúnebres que descubren su rango, tenemos todavia el objeto á nuestros ojos. Pero ¡ay! este consuelo es momentaneo: una capa de tierra será el eterno velo que la oculte para siempre á nuestra vista con los *reyes y príncipes anonadados* á quienes muy pronto debe reunirse. Pasemos á los panteones ilustres: aun unos pasos mas, antes de perderla para siempre: mas aquí nos angustia la dificultad suma de que balle colocacion: *¡tan pronta está la muerte para llenar estas plazas!* La dejamos ya en el último reposo; pero de tiempo en tiempo volverémos á dejar caer algunas flores sobre su sepulcro: allí estan sus restos: nuestra imaginacion ardiente animará estos restos, y seducidos entonces por la mas grata de todas las ilusiones, creerémos que ella nos escucha, á tiempo de dirigirle nuestros homenajes. Triste consuelo, por cierto, pero el es la causa de esa melancolia dul-

ce, hija de las memorias caras, y que nunca parece respirarse mejor, que cuando, lejos del tumulto de las ciudades, gustamos de conversar con los ilustres muertos, ó en el silencio religioso de un cementerio ó entre la misteriosa y augusta calma de las ruinas. No, dice el Orador: *nuestra imaginacion nos engaña todavía: nuestra carne cambia muy pronto de naturaleza: nuestro cuerpo toma otro nombre. aun el de cadáver puesto que nos muestra aun una forma humana, no le dura largo tiempo: viene á ser un no sé que, el cual no tiene nombre en ninguna lengua: ¡tan cierto así es que todo muere en el hombre, hasta estos términos fúnebres con que se designan sus miserables restos!*

¿Que dirémos, despues de esto? ¿Quien es capaz de resistir á este poder soberano? Que corazón, por muy abierto á los placeres, es capaz de sobrevivir á esta pintura tan viva y espantosa de nuestra nada? Registrense todos los fastos de la elocuencia, léanse los escritos que mas han arrasado la universal admiracion: ¿cuando se ha mostrado la voz del hombre mas soberana? ¿Cuando la nada mas visible? ¿Cuando el hombre mas pequeño? Este es el golpe mas tremendo que la palabra evangélica ha podido lanzar sobre la grandeza y la gloria.

SEGUNDA PARTE.

DESPUES de un movimiento tan terrible, en que la nada del hombre se ha pintado y confundido con todo el poder de lo sublime, seria muy peligroso un tránsito violento á la pintura de su dignidad y á las nobles prerogativas de su grandeza. Si alguna vez se siente con mayor estrechez la importancia de una buena preparacion, y si hay una prueba muy difícil para el talento oratorio, será aqui, donde vamos á pasar del uno al otro en-

tre dos extremos opuestos. Si el Orador se difunde, la energia desaparece y notablemente se interrumpe la unidad que debe resplandecer en la composicion y en el estilo; mas al contrario, si se precipita, casi vemos cortarse el hilo de las ideas, aislarse del todo los sentimientos y desaparecer ese contraste moral eminentemente teológico, el cual consagra, digamoslo así, exclusivamente á su fin, toda la conducta del hombre en las diferentes situaciones de su vida. Si vemos huir entre el humo de la vanidad todas las acciones del hombre aun en el órden profano, para ocuparnos despues olvidándolas todas, en lo puramente espiritual y místico, nos veriamos precisados á proscribir como inútiles y vanas las vehementes y generosas tendencias que arrastran á los hombres á proteger los progresos de las ciencias, á distinguirse en el gobierno de los Estados y á sacrificarse en el campo de la gloria. ¿Y que resultaria de aqui? Que un zelo imprudente justificaria las calumnias de aquellos genios impios que han pretendido despojar á la religion cristiana de uno de sus mas notables caracteres, el de ser eminentemente social.

Pero si el tránsito se verifica, sin perder de vista el primer objeto, el orador nos conduce insensiblemente á cierto punto en que admiramos con sorpresa la reunion y armonia de dos cosas que nos parecian incompatibles. Vemos que tan admirables empresas, tan vastos pensamientos, tan heroicas y sublimes hazañas, fueron vanas en tanto que se consagraron al mundo; pero que adquieren solidez y se conservan con estabilidad en el rango de su grandeza, cuando sostenidas por la religion y animadas por la caridad, van á perderse en el seno de aquel que nos ha mandado amar en su nombre á la inmensa familia de todo el género humano.

A fin de obtener un resultado tan feliz, el Orador prepara el efecto de la segunda parte con la destreza de una perfecta transicion. Gradua de tal

modo sus ideas y sus sentimientos, que nada nos parece tan natural como la nueva perspectiva que se descubre muy pronto á nuestros ojos. Hemos visto perecer con el hombre hasta la palabra que designa sus miserables restos. Aquí introduce el Orador, ó mas bien, descubre al poder divino como el agente de la igualdad eterna á que han sido condenadas todas las condiciones del universo. Mira entonces como ruinas la indefinida destruccion que acaba de pintar; y como está satisfecho de que ni aun este nombre merece á los ojos de su auditorio un aniquilamiento tan absoluto en que se ha visto desaparecer hasta la palabra, pregunta luego con énfasis: *¿puede fabricarse sobre estas ruinas? ¿Puede apoyarse algún gran designio sobre este inevitable resto de las cosas humanas?*

En una situacion tan angustiada, Bossuet adivina el pensamiento de su auditorio: „¿mas que Señores, exclama, ¿todo es pues desesperado para nosotros? Dios, que lanza rayos á todas nuestras gandezas hasta reducirlas á polvo, ¿no nos deja ninguna esperanza? Aquel, á cuyos ojos nada se pierde, y que sigue todas las partículas de nuestro cuerpo por cualquiera apartado sitio del mundo adonde la corrupcion ó la casualidad las arroje, ¿verá perecer sin recurso lo que ha hecho capaz de conocerle y de amarle?“ Aunque poseidos íntimamente de todas las instrucciones que se nos han dado acerca de la vanidad y la nada del hombre; comprendemos, al llegar aquí, que ella no es tan absoluta; empezamos á columbrar una grandeza sólida y una superioridad positiva; sorprendemos el secreto del Orador y ansiamos impetuosamente por que nos franquee del todo una perspectiva que solo nos habia permitido vislumbrear. No se detiene pues; antes alentado por la expectativa de sus oyentes, descorre el velo, muestra con claridad el cuadro, y reserva su voz tan solo para instruirnos sobre los grandes objetos, cuyo inmenso conjunto hiere de golpe nues-

tros ojos. „Aquí un nuevo orden de cosas se me presenta, las sombras de la muerte se disipan; abrenseme los caminos de la verdadera vida. (*) „MADAMA no está en el sepulcro; la muerte que parecia destruirlo todo, todo lo ha establecido; he aquí el secreto del Eclesiastes que os habia insinuado ya en el principio de este discurso, y el cual ahora es necesario descubriros en el fondo.“

El hombre no se engaña, si fijo en la inteligencia que lo anima, encuentra en ella el principio de su elevacion y reconoce que si el cuerpo ha de tornar al polvo, el espíritu ha de volver á Dios en quien tiene su noble ascendencia. A decir la verdad, no se sostiene que la grandeza y la gloria son vanas, sino considerando el abuso que de ellas se hace: porque la existencia misma de estas palabras, cuyas ideas no pudieran encontrarse jamas en la nada, nos indica que el fondo está en nosotros mismos. Mientras ellas son puros nombres para los mundanos, para nosotros tienen el carácter de cosas; bien asi como la pobreza, la ignominia y la muerte, que son cosas para ellos, son vanos nombres para nosotros, como se explica San Juan Crisóstomo. „Todo es vanidad bajo el sol“: asi expone su pensamiento el Eclesiastes. *Salid empero del tiempo y de la mudanza, aspirad á la eternidad: la vanidad entonces no os tendrá ya sujetos.* Dejemos pues que el sabio rey prefiera la mediocridad simple del aldeano á las privaciones y tormentos de los avaros, á los sueños inquietos de los ambiciosos; dejémosle hacer morir hasta los pensamientos de una sabiduría insensata, menospreciar todos los estados de la vida, igualar al loco con el sabio y confundir al hombre con la bestia.

Mientras no hayamos encontrado la verdadera

(*) *Notas mihi fecisti vias vite.* PS. XV.
v. X.

sabiduría, y descubierto aquel principio que nos une con Dios, no veremos en la vida sino locas inquietudes, ni en la muerte otra cosa que un vapor que se exhala, espíritus que se agolan, resortes que se desmontan y desconciertan. Si el Eclesiastes desprecia tanto la grandeza, no desprecia al hombre, sino que le desconoce; puesto que el temor de Dios es todo el hombre: si el salmista dice que en la muerte perecerán todos nuestros pensamientos, es porque considera los que se dan al mundo, porque sin padecer nada la inmortalidad de su principio, se hacen percederos en razon de su objeto. ¿Quereis salvar alguna cosa de este universal é inevitable destroso? consagrad á Dios vuestras afecciones; y entonces á ejemplo de nuestra heroína cristiana, ya podréis atreveros á desafiar la muerte. Pero á fin de sacar de un ejemplo tan hermoso toda la instruccion posible, consideremos la conducta de Dios para con ella, y adoremos en esta princesa el misterio de la predestinacion y de la gracia.

Toda la vida cristiana es una serie de misericordia; pero san Agustin enseña que en la primera y en la última gracia, se muestra esta mas particularmente, es decir, en la vocacion que nos previene y en la perseverancia final que nos corona; y como la primera nos inspira la fé y la segunda nos trasmite á la gloria, ha querido la bondad divina hacerse notable por una impresion ilustre y particular al principio de estos dos estados, á fin de que confesemos que toda la vida del cristiano es un milagro continuo de la gracia.

He aqui un extracto muy breve de la preparacion teológica con que el orador se dispone á continuar el elogio de Henriqueta, trazando la historia de su gloriosa muerte. Si en estas páginas vemos descender un tanto el impetuoso vuelo de esta águila sublime, reflexionemos que ella no hace mas que imitar á la naturaleza, cuya irregularidad en algunas de sus partes pequeñas, pa-

rece nacida como de propósito para hacer mas imponente y admirable su conjunto. Si sentimos un poco la prolijidad por el lugar que ocupa todo el pasage, celebremos á la vez la concision con que se han comprendido y la claridad suma con que se han expresado las ideas mas elevadas de la teologia especulativa y los documentos mas importantes de la moral evangélica. ¿Pero como seria posible, sin el concurso de los valles, distinguir y graduar la elevacion de esos picos soberbios que parecen hender el firmamento? Ved sinó, hasta donde se eleva, partiendo de este punto, la elocuencia del panegirista. „Estos dos momentos principales de la gracia, ¡cuan bien señalados han sido con las maravillas que Dios ha obrado por la salvacion de Henriqueta de Inglaterra! „Para darla á la Iglesia fué necesario volcar todo un gran reyno: por que la grandeza de la casa de donde hubo salido, no era para ella sino un compromiso mas estrecho en el cisma de sus mayores; digamos mejor, de los últimos antepasados suyos, pues cuanto precede á estos, remontrándonos hasta los tiempos primitivos, es tan piadoso y católico. Pero si las leyes del Estado se oponen á su salud eterna, Dios hará estremecer todo el Estado para salvarla de estas leyes. A este precio pone las almas: remueve el cielo y la tierra para criar á sus elegidos; y como nada es tan caro para él, como estos hijos de su dileccion eterna, como estos miembros de su hijo muy amado, ningun medio le parece costoso, á trueque de salvarlos. Nuestra princesa es perseguida antes de nacer, abandonada tan luego como sale al mundo, arrancada en el instante de ver la primera luz, á la piedad de una madre católica; cautiva desde la cuna por los enemigos implacables de su casa; y lo que era mas deplorable, cautiva de los enemigos de la Iglesia y destinada primeramente por su glorioso nacimiento y despues por su desgraciada cautividad, al error y á la

„heregía. Pero el sello de Dios estaba sobre ella:
 „podia decir con el Profeta: *Mi Padre y mi Ma-*
 „*dre me han abandonado; pero el Señor me ha reci-*
 „*bido en su proteccion:* desamparada de toda la
 „tierra desde mi nacimiento, parece que fué arroja-
 „da en los brazos de su providencia paternal; y des-
 „de el vientre de mi madre, se declaró mi Dios.
 „No se engañó en su confianza la reyna, encargan-
 „do tan precioso depósito á una guarda tan fiel:
 „por que dos años despues, un golpe imprevisto y
 „al parecer milagroso libró á la princesa de las
 „manos de los rebeldes; y á pesar de las tem-
 „pestades del Oceano y las agitaciones aun mas
 „violentas de la tierra; Dios, poniéndola sobre sus
 „álas, como la águila toma á sus pequeños, la
 „condujo elmismo á este reyno, la puso elmismo
 „en el seno de la reyna su madre, ó para mejor
 „decir, en el seno de la Iglesia católica. Aquí
 „aprendió las máximas de la piedad verdadera, me-
 „nos por las instrucciones recibidas, que por los
 „ejemplos vivos de esta grande y religiosa reyna.
 „Limitó sus piadosas liberalidades. Sus limosnas
 „siempre abundantes, se derramaron principalmente
 „por los católicos de Inglaterra, de quienes fué la mas
 „fiel protectora. Digna hija de San Eduardo y de
 „San Luis, se unió desde el fondo de su corazon
 „á la fé de estos dos grandes reyes. ¿Quién es
 „capaz de expresar bastantemente el zelo que la
 „consumia por el restablecimiento de esta fé en
 „el reyno de Inglaterra, donde se conservan toda-
 „via tantos monumentos preciosos de estos deseos?
 „Todos sabemos que no temió exponer su vida
 „por tan piadoso designio: ¿y el cielo nos la ha
 „arrebataado! ¡O Dios! ¿Que prepara aquí vues-
 „tra eterna providencia? ¿Me permitiréis, Señor, diri-
 „gir temblando una mirada hácia vuestros santos
 „y formidables consejos? ¿Será por ventura que los
 „tiempos de confusion todavia no estan cumplidos?
 „¿Será que el crimen, que hizo á vuestras ver-
 „dades santas ceder á pasiones infelices, está aun

„delante de vuestros ojos, y que no lo habeis cas-
 „tigado bastante con un siglo de ceguedad? ¿Nos
 „arrebatais á Henriqueta por un efecto del mismo
 „juicio que abrevió la vida de la reyna Maria y
 „su reynado tan favorable á la Iglesia? ¿O acaso
 „quereis triunfar solo? ¿Quitándonos los medios de
 „que se lisongeaban nuestros deseos, reservais para
 „los tiempos señalados por vuestra predestinacion
 „eterna, secretos retornos al Estado y á la Casa
 „de Inglaterra? Aunque asi sea, ¡o gran Dios! re-
 „cibid hoy las dichosas prinicias en la persona de
 „esta princesa. ¡Ojala y toda su casa y todo el
 „reyno siga el ejemplo de su fé! Ese gran rey
 „que llena con tantas virtudes el trono de sus ma-
 „yores y hace alabar todos los dias la divina ma-
 „no que le ha restablecido en él, como por milagro,
 „no culpará nuestro zelo, si delante de Dios arhe-
 „lamos por que él y todos sus pueblos lleguen á
 „ser como nosotros. *Opto apud Deum.....non*
 „*tantum te, sed etiam omnes..... fieri tales, quodis*
 „*et ego sum.* (*) Este deseo ha sido formado pa-
 „ra los reyes; y San Pablo, hallándose en las ca-
 „denas, lo concibió la primera vez en favor del
 „rey Agripa: pero San Pablo exceptuaba sus ca-
 „denas, *exceptis vinculis his;* y nosotros, deseamos
 „principalmente que la Inglaterra, demasiado libre
 „en su creencia y muy licenciosa en sus opinio-
 „nes, sea encadenada como nosotros con estos fe-
 „licísimos lazos que impiden al orgullo humano ex-
 „traviarse en sus pensamientos, cautivándolo bajo
 „la autoridad del Espíritu Santo y de la Igle-
 „sia”

¿Como exaltar debidamente esta concision
 oratoria que asi comprende en tan pocas líneas
 tan sublimes y fecundos conceptos? No son mas
 que dos páginas, pero en ellas vemos brillar en
 alto grado al panegirista eminente cuando enarra,
 al poeta cuando substituye la viveza del colorido

(*) *Act. Apost. C. 24. v. 29*

á la serie de una abstracción continuada, al político cuando mira la mano de Dios en la suerte de las naciones; y mientras nos abandonamos á los movimientos de ternura que nos infunden las virtudes amables de Henriqueta, sorprendemos en este pasaje al talento soberano que conquistó para la Iglesia católica el alma extraordinaria de Turena. ¡Cuan augusto no se muestra aquí el poder del Altísimo, cuando trastorna un reyno todo á fin de proteger á MADAMA contra los ataques y persecuciones de los enemigos de su casa y de la Iglesia! Para elevar así el estilo, á tiempo que se habla del influjo de la gracia divina; para dar tanto cuerpo á las ideas mas abstractas; para ver moverse á toda una nacion, á fin de que este movimiento sirva á las miras de Dios sobre una princesa recién nacida; es menester el concurso de una imaginacion vehemente, de una alma de fuego, de un genio incomparable. Se diria que la misma gracia, que gusta comunicarse particularmente á las almas retiradas del mundo, se afectó en esta vez de la grandeza, para mostrarse altamente á los ojos del universo, á fin de que admirase la verdadera gloria en una princesa tan ilustre por su famosa dinastia.

¿Que no habria hecho un orador mediano para pintar la revolucion espantosa que multiplicaba los riesgos y aproximaba tanto los peligros en que podia perecer para la eternidad esta criatura predilecta de la gracia? Habria llenado algunas páginas de prolizas narraciones ó de hipérbolos dislocadas y chocantes. Pero Bossuet nos dice, que *á pesar de las tempestades del Oceano y las agitaciones mas violentas aun de la tierra, Dios la toma sobre sus alas, como la águila toma á sus pequeños hijos.* No puede adelantarse mas la energia cuando se trata de una revolucion, ni referirse de un modo mas poético y oratorio á la vez el acto en que Dios conduce por entre los peligros á esta princesa. Despues de este rasgo, empezamos á

escuchar sus progresos en la piedad, y cuando cierto decaimiento que se nota en el estilo empieza á resfriar un poco nuestro entusiasmo, volvemos á elevarnos con la narracion oratoria al ver en MADAMA á la digna hija de San Eduardo y de San Luis, acometiendo ella por sí al sublime designio de restablecer la fé en la nacion de sus padres. En este punto Bossuet siente despertarse una idea que lo animaba de continuo; lamenta la muerte súbita de un instrumento lleno de esperanzas para los que suspiraban por el regreso del catolicismo; pero este mismo sentimiento le hace entrever un arcano de justicia, y en las fluctuaciones de una duda sublime, se atreve á preguntar á Dios el secreto motivo de unas pérdidas tan sensibles para los católicos. ¡Cuan patética es la resignacion con que concluye este pasaje, cuan tierna la plegaria para que acepte Dios estas primicias! ¡Cuan feliz la aplicacion del texto de San Pablo, y cuan respetuosa y digna la optacion que viene á terminar esta serie de pensamientos elevados!

Habiendo hecho visible el primer efecto de la gracia en esta princesa, pasa luego Bossuet á contemplar el último, el de la perseverancia final. Esta gracia cambia la naturaleza de la muerte, pues la vemos entonces como la mensajera de una dicha que no ha de perecer. Mientras vivimos, estamos sujetos á las mudanzas; pero esta sujecion acaba, cuando dejan para nosotros de contarse las horas; y así como Jesucristo confirmó para siempre su testamento con su muerte, así tambien una muerte fiel hace irrevocable nuestra consagracion á Dios. Despues de estas ideas con que se introduce, pinta el Orador con viveza inexplicable el último combate de Henriqueta; y para hacer mas visible el triunfo de la gracia, pondera los años que esta muerte arrebató á esta juventud, la alegría de que priva á esta fortuna, la gloria que quita á este mérito y la prontitud y crueldad con que llega: no amenaza, no advierte á su víctima;

pero la gracia obra con mayor actividad. Los lamentos no se dirigen á la gloria ni á la juventud, sino al pecado: pide un crucifijo, elmismo en que habia espirado la Reyna su madre, como para recoger allí las impresiones que le habia dejado esta con sus últimos suspiros: sus sentimientos se exhalan sobre sus labios: no tiene mas que un dolor, el de no haber puesto desde antes en Dios toda su confianza. Despues de una ternura tan insinuante y grave, parece que el Orador va á descender á un estilo muy humilde, al reprochar la cobardía de los que temen en la hora de la muerte estas prevenciones saludables, cuando le vemos levantarse rápidamente, cual si no hubiera descendido. „Ella, „dice, pide por simisma los sacramentos de la Iglesia; la penitencia con compuncion; la eucaristia, „con temor y despues llena de confianza; la santa „uncion de los moribundos con un piadoso apresuramiento. Lejos de aterrorizarse por esto, la quiere recibir con conocimiento: escucha la explicacion „de estas ceremonias santas, de estas plegarias „apostólicas que, por una especie de encanto divino, suspenden los mas violentos dolores, y hacen „olvidar la muerte (yo lo he visto con mucha „frecuencia) á quien las escucha con fé: ella las „sigue, se conforma; se la ve ofrecer pacíficamente „su cuerpo á este óleo sagrado, ó mas bien, á la „sangre de Jesus que tan abundantemente corre „con este precioso licor.”

En la lectura de este pasage se experimenta una especie de calma religiosa, una suavidad inexplicable cuyo origen está en la pintura de una muerte feliz: el dolor abandona su victima á los dulces transportes que la inspiran las últimas conversaciones que pasan entre el moribundo y el padre misericordioso de la gracia. Bossuet tiene razon para afirmar sobre su testimonio que estas plegarias apostólicas por una especie de encanto divino suspenden los mas violentos dolores y hacen olvidar la muerte al que las escucha con fé. Però

ellas exigen de nosotros la mencion de una circunstancia que añade mucho mérito al pasage, pues entre otras cosas hace resaltar sobre manera la modestia del Orador.

Se ha visto ya que Madama Henriqueta fué atacada violentamente á los veintiseis años de su edad en el palacio de San Cloud. Los síntomas de su enfermedad presentaron desde luego tan maligno carácter, que los médicos, viendo agotados infructuosamente los recursos del arte, pronosticaron el resultado mas funesto. Bossuet entonces se encontraba en su obispado de Condom; y á pesar de que el príncipe le multiplicó los correos con extraordinaria actividad, no pudo llegar á San Cloud á ofrecer á Madama los últimos auxilios de la Iglesia, sino cuando ella habia padecido mucho por la crueldad de sus dolores, y no sé si mas por el áspero é indiscreto zelo del Abate Feuillet, cuyo ministerio habia aceptado provisionalmente la princesa.

„Causóle por lo mismo tal júbilo la presencia de Bossuet, dice el Cardenal Maury, que elmismo Prelado al encontrala en una crisis tan espantosa, sintió apoderarse de él una afliccion extrema. Desde que lo vió, le exigió la promesa de que no la abandonaria hasta su último suspiro; y aquel, dignamente inspirado por una situacion tan propia para electrizar su alma y su genio, se prostró en tierra y permaneció de rodillas, apoyándose en la cama y teniendo en la mano el crucifijo. Invitó luego á MADAMA, con los ojos bañados en lágrimas y la voz medio extinguida por su emocion, á unirse simplemente á sus reflexiones, plegarias y demas actos que iba á ofrecer á Dios en su nombre. Nunca Bossuet habia parecido mas sublime, ni su elocuencia tampoco adquirido jamas una victoria mas tierna. Escuchábale la princesa con sensible satisfaccion y la mas firme presencia de espíritu. Una sumision tan perfecta á los decretos del cielo aumentaba mas á los ojos del Pre-

lado el interés y el mérito de tan grande sacrificio. La infeliz y moribunda víctima, que veía las palabras de Bossuet, como de un precio infinito, le conjuraba que no dejase de caer ni un solo instante á su alma abatida, cuyo único apoyo era él. Hizo pues este la recomendacion de su alma y le explicó las oraciones de los agonizantes que no habían sido ni serán probablemente nunca enriquecidas con tan bello comentario. En un combate tan terrible veíase la elocuencia de este grande hombre triunfar del dolor y de la muerte, llenando el corazón de la princesa de fé, de compuncion, de confianza, de paz, de resignacion y de amor; circundándolo con el crepúsculo de esa segunda vida en que no descubria ella sino reposo y felicidad; apartando de sus miradas inquietas la imagen de la muerte, mediante el encanto poderoso con que la atraía y la fijaba sobre el principio eterno de su existencia; absorbiéndola como en éxtasis en la contemplacion de la Divinidad; adormiéndola en fin, á tiempo de este tránsito, con el sueño de la esperanza y en el seno maternal de la religion."

„Bossuet pues oculta la verdad por modestia, cuando se borra á sí mismo de la narracion de esta agonía; cuando atribuye todo el prodigio de su propio talento á las hermosas y dulces oraciones de Iglesia; cuando recuerda siempre como testigo (*yo lo he visto con mucha frecuencia,*) y jamás como actor el heroísmo de la fé de esta princesa, que la religion sola, segun él, tuvo la gloria de suspender los dolores mas violentos de Henriqueta y aun de hacerle olvidar la muerte."

Para completar este cuadro, pinta el Orador con suprema energia la constancia y resignacion de esta princesa; recuerda con emocion aquellas palabras que salian de sus labios, como la *sin-cera produccion de una alma que tocando ya al cielo, no debe á la tierra sino la verdad*, y habla con

un acento religioso de su conformidad con las órdenes de Dios. „Profesaba, dice, la fé católica y „la resurreccion de los muertos, este precioso consuelo de los fieles moribundos. Excitaba el zelo „de los que habia llamado para que la excitasen á „ella;..... deseaba mil veces estar sumergida en „la sangre del cordero; descubriase en sus discursos un nuevo lenguaje que la gracia le enseñaba..... Todo era simple, todo era sólido, „todo era tranquilo; todo partia de una alma sometida, y de una fuente santificada por el Espíritu Santo."

Una piedad verdaderamente cristiana se complace sobremanera con un cuadro tan insinuante; y en el transporte que le causan disposiciones tan felices para la eternidad, ninguna cosa desea con tanto ardor como el ver consumada esta obra de la gracia. Tal es el voto que nos hace formar Bossuet, y así previene á su auditorio para que alabe una Providencia que en el mas terrible de todos sus golpes, vierte á torrentes las efusiones de su bondad y de su misericordia. Con aquella seguridad que inspiran las altas promesas de la religion, anuncia que debe cambiarse de lenguaje, y antes que increpar á la muerte por haber interrumpido el curso de la mas hermosa vida, debe aplaudirse su llegada, que ha puesto coto á los peligros mas inminentes, á los peligros de la gloria. Para justificar este pensamiento, manifestando los temores que debia infundir la misma excelencia de carácter que admiraban todos en Henriqueta de Inglaterra, forma un retrato moral de esta persona, el cual no transcribo, á pesar de la gallardía con que en él se ve campear el talento de Bossuet, porque seria necesario suprimir otros pasages igualmente perfectos y mas instructivos para la juventud. En el trato con los demas parecia olvidar ella su rango, haciendo por este medio que todos anhelasen por restituirle al céntuplo la grandeza de que se despojaba. Tan fiel en su

palabra como franca en su conducta; tan diligente en reconocer los servicios como fácil en perdonar las injurias; se hacia estimar de todos con entusiasmo. „Que diré de su liberalidad? Daba „no solamente con alegría, sino con una elevacion „de alma que dejaba traslucir al mismo tiempo „el menosprecio del don y la estimacion de la „persona. Realzaba sus presentes, ora con palabras insinuantes, ora con su mismo silencio; y „este arte de dar agradablemente, que habia practicado tan bien durante su vida, la siguió, yo lo „sé, (*) hasta en los brazos de la muerte.”

Este rasgo característico de unas virtudes tan dulces, viene á completar el cuadro general de su grandeza; y desde que hemos percibido este conjunto, pronosticamos para ella un porvenir de gloria muy adecuado para ocupar la atencion de todo el universo. Pero aqui nos detiene el Orador á fin de convencernos de que este era el inmeu-

(*) Alude aqui Bossuet á un rasgo que muestra hasta donde llevó esta princesa la gracia y la delicadeza, aun en los brazos de la muerte, Habiéndose acercado para darle alguna cosa su primera dama de cámara, le dijo aquella en Ingles, á fin de que Bossuet no lo entendiese: **DAD AL SEÑOR DE CONDOM. (esto es á Bossuet) CUANDO YO HAYA MUERTO, LA ESMERALDA QUE HE MANDADO HACER PARA EL. (Beausset. Historia de Bossuet.)**

Luis XIV quiso poner por sí mismo esta sortija en el dedo de Bossuet, y le invitó á que la trajese consigo durante su vida en memoria de Madama; añadiendo que no podia manifestar su interes por la memoria de esta princesa de un modo mejor, que encargándole de que predicase su oracion fúnebre.

La colocacion del presente hecho al Obispo de Condom y la inspiracion feliz del rey que le encargó de la oracion fúnebre sorprendió generalmente á

so abismo en que iba á precipitarse. „No iba „dice á ganar todos los corazones? Es decir, la „única cosa que han menester de ganar aquellos „á quienes el nacimiento y la fortuna parecen haberlo concedido todo. Si pues tan alta elevacion „es un precipicio formidable para los cristianos, „no puedo yo decir, Señores, para valerme de las „fuertes palabras del mas grave de los historiadores, „que iba á ser precipitada en la gloria?”

El profundo pensamiento de Tácito, adquiera la mayor sublimidad en la boca de Bossuet; tan cierto asi es que el genio sirve al genio y la grandeza sigue á la grandeza! Un filósofo de aquellos á quienes basta una insinuacion tan penetrante para sumergirse en las reflexiones y pensamientos que contiene, no necesitaba otra cosa para seguir paso á paso los obstáculos que la virtud encuentra en el alma de aquellos hombres á quienes tiene aletargados el incienso de la celebri-

todos. Felicitaban á Bossuet del don tan tierno destinado á su persona, y mas todavía por el nuevo triunfo ofrecido á su genio; y unicamente le manifestaban algun sentimiento de que el decoro del púlpito no le permitiese mencionar en este elogio un legado tan honorífico para la princesa como para el Orador. ¿Y POR QUE NO? Dijo en un primer movimiento de gratitud.

La respuesta de Bossuet fue muy divulgada; y es fácil figurarnos la impaciencia que tal noticia y semejante promesa debia producir en todos los espíritus. Se aguardaba todo con el mayor interes, quando el Obispo de Condom pareció en la cátedra. Sin apresurarse á satisfacer la expectativa de sus oyentes, supo justificar su promesa; porque vino á cumplirla hasta el fin de su discurso, sin necesidad de preámbulo ni explicacion. Tres sílabas distinguidas por un grito despedazador en medio de la narracion mas calmada, **YO LO SE**, bastaron á Bossuet para tratar con tanta dignidad como medida la his-

dad; pero nuestra limitacion comun impone á los oradores el deber de revelárnoslo todo; y asi es como Bossuet, obediente á la voz de nuestra ignorancia, derrama sobre este pensamiento los encantos de una explanacion eminentemente moral y filosófica. Oigamos pues las lecciones que se desprenden de sus labios despues de habernos trasportado con aquel rasgo tan sublime.

„¿Que criatura fué nunca mas á propósito para ser el ídolo del mundo? ¡Pero á cuan delicadas tentaciones no estan expuestos estos ídolos que el mundo adora! Cierto es que la gloria los pone á cubierto de algunas debilidades; ¡pero la gloria por ventura los defiende de la gloria misma? ¡No se adoran en secreto? ¡No quieren tambien ser adorados? ¡Cuanto no tienen que temer de su amor propio! ¡Y que puede reusarse la debilidad humana, mientras que el mundo le concede todo? ¡No es aqui donde se apren-

toria, generalmente divulgada de esta sortija que se veia brillar en su dedo. Este es el triunfo de las conveniencias oratorias. Estas tres palabras fundidas, por decirlo asi, en una narracion en que no figuran menos por su precision que por su claridad, pero cuyo verdadero sentido no puede adivinarse, y cuya energia es todavia mas difícil sospechar cuando se leen en este discurso sin previa noticia de la anecdota que las motivó; estas tres palabras que la vista de la Iglesia de San Dionicio ha reproducido en mi memoria muchas veces bajo aquellas mismas bóvedas en que mi admiracion creia oirlas aun estallar y retemblar; esas tres palabras en fin tan simples y sorprendentes por un rasgo sublime de situacion única en elocuencia, penetraron de ternura y entusiasmo á todo el auditorio, que se mostró digno de sentir las y apreciarlas, repitiéndolas muchas veces con un trasporte unánime en la primera esplosion de su enagenamiento, Maury. Essai Sur L' Eloquence de la Chaire.

„de á hacer servir á la ambicion, á la grandeza y á la política, la virtud, la religion, y el nombre de Dios? La moderacion que el mundo afecta, incapaz de sufocar los movimientos de la vanidad, solo sirve para ocultarlos; y mientras mas consideraciones prodiga en lo exterior, con mayor ímpetu abandona el corazon á los mas delicados y peligrosos movimientos de la falsa gloria. Ya no cuentan sino consiguismos; y cada uno dice en el fondo de su alma: *yo soy, y no hay mas que yo en la tierra.* En este estado, Señores, ¿la vida no es un peligro? ¿la muerte no es una gracia? ¡Que no debe temerse de los vicios, si las buenas cualidades son tan peligrosas! ¡No es pues un beneficio de Dios el haber abreviado las tentaciones con los dias á MADAMA; el haberla arrancado á su propia gloria, antes que esta gloria por su mismo exceso, hubiese aventurado su moderacion? ¡Que importa que su vida haya sido corta? Nunca lo que debe acabar puede ser largo. Cuando no contásemos aquí sus confesiones mas exactas, sus conversaciones devotas mas frecuentes, su aplicacion mas fuerte á la piedad en los últimos tiempos de su vida; estas pocas horas, santamente pasadas entre las mas terribles pruebas y en los sentimientos mas puros del cristianismo, equivalieron por sí solas á una edad completa. Confieso que el tiempo ha sido corto; pero tan fuerte la operacion de la gracia, como perfecta la fidelidad del alma. Efecto es de un arte consumado reducir á pequeño toda una grande obra; y la gracia, esta excelente artista, se complace algunas veces encerrando en un solo dia la perfeccion de una larga vida. Sé muy bien que Dios no quiere que aguardemos tales milagros; pero si abusa de su bondad la temeridad insensata de los hombres, no por esto su brazo se ha cortado, ni su mano está debilitada. Yo pues confio por MADAMA en esa misericordia que tan sincera y humildemente ha reclamado. Pa-

„rece que Dios no ha querido conservarle libre
 „su juicio hasta el último aliento, sino á fin de
 „que tuviesen mas duracion los testimonios de su
 „fe. Ella amó al morir al Salvador Jesus: antes
 „le faltaron los brazos, que el ardor por abrazar
 „la cruz: yo vi su mano desfallecida buscar, aun
 „cayendo, nuevas fuerzas á fin de aplicar sobre
 „sus labios este signo feliz de nuestra redencion:
 „¿no es pues esto morir entre los brazos y en el
 „ósculo del Señor? ¡Ah! Podemos acabar este
 „santo sacrificio por el reposo de MADAMA con
 „una piadosa confianza. Este Jesus en quien ha
 „esperado ella, cuya cruz ha llevado en su cuer-
 „po con dolores tan crueles, le dará todavia su
 „sangre, de la cual está ya teñida y penetrada to-
 „da por la participacion de los sacramentos y por
 „la comunión con sus sufrimientos.”

Quando examinamos estos pasages con el objeto de sacar útiles documentos de aqui para madurar el talento y pulir el sentido critico de la juventud que se consagra al cultivo de la literatura, no podemos prescindir, en medio de los transportes con que nos arrebató el genio de los grandes hombres, de una idea muy penosa, la de no poder caracterizar, sin estendernos mucho, unas bellezas que tanto material ofrecen á la critica para emprender la mas brillante y merecida apologia. Cada uno de los pensamientos que componen este trozo sugiere mil reflexiones importantes, y alternativamente distinguimos en ellos un torrente de luz para la moral, un dechado de belleza para la literatura, y un manantial inagotable de consuelos con que la religion sostiene y estimula la virtud, y hace apetecible la muerte. Muy grato me seria recorrerlos todos analíticamente; pero cediendo á la estrechez del tiempo, limitaré mis observaciones á los tres puntos que aqui me parecen dominantes.

Quando el nacimiento, el poder ó la celebridad, levantan á los hombres hasta un punto en que ya no escuchan otro idioma que el de los ho-

menages mas exagerados, no puede negarse que descubren en su exterior tanta grandeza y muestran tal dignidad en su porte, que llegan á parecernos inaccesibles hasta al contacto de las pasiones bajas. Nos parece que aun cuando son viciosos, sus vicios han de ser tan grandes como sus almas, y no podemos concebir que lleguen á franquearse á cierta clase de crímenes, de aquellos principalmente que tienden á confundir al hombre con el bruto. Pero el caso es, que viendo estos personajes á favor de la luz que derrama sobre ellos la moral evangélica, reconocemos con asombro que no les falta nada de cuanto mas altamente caracteriza nuestra miseria. ¡Que de bajezas ocultas! ¡Que de afectos depravados! ¡Que de tendencias viles hácia los objetos mas indignos! ¡Llegando aqui conserva una sola chispa, con que engañar, el imponente y ostentoso atavio con que se dejan ver de los otros los grandes potentados! ¡Que descubrimiento este tan ventajoso para las virtudes tranquilas! Desde que él se anuncia en el alma, sube mucho el precio de la mediocridad: el aldeano vuelve mas contento que nunca á habitar bajo su ahumada choza, el sabio virtuoso lanza un horrible anatema sobre los palacios soberbios, compadece un poder tiránico cuya primera victima es el individuo que lo deposita en sus manos; y vuelve su rostro con un elevado y digno menosprecio, para no dar importancia con sus miradas al insolente aparato de las riquezas. ¡O poder de la virtud! Aun los mismos que desdennan habitar contigo, usurpan tu nombre y tus apariencias, para dar cuerpo al fantasma de su vanidad. Mientras ellos mantienen nuestro concepto á favor de la regularidad de su vida, la humana grandeza nos deslumbra; pero no bien les arrebatas el velo tuyo que encubre su bajeza, cuando todas las ilusiones se disipan y toda su gloria desaparece entre la espesa nube de sus pasiones mas rastreras.

Es un triunfo para la religion haber venido

á revelar á los mas sencillos estos arcanos de iniquidad, que vislumbraron apenas los mas esclarecidos filósofos de la antigüedad pagana; y es un atributo muy prodigioso para la elocuencia haber hallado un instrumento tan eficaz para rasgar ese velo de gloria que cubre un corazón depravado. He aquí el secreto de la oratoria fúnebre: no son los elogios del personaje sino el canto que se eleva á las victorias de la muerte y al irresistible poder de la religion. ¿Pero como descubrir tan humillantes secretos á un auditorio tan ilustre que en el mismo recinto de la Divinidad exige los honores que se tributan al rango y al poder? He aquí lo que la religion ha dejado que hacer al genio de los oradores: ella les da la materia bastante, les comunica los acontecimientos mas notables, les instruye admirablemente sobre lo pasado, les descubre el misterio de lo presente, todavia mas difícil de conocer en ciertos casos, y les revela por fin la historia terrible ó dulce, pero siempre desconocida, de lo futuro: mas como nada desea tanto como extender el número de los justos, exige al mismo tiempo de los oradores, que apoderándose absolutamente de la materia, la distribuyan con delicada parsimonia, para hacerla fructificar mejor en el corazón de sus hijos. Nadie poseia mas bien esta táctica que Bossuet. Es fácil distribuir la moral cuando nos dirigimos al pueblo, cuya familiaridad nos autoriza para derramarla á torrentes; pero sobremanera espinoso hacerla servir á la edificación de los grandes. Estrechado el orador por su ministerio, se ve en el caso de dar á entender que aunque la gloria en apariencia pone á cubierto de ciertas faltas, no por esto ellas dejan de existir; pero lo detiene al mismo tiempo el carácter de su auditorio. ¿Que hace pues en este caso? Toma un rumbo diagonal, no se atreve á insinuarse directamente; pero se explica de modo, que los cortesanos adivinan sus ideas y agradecen á la vez su respetuoso comedimiento. Todas estas ideas y otras

muchas, están contenidas en estos rasgos: „¿No se adoran secretamente? ¿No quieren ser adorados? ¿Que podrá reusarse la debilidad humana, mientras que el mundo se lo concede todo?”

Si de aquí pasamos á la parte literaria, la atención se fija luego en el modo sorprendente con que alaba la actividad de la gracia en convertir el corazón de Henriqueta. Se ha repetido mil veces que la gracia no necesita el transcurso de muchos años, y que un instante le basta para transformar el corazón del hombre; pero al oír este mismo pensamiento en la boca de Bossuet, sentimos un arrebató de sorpresa tan grande, que abandonando el fondo por atender solo á la forma, creemos irresistiblemente que esta es la vez primera que engrandece los discursos del orador. *Efecto es de un arte consumado, reducir á pequeño una grande obra; y la gracia, esta excelente artista, se complace algunas veces, encerrando en un solo día la perfección de una larga vida.*

¿Que dirémos de los afectos piadosos con que da fin el Orador á la parte confirmativa de su discurso? Sensibles como los movimientos del corazón, edificantes y tiernos como el idioma de la religion en una boca elocuente, vivos y animados como la mas perfecta pintura, nos ofrecen motivos para admirar en el mas alto grado aquella unción exquisita con que Dios ha querido consagrar los pensamientos mas delicados de sus ministros. Al ver una serie de palabras, extraordinariamente comunes, difundir por nuestro corazón tan piadosa ternura, tan puros y elevados afectos, nos vemos tentados de recordar con Laharpe aquel proverbio: *la palabra vale tanto como el hombre que la emplea.*

EPILOGO.

Una exhortación á la penitencia mientras contamos con la salud, es el pensamiento que forma

la peroracion de este discurso. Pasaria por comun aun en los Sermones morales, cuyo estilo no pide la elevacion que corresponde á la oratoria fúnebre. Sentimos infinito que una obra tan perfecta no tenga una conclusion correspondiente á su mérito; pero debemos confesar que aqui mismo se notan con singular complacencia dos rasgos que no nos permiten dudar que estamos escuchando á Bossuet. „Los adoradores de las grandezas humanas estaran satisfechos de su fortuna, cuando vean que en un momento, su gloria pasará á su nombre, sus títulos á sus sepulcros, sus bienes á ingratos, y sus dignidades tal vez á sus envidiosos?” ¡Que profundidad! Que filosofia no encierran estas líneas! Es imposible llevar mas adelante la penetracion y la exactitud. No dice que su gloria perece totalmente, por que esto seria incurrir en una exageracion superflua; sino lo que es muy triste y muy verdadero: *que pasará á su nombre.*”

El otro rasgo se distingue por cierta melancolia que produce el anuncio de futuros recuerdos, y la concision con que se reasumen los pensamientos dominantes de toda la oracion. „Comenzad pues desde hoy á despreciar todos los favores del mundo; y cada vez que os acerqueis á estos lugares augustos, á estos soberbios palacios, sobre los cuales difundia MADAMA un esplendor que vuestros ojos buscan todavia; cada vez que, al mirar este gran puesto que llenaba tan bien, sintais que falta en él, pensad que esta gloria que admirais formaba su peligro en esta vida, y que ha venido á ser en la otra la materia de un exámen riguroso, en que nada pudo asegurarla, sino aquella sincera resignacion que tuvo con las órdenes de Dios y las santas humillaciones de la penitencia.”

Rasgo muy característico es de los grandes escritores, distinguirse aun en medio de sus defectos. Los vemos decaer algunas veces, pero su cai-

da es noble y solo sirve para hacemos mas sensibles á la elevacion que les sucede: los vemos en ciertos pasages tomar un rumbo trillado, que despierta poco nuestro interes, pero aun entonces mismo saben enfrenar nuestra censura con algun pensamiento nuevo, alguna idea original, algun rasgo sublime. Esto es lo que en efecto se nota con frecuencia en Bossuet, como se ha observado ya en el discurso de la oracion fúnebre de Henriqueta y muy particularmente en el epilogo. No tiene por cierto la ternura y elevacion que el que cierra el panegirico de Condé, la ingeniosa sencillez que tanto nos deleita en el de la Reyna de Inglaterra, ni el terrible poder con que á los impenitentes amaga en la de Maria Teresa de Austria; pero si desfallece, no nos hace olvidar con esto al grande hombre que nos habla.

Si pues haciendo abstraccion de la desigualdad que á veces nos mortifica en el estilo de Bossuet, hemos de manifestar nuestro juicio sobre la oracion fúnebre de Henriqueta de Inglaterra, aplicaremos nosotros al Orador lo que el Orador aplicaba á la princesa: *jamas han sido las vanidades de la tierra ni tan claramente descubiertas, ni tan altamente confundidas.*

Seria inútil hacer un mérito aqui de la exactitud con que estan observadas las reglas comunísimas de la Retórica, por que no es esta la vara con que debe medirse al genio. Una ligera dedicacion á la práctica de los preceptos basta para evitar el rigor de la crítica en este punto; mas cuando es necesario dejar al artifice para atender al hombre de ingenio, solo puede contentar al buen gusto un vasto designio y una feliz ejecucion.

ARENGA DE DEMÓSTENES POR LA PAZ

TRADUCIDA DEL GRIEGO AL FRANCÉS POR AUGER

Y DEL FRANCÉS AL CASTELLANO POR EL AUTOR DE ESTA

COLECCION.

Queriendo Philipo Señor de Olynthia y de todas las ciudades vecinas pasar precisamente las Thermópilas para concluir la guerra de Phócide; y siéndole indispensable para esto remover con halagüeñas promesas los Atenienses: les hizo algunas propuestas valiéndose de los partidarios que tenia en la misma Atenas. El rey de Macedonia supo con su política halagar tan bien los espíritus, que los Atenienses, aunque al principio se dividieron en dos facciones una de las cuales, á que pertenecía Eschines, rehusaba completamente la paz: se avinieron á admitirla y fué concluida en efecto despues de varias embajadas de una y otra parte. Todo pareció disponerse con mucha ventaja para este Príncipe. Habíase apoderado de la mayor parte de la Thracia aprovechando la dilacion en que estaban para proporcionarle esta ventaja los diputados de Atenas adictos suyos en la mayor parte, y que habian sido embuidos á él con el fin de recibir su juramento y concluir la paz. Se valió de Eschines, hechura suya, con el objeto de adormecer á los Atenienses con promesas que estaba muy lejos de querer cumplir. Entre tanto se apodera de las Thermopilas: pasando en seguida á la Phócide, derrama el espanto entre los Phocios, que creyéndose vencidos, piden la paz y se le entregan á su arbitrio, reúne inmediatamente el consejo de los Amphyctiones y declarándose vengador

de Apolo, los establece, sin omitir solemnidad ninguna, jueces soberanos para castigar el sacrilegio cometido por los Phocios; por último á nombre de estos jueces, sometidos siempre á su voluntad, ordenó entre otras cosas, que se arruinasen las ciudades de la Phócide. Mas como Philipo, con la mira deremover los obstáculos que podian frustrar sus designios, habia reunido á solo aquellos Amphyctiones que eran sus partidarios, le era necesario recabar de los Atenienses y de otros pueblos principales el que ratificasen el decreto que lo declaraba miembro de los Amphyctiones; pues no habiendo tenido parte alguna en su nombramiento y perteneciendo por otra parte á este consejo, podian muy bien deshechar esta nueva eleccion.

En la junta convocada por los Atenienses para deliberar sobre el partido que debia seguirse, muchos se opusieron abiertamente á las pretenciones de Philipo. No era de este número Demóstenes, que sin haber aprobado nunca la paz ajustada con aquel, tampoco reputaba conveniente romperla, ya que estaba hecha. A fin pues de persuadir al pueblo la importancia de su consejo, sube á la tribuna, llama su atencion, y les habla de esta manera.

Embarzosa y muy difícil, ¡o Atenienses! es la deliberacion que al presente nos ocupa, en razon de que por una parte vuestra negligencia nos ha ocasionado grandes pérdidas, sobre las que seria inútil detenernos; y por otra no pudiendo hallarnos conformes á cerca de los medios de conservar lo que nos queda, estamos siempre divididos en punto á nuestros verdaderos intereses. Un defecto que os es propio aumenta la dificultad: en lugar de aplicaros á prevenir el mal, deliberais cuando ya está consumado; y por una consecuencia inevitable de este sistema al mismo tiempo que aplaudis al Orador que os reprocha vuestras faltas, dejais que se os escapen los negocios, cuando pa-

rece que ocupan mas vuestra atencion. A pesar de estos obstáculos que oponéis, me lisongeo, y esto es lo que me ha determinado á subir á la tribuna, de que si renunciando á todo espíritu de contienda, quereis escucharme con la tranquilidad de un pueblo que delibera sobre los intereses de la Patria y los negocios de la mayor importancia, mis consejos y discursos os pondrán en estado de mejorar vuestra condicion y reparar vuestras pérdidas.

Yo sé que hay un medio, cuando se quiere hechar mano de él, para conseguirlo todo de vosotros, y es que el Orador hablando de simismo, os recuerde los dictámenes que en las circunstancias se hayan abierto; pero á mi me repugna tanto este medio, que me causa mucha pena recurrir á él, por mas convencido que esté de su necesidad; y si estoy resuelto á emplearlo en la ocasion presente, es por hallarme persuadido de que juzgaréis mejor de mis consejos, si al tiempo de exponerlos, os recuerdo algunos de aquellos que en iguales circunstancias os he dado.

Cuando por las turbulencias de la Eubea se os aconsejaba socorrer (*) á Plutarco y encargaros de una guerra tan dispendiosa como poco honorífica; yo fui el primero y único que subí á la tribuna

(*) *Philipo tenia correspondencias secretas en Eubea y estaba muy próximo á someterla. Plutarco de Eretria conjuró á los Atenenses por medio de unos embiados á que vinieran y salvaran esta isla que estaba en peligro de rendirse á los Macedonios. Sin embargo de que Demóstenes nunca quiso que se escuchara semejante proposicion, los Atenenses corrieron con ardor á socorrer á Plutarco. La experiencia justificó el dictámen del Orador, pues aquel hizo traicion á los mismos cuyo auxilio habia implorado. A pesar de este reves inesperado, Phocion, gefe de las tropas de Atenas, atacó á Philipo logrando la grande ventaja de arrojar de la Eretria al pérfido Plutarco. Con*

para combatir este dictámen, y entonces faltó muy poco para que me redujeran á pedazos aquellos pérfidos, que arrastrados por un vil interes, os comprometieron en mil enormes faltas. El deshonor de que os cubrió esta guerra, y los insultos que sufristeis, tan grandes como ningun pueblo habia llegado á sentirlos, de parte de aquellos á quienes queriais socorrer, os hicieron reconocer bien pronto la rectitud de mis opiniones y la perversidad de los ciudadanos que os habian dado tan malos consejos.

En otra ocasion, viendo al cómico Neoptolemo (*) obtener de vosotros por su arte toda clase de licencias, dar mortales golpes á la república, abusar de su crédito para emplear todas vuestras fuerzas y todos vuestros recursos en favor de Philipo, yo me presente aquí y denuncié al traidor sin ningun espíritu de odio ni malignidad, como despues lo justificó el acontecimiento. Yo no tuve que contender con los defensores de Neoptolemo,

todo eso, Moloso, sucesor suyo en el mando de la armada, fué vencido por Philipo y reducido á prision con sus soldados.

(*) *Aunque Neoptolemo era al mismo tiempo excelente poeta trágico y buen actor, Demóstenes le trata aquí de simple comediante. No obstante que la carrera de cómico estuviere muy lejos de ser tenida como deshonorosa entre los Griegos, y los que la seguian pudiesen obtener los primeros honores; como por un sentimiento natural se tiene mucha repugnancia á ofrecerse en espectáculo para divertir á los otros, estimaban en poco á los comediantes de profesion aun en la misma Grecia donde este destino no era disamante. Los cómicos y los poetas eran muy apreciados de los Atenenses, que amantes en extremo de los espectáculos, se avenian á estimar sin dificultad á cualquiera que sabia divertirlos. El Neoptolemo de quien se habla aquí, habia sido nombrado en el año precedente uno de los embajadores para concluir la paz.*

por que nadie se atrevió á defenderle, sino con vosotros mismos: por que si en vez de concurrir entonces como lo hicisteis á deliberar sobre los negocios públicos y la conservacion del Estado, hubieseis asistido á los vanos espectáculos, habria sido imposible que nos escuchaseis, ni á él con mayor interes, ni á mí con mayor repugnancia. Sin embargo, ninguno de vosotros ignora hoy que aquel hombre hizo entonces un viaje al pais de nuestros enemigos, supretexo de cobrar en Macedonia la plata que se le debia, para volver con ella á librarse de sus cargas: (*) sabeis que se quejaba incesantemente, incapaz de sufrir por mirarlo como cosa detestable, de que se tuviese como un crimen en algunos ir á cobrar sus deudas: sabeis, repito, que este hombre realizó los fondos que aqui poseia, para establecerse cerca de Philipo con toda su fortuna.

Estos dos hechos, justificados por el éxito, prueban la rectitud y sinceridad de los discursos que os dirigí en aquella época á vosotros. Voy á recordaros una tercera circunstancia para entrar en materia. Despues de la embajada (**) en que mis colegas y yo habiamos recibido los juramentos por

Despues de haber hecho muchos viajes á Macedonia para ejercitar su talento, se habia establecido en ella para siempre.

(*) Librarse de sus cargas. *Se habla en este lugar de las cargas onerosas y muy principalmente del armamento de una ó mas galeras á sus propias expensas, y tambien de la direccion de los juegos. Era necesario ser rico para proveer á estos dos objetos, y los que tenian estas cargas eran mas distinguidos que los otros en el Estado, pues estaban reservadas para ellos las dignidades y los primeros empleos.*

(**) Hubo alli dos embajadas para hacer la paz á las que fueron Eschines y Demóstenes; el uno para conocer las intenciones de Philipo y si realmente estaba resuelto á admitir la paz; el otro para concluirla, asegu-

la paz, se os prometia de parte de Philipo que este iba á restablecer á Thespias y á Platea, que conservaria á los Phocios despues de haberlos sometido, que arruinaria la ciudad de Thebas, os haria devolver á Orope; y finalmente, que se os daria la Eubea en indemnizacion de Amphípolis; se os lisonjeaba entonces con frívolas y quiméricas esperanzas, que os determinaron á desamparar á los Phocios, contra todo lo que parecian dictar el honor, la justicia y vuestros propios intereses. (*) Yo entonces sin ocultar ni disimular cosa alguna de las que

rándola con la religion del juramento. A la vuelta de esta segunda embajada, halagó Eschines al pueblo con las falsas promesas de Philipo, de las cuales habla Demóstenes aquí tan detenidamente.—Restablecer á Thespias y á Platea.—Ciudades de Beocia protegidas por los Atenienses y que los Lacedemonios sus mortales enemigos habian arruinado completamente.—Que conservaria á los Phocios.—Despues de haber subyugado Philipo á los Phocios el mismo año en que fué pronunciada esta arenga, los trató con excesiva crueldad. Ordenó que se arruinaran las ciudades de la Phocide, quedando todas reducidas á barrios de sesenta familias á lo sumo, divididos entre sí y con obligacion de pagar anualmente un tributo.—Os haria devolver á Orope. Orope ciudad situada en los confines de Beocia y de la Atica, que como habia pertenecido antes á los Atenienses, no podian estos verla sin pena en manos de los Thebanos que se habian apoderado de ella. Philipo prometia pues hacérselas restituir.

Os daria la Eubea en indemnizacion de Amphípolis. Los Atenienses debian ceder á Amphípolis, segun el nuevo pacto, en favor de Philipo mediante una promesa que este príncipe les hizo de entregarles la Eubea en indemnizacion de una ciudad cuya pérdida era en extremo sensible al pueblo, puesto que hasta entonces no habia querido renunciar al derecho y esperanzas de recobrarla algun dia.

(*) Los Phocios eran aliados de Atenas: Philipo

preveía, os anuncié netamente que ignoraba todas estas promesas del Monarca, y que lejos de resolverme á darles crédito, me hallaba convencido de que se os estaba lisongeando con vanas palabras.

Si pues en todos estos puntos he visto mejor que los otros, no será este para mí un motivo de vanidad, no lo atribuiré á una singular penetracion. Dos causas por ventura son las que me han hecho mas ilustrado y previsor: tales son, en primer lugar, el favor de la fortuna (*) cuyo poder es superior á toda la sabiduria humana y á todos los esfuerzos del ingenio; y en segundo, esta incorruptibilidad con que juzgo y hablo de todo. No, no podrá demostrarse que un solo presente haya influido jamas sobre mis discursos ni mis procedimientos en la administracion; y por esto se me ha venido á ofrecer inmediatamente lo que en el curso de los negocios presenta mayores ventajas al Estado. Pero cuando ha recibido algun dinero el orador que pesa los intereses públicos, este dinero, que obra sobre su espíritu como un peso en la balanza, le precipita y atrae de tal manera, que ya no le es dado juzgar sanamente de las cosas.

Por lo demas, he aqui mi dictámen en la presente coyuntura. Bien se quieran procurar fondos á la república, bien aliados ú otro género de recursos, el primero de nuestros cuidados debe ser no romper la paz actual: no por que yo la crea muy ventajosa y digna de vosotros, sino por que cualquiera que ella sea, si no fué necesario que se hiciese, tampoco lo es romperla ahora que está ya

Señor de los Phocios, lo habia venido á ser igualmente de las Thermopylas, posesion que le franqueaba las llaves de la Grecia. Los Atenienses por tanto, á estímulos de su honor y de su interes, debian oponerse á la ruina de los Phocios.

(*) Los antiguos atribuyeron demasiado á la fortuna, pues juzgaban que se extendia su influjo á cuanto hacian, decian y pensaban.

hecha, puesto que dejamos escapar muchos objetos que hallándose entónces en nuestras manos, proporcionaban para la guerra mas seguridad y medios de los que al presente pudiéramos tener.

En segundo, debemos precavernos de poner á los pueblos que componian la asamblea y se adornan con el titulo de Amphyctiones (*) en la necesidad de atacarnos todos de concierto, ó á lo menos es preciso no darles el menor pretexto para tal cosa. Si á fin de recobrar á Amphipolis, ó por alguna otra razon particular en que no tuviesen parte ni los Thesalónicos, ni los Argivos, ni los Thebanos, entrásemos en nuevas diferencias con Philipo, entiendo que aquellos (y permitaseme decir que mucho menos los últimos, (**)) no tomarian partido en la querrela de este Monarca; no por que abriguen las mejores intenciones respecto de Atenas, ni esten poco interesados en dar gusto á Philipo, sino por hallarse convencidos, á pesar de que se les crea muy estúpidos, de que entrando en guerra con los Atenienses, tendrán que re-

(*) Ya hemos dicho en el sumario que Philipo, despues de haber sometido á los Phocios, habia reunido inmediatamente á solo aquellos Amphyctiones que le eran adictos, entre otras cosas con el objeto de que lo declarasen miembro del consejo y excluyeran á los Phocios. Demóstenes aconseja pues á los Atenienses el no irritar á unos pueblos, que se valdrian del título de Amphyctiones para ligarse contra Atenas á pretexto de sostener sus decretos.

(**) Como los Thebanos eran tan enemigos de los Atenienses como adictos á Philipo, podia muy bien alarmar los ánimos esta proposicion de Demóstenes tan avanzada.—Por mas estúpidos que se les suponga.—Los habitantes de la Beocia eran mirados entre los Griegos como hombres muy estúpidos. Aun Pindaro y Plutarco, nacidos en la Beocia, sin ser verdaderos Beocios, convenian en la estupidez de sus compatriotas.

sentir todos los males de ella mientras un tercero (*) estará espiando y aprovechará por fin el momento de recoger todos sus frutos. No se expondrán por lo mismo ni ellos ni los demas á tomar las armas contra nosotros, á menos que tengan todas las razones para tomar parte en la querrela. Si llegásemos á estar en guerra con los Thebanos por la Ciudad de Orope ó por otro objeto semejante, nada tendríamos que temer de los demas griegos: por que ellos nos defenderian desde luego á nosotros ó á los Thebanos, segun que los unos ó los otros fuésemos combatidos injustamente; pero no, si queriamos atacar. No se requiere pensar mucho para conocer que tal es el espíritu de las confederaciones, y que son asi ellas necesariamente y por su misma naturaleza. Ningun pueblo lleva la benevolencia para con nosotros y los Thebanos hasta el extremo de querer que una de dos potencias, no contenta con manteneise, oprima á su rival: por que si todas por su propio interes aspiran á que ni unos ni otros seamos oprimidos, ninguna sufrirá nunca que seamos los Señores y dominemos en la Grecia.

¿Que es pues lo que hay que temer, y lo que ha de evitarse? Ministrar á los pueblos motivos de disgusto y un pretexto comun para marchar contra nosotros. Por que si los Agivos, los Mesenios y Megalopolitanos, (**) habitantes del Pelo-

(*) Los Lacedemonios que en el estado de abyeccion en que se hallaban á causa de haber quedado vencidos por los Thebanos en las guerras de Leuctra y Mantinea, solo esperaban una oportunidad para levantarse; se habrian aprovechado por lo mismo de una guerra entre Atenas y Thebas, para volver á subyugar á los pueblos del Peloponeso que los Thebanos habian dejado en libertad.

(**) Argivos, Mesenios, Megalopolitanos, pueblos todos del Peloponeso, á quienes Thebas habia librado de la dominacion de los Lacedemonios, bajo la cual

poneso todos, y que tienen un mismo partido, estan indispuestos contra nuestra república por haber solicitado nosotros la alianza de Lacedemonia, y parece nos prestamos á sus empresas; si los Thebanos, que como se ha dicho, nos odian naturalmente y mas todavia por que recogemos á sus desterrados (*) y de mil maneras manifestamos respecto de ellos disposiciones poco favorables; si los The salónicos quieren mal á nuestra ciudad por que recibió á los fugitivos de la Phocide, y Philipo, por que se le disputa el título de Amphycion; temo que todas estas potencias animadas por un resentimiento particular, se ligen contra Atenas, sobrepretexto de defender los decretos amphyciónicos; y que de este modo cada Pueblo se vea por una ligereza arrastrado á declararnos la guerra contra su propio interes, como ha sucedido en las revoluciones de Phocide. (**) No ignorais, segun creo, que los The-

pretendian estos volverlos á poner, aprovechándose del embarazo que á los Thebanos causaba la guerra de Phocide; habian propuesto á la ciudad de Atenas una alianza que parecia no muy lejos de aceptar. Inclinábase mucho los Atenienses á favorecer, y aun favorecian secretamente á Lacedemonia, debilitada en extremo con las victorias de Epaminondas, las cuales habian enorgullecido tanto á la de Thebas.

(*) A pesar de la guerra sagrada de los Phocios habian sostenido á muchas ciudades de la Beocia contra los Thebanos, y cuando ellos llegaron á subyugarlas maltrataban tanto á sus habitantes, que los obligaron á refugiarse entre los Atenienses sus aliados. Si los Thesalonicos quieren mal á nuestra Ciudad. Los Thesalonicos que habian tenido mucha parte en la guerra de Phocide debian por lo mismo llevar á mal que hubiese un asilo en Atenas abierto á sus enemigos los Phocios.

(**) La guerra de la Phocide, que contaba ya diez años, tenia dividida á toda la Grecia. Hallábase exhaustos ambos partidos tanto de hombres co-

banos, Thesalonicenses y Philipo, sin tener cada uno el mismo objeto principal, han concurrido todos al mismo fin. Los Thebanos, por ejemplo, no pudieron evitar que Philipo, penetrando hasta las Termópilas, se apoderase de este tránsito, y que sin embargo de haber venido el último, les arrebataste la gloria de sus trabajos: adquirieron muchas posesiones (*) y perdieron el honor. Como no podían obtener lo que deseaban sino haciéndose este príncipe Señor de las Termópilas, toleraron aunque con disgusto que se apoderase de ellas, por que deseaban adquirir á Orchomenes y Coronea, lo que no podían á la verdad por simismos. Hay quienes pretenden que á fuerza y no por gusto entregó á los Thebanos Philipo aquellas dos ciudades, cosa que yo no puedo creer, por que sé que en todo esto no tuvo mas objeto ni ambicionaba otra cosa Philipo, que apoderarse de las Termópilas, presidir á los juegos Píticos (***) y pasar á la Grecia, despues de haber concluido la guerra de la Phocide y arreglado la suerte de sus habitantes.

Es verdad que los Thesalónicos, lejos de querer el engrandecimiento de los Thebanos ni de

mo de plata, cuando Philipo, invitado por los Thebanos, dió cabo con solo presentarse, á tan dilatada y sangrienta lucha. Un resultado tan bueno y honorífico le valió el importante paso de las Thermopilas, el título de Amphycion y el derecho de presidir á los juegos Píticos.

(*) Los Phocios se habian apoderado en la Beocia de muchas ciudades que Philipo abandonó á los Thebanos, despues de haber subyugado á la Phocide, encontrándose en el número de ellos Orchomenes y Coronea de las que se habla poco despues.

(**) Los Amphyciones tenian el título de jueces y de árbitros en estos juegos que se celebraban cada cinco años para honrar la memoria de Apolo Pythio, asi llamado por haber dado muerte á la Serpiente Python. Como Philipo pertenecia al consejo de los

Philipo, miraban á este como perjudicial á sus negocios; mas como deseaban recobrar el derecho de tener voz y voto en la junta de los Amphyciones, (*) secundaron, para llegar á este fin, los proyectos del Monarca. Asi es que arrastrado cada uno por su interes particular, obraron todos de concierto contra su gusto. Segun estas reflexiones, es evidente que no podremos observarnos demasiado.

Mas ¡que! ¿debemos acaso por una cobarde política dejar que se nos imponga la ley? Este es, se me dirá, vuestro consejo. No por cierto, Atenienses; que bien lejos de pensar de esta manera, entiendo haber probado bastante que nada he dicho fuera de razon; y que siguiendo mi dictámen, nada haréis indigno de vosotros, evitaréis la guerra y daréis á todos los pueblos una grande opinion de vuestra sabiduria.

En cuanto á aquellos, que poco inquietos por las consecuencias de la guerra, no temen adelantarse á decir que debemos desafiar todos sus azares; que escuchen este racionio. Dejamos á Oropo á los Thebanos: si se nos preguntase cual es el verdadero motivo, es, diriamos, evitarnos el embarazo de la guerra. En virtud del tratado de paz, acabamos de ceder al rey de Macedonia la ciudad de Amphypolis: permitimos que los Cardianos (**)

Amphyciones, se adjudicó el derecho de presidirlos, usurpándolo á los Corinthios que lo habian tenido hasta entonces.

(*) El griego dice: deseaban ser poseedores de estas dos cosas, de la Asamblea de las Thermópilas y de las prerogativas de Delphos. Los Amphyciones se reunian dos veces al año; la Primavera en Delphos, y el Otoño en las Thermópilas. Los Thesalónicos que habian perdido el derecho de sesion en la Asamblea de los Amphyciones, hubieron de recobrarlo por el crédito de Philipo su protector.

(**) No pudiendo Cersoblepto resistir á Philipo en Chersóneso de Tracia, la abandonó á los Atenienses.

se separasen de los otros pueblos de Chersoneso; que el rey de Caria ocupase las Islas de Chio, Cos y Rodas; que los Byzantinos se lleven por el mar nuestros navios. ¿Y por que hemos hecho todo esto? Sin duda por que pensamos que nos es mas útil gozar de la paz y del reposo, que suscitar nos enemigos y mover querellas por objetos semejantes. No seria pues el colmo de la locura, que por un título vano y quimérico (*) se os viese desafiar al mismo tiempo todas estas potencias, á vosotros, que temiendo ofenderlas á cada una en particular, sacrificais por lo común intereses mas caros y esenciales.

quienes fundaron Colonias en ella para asegurarse mejor en su posesion. Sin embargo de que Caria se hallaba comprendida en el tratado, no quiso someterse á los Atenieses y tomó el partido de ponerse en manos de Philipo. Mas como estos temian demasiado al rey de Macedonia, se resignaron á sufrir el que esta ciudad estuviere exceptuada de la ley comun de Chersoneso.—Que el rey de Caria... Chio, Cos y Rhodas, sujetas á los Atenieses, se rebelaron contra ellos y les hicieron durante tres años la guerra llamada de los aliados. Por mas que Atenas se empeñó en reducir las, nada pudo lograr y se vió en la necesidad de pasar por que estos pueblos aliados continuasen en su independencia y libertad. Sin embargo no hicieron mas que cambiar de Señor; por que Mausolo rey de Caria, despues de haberles ayudado á sacudir el yugo de Atenas, no dilató mucho en imponerles el suyo. Reynaba pues Hidrico hermano de Mausolo y sucesor de todos sus derechos, cuando Demóstenes pronunció su discurso sobre la paz.—Que los Byzantinos se roben nuestros navios.—Habíanse ligado los Byzantinos contra los insulares de Chio, de Cos y de Rhodas; eran grandes Piratas; habian hecho y aun estaban haciendo padecer mucho á los Atenieses por su inclinacion á la Pirateria.

(*) Por un título vano y quimérico. *En el griego se lee: por una sombra en Delphos. Por*

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

LA COMPOSICION PRECEDENTE.

Es muy grato para los amigos de la buena literatura ofrecer por la vez primera á la espectacion pública una de aquellas composiciones insignes que mas dieron á conocer el eminente patriotismo, la consumada política y los talentos superiores del primer orador del mundo.

Asustado este grande hombre de los males que inundarian á la república, si esta interrumpia la paz de que entonces disfrutaba, reúne los medios para persuadir á los Atenieses la justicia de sus temores, y sube á la tribuna del pueblo, como lo tenia de costumbre, á fin de conseguir por el influjo de la elocuencia convertir á su verdadero objeto las miradas de los ciudadanos y fijar el corazon inconstante y ligero de sus compatriotas, ofreciéndoles las inestimables ventajas de la paz.

Se introduce reprochándoles este defecto, prometiéndoles un buen resultado, si secundan sus votos y anunciándoles que contra su ordinaria costumbre va á recordarles aquellos infortunios que habian recibido por no haberse aprovechado de sus dictámenes cuya importancia habia justificado la mas dolorosa experiencia. Señala despues tres acontecimientos infaustos en que se mira resplandecer el una sombra: tal es el nombre que da por desprecio Demóstenes al título de Amphiction; lo miraba pues como si no fuese mas que un título vano y quimérico.

patriotismo, la prevision y sabiduria del Orador, y la ligereza, inconstancia y ceguera del pueblo que lo escuchaba; y tratando de investigar la causa de esto, descubre que todo consiste en aquella firmeza de carácter que ni vacila con los amagos del poder, ni sucumbe á los halagos de la seducion, ni cede con la brillante perspectiva del oro.

¿Que mas necesitaba Demóstenes para que sus medidas fuesen adoptadas con la veneracion debida á los oráculos, y la gratitud de un pueblo entusiasta y reconocido?

Con una preparacion tan ventajosa les anuncia con firmeza su opinion de que la paz se conserve, no como un beneficio positivo sino como el menor de los males, en un tiempo en que ya no se cuenta con ninguno de los innumerables anteriores recursos que los Atenienses habian dejado escapar de las manos.

Para persuadirles mejor, que seria sobremanera arriesgado poner á los pueblos de la asamblea de los Amphyctones en el caso de hacerles la guerra, no cree necesario ocultar algunas reflexiones que podian ser contrarias á la necesidad de esta medida; y asi es que las presenta, diciendo que ni los Thebanos tomarian parte con Philipo contra los Atenienses en caso de reclamarles estos con las armas la ciudad de Amphipolis, ni tampoco tendrian motivos para temer á los Griegos, en caso de entrar en guerra con los Thebanos; por que el espíritu de las confederaciones arrastra siempre las pretenciones de los aliados á favor de la causa justa, y nunca hácia el preponderante engrandecimiento de un Estado.

Pero si por motivos peculiares é independientes, podia sostenerse la guerra sin peligro de una influencia exterior, nunca pudiera afirmarse otro tanto cuando la causa de declararla, afectase á los intereses de muchos pueblos, por que entonces se ligarian fuertemente y aun contra su gusto, para oprimir á los Atenienses. Este concepto lleno de po-

etica y de sabiduria, sostenido con los mejores ejemplos para persuadirlo, cierra y con mucho triunfo la parte confirmativa de esta composicion oratoria la cual concluye con una buena prolepsis, cuya resolucion ataca las miras de ciertos espíritus imprudentes y cavilosos que supretecto de evitar una afrenta, parecian sostener que Atenas se hallaba en el caso de aventurarse á todos los azares y peligros de la guerra. Con un argumento urgentísimo por ser muy personal y demasiado solemne, los combate sin réplica; pues quienes habian hecho en obsequio de la paz sacrificios demasiado costosos, como era el de Oropo que habian tomado los Thebanos; Chio, Cos y Rhodas, ocupadas por el rey de Caria y otros de igual naturaleza; no podian sin un exceso de barbarie y locura, provocar por el vano título de Amphyctones la terrible cólera de los pueblos confederados.

Si en el género deliberativo la perfeccion del arte consiste en buscar buenas y sólidas razones, coordinarlas, darles toda la fuerza de que son susceptibles, desenvolverlas sin una oscura prolijidad, consultar de continuo á la experiencia que es la mejor maestra del espíritu humano, seguir fielmente el orden de los sucesos para calcular su influencia respectiva en las operaciones de gobierno y en la suerte de los Estados, conocer la política en su esencia y en su fondo, tener bien deslindados los derechos de la guerra y de la paz, mejor conocidos los resortes tal vez secretos de las naciones extranjeras; y manifestar todas estas luces, este buen sentido crítico, estas miras profundas, que abarcan el cuadro general y político de los pueblos, en una discusion clara, metódica y urgente, y con aquella elegante sencillez que sin movimientos apasionados, ni trasportes sublimes, arrastra y subyuga el entendimiento, triunfando irresistiblemente de los conatos de la voluntad, ¿quien podra desconocer en este discurso aunque pequeño aquella alma republicana que nunca habia transigido y aquella im-

petuosidad de carácter que dominaba todos los acontecimientos?

Al recordar aquella superioridad de planes, aquel orden de ideas siempre progresivo y siempre victorioso; al sentir los efectos de una dialéctica tan segura y oratoria, de esta vehemencia de raciocinio que no ha perdido su poder ni con la muerte del idioma que lo expresaba, este noble desaliño que multiplicó tantas veces los aplausos de todo un pueblo; esta experiencia lógica manantial de pruebas incontrastables, á la cual cedían todos los sofismas y todos los intereses; esta sencillez atractiva que hacia perder su prestigio á los cuadros brillantes de la imaginacion y á todos los adornos del arte; esta osada sublimidad que hizo estremecer tantas veces á los enemigos del Estado y supo encadenar el orgullo de un atrevido y ambicioso Monarca: ¿nos es ya permitido rehusar á Demóstenes el tributo de una admiracion ilustrada?

¿Quien no reconoce aqui al genio impasible de la Grecia que no habia llegado á franquearse nunca sino á los proyectos grandiosos y á las ideas elevadas? ¿Quien no se siente oprimido por la fuerza prodigiosa del Hercules Orador? ¿Con que noble altivez reprende la frivolidad y ligereza de sus compatriotas! ¿Con que satisfactoria seguridad anuncia que el cumplimiento de sus dictámenes está ligado á la felicidad de Atenas! ¿Cuan digno se presenta al proclamarse hijo de la fortuna, incorruptible, incapaz de doblegarse á la seducción! ¿Con que compararemos el pudor soberano de que se reviste, al mencionar la evidencia y sanidad de sus juicios, este hombre que teniendo la vista fija continuamente en la república, jamas la habia apartado de este objeto en todos sus discursos para considerarse á simismo.

Si no se encuentran aqui ni aquellos movimientos terribles, encaminados á inflamar el corazon de la multitud, ni el colorido con que suele

*

revestir sus ideas el que se propone principalmente agrandar, ni los prestigios de imaginacion que tanto embellecen las obras de los poetas; recordemos que cuando se delibera sobre las fuertes y eficaces medidas en puntos de gobierno, cuando se consultan las prudentes reglas de la conveniencia social; antes ha menester el orador calmar las turbulencias de los espíritus, que desencadenar las borrascosas pasiones cuyo resultado inmediato es arrastrar á su ruina la prosperidad de los pueblos. Nunca mas perjudiciales los encantos de la imaginacion, que en aquellas situaciones difíciles en que el error traspasando los límites de lo meramente especulativo, trasciende á la suerte de la sociedad: nunca mas perniciosos los afectos inflamados del alma, que cuando esta, subyugada por intereses momentáneos, tiene una nube delante de sus ojos que le oculta profundamente los caminos del bien. Motivo y muy grande tendíamos para censurar al Orador, si le viésemos emplear estos medios en un discurso que por su objeto, su importancia y naturaleza, pertenece al número de aquellos en que el entendimiento demasiado zeloso, se resiste á escuchar cualquiera razonamiento que no venga expresado en su propio lenguaje. „Para el corto número de aquellos, dice Buffon, cuya cabeza es firme, cuyo gusto delicado, cuyo sentido exquisito, y que cuentan por nada el tono, los gestos, y el vano sonido de las palabras; se necesitan cosas, pensamientos, razones: por que no basta herir el oido y ocupar los ojos, es indispensable conmover el corazon hablando al espíritu. He aqui caracterizado en dos palabras el estilo de Demóstenes y el excelente mérito de su arenga sobre la paz.” (*)

(*) *Discours sur le style.*

DISCURSO

DE

CHATEAUBRIAND

PRONUNCIADO EN ROMA

A PRESENCIA DEL CONCLAVE

EL 10 DE MARZO DE 1820.

—————
Eminentísimos Señores.

La respuesta de su Magestad Cristianísima á la carta que le habia dirigido el Sacro Colegio, os pinta con la nobleza que corresponde al hijo primogénito de la Iglesia, el dolor que Carlos X ha recibido, al saber la muerte del padre de los fieles, y la confianza fundada en la eleccion que la cristiandad espera de vosotros.

El rey me ha distinguido con el honor de designarme para que le represente cerca del Sacro Colegio reunido en Cónclave; y yo vengo por segunda vez, Eminentísimos Señores, á dar testimonio delante de vosotros de mi profundo sentimiento, por la pérdida del Pontífice consiliador que veia la religion verdadera en la obediencia á las leyes y en la concordia evanélica, de aquel Soberano, que pastor y príncipe al mismo tiempo, gobernaba el humilde rebaño de Jesucristo desde la cumbre de las glorias diversas que estan unidas al grande nombre de la Italia. — ¡Sucesor de Leon XII cualquiera que seais! Vos me escuchais sin duda en este momento: ¡Pontífice á la vez presente y desconocido! Vais muy pronto á sentaros en la Cátedra de San Pedro, á algunos pasos del capitolio sobre

los sepulcros de aquellos Romanos de la república y del imperio, que pasaron de la idolatria de las virtudes á la de los vicios, sobre estas catacumbas en que reposan los huesos trancos de otra especie de Romanos. ¿Que palabra bastaria para elevarse á la magestad del asunto, ni pudiera abrirse paso al través de ese monton de años que han sofocado tantas voces mas poderosas que la mia? Ilustre Senado de la cristiandad, ¡vosotros mismos no necesitais para sostener el peso de estas innumerables memorias, para mirar frente á frente estos siglos amontonados al rededor de vosotros sobre las ruinas de Roma, no necesitais, digo, de apoyaros en el altar del Santuario, como yo en el trono de San Luis?

¡No permita Dios, Eminentísimos Señores, que venga yo á ocuparos aqui con algun interes privado, ni os haga escuchar el idioma de una estrecha política! Las cosas sagradas quieren ser vistas hoy bajo relaciones mas generales y mas dignas.

El cristianismo que renovó desde luego la faz del mundo, vió transformarse despues las sociedades á quienes habia dado la vida. En el instante mismo en que os dirijo la palabra, el género humano ha llegado á una de las épocas características de su existencia, y la religion cristiana se halla todavia presente para asirlo, puesto que guarda en su seno cuanto conviene á los espíritus ilustrados y á los corazones generosos, cuanto necesita el mundo, á quien ha salvado ella de la corrupcion del paganismo y de la destruccion de la barbarie. En vano ha pretendido la impiedad que el cristianismo favorecia la opresion y hacia retrogradar los tiempos. Promulgóse el nuevo pacto sellado con la sangre del justo, y la servidumbre dejó de ser el derecho comun de las naciones; y la horrorosa definicion del esclavo: *non tam viles, quam nulli sunt*, quedó borrada del Código de Roma. Las ciencias, hechas casi estacionarias en toda la antigüedad, han

recibido un impulso rápido de este espíritu apostólico y renovador que apresuró el desmoronamiento del viejo mundo, al paso que todos los pueblos donde ha dejado de existir el cristianismo, han visto aparecer de nuevo la esclavitud y la ignorancia. Luz cuando se mezcla en las facultades intelectuales, sentimiento cuando se asocia á los movimientos del alma, la religión cristiana crece con la civilización y marcha con el tiempo; y uno de los caracteres de la perpetuidad que se le ha prometido, es el ser siempre del siglo que ve pasar, sin pasar ella nunca. La moral evangélica, razón divina, apoya la razón humana en sus progresos hacia un objeto que todavía no ha conseguido tocar. Después de haber atravesado las edades de tinieblas y de fuerza, el cristianismo ha venido á ser en los tiempos modernos la perfección de la sociedad.

Eminentísimos Señores, vosotros escogeréis para ejercer el poder de las llaves, á un hombre de Dios, que comprenda suficientemente la altura de su misión. Por un carácter universal, que jamás ha tenido modelo ó ejemplo en la historia, un Cónclave no es el consejo de un estado particular, sino el de una nación compuesta de las naciones más diversas derramadas por la superficie del globo. Vosotros sois, Eminentísimos Señores, los augustos mandatarios de la inmensa familia cristiana, huérfana por un momento. Hombres que nunca os han visto, que jamás os verán, que no saben vuestros nombres, que no hablan vuestro idioma, que habitan lejos de vosotros, bajo otro Sol, más allá de los mares, en las extremidades de la tierra, se someterán á vuestras decisiones que nada en apariencia les obliga á seguir; obedecerán á vuestra ley que ninguna fuerza material les impone, y aceptarán de vosotros un padre espiritual con respeto y con gratitud. Tales son los prodigios de la convicción religiosa.

Príncipes de la Iglesia, bastará que dejéis

caer indeliberadamente vuestros sufragios en cualquiera de vosotros, para dar á la comunión de los fieles un jefe, que poderoso por la doctrina y autoridad de lo pasado, no conozca menos las nuevas necesidades de lo presente y de lo futuro; un Pontífice cuya vida sea santa y en quien se miren confundidas la dulzura de la caridad y la sinceridad de la fé. Todas las coronas forman hoy este mismo voto, todas tienen la misma necesidad de moderación y de paz. ¿Que no debe esperarse de esta venturosa armonía? Que no puede esperarse Eminentísimos Señores de vuestras luces y de vuestras virtudes?

No me resta ya sino renovar aquí la expresión del sincero aprecio y adhesión perfecta del Soberano tan piadoso como magnánimo, cuyo interés tengo el honor de ser en este día cerca de vosotros.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

LA COMPOSICION PRECEDENTE.

AUNQUE la extensión reducida de esta pieza no nos permite buscar en ella una rigurosa economía, sino es la que consiste en el buen enlace de las ideas, ni aquellos fuertes movimientos que si han de ser diestramente preparados, solo caben en formales discursos; se hallan aquí reunidos tantos derechos á la admiración literaria, que ha menester

la crítica extenderse para que se conozca toda la importancia de esta bellísima alocucion.

Si vemos á Chateaubriand con las credenciales del rey de Francia para que le represente cerca del Cónclave, lejos de sorprenderlo en un teatro que no es para su genio, sentimos el placer de conocer otra vez en sus discursos al inmortal autor del Genio del cristianismo. ¿Cuando se ha presentado ni mas juiciosa, ni mas prudente, en circunstancias como esta, la política de un gabinete? ¡Que exactitud en las ideas! ¡Que profundidad en las miras! ¡Que sabiduría en los pensamientos! ¡Que finura tan delicada en la expresion! ¡Cuanta dignidad y nobleza en todo el discurso! No es este el lenguaje de aquellos espiritus inquietos que atormentados con las ideas de religion, excluyen al cristianismo de sus brillantes teorías sobre el gobierno; sino la discusion de un hombre profundo, que retirando los límites de la ciencia y eslabonando todas las ideas con aquel typo moral que determina la suerte de las naciones, ve íntimamente unidas la verdad política con la verdad religiosa; y abarcando en el inmenso conjunto de la política todas las relaciones que determinan la medida de la ciencia, considera el cristianismo, como el verdadero principio de la perfeccion legislativa, como el mejor apoyo de los gobiernos y el mas eficaz resorte del mundo social.

Si de aqui pasamos al tono dominante de la arenga que nos ocupa, exceptuando su conclusion cuyo desagrado consiste en esa especie de rutina, á la cual en ciertos casos es preciso plegarse, todo es aqui eminentemente oratorio; y aunque el autor procede exponiendo ideas generales, está muy lejos del estilo declamatorio, carácter distintivo de casi todas las arengas. Cuando los pensamientos no son nuevos en el fondo, sentimos con ellos una impresion tal vez mas ventajosa, por el interés que todo recibe bajo la pluma de Chateaubriand. Quicre manifestarnos, por ejemplo, las verdaderas causas

de esa juventud eterna, privilegio distintivo de la religion cristiana; y sabe presentarlas de una manera tan feliz y seductora, que por una ilusion cuyo principio seria difícil asignar, sentimos pasar á nuestro espíritu esa melancolia dulce que inspiraba con tanta frecuencia al estimable autor de René. „Luz, dice, cuando se mezcla con las facultades intelectuales, sentimiento cuando se asocia á los movimientos del alma, la religion cristiana crece con la civilizacion y marcha con el tiempo; y uno de los caracteres de aquella perpetuidad que se le ha prometido es el ser consistentemente del siglo que ve pasar, sin pasar ella „nunca.”

¿Queréis un movimiento verdaderamente sublime? Mirad á ese Pontífice á la vez presente y desconocido, futuro sucesor de San Pedro, sentado ya en el primer trono de la tierra, á pocos pasos del capitolio, sobre los sepulcros de aquellos Romanos de la república y del imperio, que pasaron de la idolatria de las virtudes á la de los vicios, y sobre aquellas catacumbas sagradas en que reposan los huesos trunco de otra especie de Romanos: ¿Queréis ver aparte, sola y en toda su hermosura tocando al último punto de sublimidad la imaginacion brillante del poeta? Mirad al padre de los fieles gobernando este rebaño querido, desde esa cumbre de glorias diversas que estan unidas al nombre mágico de Italia; mirad esos siglos amontonados, que han oprimido las voces de tantos oradores eminentes; mirad en fin, cómo, para sostener el peso de tantas memorias, el consejo augusto del mundo cristiano se apoya en el altar del Santuario, como el mensajero ilustre de la Francia en el trono de San Luis.

Al encontrar en tan pocas líneas armoniosamente combinadas, la política diestra, segura y prudente de un insigne diplomático, la exactitud de un verdadero filósofo, el tono insinuante de la elocuencia mejor sentida y las gracias inimitables de

una imaginación esencialmente poética: si admiramos los primores de un estilo elegante, correcto y en que la sublimidad se halla siempre en armonía con los encantos de la belleza; ¿no tendríamos títulos bastantes para colocar este pequeño discurso entre los primeros y mas escogidos de este género de oratoria? He aquí nuestro concepto, equívoco tal vez, si nuestra admiración por Chateaubriand carece de motivo; pero muy exacto, si es bien merecida la celebridad que disfruta este amable escritor entre los que mas han honrado la buena literatura.

FRAGMENTO

DEL MISMO AUTOR

SACADO DE SU OPUSCULO SOBRE LOS BORBONES

CUANDO Bonaparte disolvió el directorio, le dirigió este discurso que caracteriza tan bien aquel orgullo indomable y guerrero, aquella alma llena de intrepidez y fiera, aquel talento único que han presentado los siglos para derramar la tiranía por cuantos pueblos visita el Sol en su carrera, y para hacer cimbrar los tronos á una voz altanera y vacilar las coronas mejor sentadas en la cabeza de los reyes. Jamas el vicio se apropió mejor el ropaje de una virtud sincera. Ved en este rasgo el ejemplo único, que nos ha dejado la historia, de una hipocresía que para sojuzgar al mundo arroja de sí la bajeza que la caracteriza, levanta una voz arrogante y soberbia, usurpa el idioma reservado

de la sabiduría, burla las miras ilustradas de la prudencia; y sin el temor de ser desobedecida, destruye en un instante las viejas instituciones, aquellas instituciones venerables consignadas en el culto de los pueblos por los testimonios de la humanidad y de la justicia, por el acatamiento respetuoso de tantos siglos, por la tradición augusta de mil generaciones. Habla el tirano, y se conmueve todo el edificio social, reclama para sí con orgullo el tributo de obediencia que solo el poder legítimo tiene derecho de exigir sobre las tablas del pacto fundamental; y el despotismo levanta su trono en medio de una nación desolada y sobre las ruinas de las antiguas leyes. Oigamos ahora el falso y altivo lenguaje de este usurpador ilustre.

„Que habeis hecho, les dice, de esta Francia que os habia yo dejado tan brillante? Os dejé la paz y he encontrado la guerra; os dejé victorias y he encontrado reveses; os dejé los millones de la Italia, y he venido á encontrar por todas partes leyes despojadoras y miseria. „¿Que habeis hecho de cien mil Franceses que yo conocia y que fueron mis compañeros de gloria? Han muerto. Este estado de cosas no puede permanecer; antes de tres años nos conduciria al despotismo; pero queremos la república sentada en las basas de la igualdad, de la moral, de la libertad civil y de la tolerancia política.”

„Que lenguaje! ¡Que insolencia! ¡Que temeridad! A la historia correspondia juzgar á este hombre, cuando el mundo desahogado ya del formidable peso de su existencia pudiese hablar sin ser oprimido. Ella le ha juzgado ya, dejándole mantener una celebridad indispensable; pero negándole con firmeza los nobles atributos de la gloria, que solo se decretan á la virtud.

„Cuan bello es escuchar este juicio pronunciado con toda la impetuosidad de una elocuencia sublime! Cuan bello es encontrar en un solo hombre al digno representante de la humanidad entera,

al órgano del universo, expresando el soberano juicio de la posteridad, y desahogando delante de ella contra el mas grande opresor del universo mil sentimientos de rabia y de furor y lanzando sobre sus cenizas el terrible anatema de todo el género humano.

„Hombre de la desgracia, exclama Chateaubriand, nosotros te condenaremos ahora con tus propios discursos, y te interrogaremos por tus propias palabras. Di, ¿que has hecho de esta Francia tan brillante? ¿Donde estan nuestros tesoros, los millones de la Francia, de la Europa entera? ¿Que has hecho tu, no de cien mil, sino de cinco millones de Franceses entre los cuales reconociamos todos á nuestros parientes, nuestros amigos, nuestros hermanos? Este estado de cosas no pudo haber durado; nos sumergió á todos en un horroroso despotismo. Tu querias la república, y nos has traído la esclavitud: nosotros queremos la monarquia sentada sobre las basas sólidas de la igualdad de derechos, de la moral, de la libertad civil, de la tolerancia política y religiosa. ¿Nos has dado esta monarquia? ¿Que has hecho por nosotros? ¿Que debemos á tu reynado? ¿Quien asesinó al Duque de Enghien, martirizó á Pichegru, proscribió á Moreau, cargó de cadenas al soberano Pontífice, arrebató del seno de su Imperio á los principes de España y comenzó una guerra impia? Tú, ¿Quien ha perdido nuestras colonias, anonadado nuestro comercio, abierto la América á los Ingleses, corrompido nuestras costumbres, arrancado á los hijos de los brazos de sus padres, incendiado mas de mil leguas de terreno, é inspirado el horror del nombre Francés á toda la tierra? Tú, ¿Quien ha expuesto la Francia á la peste, á la invasion, al desmembramiento y á la conquista? Tú todavia. He aqui lo que tú no pudiste preguntar al directorio, y lo que nosotros te preguntamos hoy á ti. ¿Cuanto mas culpable eres tú que aquellos hombres á quienes no encontrabas dignos de reynar! ¿Un rey legitimo y hereditario que hubiese

„agobiado á su pueblo con la menor parte de los males que tu nos has hecho, habria puesto en peligro su trono; y tú, usurpador y extranjero, tú habias de venir á sernos sagrado por las calamidades que has derramado sobre nosotros! ¿Tu reinarás aun en medio de los sepulcros! Volvemos á entrar al fin en nuestros derechos por la desgracia; no queremos adorar á Moloch, ni tu devorarás ya nuestros hijos: no queremos ya tu conscripcion, tu politica, tu censura, tus decapitaciones nocturnas, tu tirania. No somos nosotros los únicos en increparte: el género humano es quien te acusa. El nos pide venganza en nombre de la religion, de la moral de la libertad. ¿Donde no has derramado tu la desolacion? ¿En que parte del mundo se encuentra siquiera una familia obscura que haya escapado á tus saqueos? El Español en sus montañas, el Ilirico en sus valles, el Italiano bajo su bello Sol, el Aleman, el Ruso, el Prusiano en sus ciudades blanquecinas te piden sus hijos que les has degollado, la tienda, la cabaña, el castillo, el templo á donde tu llevaste el incendio. Tu los has forzado á venir á buscar entre nosotros lo que les has robado, y á reconocer en tus palacios sus ensangrentados despojos. La voz del mundo te declara el mayor culpable que jamas ha existido sobre la tierra; por que no han sido pueblos bárbaros ni naciones degeneradas el teatro en que has vertido tantos males: en medio de la civilizacion, en un siglo de luces: he aqui donde tu has querido reinar con la espada de Atila y las máximas de Neron. Deja por fin tu cetro de hierro, descien de de ese monton de ruinas en el cual te habias erigido un trono. Nosotros te arrojamos de aqui como tu arrojaste al directorio. ¡Vete! Y ojalá y por única pena seas testigo del júbilo que tu caída ha causado á la Francia, y contemples virtiendo lágrimas de rabia el espectáculo de la felicidad pública.”

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE EL DISCURSO DE CICERON

EN DEFENSA

DE AULO LICINIO ARCHIAS.

Si hemos de buscar en los discursos de Ciceron uno que forme cabal contraste con la arenga de Demóstenes por la paz, ninguno mas á propósito que el de Aulo Licinio Archias. Las vehementes acusaciones de Verres, Antonio y Catilina, donde vemos levantarse á incomparable altura el genio del orador latino, materia muy vasta nos ministran para admirar la fecundidad mas prodigiosa de talento, y el arte maravilloso de hacer cundir el interes por todos los asuntos que toca. Mas para conocer hasta donde llegaba el don feliz de ver los objetos bajo mil bellas é importantes relaciones, es necesario ver á Ciceron enriqueciendo un discurso, que segun la sencillez y limitacion del hecho debia ser muy estéril, con todas las amplificaciones de una razon analítica, con todas las galas de una variada imaginacion y con los trasportes inefables de un entusiasmo sublime. Aqui es donde Ciceron descubre su carácter oratorio; y este es el mejor punto de vista para compararlo con el vehemente republicano de Aténas que siempre fijo en el entendimiento, parecia no emplear los giros delicados, las imágenes seductoras y los movimientos arrebatados sino como cosa muy secundaria, y siempre con aquella noble parsimonia del que desecha todos los adornos de la moda, y solo toma á impulsos de la necesidad el ropage decente que ha menester para cubrirse.

Si la importancia de la causa, si la extension y dificultad del trabajo, si el carácter mismo del estilo no nos permiten colocar la defensa de Archias en el rango de aquellos empeñados y sublimes discursos que tanto esplendor y gloria derramaron sobre el foro de Roma; los primores que á cada paso admiramos en aquella produccion literaria nos hacen reconocer en ella al primer escritor latino, y confesar al mismo tiempo, como afirma Le Clerc, que solo el autor de *la naturaleza de los Dioses* y de las *cuestiones tusculanas* podia comunicar á un simple debate judicial la magnificencia y las gracias del estilo de Platon. Ciertamente es que las vastas miras de política y los conocimientos profundos sobre la ciencia de Estado, que con tanta admiracion descubrimos en la defensa de la ley Manilia é impugnacion de la ley agraria, no se anuncian lo mismo en el discurso de Archias; pero hay aqui, atendida la menor importancia del asunto, una igualdad completa en la parte que tiene mas analogia con una discusion deliberativa. Tampoco se experimenta en esta lectura el entusiasmo que exitan las defensas de Cluencio y Milon por la fuerza de las pruebas, el examen filosófico de los hechos y la mas feliz aplicacion de las leyes; pero la elocuencia se eleva á toda la altura que permite la causa, y nuestro asombro crece á medida que contemplamos la dificultad suma de tratar bien un asunto tan pequeño.

Sobre todo, lo que hay aqui mas digno de observarse es que la elocuencia Académica no puede ofrecer al paralelo ninguna obra mas profundamente pensada, ni sentida con mayor entusiasmo, ni presentada con mas ornato y magnificencia, que este discurso donde vemos no tanto una defensa judicial, como el mas cumplido y bello elogio que ha podido imaginarse jamas de la bella literatura.

¿Y pudiera encontrarse una coyuntura mas á propósito que esta, ni una autoridad mas decisiva que la de Ciceron para recomendar el

cultivo de la elocuencia y de la poesia á la juventud que actualmente se forma en tan amenos estudios?

Seanos permitido pues dar cierta preferencia sobre las otras á la defensa de Archias, puesto que hallamos en ella un dato seguro para conocer mejor los talentos y el gusto de Ciceron, asi como tambien la reunion de aquellas cualidades que principalmente le distinguen del Orador Ateniense, el concurso maravilloso y único de los tres estilos en que está distribuida la elocuencia profana, y el mas grato y eficaz aliciente para sostener las tareas de los jóvenes, á quienes van dirigidas estas reflexiones literarias.

Aulo Licinio Archias, natural de Antioquia, se inscribió en Heracléa con el objeto de obtener, como lo consiguió, el título de ciudadano romano; mas un acontecimiento casual vino á servir de pretexto á un tal Gracio para disputarle ante los jueces aquel importante y honroso derecho. Habíase incendiado en tiempo de la guerra social el archivo de Heracléa, y con él los registros públicos, circunstancia que no le permitia rendir la prueba auténtica de su inscripcion en aquella ciudad; pero como aun contaba con el testimonio de Luculo, los registros de Metelo y otras razones que si bien de conjetura las unas y de conveniencia las otras, eran todas bastante fuertes, encomendó á Ciceron su defensa. Este hombre, ligado con Archias por vínculos muy antiguos y muy gratos y que veia en su causa la del genio y la poesia; no queriendo á lo que parecia malograr una ocasion tan bella para desahogar sus sentimientos de gratitud, su amor á las letras y su pasion por la gloria; se presenta sin vacilar ante los jueces, y abre su alocucion con un exordio magífico y sobremas notable por la delicadeza extraordinaria con que supo guardar en él todas las conveniencias oratorias.

EXORDIO.

„Si hay en mi algun talento, jueces; y yo siento cuan pequeño es; si tengo algun egercicio en la oratoria, en que no niego estar medianamente versado; si poseo algunos conocimientos, á consecuencia del cultivo y estudio de las mejores artes, que no he dejado sin disgusto en ninguna época de mi vida; Licinio reúne mayores títulos que nadie, para recoger con un derecho casi exclusivo el fruto de todas estas cosas. Pues por mas lejos que camine con el espíritu en el dilatado espacio de mi vida, y hasta reproducir las primeras memorias de mi niñez, veo ya desde entónces á Licinio distinguirse por su zelo entre cuantos me introducen y guian en la carrera de las letras. Y si esta voz, animada por sus consejos y dirigida por sus lecciones ha contribuido á la conservacion de algunos, debo yo sin duda reunir todas mis fuerzas en auxilio y defensa de este mismo principalmente, de quien he recibido cuanto era necesario á fin de proteger y salvar á los otros. Y no extrañeis verme aqui tributando un homenaje de gratitud á los talentos de Archias, porque él y yo nos hemos egercitado en ramos tan diversos: recordad que yo mismo nunca me he consagrado exclusivamente á la oratoria, y que todas las artes de la imaginacion y del sentimiento tienen cierto vínculo comun y se estrechan entre sí, como los hijos de una misma familia.

Y á fin de que á ninguno de vosotros cause admiracion que yo en una cuestion de estado, en una causa pública defendida ante el Pretor del Pueblo romano, es decir, del varon mas recomendable y escogido, en presencia de los jueces mas respetables, use de un lenguaje tan peregrino en

los tribunales, como ageno del estilo forense; os pido que en el asunto me concedais una gracia, la mas conforme al carácter del acusado y segun me lisongo, no molesta para vosotros: y es: que, al defender á un Poeta esclarecido, á un hombre consumado en la literatura, en medio de los primeros humanistas, siendo tan delicado vuestro gusto, como digno el Magistrado que preside; cuente yo con vuestra benevolencia para extenderme con alguna libertad sobre la excelencia de las humanidades y de las letras; y que tratándose de un hombre que por su vida tranquila y estudiosa no ha tenido ocasion de versarse en los procesos, ni en compromisos de esta naturaleza, me sirva de un estilo casi nuevo y desusado en el foro."

„Si llego á convencerme de haber obtenido esta gracia de vosotros; os manifestaré ciertamente que Aulo Licinio, no solo no debe de ser excluido de entre los ciudadanos, siendo, como es, un ciudadano; sino que aun cuando no lo fuese, debería obtener este derecho."

Nos interesan de ordinario tan poco las circunstancias privadas del individuo, cuando no se ligan de algun modo con nuestros intereses; que dificilmente nos prestamos á una reseña histórica de sus cualidades, y mas aun si con ella se pretende formar algun elogio. Tal era la situacion de Marco Tulio en la defensa de Archias, pues haciéndola consistir principalmente en el mérito de este, tenia que luchar con la natural indiferencia de sus jueces. No se extrañará por lo mismo que mencionemos, como una grande prueba de su talento, el que haya sabido captarse de un modo tan completo como nuevo y sorprendente la benevolencia, atencion y docilidad de los jueces; Tres triunfos graduales que iba consiguiendo á medida que propagaba las ideas de su exordio. El primero de ellos es debido á las causas por que se identifica con su cliente y al modo con que la hace: el segundo al género de oratoria que in-

roduce en su discurso; y el tercero, á la singular destreza con que obliga á su auditorio á tomar parte en la causa. Mas como cada una de estas cosas inspira tan grande interes y está desempeñada con suprema delicadeza merecen todas que nos detengamos en ellas muy particularmente.

Se recomienda en general que el orador hable con modestia de simismo; pero este precepto vago es tan estéril, como útil y fecunda su aplicacion en ciertos casos. No siempre conviene hablar de simismo, y aun cuando la personalidad es útil, no siempre debe tocarse de una misma manera. Ciceron que hablaba en un foro en que podia tenersele á mal el desempeño de una causa pequeña, propia mas bien de un abogado (*causidici*), no solamente puede aquí, sino que debe en efecto justificarse de haber tomado á su cargo la defensa de Archias. Era este, si no el verdadero maestro y el gran modelo que habia tenido Ciceron, á lo menos un hombre que habia tomado el mayor empeño en sus talentos oratorios durante el curso de sus relaciones literarias.

En cuanto al modo con que habla de sí el Orador, baste decir que es tan ingenioso y delicado en cuanto al estilo, como á propósito por su destreza para obtener una prevencion favorable de parte de los jueces. Un hombre arrogante habria dicho: *á Licinio pertenece recoger el fruto de mis talentos, de mis estudios y de mi erudicion.* Un hombre menos reflexivo y filósofo habria dicho: *no soy nada, carezco absolutamente de mérito y de luces; mas el instirjo de Archias en lo que soy exige mi consagracion actual á su defensa.* Pero Ciceron, situado exactamente en el medio de la arrogancia y de una torpe hipocresia, dijo: *si hay en mí algun talento etc.* La feliz distribucion de las palabras latinas *quid ingenii qua exercitatio, ratio aliqua* contribuyen no poco á la destreza de la atenuacion: el *non inficior* despierta dos ideas: primera, el concepto público que no podia desmentirse por una nega-

tiva del orador, sin hacerlo caer en un extremo todavía mas pernicioso que la arrogancia misma; segunda, la de cierta especie de rubor con que parece confesar su mérito, solo á impulso de la necesidad: *non inficior mediocriter esse versatum.*

Intenta el orador disminuir sus talentos á los ojos del auditorio, y se expresa de esta manera: *si quid est in me ingenii judices.* Por no inferir alguna violencia al idioma castellano, hemos vertido el *quid ingenii*, *algun talento*, convencidos no obstante, de que la version es inexacta. Quien dice *algun talento*, dice mucho mas que *quid ingenii*: pues *algun talento* siempre expresa un todo, al paso que *quid ingenii* se limita á una parte, y no como quiera, sino á una parte casi imperceptible. Esto era ya mucho; pero el Orador aun vacila para expresar de un modo tan absoluto la pequeña idea de sus talentos: asi es, que aun los pone en duda, valiéndose de la expresion condicional *si* y añadiendo todavía el mas solemne testimonio de su conciencia: *quod sentio quam sit exiguum.* Esta última palabra disminuye por si sola notablemente la idea, puesto que reúne en un punto los dos extremos de lo pequeño y de lo débil; pero añadiendo á ella la expresion ponderativa *quam*, viene á quedar todo, por decirlo asi, en la clase de una nulidad absoluta de una nada disfrazada. No es tan rigorista tratando de su egercicio en la oratoria, pues al fin causa menos rubor confesar el trabajo que la pericia: menciona pues aquel de un modo mas positivo: *qua exercitatio dicendi*; pero dando á entender, como decíamos, que se explica así á impulso de la notoriedad, *non inficior* y siempre con la precaucion de disminuir algo su versacion en foro. (*mediocriter*) Pasa de aquí á los resultados de su talento y de su egercicio, escogiendo de propósito las expresiones mas vagas: *hujusce rei ratio aliqua.* La palabra *rei* no nos permite saber si se trata del talento ó del estudio; la palabra *ratio* no nos deja entrever ni la

clase ni la extension del resultado, y la palabra *aliqua*, hace todavía mas vaga la idea de *ratio*. Sin embargo, sea lo que fuere, el Orador tiene cuidado de ocultarnos sus talentos, atribuyéndolo todo al estudio y á la excelencia misma de las letras, de que no habia podido nunca desprenderse sin disgusto: *ab optimarum artium studiis et disciplinã profecta á qua nullum confiteor ætatis mee tempus abhorruisse.*

La proposicion que cierra esta cláusula circunscribe el pensamiento dentro del objeto del discurso. „Arquias, dice, debe recoger el fruto de todas estas cosas”. Pero hay aqui de notable una idea que hace mas feliz aun la atenuacion que precede; y es, que al mismo tiempo traslucimos, que si habla Ciceron de sus talentos y literatura, es por atribuírselo todo á su cliente, á quien defiende como un poeta de primer orden.

La segunda cláusula desenvuelve la razon de que Marco Tulio proclame á Licinio, dueño casi exclusivo de los resultados que ha recogido aquel en la carrera de las letras: puesto que no puede hechar una ojeada sobre la historia de su vida, sin descubrir en Arquias al principal agente entre cuantos le conducen y guian por la serie de sus estudios. No era pues justo que para él solo estuviere muda una voz que formada por él habia contribuido á la conservacion de tantos ciudadanos. Este pensamiento, admirablemente presentado en la tercera cláusula del exordio, acaba de justificar á Ciceron de haber dicho una palabra sobre su mérito literario y de haber admitido la defensa de un hombre, á quien estaba ligado con el mas fuerte de todos los vínculos, con el vínculo del reconocimiento. Un orador que se explica en tales términos arrastra necesariamente la benevolencia del auditorio, puesto que le muestra reunidas la modestia, el desinterés, la amistad sincera y la memoria continua de los beneficios recibidos. Nada importa ya el tamaño de la causa, que se

versa, porque desde aquí la vemos convertirse en causa de interes general: no es ya la causa de un hombre privado, sino la causa del mismo Ciceron, la causa del genio, la causa de la gratitud.

Pero ¡que! ¿era capaz un Poeta de formar los talentos del orador, de influir en sus pensamientos y dar perfeccion á su estilo? ¿No era de sospecharse que un exceso de zelo por su causa arrastrase á Ciceron mas allá de la verosimilitud, al tributar un homenaje tan completo al genio de Licinio? He aquí una observacion al parecer muy natural y poco favorable á la causa del Poeta, para que su ilustre y previsivo defensor la hubiera dejado sin contestar. Muy habituado á penetrar en el fondo de las cosas, á descubrir sus relaciones mas íntimas y á ver de continuo el estrecho enlace que tienen entre sí todos los conocimientos humanos, recuerda que no se ha consagrado nunca él exclusivamente á la arte oratoria, y anuncia luego con firmeza que todas las artes de la imaginacion y del sentimiento, y por tanto la elocuencia y la poesia, tienen cierto vínculo comun, son las ramas de un mismo arbol, los hijos de una misma familia.

¿Y podía Ciceron merecer el título de grande orador sin haber gustado largo tiempo las producciones mas insignes de la Poesía? No: el hombre sigue proporcionalmente en su educacion literaria la misma marcha que los pueblos cuando se van adelantando hácia la civilizacion y la cultura; y es una observacion muy digna de hacerse que siempre los grandes poetas han precedido á los prosadores insignes. Tal es la marcha natural y filosófica del espíritu humano en la fijacion de las lenguas: por que registrando cuidadosamente la historia de las letras, vemos que se ha comenzado siempre por lo mas difícil, por los mayores esfuerzos, á fin de arrastrar á la multitud, á quien de ordinario no se domina, sino por los encantos que derraman sobre ella los triunfos populares de la

Poesia. Esto es lo que ha sucedido en todos los siglos y en todas las naciones del mundo, como observa el Cardenal Maury. Entre los griegos, Homero y Hesiodo precedieron á Demóstenes Pericles: Lucrecio era admirado de los Romanos, mucho antes que Ciceron: el Dante, el Petrarca y el Tasso habian ilustrado la lengua italiana, mucho antes que se hubiera honrado esta con los escritos de Muratori, de Tiraboschi y del Cardenal Casini; al modo que Marot, Regnier, Malherbe y sobre todos Corneille eran ya la gloria de la lengua francesa, cuando vinieron á darla nuevos y brillantísimos timbres Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Massillon y Flechier.

Si Ciceron hablaba con un auditorio ilustrado, debió este por lo mismo quedar muy satisfecho con un pensamiento tan grande como bello: puesto que establece los vínculos que unen muy estrechamente las artes diversas que emanan del sentimiento, de la imaginacion y del raciocinio y forman el sistema general de la bella literatura.

Era imposible disponer mejor al auditorio para contar con su benevolencia; pero todavia nos sorprende mas el ingenioso modo con que arrebató su atencion y consigue su docilidad.

Para esto le basta sostener el tono de modestia con que se ha introducido y desplegar toda la riqueza de la diction y toda la magnificencia del estilo, pintando con suprema delicadeza y energia el teatro que se ofrece á su vista. ¡Que interes no derrama sobre su causa! Es una *cuestion de estado*, (*questione legitima*) y muy digna bajo este respecto de elevarse hasta la magestad de la tribuna, puesto que se trata nada menos que de los derechos políticos: es una causa pública, (*judicio público*) y por lo mismo de grande importancia en el foro: en fin, va á ser tratada en un estilo tan peregrino en los tribunales, como extraño al idioma judicial: *quod non modo á consuetudine judiciorum, verum etiam á forensi sermone abhorreat.*

Para fijar la atención, basta picar la curiosidad: ¿y podía imaginarse un medio mas á propósito que este anuncio? Sin embargo, quítese la preparación, y él entonces lejos de avivar la curiosidad arrancaría la risa del menosprecio. Para introducir esta novedad en el foro sin aventurarse cuando menos á la indiferencia del auditorio, se necesita de un talento capaz de adquirir antes varios triunfos graduales. Reflexionemos ahora que quien habla es Ciceron, el primer orador de su patria, el juez mas competente en la materia; que este orador habla con harta moderación de su mérito, y no mas que por manifestar cuanto le debe á su cliente; que hace visible la fraternidad íntima que hay entre la elocuencia y la poesía, y solo hasta entonces se resuelve á proponer la novedad que va á introducir en la elocuencia; que este anuncio es muy artificioso, pues por una parte supone como una cosa muy natural la extrañeza de su auditorio, (*ne cui vestrum mirum esse videatur*) y por otra se limita á pedir encarecidamente á sus jueces una gracia, (*quæso a vobis, ut in hac causa mihi detis hanc veniam*) y no mas que por mirarla como indispensable para el mejor éxito de su causa y como la mas conforme al carácter del acusado. (*accommodatam huic reo.*) Mas á pesar de hallarse tan íntimamente convencido de que es utilísimo y hasta cierto punto necesario relajar un tanto la severidad del foro en el estilo de su elocuencia; no lo propondría, ¡tanto así es el respeto que profesa á los tribunales! si creyera disgustar con esto al que debe juzgar la presente causa. Pero él todo lo tiene calculado; y sabiendo que la severidad de los magistrados está suavizada por su eminente literatura, se atreve á esperar que su nuevo estilo no será desagradable á sus jueces: *non molestam vobis.* ¡Que filosofía, cuanto gusto, que talento tan admirable para guardar todos los miramientos oratorios no resplandece en esta preparación! Ella y solo ella pudo haber hecho que el anun-

cio de un estilo desusado y nuevo despertase la curiosidad y fijase la atención de los magistrados y del público.

Veamos ahora, para concluir, el ingenioso modo con que Ciceron interesa á los jueces en el buen éxito de la causa, y los dispone á proteger con sus votos el talento de Archias. Primero habia ponderado el severo carácter de su auditorio, diciendo que hablaba ante el mas recomendable y escogido varon, *lectissimum virum*, á presencia de unos jueces muy respetables, *apud severissimos judices*, y lo que es mas, en presencia de un concurso muy numeroso, *tanto conventu hominum, ac frequentia.* La enumeración de estas circunstancias era muy necesaria, pues de otra manera podia sospecharse que el orador intentaba sorprender á los magistrados, suponiendo en ellos alguna ligereza. Si el Pretor y los jueces eran hombres llenos de madurez y respetabilidad, si se hallaban rodeados de un inmenso concurso, cosa que tantos miramientos exigía no solo de parte de aquellos, sino aun del mismo orador, no podia ciertamente aspirar este á su indulgencia con motivo de la novedad que iba á introducir en el foro, sino por causas muy graves y legítimas, como en efecto las tenia. El acusado era un hombre constantemente aplicado á las tareas pacíficas del estudio, sistema de vida nada conforme con la perpetua y activa fogosidad que distingue al hombre público en los debates del foro: *ejusmodi persona quæ propter otium ac studium, minimè in judiciis periculisque tractata est:* era un gran poeta, un hombre consumado en la literatura, *pro summo poetâ, atque eruditissimo homine*, cualidad importante que debia recomendarlo eficazmente á los jueces, y que autorizaba tambien la libertad que el orador queria tomarse al hacer su defensa. ¿Y que obstáculo podia ofrecer aquel inmenso concurso para que el orador derramase por toda su oración los encantos y primores de un estilo florido? Muy grande, si el hubiera estado compuesto de una

gente inculta y grosera; pero ninguno, cuando se hablaba entre los primeros humanistas de Roma; *hoc concursu hominum literatissimorum*; ninguno, cuando se hablaba entre los eminentes apreciadores del mérito literario, *hac vestra humanitate*, entre unos hombres tan sensibles á los hechizos de la imaginacion, como á los trasportes sublimes de la gloria que la poesia se encarga de inmortalizar, como dice Horacio, (*) ninguno finalmente, cuando el tribunal estaba presidido por un ciudadano cuyo mas cumplido elogio está comprendido en la expresion enfática de un pronombre demostrativo: *HOC denique præloze exercente iudicium*. Veamos pues como el tribunal mas grave y severo se transforma, sin perder estas cualidades, en un tribunal bastante flexible á la causa de un Poeta esclarecido. ¡Tal es el triunfo de las conveniencias oratorias! benevolencia, atencion, docilidad; todo está conseguido desde que se presenta un orador tan admirablemente diestro para reunir en un exordio tan acabado, el recuerdo de su mérito, el interes de su gratitud, la importancia de la causa, el decoro y lustre del auditorio, la circunspeccion, gravedad, sabiduría y literatura de los magistrados.

NARRACION.

„No bien hubo salido Archias de entre los niños, y de aquel género de enseñanza con que la edad pueril suele disponerse al cultivo de las humanidades, cuando se consagró todo á las tareas de la composicion; y ya desde entonces su patria, la noble, opulenta y célebre Antiochia, aquella ciudad tan fecunda en los mas béllos estudios

(*) *Dignum laude virum musa vetat mori.*

como poblada de literatos y de sabios, le vió levantarse sobre todos por la gloria de su genio. ¿Y que dirémos de las otras partes de la Asia y de la Grecia toda? Tan grande era el entusiasmo que causaba en sus habitantes el anuncio de este hombre, que la expectacion pública superaba tanto á su celebridad, como en su advenimiento excedia siempre la admiracion á la expectativa general. Habíanse derramado con tal abundancia en aquel tiempo por la Italia las artes y literatura de la Grecia, que su cultivo era mas esmerado aquí que en los mismos países donde habian ellas nacido; y la misma Roma, entregada entonces á todos los placeres de la paz, estaba muy distante de verlas con menosprecio. Este era el estado de las letras, cuando los Tarentinos, Reginos y Napolitanos le concedieron los derechos de ciudadano con las demas prerogativas anexas á este título, y le juzgaban digno siempre de su hospedage y amistad cuantos eran capaces de calificar á los grandes ingenios. Precedido de una reputacion tan brillante, y cuando su fama le habia dado á conocer aun á los ausentes; vino á Roma gobernada á la sazón por Catulo y Mario, circunstancia muy grata para él, pues el primero de estos cónsules podia brindar á su talento con las mas heroicas proezas, y el segundo no solo con hechos ilustres, sino con un gusto exquisito y un oido ejercitado. Aun no habia dejado la pretexta, cuando le recibieron los Luculos en su propia casa; y es muy digno de notarse que esta casa, donde pasó su juventud, haya sido igualmente el asilo mas ordinario de su vejez; por que tan distinguida predileccion es debida no solo á su ingenio y literatura, sino tambien á su carácter y á su virtud.

En aquel tiempo era muy agradable, por su trato, á Quinto Metelo el Numídico y á su hijo Pio; era escuchado con gusto de Marco Emilio; vivia familiarmente con los dos Catulos; recibia mil demostraciones de Lucio Craso; y con la urbani-

dad y finura de sus maneras tenia tan obligados á los Luculos, y á Druso, y á los Octavios y á Caton y á toda la familia de los Hortensios, que gozaba de la mas alta consideracion; pues le ofrecian sus homenajes, no solo aquellos que anhelaban realmente por oírle á fin de sacar algun provecho; sino, lo mas notable todavia, aun los mismos que únicamente lo aparentaban.”

„Al cabo de un largo trascurso, y despues de haber partido con L. Luculo á Sicilia y regresado con él mismo de esta provincia, vino Archias á Heraclea; y habiendo querido inscribirse en ella, por verla disfrutar de tan plenos derechos en virtud de nuestra alianza, lo consiguió de los Heracleenses, ora fuese por su mérito particular, ó ya por el crédito y proteccion de Luculo. Publicóse en estos dias la ley de Silvano y Carbon, la cual otorgaba los derechos de ciudadano A LOS QUE ESTUVIESEN INSCRITOS EN LAS CIUDADES CONFEDERADAS, CON TAL QUE TUVIESEN DOMICILIO EN ITALIA A TIEMPO DE SER PUBLICADA LA LEY, E HICIERAN SU DECLARACION ANTE EL PRETOR DENTRO DE SESENTA DIAS. Archias tenia ya muchos años de domiciliado en Roma, é hizo su declaracion ante el Pretor Quinto Metelo, uno de sus mas estrechos amigos.”

Sin dejar de ser muy á propósito para una defensa judicial, figuraria con el mejor éxito esta narracion en un discurso del género demostrativo. Para referir el orador que Archias fué célebre en toda la Asia y la Grecia, tiene cuidado de pintarnos antes el estado de la literatura en todos estos lugares: sabe muy bien que una débil llama brilla en medio de la oscuridad; y que para resplandecer donde todo está iluminado se necesita de un torrente de luz. Si Archias arrebató con su genio la universal admiracion, no fué entre pueblos idiotas sino en el centro de la cultura; preparacion importante para juzgar de su mérito

á vista del entusiasmo que causaba y de los homenajes que donde quiera recibía. Una narracion tan bien distribuida en orden á los hechos, brilla tanto por su extrema concision, como imita con su rapidez la celeridad con que se propaga por el mundo la fama de un hombre extraordinario. Es magnífica y completa, y nada echaria menos en ella la crítica literaria, aun cuando solo se tratase de elogiar en una Academia el mérito de alguno de sus miembros mas esclarecidos.

Pero lo que hay aqui de notable es que ella encierra toda la defensa, reducida, como se ha visto, á un hecho bien sencillo. Por la ley de Silvano y Carbon se concedió el derecho de ciudadano á los que estuvieran inscritos en alguna de las ciudades confederadas, viviesen en la Italia é hiciesen su declaracion ante el Pretor: Archias estaba inscrito en Heraclea, ciudad confederada, vivia hacia muchos años en Roma y habia hecho su declaracion ante el Pretor Quinto Metelo. Su derecho está por lo mismo suficientemente comprobado.

Tiene pues razon el orador para decir á consecuencia: *si no se trata sino del derecho de ciudadano y de la ley, no diré otra palabra mas: la causa está defendida.* Pero era necesario rebatir objeciones, y esto es lo que hace inmediatamente.

PRIMERA PARTE DE LA CONFIRMACION:

REFUTACION.

Todos los hechos que acaban de referirse están comprobados por la declaracion de Lucio Luculo y el testimonio de los habitantes de Heraclea. Cierta es que, habiendo perecido los registros del

archivo de esta ciudad, no puede rendirse la prueba de documentos; ¡mas por ventura son estas las únicas que deben admitirse? „Es el colmo de las „extravagancia y ridiculez no decir nada contra „las pruebas que rendimos, para exigir las que no „podemos tener; despreciar con un silencio ma- „ligno las declaraciones de los testigos, para recla- „mar documentos por escrito; y cuando teneis á la „vista el testimonio de un hombre tan autorizado, „el juramento y la fé de todo un municipio, des- „echar estas pruebas que de ningun modo pue- „den ser falsificadas, para insistir en unos registros „que, como tu mismo confiesas, suelen serlo to- „dos los dias.”

Por lo demas, Archias tenia ya muchos años de vivir en Roma cuando se dió la ley, é hizo su declaracion en los registros de Metelo, los únicos generalmente reconocidos por auténticos. ¡Y á la vista de unas pruebas tan robustas, y cuando aquel se inscribió tambien en otras ciudades, podrá desconocerse su derecho? Regio, Lóeres, Nápoles y Tarento prodigaban este titulo á unos simples comediantes; ¡lo habrian rehusado acaso á un hombre coronado con la gloria del genio? Muchos se introducian, arrastrándose, en los registros de estos municipios a fin de pasar por ciudadanos; ¡y Licinio Archias que ni habia querido servirse de aquellas ciudades, contento con la de Heraclea, seria el único privado de estos derechos? Este ligero extracto de un argumento de conjetura, manifiesta cuanto importan estas inducciones filosóficas en el buen éxito de los negocios forenses; y tiene una fuerza muy grande para convencer á los jueces de la justicia con que contaba para su cliente el defensor de Licinio.

Pasa de aqui á rebatir otra objecion sacada de la falta del nombre de Archias en los alistamientos de la ciudad. Rebátela muy victoriosamente con hechos incontestables. En dos empadronamientos estaba Licinio ausente con Luculo, y en los tiempos de Julio y Craso no se alistó ninguna parte del

pueblo. ¿Podia inferirse algo de aqui contra el derecho que se defendia? Para concluir su refutacion y con ella la primera parte, hace mérito el orador de que en los tiempos en que se dice que Archias no habia observado la conducta de ciudadano, testó varias veces conforme al derecho de Roma, heredó á varios ciudadanos romanos y fué colocado por Luculo Pretor y Consul, entre los beneméritos del erario. „Buscad pues nuevas pruebas, dice Ciceron, que Archias no será venido jamas ni por su conducta propia, ni por la de sus amigos.

He aquí una idea de la primera parte de este discurso. Es demasiado corta y puede tenerse como toda la defensa, pero aqui mismo tenemos ocasion de alabar aunque en pequeño los talentos de Ciceron, y aprender á calificar los hechos, darles todo su mérito oratorio y á aplicar al mismo tiempo las leyes con una exactitud filosófica. Tan bien sostenidos y enlazados aparecen aqui los argumentos, que los unos van preparando á los otros y el conjunto causa la mas entera conviccion. Sea que demuestre con hechos la justicia de su causa, sea que use de la prueba inductiva, sea que forme conjeturas aproximadas; todo satisface á la razon y despierta con eficacia el interes. Si Licinio despreció por Heraclea todas las otras ciudades, es por el grande aprecio y consideracion que aquella gozaba entre los Romanos; si no estuvo presente al empadronamiento de los ciudadanos, es por que acompañaba entonces á un General Romano ya cuando este mandaba el ejercito, ya cuando desempeñaba en Asia el cargo de Questor. En fin, no presenta un solo testimonio sin haberlo revestido antes de todos los caractéres propios para hacerlo respetable y decisivo. Si no es pues la oracion de Archias el mas bello ornato del genio de Ciceron, ninguno sino este era capaz de sacar mas partido de tan limitado argumento.

SEGUNDA PARTE.

No porque la primera parte deba tenerse como toda la defensa, hemos de reprobamos la segunda como inútil. Si el tono de esta no puede avenirse con el carácter de la oratoria forense, los argumentos en el fondo son demasiado propios para robustecer en el concepto de los jueces el incuestionable derecho del acusado. Nada mas natural cuando se hace una defensa, que presentar al reo adornado de aquellas cualidades y prendas que son mas á propósito para hacerlo estimable á los ojos del público y de los Tribunales; y una táctica tan propia de todos los tiempos, lo era muy particularmente de la república en que hablaba Ciceron pues el sistema judicial franqueaba mas recursos á los jueces para obsequiar con sus votos las nobles tendencias de un corazon ilustrado. He aquí sin duda la causa de que el orador se propusiese demostrar que aun cuando Archias no fuera Ciudadano, debería serlo, y de que no malograra una ocasion tan bella, como la que se ofrecia con este plan á su talento y una circunstancia la mas oportuna para hacer mas completa y brillante su victoria.

Comienza pues manifestando los motivos que tiene para estimar en tan alto grado las relaciones de su cliente, porque supone la extrañeza que podia causar esto al acusador. „Tal vez, ó Graciano nos preguntarás que tiene de particular el trato de este hombre, para que hallemos en él un encanto tan irresistible? ¡Ah! El ofrece una grata distraccion á nuestro espíritu fatigado con las contiendas del foro y un descanso muy apacible á nuestros oidos aturdidos con las querellas judiciales.”

He aquí la primera ventaja que el hombre público puede sacar del cultivo de la poesia, ali-

viar un tanto su espíritu de las pesadas tareas de la vida pública, reponerse un tanto para no succumbir bajo la carga, y conservar el buen humor en medio de las continuas y penosas agitaciones que necesariamente traen consigo los altos puestos. „Crees por ventura, continua el Orador, que podriamos bastar nosotros á la variedad extrema de negocios que diariamente estamos en el caso de tratar; ni que podriamos sostener una aplicacion tan continua, sino dilatásemos nuestra alma en el cultivo de tan amenos estudios?” Segunda ventaja que pueden sacar de aquí los grandes hombres: enriquecer sus talentos, limar su gusto, pulir el estilo de sus obras, adquirir facilidad en el uso de la palabra y llevar á mas alta perfeccion los géneros de estudio á que directamente se consagran. Después de haber hecho palpables, aunque de un modo genérico las ventajas de la poesia, puede afirmar, como lo hace, con un tono bastante satisfecho que si tienen razon de avergonzarse de cultivar la bella literatura ciertos hombres que limitados á ella exclusivamente y haciéndola servir solo á sus goces privados, no han sacado ningún provecho de aquí para la sociedad; no estaba él en este caso, pues nadie tenia derecho para dirigirle semejante reproche. El tiempo que dedican otros á los placeres, á los recreos y á los juegos públicos, lo habia consumido Ciceron por el espacio de su vida en repasar sus estudios literarios, y no mas que para concurrir con ellos al bien de su patria y á los compromisos peligrosos de sus amigos. „Serán pequeños é insignificantes mis talentos; pero á lo menos conozco muy bien la fuente en que he de tomar la energía del estilo, la grandeza de los planes, la sublimidad de los conceptos; en una palabra lo mas esclarecido y grande que se busca y admira en los discursos del orador:” *illa quidem certè, que summa sunt, ex quo fontè hauriam sentio.*

No puede hacerse un elogio ni mas completo ni mas exacto y filosófico de la poesia, que tenerla por fuente de lo mas escogido y grande que reconocemos en la elocuencia. En efecto, por mucho que la imaginacion y el sentimiento concurren á los planes del orador; si este no está familiarizado con las imágenes atrevidas y los vuelos admirables de la inspiracion poética, difícilmente hará tan odioso el vicio, tan amable la virtud, tan dulce y atractiva la verdad. „La feliz violencia de „una versificación esmerada es para el orador la „fuente de una locucion dulce y armoniosa; el cuadro de ritmos variados, donde son tan visibles las „faltas gramaticales, es una fuente de correccion „y pureza; las licencias felices que se toma el „poeta, impelido por la severidad del metro, son „para el orador una fuente de fuerza y energia; „la necesidad continua de locuciones figuradas á „que se ve reducido por la sobriedad del idioma, „son la fuente donde toma el orador las imágenes y el colorido; el arrebatado de una vehemente „inspiracion y la diversidad de giros que exige cada periodo y á veces cada linea de una composicion poética, es para el orador el manantial que „le provee de los movimientos impetuosos de la „imaginacion y del sentimiento. El estro poético „engendra la elevacion oratoria, bien asi como la „elegancia de un discurso nace de la compasada „y simétrica distribucion de las palabras que forman una poesia.” (*) He aqui los servicios que á la elocuencia presta la poesia; y por qué Ciceron miraba esta como la verdadera fuente de cuanto hay de mas grande y esclarecido en los discursos del orador.

Ha probado ya este la influencia de la poesia en los progresos del gusto, en la perfeccion del talento y en los primores del estilo oratorio, para descubrir en seguida lo mucho que contribuyen las

(*) *Maury Elocuencia del púlpito. (Extracto.)*

bellas letras á la moral, á la virtud y aun al heroismo.

„Si las lecciones y escritos numerosos de „tantos sabios no me hubieran persuadido desde mi „adolescencia que nada en la vida se ha de anhelar con tan grande interes, como la gloria y la „virtud, y que á fin de conseguirlas, han de estimarse en muy poco todos los tormentos del cuerpo, „todas las amarguras del destierro y aun el peligro „mismo de la muerte; nunca por atender á vuestra „conservacion me hubiera lanzado á tantos encuentros, ni hecho tampoco frente á los embates „diarios de los hombres mas detestables. Pero nosotros están todos los libros de aquellas máximas sublimes, llenos los discursos de los sabios y llena „de grandes ejemplos la antigüedad; mas todas estas „cosas estarian hoy sumergidas en las tinieblas, si no „las hubiese alumbrado la antorcha de la literatura. „¡Cuantos caractéres de los mas grandes hombres „no nos han dejado en sus obras los escritores „griegos y latinos, no solamente para satisfacer nuestra curiosidad, sino tambien para ofrecer dechados „perfectos á nuestra imitacion! Yo me los proponia „siempre cuando tenia que dirigir los negocios del „Estado; y la sola contemplacion de tan excelentes „modelos bastaba para sostener mi carácter y fortalecer al mismo tiempo mi espíritu.”

Todo este trozo se reduce á decir que sin el auxilio de las letras serian perdidos para nosotros la doctrina de los filósofos y los ejemplos de los grandes hombres, recursos poderosos y únicos, para formar el carácter y sostener el espíritu en la práctica de la virtud; pero nótese al mismo tiempo la grandeza oratoria con que presenta Ciceron este pensamiento; como se eleva el tono, á medida que las ideas progresan; y cuanto interes reciben estas máximas al ofrecerse el Orador á la vista del auditorio como una experiencia viva de su incontestable utilidad. ¡Que facundia y que sobriedad á la vez no se descubren en tan bella am-

plicacion! No contento el Orador con decir que nada es preferible á la virtud y la gloria; descendiendo á individualizar los accidentes mas graves de la vida; todos los tormentos del cuerpo, todos los peligros de la muerte y del destierro deben tenerse en muy poco á fin de alcanzar unos bienes tan positivos y tan grandes. Mas podia suceder que á imitacion de algunos filósofos, Ciceron estableciera principios que no hubiesen sido el motivo de su conducta; y por lo mismo se adelanta á decir que no habia tenido mas aliciente, para lanzarse á todos los encuentros y arrostrar la furia de los hombres mas criminales. No son estos unos conocimientos exquisitos, reservados á un corto número de inteligentes, sino el asunto ordinario de todos los libros, *pleni omnes sunt libri*, el mas comun objeto de los sabios discursos, *plena sapientium voces*, el designio que descubren con la mayor frecuencia los ejemplos mas ilustres de la antigüedad, *plena exemplorum vetustas*. ¡Cuan grande interes no debian inspirar á todos los hombres estos libros, estos discursos, estos ejemplos; y cuan terrible y desastrosa, cuan funesta bajo todos aspectos no debia presentarse la sola idea de su pérdida! Pues esta pérdida era infalible, segura, irreparable, si no se hubiese contado con la única antorcha que puede oponerse á las tinieblas de los siglos, con la única luz capaz de hacer visibles á la posteridad los pensamientos y las acciones de otros hombres y de otras épocas, con la antorcha de la literatura: *jacerent in tenebris omnia, nisi literarum lumen accederet*. Ciceron habia pasado una gran parte de su vida ocupado en los negocios de la república: su desinterés, su patriotismo, su política, su infatigable zelo por el bien de la patria, habian ocupado tanto á los Romanos, que al través de las persecuciones y la envidia, tuvo ocasion este hombre de columbrar una especie de culto político, tributado espontaneamente á su mérito. Calcúlese por aqui el efecto que debieron producir en el auditorio las

ideas con que termina el pasaje, esta consagracion al estudio de los grandes caracteres que le ofrecia la antigüedad, esta meditacion constante que habia sostenido su carácter y fortalecido su espíritu cuando se hallaba al frente de la república para dirigirla.

Sin embargo de todo esto, teme haber incurrido en una exageracion peligrosa, recela haber dicho demasiado de las letras; y deseando no dejar motivo alguno que inspire la menor desconfianza respecto de sus principios, se propone el mismo la objecion y la satisface con tanta elocuencia como filosofia.

„Pero ¡que! me dirá alguno, ¿esos mismos
„varones consumados cuyas virtudes han sido re-
„veladas al mundo por las letras poseian por ven-
„tura estos conocimientos que tu exaltas con tus
„alabanzas?—Aunque tengo por cosa difícil asegu-
„rarlo de todos, no vacilo en lo que debo res-
„ponder. Confieso que han existido muchos hom-
„bres de grande entendimiento y excelentes virtudes,
„que sin el auxilio del arte y por la disposicion
„casi divina de su misma naturaleza han sido emi-
„nentes y justos por si mismos. A esto pudiera
„yo añadir todavia, que un feliz natural sin el es-
„tudio ha contribuido mas frecuentemente á la gloria
„y á la virtud que el estudio sin la naturaleza;
„pero asimismo sostengo que cuando á un insigne
„y esclarecido talento se junta cierto fondo de ins-
„trucccion y cierto sistema de conocimientos, suele
„resultar de aqui un no sé qué de sublime y único
„entre los hombres. A este número pertenecen:
„aquel hombre casi divino á quien conocieron nues-
„tros padres, Scipion el Africano; Cayo Lelio y
„Lucio Furio ejemplos de moderacion y de virtud;
„y aquel prodigio de fortaleza, aquel varon tan
„sabio que no tuvo rival en su siglo, el viejo Caton.
„Si á juicio de tan grandes hombres, ningunos me-
„dios proporcionasen las letras para llegar al co-
„nocimiento y á la práctica de la virtud, jamás

„se hubieran dirigido todos con tanto empeño á cultivarlas.”

Después de habernos hecho sentir la utilidad é importancia de la bella literatura, gusta de presentarla delante de su auditorio como el mas noble de todos sus recreos y como la mejor compañera del hombre en todas las situaciones de la vida. „Los demas placeres ni son de todas las circunstancias ni de todos los países, ni de todas las épocas de la vida; muy al contrario sucede con las letras, que alimentan la juventud, encantan la vejez, adornan la prosperidad, abren al infortunio un asilo donde viene á encontrar el consuelo: nos deleitan en la casa, no nos embarazan fuera de ella, nos acompañan en nuestras vigiliás, nos siguen en nuestros viajes, nos embelezan en la campiña.”

Cuántas bellezas mil veces notadas y mil veces repetidas, siempre antiguas y siempre nuevas; y que ligadas intimamente con la historia de nuestros goces, se reproducen siempre con nuevos y brillantes atractivos, con cierto encanto indefinido que no acertamos á explicar!

Una ojeada rapidísima sobre el hombre basta para descubrir por todas partes los límites del placer. Nada es parte á contentar la avidez inmensa de nuestro corazón, ninguna alegría conserva sus prestigios; y los placeres comunes de la vida envejecen con nosotros. La infancia vuela y arrastra consigo sus inocentes juegos; huye la juventud, y cede el campo, donde antes se animaba para divertirla el gran teatro de las ilusiones, á los roedores cuidados de la codicia, de la ambición, de los empleos y de todas las cosas que ocupan la edad madura; la vejez entre tanto nos arrebató el aspecto del hombre formado y entristece y angustia nuestro corazón, al presentársenos á la vista circundada de dolores y de afanes, acosada por la ruindad mezquina, siempre dominada por la sospecha; siempre irresoluta por la desconfianza; siempre tímida é inerte. ¿Donde está pues el placer?

¡Ah! No lo busqueis en las tendencias de los sentidos, en la satisfacción de los deseos menos nobles: sino en la perfección del hombre moral, en el cultivo de la razón, en la riqueza del entendimiento, en la fuente pura de las memorias literarias. La literatura convidando á todas las edades con mil placeres que se engendran sin interrupción y se suceden sin semejanza, derraman sobre la vida un encanto tan sublime, que nunca pueden prevalecer contra él ni los embates de las pasiones, ni los dardos del dolor, ni todas las amarguras de la adversidad. Ved al joven prudente, previsor; ocupado en atesorar conocimientos útiles; extasiado con la perspectiva de la gloria; superior á los goces mezquinos y reprobados; tributando un culto apasionado á los grandes modelos; registrando la lira de Píndaro y de Horacio, elevándose con los cantos de Homero y de Virgilio, y participando tal vez con Demóstenes y Marco Tulio de aquellos nobles sentimientos que inmortalizaron las antiguas repúblicas. ¿Donde ha encontrado el origen de placeres tan deliciosos? En las letras, responderá él, que han sido mi ordinario alimento. *adolescensiam alunt.*

¿Que importan al anciano los horrores del sepulcro, cuando se animan sin cesar á su presencia las memorias de una vida magnánima, cuya senda está regada de laureles? ¿Dejemos al viejo inútil helar nuestra alma con el frío de la muerte, aislarse en el rincón de su retiro presenciando este espectáculo bien triste: el joven que lo abandona, el hombre que lo compadece, el fastidio que lo consume y el círculo de sus sentimientos y de sus ideas que se recoge y estrecha sin cesar: porque arrebató de preferencia nuestras miradas ese otro que ha comprado con las lecciones sublimes de su sabiduría el augusto título de venerable: las fuerzas corporales retardan ya sus pasos; pero no importa, porque siempre habituado á buscar en el fondo de su alma la fuente del placer, goza super-

abundantemente en el silencio de su misma quietud: no puede ya desafiar las tempestades del Océano; no para ir á buscar la sabiduría en el comercio de otros hombres; pero no importa, pues al noble impulso de sus deseos, le sorprende luego en su pacífico retiro la inmensa comitiva de los poetas, de los oradores, de los sabios, en fin, de todos los pueblos y de todos los países: su edad no es una barrera que se levanta entre él y la nueva generación en que vive: su noble aspecto atrae la risa de la inocencia; y el niño se duerme sin sobra en sus brazos: todos los jóvenes vienen á sentarse al rededor de él; y le estrechan y le urgen para que derrame entre ellos los encantos de sus memorias: el guerrero aguarda su aprobacion para partir á los combates; el hombre de estado recoge incesantemente de sus labios las máximas de la prudencia; el sabio laborioso somete á su calificación los resultados de sus tareas, y el humanista proclama por todas partes la soberanía de su crítica. Todo en él es venerable, noble, apacible; su cabellera, su barba blanca, su ademan dulce y grave, la benevolencia de sus miradas, la serenidad de su frente espaciosa y despoblada donde la virtud parece haber gravado sus máximas. Esta vejez hermosa, como advierte Segur, lejos de inspirar el espanto y exitar el disgusto, atrae tan bien el amor, y exige de tal modo el respeto, que la imaginacion religiosa de los hombres la ha escogido por imagen, cuando ha querido representarse al Eterno." Tal se muestra á nosotros el primer filósofo de Atenas en el instante en que muere por la verdad. Tal es el triunfo de la sabiduría, tan incomparables así los encantos que la literatura vierte en el seno de la ancianidad. *Senectutem oblectant.*

Si de aqui pasamos á considerar el influjo de la literatura en los plausibles sucesos de la vida, basta recordar que nunca nos parece tan grande la prosperidad, como cuando derraman sobre ella todo su esplendor las letras y las artes. Pe-

ricles no habria dado ciertamente su nombre á su siglo, si Atenas hubiera visto en él única y exclusivamente al genio de la guerra y al Señor de sus destinos; pero tan hábil político, como excelente orador, y amigo de las bellas artes, recibia el reflejo brillantísimo del Liceo y los homenajes de Sofocles y Fidas. El concurso feliz de los talentos militares con el genio de la historia conservan la preeminencia de César entre los capitanes ilustres; y si Alejandro y Napoleon nos parecen rivales de su celebridad en la guerra, ninguno por cierto podrá eclipsar su gloria, que tanto resplandece en el maravilloso conjunto de su espada y literatura. El nombre de Mecenas ha llegado á la posteridad con tal aparato de magnificencia, menos por el favor de Augusto y los honores de Ministro, que por haber dividido con Virgilio y Horacio la gloria de la poesia con el mas brillante ejemplo de proteccion á tan excelentes estudios. Así es como adorna la bella literatura los acontecimientos mas faustos de la vida. *Secundas res ornant.*

¡Y que será del hombre á quien oprime el yugo de la adversidad, si no cuenta con el socorro de las letras? ¡Ay! abandonado tiránicamente á sus dolores, verá declinar en un momento la luz de su existencia; sino es, que ciego por la desesperacion, desconozca el alto precio de la virtud perseguida y se entre por la senda escabrosa del crimen para rivalizar con sus enemigos. Pero considerémosle cuando está poseida su alma de grandes pensamientos, y ofrecerá entonces á nuestra vista mil espectáculos maravillosos y sublimes. Tal vez desde el centro de un calaboso hará salir una obra inmortal que recuerde su nombre á todas las edades, y divierta á todo el género humano con la pintura de un extravagante aventurero que se esfuerza en perpetuar con su ejemplo las ideas caballerescas de la edad media. Tal vez en el instante mismo en que la sociedad le desprecia y

los amigos le abandonan, su alma se eleva á con-templaciones sublimes; la inspiracion se apodera de él y lo hace recorrer en espíritu regiones desconocidas, „el infierno se presenta á sus ojos bajo los „colores del destierro;” (*) y entonces sorprende al mundo con un poema divino, y la gloria se el anuncia muy lejos de la Patria. Vanos son los conatos de la persecucion para agóviar su espíritu: vanos los artificios bajos de la envidia para cegarle la fuente de los placeres: pues mientras el desprecio de las cortes, la indiferencia del pueblo, las calumnias de sus rivales, la indigencia y el destierro mismo parecen adelantarse á decirle que ya no hay asilo ni esperanza; una voz augusta y soberana, la voz de la elocuencia le dice: „¡Que son „vuestros enemigos cerca de la verdad? Eterna, „mientras todo lo demas es pasajero, ella es el ali- „mento de vuestro genio y el apoyo de vuestros „trabajos. Millares de hombres insensatos, indiferen- „rentes, ó bárbaros os persiguen ó desprecian; pero „hay al mismo tiempo muchas almas que se corres- „ponden con las vuestras desde un extremo al otro „de la tierra. Tened presente que ellos padecen „y piensan con vosotros; que los Sócrates y Plato- „nes, muertos hace dos mil años, son vuestros ami- „gos. No formais ya sino un solo pueblo y una „sola familia con todos los grandes hombres que „han existido ó existirán: no estais condenados á „vivir en un solo punto del espacio, ó del tiempo; vivis „para todos los países y para todos los siglos, y „vuestra vida se extiende mas allá que la del gé- „nero humano.” (**). Dueños sois de la virtud y de la gloria, inestimable recompensa de las almas grandes: ¿que son pues, comparados con ella, todos los tormentos del cuerpo, todas las amarguras de la adversidad, ni los peligros mismos de la muerte ó

(*) *Madama de Stael. Alusion al Dante en el primer canto de Corina.*

(**) *Thomas. Elogio de Descartes.*

del destierro? Esta perspectiva de gloria, estos encantos de la virtud, que se conocen á favor de las letras; he aqui lo que basta para disminuir y hacer olvidar las vicisitudes mas penosas de la vida. *Ad-versis perfugium ac solatium præbent.*

„Pero la literatura enemiga del mando, que „acarrea tan amargos sinsabores, y amartelada de „la dulce independencia, se acomoda mucho mejor „con la vida privada; y en ella se recrea, y en ella „ejerce y desenvuelve sus gracias. *Ved si no al „hombre que por inclinacion natural ó por huir del „estúpido silencio, de la grosera chocarrería, ó de „la ruin maledicencia, se acoge á su dulce retiro: „seguidle allí y vereis cuantos encantos tiene para „él la soledad. Allí restituido á sí mismo, al estudio „y la contemplacion que hacen su delicia, encuentra „aquel inocente placer, cuya dulzura solo es dado „sentir á los amantes de las letras. Allí en amable „comercio con las Musas, pasa independiente- „mente y tranquilo las plácidas horas, rodeado de „los ilustres genios que las han cultivado en todas „las edades. Allí sobre todo ejercita su imagina- „cion, y allí es donde esta imperiosa facultad del „espíritu humano, volando libremente por todas „partes, llena su alma de grandes ideas y senti- „mientos: ya la entenece, ó eleva, ya la conmueve, „ó inflama, hasta que arrebatándola sobre las alas „del fogoso entusiasmo, la levanta sobre toda la „naturaleza á un nuevo universo, lleno de ma- „ravillas y de encantos, donde se goza extasiada „entre los entes imaginarios que ella misma ha „creado.” (*) ¡Tan puros é inefables son los pla- „ceres que la literatura derrama bajo el techo do- „méstico! *Delectant domi.**

No se contenta el orador con decir que la li-teratura nos deleita en la casa, (*domi*) pues añade que no nos embaraza fuera de ella. (*non impediunt*

(*) *Jovellanos. Discurso sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura con el de las ciencias.*

foris.) Este pensamiento que á primera vista no tiene derecho alguno para llamar la atencion, encierra un sentido tan profundo, y supone un contraste tan bello, que nos vemos obligados irresistiblemente á analizarlo. Reflexionemos que el Orador viene presentando las letras por un aspecto puramente grato, é intenta demostrar que aun cuando ellas no rindiesen frutos tan copiosos para la utilidad, (*quod si non hic tantus fructus ostenderetur*) ni se buscara en su cultivo mas objeto que el placer, (*et si ex his studiis delectatio sola peteretur*) debia sin embargo reputarse esta noble recreacion del espíritu como la mas digna del hombre, (*humanissimam*) la mas ilustre y magnifica de todas. (*liberalissimam.*) Ha hecho mencion de los otros placeres, y ve que son cada uno en su género muy limitados y no pueden convenir á todas las circunstancias, ni á todas las edades, ni á todas las situaciones. *Nam ceteræ neque temporum sunt, neque ætatum omnium, neque locorum.* Pasa de aqui á manifestar del modo mas bello lo universal é indefinido de los placeres literarios: tan dulces é intensos para el jóven como para el anciano, se gozan igualmente en todas las edades de la vida: magnificas cuando el hombre disfruta los favores de la fortuna; tiernas, suaves, amigas y en extremo consoladoras, cuando gime bajo el peso de la desgracia, nos hacen ver que saben avenirse con todas las circunstancias y vicisitudes del hombre, (*omnium temporum*) y que encantan de mil maneras siempre gratas nuestro retiro. (*domi*) Pero vamos á salir de este retiro, ó bien para respirar el aire puro de los campos, ó bien para visitar otros pueblos y tratar con otros hombres. ¿Las dejaremos en nuestra casa? ¡Ah! ¿Como resolvernos á esto, habituados á disfrutar de sus encantos? ¿Mas por ventura necesitamos vencer grandes obstáculos para llevarlas con nosotros? Esto seria infalible si tratáramos de los otros placeres. Imagínese el mas simple de todos, el que consiste solo en hacer menos incómoda nuestra marcha: ¿que de

embarazos, que de estorbos! ¿Que seria si tratásemos de los otros deleites? Pero las letras, que enriquecen el talento y la imaginacion, que difunden por el alma un bien estar muy grato, las dulces y caras memorias, las bellas y grandiosas imágenes con que se engalana la poesia para cautivar nuestro corazon; lejos de embarazar nuestra marcha, la sostienen con agrado, viven con nosotros y forman una parte de nuestro ser. ¡Admirable contraste! Sin ser de todos los tiempos ni de todas las edades, los otros deleites se compran casi por lo comun á costa de grandes sacrificios; dependen de mil circunstancias diversas que no siempre están de nuestra parte; nos arrebatan nuestra independenciam y embarazan y atacan de mil maneras nuestro albedrio; al paso que las letras, cuyos placeres son tan sólidos, universales é indefinidos, nos acompañan siempre, se confunden con nuestra esencia y no exigen para trasladarse con nosotros ni el mas ligero sacrificio. *Non impediunt foris.* Dígase que nos encantan, embelesan, trasportan fuera de nuestra casa; y el pensamiento quedará privado de su parte mas bella, de este feliz contraste que acaba de establecer su excelencia suprema sobre toda clase de goces.

Si nos abandonamos al descanso del sueño, este se trasforma en dulce, benéfico y atractivo: no es el pesado sopor que embarga totalmente al hombre rústico, sino un arrobamiento suave y delicioso, que dando al cuerpo cuanto necesita para reponerse de las fatigas del dia, le deja al alma todo su imperio; y entonces es cuando se sueña en un hermoso y desconocido universo, cuando sus ideas se combinan de mil maneras agradables y cuando la imaginacion, este prisma del alma, le presenta los objetos que conoce, bajo mil frescos y variados colores y bajo un aspecto sorprendente y casi divino. ¿Cuántas bellas inspiraciones no deberá el poeta á los prestigios inexplicables de un sueño! ¿Cuántos movimientos sublimes no habrá

sacado el orador de esta misma fuente!

¿Y no reemplazan tambien estos estudios al sueño en los instantes de la vigilia? ¿No tienen cierto mágico poder para difundir en el alma y en los sentidos un arrobamiento feliz que nos arrebatara la idea del tiempo que pasamos en tan atractivo desvelo? Tan agradables cuando sostienen el pensamiento con la realidad, como cuando lo embelusan con gratas ilusiones, las letras animan el universo todo en los instantes mismos en que la naturaleza reposa, y en que los hombres todos rendidos del cansancio y la fatiga, olvidan sus cuidados y están sumergidos en el mas profundo letargo. *Pernoctant nobiscum.*

Quando viajamos solos, nada dicen á nuestra razon los diversos objetos que descubrimos en el tránsito: mudas están para nosotros las bellas artes, muda tambien la naturaleza toda, y el único fruto de una larga peregrinacion está reducido al aire que respiramos y á la impresion vaga, confusa y fugitiva de los nuevos objetos. No sucede lo mismo cuando las letras nos acompañan: por que entonces todo está vivo para la imaginacion, todo está lleno para el hombre. Un horizonte terminado á lo lejos con montañas de nieve, el suave y bellissimo aspecto de la aurora, la melancólica y sublime imágen del ocaso, la pureza de un cielo apacible, las montañas escabrosas, las agitaciones continuas del Oceano, su inmensidad y grandeza; todo eleva el alma á los mas altos pensamientos, todo la enriquece con ideas magnificas, todo la transporta con sentimientos elevados. Entre tanto se sorprende, sin apérbirse, al cabo de su carrera; y despues de haber admirado en diferentes pueblos las maravillas de las artes, las diferencias de los usos, el sistema de los gobiernos y la índole de las naciones; vuelve por fin á su Patria embriagado de placeres y cargado de importantes descubrimientos, de útiles verdades, de sublimes creaciones, de nuevos y generosos designios. Asi es como

las letras viajan con nosotros (*peregrinantur.*)

Pero donde la literatura franquea mas particularmente sus amables atractivos, es en aquellos momentos de la vida en que fastidiados con el eterno bullicio de las ciudades, con la servidumbre de la etiqueta, y los molestos y pesados negocios, volamos á la solitaria campiña. Allí recordamos con el mayor placer la dicha inefable de Tíro y los infortunios de Melibeo. Las doradas espigas, la miel sabrosa de los panales, las claras fuentes y corrientes rios, las anchas y livianas cortezas, nos pintan y retratan aquellos dichosos siglos á quien los antiguos pusieron el nombre de dorados. Allí sube maravillosamente el precio de los pensamientos grandiosos: allí ostenta mejor el espíritu su augusta soberania: los libros, estos amigos fieles, tienen un no sé qué de nuevo y sorprendente en medio de los campos. El alma se siente mas inclinada á la virtud cuando contempla la frescura de una mañana de Primavera, la tarde silenciosa y sublime, el ruido misterioso del bosque lejano y el apacible y grato murmurio de la fuente vecina: allí es donde esta emanacion purísima de Dios, se allega mas íntimamente al trono en que reside, y conversa y trata mas al rey de la naturaleza, y donde el himno de la mañana y el cántico de la noche, escapándose de la lira, vuelan con el gorgceo de las aves á llevar los dulces tributos del hombre y la naturaleza al Padre de la creacion. ¿Quien entonces, al volver de su retiro campestre, no exclama con Horacio:

*¡Orus! quando ego te aspiciam, quandoque licebit,
Nunc veterum libris, nunc sonno et inertibus horis,
Ducere sollicita jucunda oblivia vite?*

HORACIO.

¿Quando á ver tornaré tu alegre suelo,
Quinta feliz, ó se dará á mi anhelo
De la antigüedad sábia en la lectura,

O en el sueño ó el ocio adormecido,
De aquesta vida fatigante y dura
Gustar en fin el delicioso olvido?

TRADUCCION DE BURGOS.

¿Será extraño á vista de cuanto acaba de exponerse que el pensamiento de Ciceron no haya perdido despues de tantos siglos uno solo de sus encantos? Ninguno hay medianamente versado que no lo tenga en la memoria y lo repita siempre con un trasporte inexplicable, y que no lo considere como la divisa de la bella literatura. El es, digámoslo así, el gran pórtico de las letras: porque comprende con admirable concision y suprema energia todos sus bellos atributos, todos sus primores exquisitos y todos los atractivos con que brindan á la juventud que se forma en el estudio de las ciencias. ¿Que de imitaciones excelentes de este pasage no cuenta la elocuencia académica y la poesia! Hemos tenido ya ocasion de citar algunos trozos escogidos de Maury, Tomas y Jovellanos: veamos ahora uno en que Delille presenta con todo el ornato de su rica imaginacion el pensamiento del Orador romano.

Beaux-arts! eh! dans quel lieu n' avez-vous droit de
Est-il á votre joie une joie étrangère? (plaire?
Non; le sage vous doit ses moments les plus doux:
Il s' endort dans vos bras, il s' eveille avec vous.
Que dis-je? autour de lui tandis que tout sommeille,
La lampe inspiratrice éclaire encor sa veille.
Vous consolez ses maux, vous parez son bonheur;
Vous êtes ses trésors, vous êtes son honneur,
L' amour de ses beaux ans, l' espoir de son vieil âge,
Les compagnons des champs, ses amis de voyage;
Et de paix, de vertu, d' études entouré,
L' exil même avec vous est un abri sacré.
Tel l' orateur romain, dans les bois de Tuscule,
Oubliait Rome ingrante, etc.

L' Homme des Champs. Chant premier.

En que sitio el derecho, bellas artes,
¿No teneis de agradar? ¿Hay gozo alguno
Extraño á vuestro gozo? No: á vosotras
Sus instantes mas dulces debe el sabio,
En vuestros brazos gusta el grato sueño,
Despierta con vosotras. ¿Mas qué digo?
Mientras que todo duerme de él en torno,
La antorcha fiel de inspiracion sublime
En su vigilia todavia le alumbra.
Sus males consolais; ornais su dicha:
Sois vosotras su honor y sus tesoros;
Sois el amor de sus hermosos dias,
Y la esperanza de sus viejos años:
Sus compañeras sois en la campiña,
Y tambien sus amigas en el viaje.
Y de paz, de virtudes, y de estudios
Rodeado sin cesar, aun el destierro
Es con vosotras un abrigo sacro,
Así de Túsculo en los caros bosques
A Roma ingrata Ciceron olvida.

Despues de haber ostentado de un modo tan feliz los timbres de la bella literatura, tiene por lo mismo el Orador mucha razon de concluir que aun quando no pudiésemos elevarnos á tan grande altura, ni participar de sus encantos por nosotros mismos; deberiamos admirar tan preciosos talentos con solo verlos en los otros: *quod si ipsi hæc neque attingere, neque sensu nostro gustare possemus; tamen ea mirari deberemus, etiam cum in aliis videremus.* Esta observacion es tan importante como ingeniosa. Debe suponerse que en el auditorio habia muchas gentes iliteratas las cuales, viendo hacer el elogio de las bellas letras, se creerian exoneradas de tomar en ellas el interes que pretendia inspirar el Orador, á causa de no creerse comprendidas entre quienes gustaban de ellas por utilidad ó placer. Pero esta excusa deja de tener lugar desde que se anuncia, como una consecuencia precisa de lo expuesto, que aun quando no seamos capaces de apreciar por

nosotros mismos el mérito de la literatura, debemos admirar sin embargo de esto á los grandes hombres que la poseen. Esto se confirma con el ejemplo de Roscio, habilísimo actor, el cual habia cautivado tanto con su talento á los Romanos, que á su juicio no hubiera debido morir nunca. Justa era la estimacion que hacian de este hombre, aunque todo su mérito consistia en los movimientos del cuerpo: ¿cuanto mas derecho no debian tener al entusiasmo universal los movimientos increíbles del espíritu y los vuelos atrevidos del genio? Con este motivo pondera el orador el talento de Archias para improvisar, y concluye refiriendo haber presenciado tales encomios de lo que este habia compuesto esmeradamente y en el silencio de la meditacion, que le parecia verlo ascender hasta la gloria de los antiguos maestros. „¿Como pues, exclama, no querer á este hombre, como no admirarle, como no reunir las fuerzas todas de mi espíritu á fin de defenderle?”

„Grandes y eruditos escritores nos han enseñado que los demas talentos se forman por el estudio, los preceptos y el arte; mientras que el poeta lo debe todo á la naturaleza, se transporta con solo el ardor de su númen, y recibe, digámoslo así, la sublime inspiracion de un genio divino. No sin motivo nuestro poeta Ennio advertido por su experiencia los llamaba sagrados, como si viniesen á nosotros revestidos de un carácter celestial, y con algun presente de los Dioses que les sirviese de recomendacion entre los hombres.”

„Que sea por lo mismo sagrado para vosotros, ó jueces, que sentis como nadie las delicias de la literatura, este nombre de poeta que ni la misma barbarie ha violado jamas. Las rocas y los desiertos obedecen á su voz: á la dulzura de su canto, mil veces deponen su ferocidad y se detiene el indomable bruto; y nosotros, ilustrados por los mejores estudios, serémos los únicos en permanecer insensibles á la voz de los poetas?”

La recomendacion que hace aqui de los poe-

tas el orador romano parece poco adecuada á la magestad y al tono serio de la oratoria. Parece que el orador hubiera debido ceder al Mantuano la graciosa ficcion, hablando él de un modo mas verdadero y mas persuasivo. Pero reflexionemos que Ciceron hablaba de la poesia y debia naturalmente tomar su lenguaje; que pretendia arrastrar hácia ella, no el interes ordinario de la utilidad comun, sino el acatamiento y la veneracion que se debe al misterio; que una época en que todavia los poetas conservaban gran parte de sus prerogativas sobrehumanas, le abria campo para deslizarse un tanto á lo maravilloso; que todo este rasgo debe considerarse mas bien como una serie de alusiones, que como una cadena de racionios: en fin, que Platon, cuyas obras eran reconocidas universalmente como un dechado perfecto de razon, de filosofia y de buen gusto, habia dado ya el ejemplo y recomendado por la boca de Sócrates el genio de la poesia, como un don sobrenatural; y el canto de los poetas, como la voz profética de un hombre inspirado.

Si se hablase hoy en que la poesia tiene un carácter muy diferente, en que lo maravilloso ha debido perder gran parte de sus encantos, y en que la Mitologia no puede sostener ya la verosimilitud; no recibiriamos bien un pensamiento que visiblemente alude á la conocida fábula de Orfeo y Anfion, como dice Horacio.

Silvestres homines sacer, interpresque Deorum

Cædibus, et victu fado deterruit Orpheus;

Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones;

Dictus et Amphion, Thebana conditor arcis;

Saxa movere sono testudinis, et prece, blanda

Ducere quò vellet.

Intérprete del cielo el sacro Orfeo

De la vida salvage y mutuo estrago

Alejo con horror á los mortales;
 Y por eso se dijo que su lira
 Logró amansar los tigres y leones:
 Cual á Amphion la fama le atribuye,
 Porque de Tebas levantó los muros,
 Que al eco de su cítara movía
 Las piedras de su asiento y que do quiera
 Con seductor encanto las llevaba.

TRADUCCION DE MARTINEZ DE LA ROSA.

Estos versos de Horacio manifiestan sin embargo de lo que hemos dicho, que al través de la fábula se descubre esta importantísima verdad: la poesía suaviza las costumbres, ilustra insensiblemente á los hombres; y por la melodía con que deleita el oído, predispone mejor á los pueblos á los sentimientos de humanidad: acaso esto dió motivo á la ficción mitológica.

Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones.
 Platon habia hecho la misma pintura del poeta, justificando sus ficciones como verosímiles para nosotros, puesto que para ellos constituyen la realidad; y que sienten cuanto expresan, y ven efectivamente cuanto pintan y describen. Pero veamos el rasgo en su totalidad y en esta cita reconocamos á los grandes y eruditos escritores, de quienes habla el Orador en su discurso.

„Los cantores épicos, dice Sócrates, no dedican al arte, sino á una llama celestial, á un Dios, á las bellas creaciones de su genio; los líricos, á la manera de los Coribantes siempre fuera de sí mismos cuando celebran sus danzas religiosas, no cantan á sangre fría sus odas sublimes; es necesario que la armonía, que el ritmo los exalte; es necesario que una divinidad los posea. Creemos ver en ellos, á esas Bacantes, que cediendo á una santa manía, van á beber la leche y la miel al caudaloso torrente; acaba su delirio y cesan sus encantos. No nos engañan los poetas líricos, cuando nos dicen, todo lo que su imaginación les presenta, cuando

„describen esos jardines de las Musas, esas fuentes de miel, esos ricos valles en que recogen sus versos, como las abejas, volando al rededor de las flores. Si: el poeta es una cosa ligera, volátil, sagrada; no cantará nunca sin un transporte divino, sin un dulce furor. Lejos de él la razón fría; pues desde que pretende obedecerla, acaban los versos, y enmudecen los oráculos..... Solo un Dios, el Dios que subyuga su espíritu, los toma por sus ministros, por sus oráculos, por sus profetas; y al embargarles sus sentidos, quiere darnos á entender que no son ellos los autores de tantas maravillas, sino que nos las dice él mismo, haciéndose oír por su voz..... Y tú, que nos recitas los versos del discípulo de los Dioses, ¿no eres el intérprete de su intérprete? ¿Dime, cuando tu voz fiel arrebatada á los que te escuchan; cuando cantas á Ulyses precipitándose en la tierra, manifestándose á los amantes de Penélope y arrojando el carcaj á los pies de ellos; ó al vencedor de Hector; ó las lágrimas de Andrómaca; ó los infortunios de Hecuba y de Priamo: ¿tu razón vencida no cede al entusiasmo, y no crees asistir á lo que cuentas? ¿No ves tu á Ithaca, los muros de Ilión y todos aquellos sitios á donde te llevan tus cantos? No, tu no puedes disimularlo; en los pasajes tiernos, tus ojos se rasgan de lágrimas; en las escenas terribles y amenazadoras, se erizan tus cabellos, y tu corazón palpita en tu seno.”

Pensamientos de Platon, traducidos al francés por Le Clerc.

El trozo que se ha leído ministró probablemente al orador romano el pensamiento con que exalta el genio de la poesía de un modo tan sublime. Esta circunstancia es muy oportuna para dar con ella una lección importante á los que se dedican á la composición. Lejos de avergonzarse el orador ó el poeta de tomar para sí los pensamientos de otros hombres, deben servirse de ellos, con tal

que sepan ofrecerlos de un modo tan apropiado á sus ideas, que no aparezca la menor desigualdad en el estilo. ¿Que seria del escritor, si no aprovechase los preciosos trabajos de aquellos que le han precedido en la carrera de las letras; si estuviera condenado á no enriquecer sus obras con las producciones de los otros, y á ser original, tal vez contra los principios del buen gusto? Recordemos que la novedad no consiste en las partes sino en el todo, y que la originalidad resplandece principalmente en el designio. Nada importa que todos los cuadros se resuelvan en unos mismos colores, con tal que su combinacion se nos manifieste bajo un carácter particular: nada importa que en la Eneida veamos aparecer aqui y allá los grandes pensamientos de Homero: por que, haciendo su lectura, simpatizamos irresistiblemente con Priamo y su familia; y á la vista de una ciudad exhalada entre el humo del incendio, no cantamos el himno de la victoria, sino que dejamos con lágrimas la dulce ribera, el puerto y los campos donde fué Troya.

*Littora tum patriæ lacrymans, portusque relinquo,
Et campos ubi Troja fuit.... Virg. En. Lib. 3. °*

Cuando en las obras de un escritor se ven mezclados pensamientos de otros; si estos merecen el nombre de clásicos y aquel ha sabido elevar su estilo hasta la altura necesaria, para que no aparezca un contraste desventajoso á su mérito; no hay para él mayor gloria que el descubrimiento de estos plagios: porque lo igualan, digámoslo así, con los grandes ingenios á quienes debe una parte de sus ideas. Cervantes gana tanto como el idioma español con que Homero en su Iliada le haya ofrecido un modelo de enumeracion descriptiva, que si no es inferior, tampoco es superior á la copia.

No pudiendo trasladar aqui toda la descrip-

cion de Homero por ser bastante larga, escogeré dos trozos que tienen mayor analogia con la de Don Quijote.

Trajera Néstor en noventa naves,
Y en las lides mandaba, los guerreros
De Pilos y de Arene deliciosa,
De Trio, do el Alfeo es vadeable,
Epi de hermosas casas, Ciparisa,
Anfigenia, Pteleo, Hélos y Dorio,
Lugar donde las Musas la victoria
A Támiris de Tracia disputaron; &c.

Los que en los valles del enhiesto monte
De Cilene habitaban en la Arcadia,
Patria de belicosos campeones,
No léjos del antiguo monumento
Do el rey Epito sepultado yace,
Los de Fineo, Orchómeno, famosa
Por sus ovejas; Ripe, Estratia, Enispe,
Expuesta de los vientos al embate,
Tegea, Mantinea deliciosa,
Entífalo y Parrasia, eran guiados
Por el potente Agapenor de Anqueo.

TRADUCCION DE HERMOSILLA.

Veamos pues ahora una descripcion del mismo carácter y aun de la misma fisonomia. Después de haber recorrido Don Quijote con su mente y no con su vista las dos manadas de ovejas que dos valientes ejércitos le parecian, para dar á conocer á Sancho los principales caudillos de ambas legiones; prosiguió diciendo: „á este cuadro frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aqui estan los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los montuosos que pisan los masilicos campos; los que criban el purísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran

por muchas y diversas vías el dorado Pactolo; los numidas, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los partos, los medos que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etiopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de sus nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos, jerezanos prados; los manchegos ricos, y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las estendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.”

Dejamos á la ejercitada crítica de los insignes literatos comparar á Homero con Cervantes y decidir si en estos trozos la copia ha excedido al original; para decir únicamente que si los grandes ejemplos forman un argumento decisivo, ninguno mas á propósito que este, donde vemos que no temió Cervantes remedar á Homero; y en que la lengua castellana parece disputar no solo á las modernas, sino á la misma latina, la palma de la riqueza, elegancia, facilidad, soltura, numerosidad y melodía: ninguno mas á propósito que este, para exitar á los jóvenes á familiarizarse de continuo con los clásicos, y fecundarse con sus pensamientos, presentándolos íntegros cuando se hermanen bien con sus composiciones. Pero volvamos á Cicerón.

Añade á la magnífica recomendación de la poesía el ejemplo de varias ciudades que como Colophon, Chio, Salamina y Smirna, se disputaban la gloria de ser Patria de Homero. Unidos tan exactamente los raciocinios con los ejemplos, ¿no era bastante á Licinio su calidad soberana de poeta, para obtener el título de ciudadano? Pero él tiene aun otras recomendaciones mas poderosas y eficaces para un pueblo que no sea indiferente á su misma gloria. Habia cantado la guerra Cimbrica y recreado el oído de Mario, poco sensible á los hechizos de la poesía; la guerra contra Mitridates donde Luculo habia recogido tanto fruto de celebridad, sin embargo de algunas calamidades que no se le debian atribuir; y si la fama de estos caudillos era perteneciente á la Patria; ¿cuña era Roma de la gloria que sobre tantas proezas habia derramado tan sublime cantor. ¿No se creia ver la estatua de Ennio en el sepulcro erigido á la memoria de los Scipiones? ¿Por que pues Archias no habia de recibir su premio al lado de Mario y de Luculo cuyos hechos ilustres habia cantado? ¿Acaso por que Ennio escribia en latin y Archias era poeta griego? Oigamos al orador.

„Si alguno entiende que los versos griegos son menos adecuados que los latinos para extender la gloria de los grandes hombres, incurre en un gravísimo error: por que aquellos son leídos en casi todas las naciones, al paso que los últimos se reducen á los límites, á la verdad estrechos, de la Italia. Ya pues que nuestras hablanas no reconocen mas términos que los del orbe, debemos anhelar por que nuestra gloria y nuestras alabanzas vayan tan léjos como nuestros ejércitos y nuestras victorias; y este voto, el mas noble y digno de un pueblo cuyas acciones inmortaliza la historia, es á la verdad el mas grande y eficaz aliciente que puede ofrecerse á aquellos que por hallar la gloria, pasan por mil vicisitudes y afrontan los riesgos y peligros que

„amenazan su existencia. ¡Cuántos escritos de sus proezas se refiere que tenía siempre consigo el grande Alejandro! Pues este mismo, „á la vista del sepulcro de Aquiles que visitó en „Sigeo: ¡o joven afortunado, exclamó, que hallaste un „Homero panegirista de tu valor! Y decia bien: „por que si no hubiera existido aquella Iliada, el „mismo sepulcro que depositaba sus restos hubiera cubierto para siempre su gloria. Y qué, este heroe tan valiente como dichoso, á quien llamamos el Grande, (*) ¿no condecoró con el „derecho de ciudadano en presencia de su ejército á Teofanes de Mitylene por haber escrito „sus acciones guerreras? Y aquellos hombres belicosos aunque rústicos y soldados, trasportados en cierto modo con la dulzura de la gloria, y como partícipes de las alabanzas ofrecidas á su jefe, aprobaron aquella prerogativa con un grito de universal aclamacion.”

¡Cuan dignamente recibe su lugar aqui la literatura! No bastan las mas esclarecidas proezas, no basta llevar los ejércitos hasta las extremidades del mundo: es necesario confiar la celebridad á las lenguas cultas, aquellas que han sido consagradas ya en la admiracion de los hombres con las producciones mas acabadas de la elocuencia y de la poesia. Pero nada es aqui tan sorprendente y sublime, como el espectáculo de Alejandro en el promontorio de Sigeo. ¡Alejandro, el conquistador del mundo, envidiando la suerte de Aquiles, no por su gloria militar sino por su admirable panegirista! ¡Que triunfo tan bello para las letras! ¡Que delicadeza tan suprema para exaltar su poder en un pueblo de guerreros! ¿Y qué dirémos de Pompeyo, concediendo á Teofanes de Mitylene un derecho que se estaba disputando á Licinio? Pero ¡ah! el corazon palpita de entusiasmo, al ver el que produjeron en el alma de tantos valientes aunque

(*) Pompeyo.

rústicos las esplendidas y nobles prerogativas otorgadas al genio.

¡Que mayor prueba pudiera presentarse á favor del acusado para alcanzarle este derecho, aun cuando no lo tuviese ya concedido? „¿Se lo habria „rehusado, por ejemplo, Quinto Metelo Pio, tan „amigo de las alabanzas, que prestaba sus oídos á „los poetas cordoveses á pesar del tono rudo y bárbaro de sus cantos?”

Despues que Alejandro Magno, Pompeyo con todo su ejército, Sila que dió una parte de su botin á un mal poeta que le elogiaba, Quinto Metelo Pio que prestaba gustoso el oido al rudo canto de los poetas cordoveses, le habian ofrecido á Ciceron tan brillantes ejemplos de amor á la gloria; ¿no tenia ya derecho este de invocar el testimonio de todos, y principalmente el de las almas grandes? „No debe pues disimularse una cosa que léjos de poder obscurecerse, ha de ir constantemente delante de nosotros: todos somos arrastrados por el amor „de la celebridad; y las almas grandes principalmente son conducidas en gran manera por la „gloria. Los mismos filósofos ponen su nombre al „frente de aquellos libros que escriben sobre el „menosprecio de la gloria; y gustan de que se „les nombre con frecuencia y se les tributen alabanzas en aquello mismo en que desprecian el „nombre y la celebridad. Décimo Bruto, grande „hombre y general consumado, adornó con los „versos de Acio, íntimo amigo suyo, el pórtico „de sus templos y monumentos; y aquel Fulvio „que llevando á Ennio consigo, combatió con los „Etolios, no vaciló en consagrar á las Musas los „despojos de Marte. Asi pues, en una ciudad en „que los generales casi sobre las armas han ofrecido sus homenajes al nombre de los poetas y „á los altares de las Musas; los jueces togados no „deben desdeñarse de honrar á las Musas y de „proteger á los poetas.”

„Y para que os determineis á esto con me-

„jor gusto, voy á franquearme, ó jueces, á vosotros,
 „y á revelaros un estímulo de gloria tal vez demasia-
 „do vehemente, pero sin embargo muy honesto.
 „Cuanto habeis hecho vosotros conmigo durante mi
 „consulado, por la conservacion de esta ciudad y
 „de este imperio, y por la vida de los ciudadanos,
 „y por el bien general de la república; es hoy el
 „asunto de un poema que tiene comenzado Ar-
 „chias. Al escuchar algunos trozos, me ha pare-
 „cido tan importante el designio y tan bella su
 „ejecucion, que no he podido menos de exhortarle
 „á concluir. En los trabajos y en los peligros,
 „ninguna otra merced anhela ciertamente la virtud,
 „que las alabanzas y la gloria. Una vez quitada
 „esta, jueces, ¿que estímulo queda ya en la vida,
 „tan corta y rápida carrera, para agitarnos con
 „tan grandes trabajos? Si nada presintiese nuestra
 „alma respecto del porvenir, y hubiera de limitar,
 „dentro de las mismas regiones en que está cir-
 „cunscrito el espacio de la existencia, todos sus
 „pensamientos, el hombre no se fatigaria con ocu-
 „paciones tan penosas, ni se angustiaria con los
 „cuidados y con las vigiliias, ni expondría tan fre-
 „cuentemente su vida. Pero hay en todos los
 „grandes hombres una virtud secreta que día y
 „noche los excita con los estímulos de la gloria; y
 „parece advertir que la memoria de nuestro nom-
 „bre, léjos de acabar en el mismo término de la
 „existencia, se ha de igualar en su curso con
 „toda la posteridad.”

„Y qué ¿serémos de una alma tan peque-
 „ña los que luchamos en la república con tan gra-
 „ves tareas y peligros, que tocando ya casi al fin
 „de nuestra carrera sin haber tenido hasta aqui
 „un solo instante de distraccion ó de tranquilidad
 „de espíritu, lleguemos á persuadirnos que ha de
 „morir todo con nosotros? Cuando muchos hom-
 „bres esclarecidos han dejado á su posteridad con
 „el mayor empeño estatuas y retratos que repre-
 „sentan las facciones del cuerpo y no las cualida-

„des y prendas del alma: ¿no debemos nosotros
 „con mucha mas razon dejar la imágen de nues-
 „tros pensamientos y de nuestras virtudes primoro-
 „samente ejecutada y perfecta por los mayores in-
 „genios? Por lo que á mi toca, os diré que al
 „tiempo mismo de poner en práctica todas las co-
 „sas que hacia, juzgaba que ellas iban á espar-
 „cirme y diseminarme en la memoria sempiterna
 „del Universo; y bien sea que este sentimiento me
 „abandone despues de la muerte; ó bien, como lo
 „han creido los mayores sabios, que haya de per-
 „tencer á una parte de mí mismo: yo me de-
 „leito ahora ciertamente con este solo pensamien-
 „to, con esta sola esperanza.”

Por mucho esmero que se ponga en la ver-
 sion de tan excelentes pasages, es imposible tras-
 ladarlos con la suprema energia que tanto sor-
 prende y arrebata en el original. Es necesario
 sentir todo el encanto del idioma latino, para cal-
 cular la prodigiosa elevacion á que se levanta el
 genio de Marco Tulio al desenvolver las ideas mas su-
 blimes á que pudo haber llegado el entendimiento
 en las épocas del paganismo. Sin embargo, al tra-
 vés de una pobre traduccion, admiramos aquí el
 feliz concurso de tres cosas que muy pocas veces
 van unidas: la razon, que ni por un instante
 abandona el órden natural de las ideas; la imagi-
 nacion que desdeñando todo lo abstracto, le comu-
 nica por donde quiera sus formas, lo hermosea
 con su colorido y le presta sus encantos; y el
 sentimiento, que insinuándose con extrema suavi-
 dad y penetrando sin esfuerzo hasta apoderarse
 insensiblemente del corazon, le hace conceder
 con orgullo los tributos de la mas dulce victoria.

¡Que lógica tan exquisita no descubrimos en
 el modo con que se propagan aquí las ideas del
 Orador! Quiere sustituir al disimulo la ingenuidad
 sencilla, y comienza por confundir la hipocresia de
 los filósofos, y acaba por exaltar la noble franqueza
 unos capitanes tan ilustres como Fulvio y Décimo

Bruto. Sostenido por tan grandes ejemplos, no vacila ya en abrir su corazón á los magistrados, para revelarles el extraordinario interes que le inspira la causa de un poeta, que templaba ya la lira para cantar su consulado, este consulado predilecto en que miraba reconcentrada toda su gloria. Una confesion de esta naturaleza, hecha en un lugar diferente, solo habria grangeado al orador la prevencion terrible de los jueces; pero en el que ocupa es agradable, para todos, pues debe mirarse como la solemne revelacion del gran pensamiento en que á la sazón estaba ocupado sin duda alguna todo el auditorio. Confundido ya el disimulo, exaltada la sinceridad, establecido el universal entusiasmo por la alabanza; el amor de la gloria que obra principalmente en las almas grandes; convencidos con tal ingenio y finura los mismos filósofos, de una ambicion que descubren sin sospecharlo, con solo poner su nombre al frente de sus libros; invocado públicamente el testimonio de tantos caudillos, que á fin de apagar su sed de gloria, ofrecian los homenajes mas puros al genio de los poetas y á los altares de las Musas: ¿seria reprehensible que Ciceron pidiese tambien su parte de gloria, (*meo quoddam amore gloria,*) dejando traslucir el secreto interes que le arrastraba fuertemente á la defensa de Licinio? Sin embargo, no contento con esta preparacion, se adelanta á justificarse de un modo ingeniosísimo: confiesa que su entusiasmo es vehemente, (*nimis acre fortassè*) pero sostiene asimismo que es honesto. (*Veruntamen honesto.*) Todo afecto legitimo es muy digno de elogio, cuando se halla colocado en un justo medio; y muy excusable, cuando se traspasan estos limites. He aqui la circunstancia de que sabe aprovecharse el orador al manifestar las ideas mas sublimes que pudiera vislumbrar en aquella época el entendimiento del hombre; al mostrar la gloria, como la única recompensa de las almas grandes, y á la virtud como el título pre-

cioso y único para obtener la gloria verdadera. „Ninguna otra merced, exclama, busca la virtud en los peligros. (*Nullam enim virtus aliam mercedem laborum periculorumque desiderat.*)” Esta palabra *mercedem* es muy significativa: corresponde con exactitud á nuestra palabra *salario* y sirve por lo mismo para poner en contraste las generosas tendencias de la virtud, con los ruines proyectos del interes y de la ambicion. El hombre que obra por aquel noble principio, no marcha á la guerra para vertir la sangre de los vencidos, ni para volver á su pais abrumado con la carga de un rico botin: el que se halla colocado al frente de los negocios públicos, no se desvela por conservar un equilibrio politico, haciendo alternativamente de tirano con unos y de esclavo con otros: por que no busca en los altos puestos, sino en la verdadera gloria la corona de sus servicios: uniforme sin esfuerzo su conducta pública y ejercita igualmente su energia en el exterminio de los grandes crímenes y en el desarrollo y fomento de las vastas empresas: el escritor ilustre no vende su pluma á un gobierno inmoral, sosteniéndolo contra la opinion de los pueblos; sino que guiado por el sentimiento del honor, ofrece un culto puro á la verdad, é invoca la libertad del pensamiento para quitar la máscara á un gabinete misterioso. Tal vez le aguarda el destierro ó el patibulo, pero este es un tropiezo ligero que no le sirve de obstáculo para volar á la inmortalidad: he aqui la verdadera gloria estrechamente abrasada con la virtud; he aqui una recompensa muy superior á las pasiones vergonzosas que suelen mover á los hombres de estado; un pensamiento que puede ser visto como la egida poderosa de la moral pública, donde se conserva todavia la significacion verdadera de estas palabras tan dignamente empleadas por el orador romano, *la virtud y la gloria.*

Estos objetos son muy altos en sí mismos para que acaben con nosotros en la tumba: es

necesario que una alma que ha sabido comprenderlos y desearlos, sea superior al tiempo y á la muerte: el alma es inmortal: dogma sublime y consolador que sostiene victoriosamente los nobles esfuerzos de la virtud en medio de todos los contratiempos y al través de todas las vicisitudes de la vida. ¿Puede darse un órden mas preciso y victorioso á las ideas, ni una marcha mas recta y constante á la demostracion de la verdad?

Si de aqui pasamos al exámen de la segunda cualidad que resplandece en estos pasages; viene á sorprendernos una sobria y feliz imaginacion que todo lo anima sin esfuerzo; y brilla no tanto por el ornato, como por una atractiva simplicidad. Para manifestar el grande aprecio que hacian de los poetas Décimo Bruto y Fulvio, dice el Orador simple y elegantemente que el uno adornó con los versos de Acio el pórtico de sus templos, y que el otro no vaciló en ofrecer á las Musas los despojos de Marte. La virtud aquí no es un ser abstracto y puramente ideal, sino una persona que desea la noble recompensa de la gloria: la vida es una rápida y corta correría: su fin está expresado con los límites de una region, límites que salva el pensamiento: la inclinacion á las acciones virtuosas es una especie de genio intelectual, que día y noche agujonea con los estímulos de la gloria: el elogio de las grandes virtudes é ilustres pensamientos es una pintura grande, exquisita, y primorosamente concebida y ejecutada por el genio; y el mismo orador se convierte en una semilla fecunda, en una planta feraz que se ha de ramificar por todo el universo, y ha de germinar léjos de su tallo, y allá en la posteridad mas remota. ¿Como exaltar dignamente esta admirable facundia, esta imaginacion dirigida con tal arte, que parece ocultarse á nuestra vista, en el instante mismo en que ostenta sus bellas y delicadas formas. Efecto es de un ingenio supremo servirse de la imaginacion con tan insigne superioridad, hacer que nos arrebatase con

todo el encanto de la figura y el colorido, y nos deje al mismo tiempo sondear los conceptos profundos y las ideas sublimes de la metafísica. ¿Que dirémos del sentimiento? Nada sino pagar un dulce tributo á los talentos de tan gran maestro con cierta especie de éxtasis y el profundo silencio de una admiracion respetuosa. ¿Que chispa es esta tan tenue en su principio y tan fecunda y poderosa en sus resultados? ¿Por que incomprendible magia hemos olvidado ya los derechos que se disputan á Licinio, el testimonio de Luculo, los registros de Metelo, el solemne juramento de Heracléa, para ocuparnos única y exclusivamente en la poesia? ¿Que digo en la poesia? Única y exclusivamente en la gloria. Ya no es el orador el único que se exhala en estos sentimientos: son todos los magistrados; es el pueblo todo, por que esta noble tendencia es de todos los hombres, y muy particularmente de las almas grandes.

EPILOGO.

„**C**ONSERVAD pues, ó jueces, á un hombre de tal
 „conducta, que la veis comprobada por la nobleza
 „y antigüedad de sus amigos; de un genio tan vasto,
 „cuanto es indispensable suponer para verle solici-
 „tado con el mayor entusiasmo de los primeros
 „talentos; un hombre finalmente cuya causa es de
 „tal naturaleza, que está justificada con el beneficio
 „de la ley, con la autoridad de un municipio, con
 „el testimonio de Luculo y con los registros de
 „Metelo. Haced, os ruego, por razones tan sólidas,
 „y por los mismos Dioses, si en negocios de tan
 „grande interes no basta la recomendacion huma-
 „na, que un hombre que ha exaltado siempre á
 „vuestros generales, á vosotros y las proezas del

„pueblo romano; que ofrece consagrar á nuestros
 „últimos peligros domésticos un testimonio eterno
 „de alabanza; y es del número de aquellos que uni-
 „versal y constantemente han merecido el concepto
 „y el nombre de sagrados; halle tal acogida entre
 „vosotros, que parezca engrandecido por vuestra
 „benevolencia, mas bien ¡que profanado por vuestra
 „severidad.”

„Lo que acabo de exponer acerca de esta
 „causa, con la brevedad y sencillez que tengo de
 „costumbre, confío, jueces, en que habrá merecido
 „vuestra aprobacion; y que habréis echado á fue-
 „na parte cuanto en un estilo que no es del foro
 „ni menos judicial he dicho sobre el ingenio de
 „este hombre y generalmente sobre los estudios que
 „cultiva: pues respecto del magistrado que preside,
 „lo sé con toda certidumbre.”

Sin ocupar ni aun una página completa, este epílogo nos hace admirar un prodigio de concision, elegancia y energia. Al ver en él todo el discurso hasta en sus últimos pormenores, presentado con tan feliz eleccion y distribucion en las palabras y en las ideas; nos parece una hermosa miniatura en que se han apurado todos los esfuerzos del arte.

Algunos extrañarán que un discurso de tanto movimiento tenga una conclusion tan calmada; pero esto es precisamente lo que le hubiera faltado para llegar á la perfeccion, si el orador, abandonando el tono tranquilo, hubiera querido excitar en ella mas y mas los afectos. Reflexionemos que lo patético tiene un término y una medida fija; que de él á la declamacion hay una distancia muy corta; que una vez esforzadas las pasiones hasta el punto en que se ven al acabar la parte confirmativa, es un paso tan arriesgado insistir aun en el mismo tono, que lo mas fácil es dar en la hinchazon. A esto debe añadirse, que cuando hemos conseguido ya electrizar á favor nuestro el ánimo del auditorio, toda mocion ulterior es su-

perflua: por que ya entonces nos basta manifestar sencillamente nuestros deseos, para que sean obsequiados en un todo. He aqui lo que hizo el orador: satisfizo primero á la razon de los magistrados, justificando netamente el derecho de Archias; hizo luego el elogio de las letras, para pintar despues el talento del acusado: manifestó en seguida el interes que los poetas habian inspirado constantemente á los grandes hombres, para inferir de aqui la universal inclinacion á una alabanza bien merecida: la virtud y la gloria se presentaron luego como los objetos únicos por que debian suspirar los hombres esclarecidos: finalmente, la inmortalidad del alma, sentimiento universal y noble, se ofreció naturalmente ya, como la garantia de la gloria. Este sistema, en que todo se combina y enlaza maravillosamente, sirvió á Ciceron para llevar lo patético á un grado portentoso. Concluyó su confirmacion; y todos los corazones, palpitando á la vez, se le ofrecian como una señal infalible de que todo lo iba á conseguir de sus jueces. ¿Que le restaba pues sino manifestarles sus deseos, variando artificiosamente de tono? Vease pues, como el tono medio que en el epílogo reyna es una nueva perfeccion que recibe tan excelente conjunto. ¿No tendríamos pues muchos títulos para considerar esta defensa como una produccion de primer orden? ¿Que medio mas á propósito para formar el gusto de la juventud, que aficionarla de continuo á esta clase de egercicios, donde puede encontrar juntamente la regla y el modelo que ha de seguir é imitar en sus composiciones oratorias? No pensamos como un escritor que parece proscibir de su plan general de estudios el cultivo de las lenguas muertas. „¿Seria, dice, tan preciosa esta ventaja, como el tiempo y el improbo trabajo que os costaria alcanzarla? ¿Hasta cuando ha de durar esta veneracion, esta ciega idolotria, por decirlo así, que profesamos á la antigüedad? ¿Por que no habemos de sacudir alguna vez, esta rancia

„preocupacion, á que tan neciamente esclavizamos
„nuestra razon y sacrificamos la flor de nuestra
„vida?”

Muy respetable es la autoridad de Don Gaspar Jovellanos, cuya sabiduria, erudicion, talento y elocuencia, le presentan á los ojos de la crítica, como uno de los primeros luminaires en el vasto teatro de la literatura española. Sin embargo, se nos permitirá que con toda la reserva y sumision que son debidas á tan insigne maestro, nos opongamos á su modo de pensar y recomendemos á nuestros alumnos con el mayor encarecimiento el cultivo de la lengua latina, como una fuente la mas copiosa y pura en que pueden beber el poeta, el orador, el político; y como un medio eficacísimo para formarse modelos acabados de buen gusto y aun para hacer grandes progresos en el cultivo de la lengua patria.

Los poetas de la antigüedad son dechados de perfeccion no precisamente por lo que debe llamarse peculiar de las épocas mitológicas; sino por una cualidad que pertenece á todos los tiempos; por aquella delicada perfeccion que todos admiran en sus obras. Ninguno ha disputado á Homero, á Virgilio ni á Horacio, el poder de una inspiracion grande y vehemente, pero ninguno tampoco echa menos en ellos la regularidad de un ingenio bien sostenido. Sus pinturas son perfectísimas; su natural inimitable; su sencillez muy atractiva; sus reflexiones muy felices y oportunas; los pormenores exquisitos y primorosos, y el conjunto regular y sorprendente.

La tribuna y el foro de estos tiempos pertenecen por su nuevo carácter mas bien al entendimiento que á las pasiones: no es ya el pueblo, sino un corto número de sabios magistrados, ó de hábiles políticos, el auditorio que se ofrece por teatro á la elocuencia moderna. No será esta por lo mismo, ni debe ser hoy una imágen fiel de la griega y romana; pero sí una produccion de esta fuente, si

bien con aquellas modificaciones que naturalmente exige la diferencia de los tiempos. Ridículo seria sacar á plaza en nuestros discursos forenses las lágrimas de la viuda y del padre, las nobles cicatrices, los vestidos enlutados y todas las pantomimas de los antiguos; nada prudente quererlo deducir todo de un corto número de leyes generales, sustituyendo siempre la equidad natural á la justicia civil, y el racionio á los códigos; pero la consecuencia inmediata que de aqui nace, no es el abandono absoluto de los principios y las reglas del bien decir, ni la omnimoda libertad para seguir indistintamente cualquiera rumbo con tal que sea defectuoso: no, la razon no ha perdido sus fueros y el buen sentido conserva sin menoscabo todos sus títulos. En el siglo décimonono lo mismo que en el de Pericles, en el de Demóstenes, y en el de Hortensio, Ciceron y Julio Cesar; una acusacion, ó una defensa no debe ni ha debido ser el hacinamiento grosero y detestable de un lenguaje burdo, hechos presentados á bulto, leyes y autoridades empleadas sin discernimiento y sin crítica; sino un discurso regular, compuesto de todas sus partes constitutivas y en que, salvas las diferencias de la materia, se conserve la identidad de las fôrmas.

Los códigos no comprenden literalmente todos los casos; las leyes consideran los hechos bajo relaciones muy genéricas y los hechos mismos se revisten, á influjo de las circunstancias, de mil variadas fisonomias.

Resultan de aqui varias consecuencias importantes. Primera: que permaneciendo el hombre uno mismo en sus tendencias morales, en medio de las vicisitudes que padecen las instituciones políticas, los hechos deben ser graduados siempre por las reglas de la crítica, deben ser purificados de las circunstancias impertinentes, presentados con sus diferencias características, examinados en fin con una discusion esencialmente filosófica. Los grandes modelos para habituarnos á este exámen son Demóstenes y Ciceron, muy dignos de ser imitados

en todas épocas y constantemente estudiados de cuantos se dedican á la carrera del foro.”

„Segunda: una experiencia constante nos enseña que entre los hechos y las leyes hay siempre un espacio dilatado que solo puede llenar el raciocinio. ¿Pero cual es la materia de este raciocinio? De parte de la ley; su naturaleza, su objeto, su fin, su conformidad con los principios de la legislación, en una palabra, su verdadero espíritu: de parte de los hechos; su mayor ó menor influjo en la sociedad, su mas ó menos importancia moral, en una palabra, su aplicacion verdaderamente filosófica. He aqui un punto que los antiguos practicaron con tan suprema delicadeza, que han conseguido no tener rivales en estos siglos que se dicen mas sabios. Aquellos tenian es cierto una senda mas vasta que recorrer por el reducido número de sus leyes, y nuestra carrera está muy limitada; mas no por esto debemos abandonar las huellas de nuestros maestros. Nada importa que los limites se hayan aproximado, puesto que la direccion es idéntica, la que parte de la ley á los hechos. No andemos en buena hora todo el espacio que ellos, pero andemos como ellos, y pisemos de continuo sus huellas en la parte de camino que todavia se ofrece á nuestra marcha.

La política ganaria mucho sin duda en todos sus ramos, aprendiéndose en la escuela de Tácito y Ciceron. Quien lee y estudia con cuidado las obras de este último escritor principalmente, despues de haber leído los escritos de algunos publicistas modernos, tiene el placer de descubrir que no son estos en gran parte sino recomendabilísimos amplificadores de aquel. Allí encuentra el principio de utilidad sin las aplicaciones extraviadas que le han dado el Barón de Holbach y Jeremias Bentham, y allí descubre, como lo permitian aquellas épocas, la fuente de una buena legislación y las reglas importantes de la conveniencia social. No pudiendo entonces resistir á la evidencia de sus propias observaciones,

exclama con Montesquieu: „los antiguos escribieron para los autores; y los modernos, para los lectores.”

¿Y podremos recoger tan abundantes y sazonados frutos del cultivo de los poetas, historiadores, filósofos y oradores latinos, si en vez de habituarnos al idioma original, nos contentamos con meras traducciones? La lengua y el pensamiento se unen tan estrechamente en toda clase de obras, que en ninguna de aquellas, por esmerada que sea, podrá conservar este último toda su energia y exactitud; pues un mediano ejercicio en el estudio de los escritores latinos basta para convencerse de la suma dificultad que hay en esto. Nosotros hemos luchado abiertamente con ella en los trozos que se han insertado en este análisis, sin que nos hayan servido para vencerla todos auxilios que ministra la version de Le Clerc. Con demasiada frecuencia vemos alterados en ella los conceptos, revestidos de extraños adornos, y tal vez completamente desfigurados. ¿Que dirémos pues de la de P Harpe ó de las españolas de Oviedo y sus predecesores? Pero la utilidad que debe conseguir la juventud estudiando en el mismo original á estos autores, aparece de un modo mas sensible en la siguiente observacion.

Dijimos que el cultivo de la lengua latina contribuye no poco á facilitar los progresos en la lengua patria; verdad importantísima en el sistema de la enseñanza, por mas que de pronto se presente con cierto aire de paradoja. No es nuestro ánimo proscribir, como algunos, el estudio de la Gramática castellana y sostener que esta lengua se aprende bien con solo estudiar la latina; sino hacer concurrir en la traduccion de los autores que escribieron en este idioma los principios de ambas lenguas.

Cuando nos servimos del idioma patrio sin mas objeto que manifestar las ideas que nos han ministrado los libros españoles, no experimentamos ninguna violencia que nos ponga en el caso de buscar y analizar filosóficamente las palabras. No sucede lo mismo cuando emprendemos la tarea

laboriosa de una version, donde se egercitan á la vez el entendimiento y la memoria. Siendo casi seguro que nuestro caudal de voces no basta, necesitamos recurrir muy frecuentemente á los diccionarios; y no bastando tampoco estos, por que ninguno fija ni puede fijar los sinónimos de una lengua demasiado libre y variada, como es la de Ciceron; examinamos detenidamente el pasage, buscamos todos los equivalentes de la nuestra, analizamos con el mayor detenimiento cada palabra, señalamos con escrupulosidad sus diferencias; y casi no traducimos una cláusula, sin haber hecho concurrir á este trabajo muchos conocimientos exquisitos, sin haber fijado algunos sinónimos, sin haber dado precision á las palabras españolas y sin haber puesto en práctica, no los silogismos, entymemas &c., sino la verdadera y única lógica, la lógica de las lenguas. Este egercicio no seria tan provechoso en un idioma moderno: por que todos los que hoy se hablan estan en un contacto muy íntimo, para que se noten al traducirlos todas las diferencias que hay entre cualquiera de ellos y el latino. ¿Cuales serian pues los resultados infalibles del cultivo filosófico de los poetas y oradores latinos? Enriquecer la memoria, dar buenos hábitos al raciocinio, dominar la atencion y la reflexion á nuestro arbitrio, reunir excelentes modelos para formar nuestro gusto en todos los ramos de la composicion, poseer nuestro idioma de un modo filosófico y usual al mismo tiempo, adquirir precision, exactitud, elegancia, riqueza y facilidad en el uso de la palabra. He aquí lo que deberán conseguir nuestros alumnos, manejando los autores de buena latinidad y muy principalmente las obras de Ciceron, á quien debemos mirar como el mas prudente de los antiguos filósofos, como el depositario del antiguo saber, como el primero de todos los maestros para formar el buen gusto con excelentes preceptos, como un publicista consumado, y como el dueño con Demóstenes del primer rango en la escuela sublime de la elocuencia.

OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE

EL DISCURSO DE JOVELLANOS

EN ELOGIO

DE LAS CIENCIAS NATURALES,

EL CUAL SE TITULA

Meditacion sobre los seres criados y sus relaciones con Dios y el hombre, consideradas en el orden de la naturaleza.

AL abrirse en el instituto de Asturias la enseñanza de las ciencias naturales, Don Gaspar Melchor de Jovellanos interesado en los progresos de aquel establecimiento literario, quiso determinar á tan importantes estudios el espíritu de aquella juventud. Ningun medio mas á propósito que llamar exclusivamente su atencion, no solo hácia las grandes ventajas de la física y química, su influencia prodigiosa en la agricultura, en el comercio y en las artes; sino tambien sobre los prestigios innumerables con que recrea y embelesa la imaginacion el cuadro de la naturaleza, que mas de una vez ha ocupado las vigiliass del sabio y comunicado la inspiracion al genio de la poesia. Ansioso pues el Orador de cautivar anticipadamen-

te la curiosidad de aquella juventud, feliz renuevo de una generacion que suspiraba por las glorias de su patria, anuncia por principio de su discurso que va á descórrer un tanto ese velo misterioso, tras el cual se esconde á los ojos del vulgo una serie de fenómenos, que alimentando el espíritu con útiles verdades, dejan correr al mismo tiempo un manantial perenne de placeres tan puros como satisfactorios.

Estimando como era debido el valor de los conocimientos que habian adquirido ya en el estudio de las ciencias exactas, empieza por anunciarles que ellas serian estériles sino se aplicasen á la física, puesto que las ideas precisas de cantidad y extension venian á tener su complemento y á producir su verdadera utilidad, consideradas como instrumento del espíritu para contemplar con fruto esa cadena continuada de seres que admiramos en el mundo visible. De aqui toma ocasion para juzgar con toda la severidad de la crítica las antiguas sectas filosóficas, que sojuzgando la razon y plegando el universo á sus caprichosos sistemas, parecian haber circunscrito los limites del saber humano en la mas fecunda de todas las ciencias, en la ciencia de la naturaleza. Deplora con el acento de un verdadero filósofo la servidumbre penosa de la razon, encadenada muchos siglos bajo el imperio de la autoridad de Aristóteles; pone á los ojos de su escogido auditorio las espesas tinieblas que envolvian el mundo científico, para preparar asi de un modo muy bello el acontecimiento feliz en que se vieron disipadas tan luego como alzó su frente desde el centro de la Inglaterra el sublime genio de Bacon. Toca rápidamente las reformas de la filosofía, y no mas que para deducir de aqui la necesidad de hacer á un lado los sistemas, no dejando en el teatro de la filosofía sino la observacion y la experiencia como los medios mas eficaces para promover los adelantos, y como las precursoras infalibles de aquellos descubrimientos que mas han

honrado en todas épocas el entendimiento del hombre.

Aqui es donde Jovellanos abandonándose rápidamente á su asunto, anuncia que va á recorrer los variados y maravillosos objetos del Universo físico: habla con entusiasmo del Sol, padre y rey de los astros; muestra como él los ilumina y fomenta, y dirige sus pasos, y prescribe sus movimientos; y como cada uno de ellos oye su voz, la sigue obediente, y gira en torno de su brillante trono. De aqui baja á la tierra, y vuelve á subir luego á los otros planetas, para ponderar su distancia enorme de aquel centro y la impotencia en que está la razon del hombre para tocar los limites de tan magnífico sistema: derrámase por la inmensa muchedumbre de las estrellas fijas: su imaginacion, abrumada primero, cede á la sublimidad de las impresiones confusas, y mira las estrellas como brillante polvo sembrado por el Altísimo en el espacio inmensurable: mas despues, unida con la reflexion estrechamente hacen ambas de cada punto luminoso el centro de otro sistema, descubren de un golpe el cuadro grandioso de sistemas que pueblan el espacio: cuadro sublime y divino, cuyos términos se pierden juntamente con la razon del hombre en el seno del Omnipotente; armonia feliz que Dios parece haber querido mostrar constantemente sobre nosotros, ó para hacer sensible su imaginacion á la vista limitada del hombre, como dice Chateaubriand, ó para tener en la region inaccesible quienes prediquen con voz mas fuerte que la nuestra, su gloria y su poder; ó para alimentar de continuo las esperanzas del justo, mostrándole en tan sublimes objetos, un bosquejo de aquella inmortalidad que ha prometido á sus virtudes.

Al terminar el orador esta ojeada que habia dirigido á los astros, llama la atencion de los que le escuchan hácia los objetos que les rodean, como el calórico, principio del movimiento y de la vida; el aire que mantiene la respiracion, purifica

la atmósfera, lleva en sus alas á los otros climas mil nuevas generaciones de flores que cubren, para recrear la vista, la superficie de los valles; sino es que impaciente por salir de las cavernas interiores, rompa las entrañas de la tierra, y haga desaparecer las opulentas ciudades: el mar con sus variadas producciones; la actividad prodigiosa del reino animal; los primores que deposita en su seno la tierra, y los milagros de la vegetacion. Detiéndose particularmente en aquellos objetos que mas admiran, ya ponderando sus bellezas, ya demostrando su utilidad, ya finalmente convirtiéndolos á su fin, ilustrando asi aquella juventud para que distinga en todos los seres de la naturaleza, la mano de una providencia sabia y benéfica, que haciendo sucederse indefinidamente las producciones que mas nos admiran, no pretende mas que prevenir por todas partes las necesidades y deseos de la mas perfecta de todas sus criaturas.

De intento reserva para el fin hablar del hombre, á quien se complace en ofrecer á la vista de la tierna juventud, como el rey de la tierra y el término de sus estudios; siguiendo la carrera de los astros, regulando el movimiento de los planetas, haciendo á su pensamiento atravesar en un instante inmensas y elevadas regiones hasta llegar al trono augusto de la divinidad. En fin, reuniendo en un solo punto el orador lo mas grande y hermoso con que ha ocupado su discurso, lo termina con una exhortacion final para ganar el corazon de los que le escuchan, é inclinar todos sus estudios al conocimiento de las ciencias naturales.

Para seguir con algun fruto la marcha del talento en esta composicion oratoria, es necesario recordar por lo menos algunos principios generales á que está subordinado este género de alocuciones. Estas reglas son tanto mas importantes, cuanto que faltan casi del todo en el arte de hablar de Gomez Hermosilla; quien limitándose á lo puramente didáctico, parece haber olvidado uno de los mas bellos

atributos que tanto esplendor y magnificencia comunican á la oratoria; el de vestir las ciencias con las primorosas galas de la imaginacion, el de ostentar en su mayor altura el espíritu del hombre, cuando exalta el prodigio de los descubrimientos científicos con todo el poder de la palabra y colocando al mismo tiempo sobre ellos los brillantes arreos de un hermoso y encantador estilo.

Después de la elocuencia sagrada, y los géneros deliberativo y judicial en la profana, ninguna tiene mayores títulos que la académica para ocupar con el mayor interes el ánimo de los sabios. A su inmenso dominio pertenece cuanto puede referirse al sistema general de la educacion, á los progresos de las ciencias y de las artes, á las invenciones admirables y á las investigaciones laboriosas. Cuando acometemos una empresa cuyas ventajas parecen desconocidas, el alma necesita de algun estímulo bastante eficaz para no sucumbir al primer ensayo de sus fuerzas. Hay siempre hasta en la gente que parece gobernada solo por el instinto, una propension irresistible á calcular de antemano los frutos de sus tareas y casi ninguno se mueve sino á impulso de una bella esperanza y sobre una perspectiva que fije de preferencia sus miradas. De aqui viene el grande y generoso empeño en ponderar las ventajas de toda clase de instituciones; y tal es probablemente el origen de los discursos académicos, que destinados á formar esta hermosa perspectiva, arrebatan muy de antemano los deseos de alcanzarla, sin embargo del aspecto vago y confuso con que desde luego suele presentarse.

Mas ningun género es acaso tan difícil de manejar con acierto como este, cuando el discurso va dirigido, no á una reunion de sabios, sino á un conjunto de jóvenes que no han alcanzado todavia ni las primeras nociones de la ciencia que constituye la materia de la composicion oratoria. ¿Como remontarse á las mayores alturas franqueando

toda la perspectiva, sin dejar al auditorio en la misma ignorancia que antes acerca de la índole y objeto de la ciencia? ¿Como descender á pormenores analíticos sin cambiar los atributos del orador por los pasos lentos y dilatados del institutista? Si la circunstancia de hablar á los maestros del arte y á los hombres eminentes que representaban el esplendor literario de la Francia, le franqueó una bellísima oportunidad al célebre Buffon para ostentar los nobles atributos del estilo, y manifestar sobre este punto miras grandiosas que debian satisfacer el gusto de los primeros literatos de la nacion; ningun resultado feliz hubiera conseguido dirigiendo su discurso á un auditorio que no tuviese bien recorrido el dilatado campo de la bella literatura: por que sus ideas, superiores con mucho á la comprension ordinaria, no eran capaces de penetrar sino en los espíritus de una eminente sabiduria. La primera mira que debe tener por lo mismo el orador académico es allanar al auditorio el camino de la inteligencia y hablarle de manera que no se malogren para él los frutos de sus meditaciones científicas y de sus tareas literarias. No quiere decir esto que haya de poner al arbitrio de aquel todo el dominio de la ciencia; que le inicie en sus arcanos mas sublimes, que ponga en sus manos el hilo de los descubrimientos y que le franquee en su totalidad la antorcha clarísima del análisis. Se trata de hacerle formar una idea general sobre la importancia del ramo, y no de inculcarle sus principios; se trata de inflamar sus esperanzas, y no de satisfacerlas de antemano con la posesion absoluta del objeto; se trata de herir la curiosidad y apoderarse de la atencion, y no de enriquecer el entendimiento con la demostracion de las útiles verdades. Para esto hay un medio que han empleado con el mejor éxito los grandes maestros; y es el de generalizar las ideas, pero de modo que por un lenguaje comun y un enlace fiel con las nociones adquiridas ya del auditorio, se

le haga columbrar, aunque á una distancia enorme y en una especie de perspectiva, el grandioso objeto que arrebató el genio del orador.

Hay sin embargo de esto un grave peligro por la misma necesidad en que se halla aquel de presentar las ideas bajo un punto de vista general; y es el de hacer degenerar el estilo en vago y declamatorio. De aqui la precision de elegir un plan no muy vasto y circunscribir perfectamente sus partes: pues limitando el número de relaciones bajo las cuales se considera la importancia del asunto, el raciocinio tendrá mayor espacio que recorrer y los adornos de la imaginacion, lejos de disiparse al primer exámen de la critica, tendrán cierta especie de solidez y no perderan nunca ni el menor de sus atractivos.

Para examinar pues á la luz de estos principios el discurso que nos ocupa, comencemos por el anuncio de la materia. „Pero haciéndoos este „anuncio, el amor que os profeso y la obligacion que me impone la confianza del soberano, „me llama á discurrir un rato con vosotros acerca de la importancia del estudio que vais á emprender. Yo invoco en su favor toda vuestra „atencion, todo vuestro zelo. Su novedad, su grandeza, su misma incertidumbre exige de vosotros una „aplicacion constante, una meditacion profunda, una „paciencia heroica. Los cielos, la tierra, cuanto „alcanza la vasta estension del universo, será materia de vuestra contemplacion; pero este admirable, este inmenso objeto, desenvuelto ante vuestros ojos, y sometido al parecer á la jurisdiccion „de vuestros sentidos, está mudo y silencioso para „vosotros: nada dice todavia á vuestra razon, y „nada le dirá mientras no la pongais en comercio „con la naturaleza misma. Conocerla, para perfeccionar vuestro ser: aplicar este conocimiento „al socorro de vuestras necesidades, al servicio de „vuestra patria, y al bien del género humano; ved „aquí el fin de la nueva ciencia á que os prepa-

„rais. Ella es la ciencia del hombre, la que califica todas las demas, y en la que todas buscan su complemento; y es, en fin, la que perfeccionando vuestros estudios, cerrará gloriosamente el círculo de vuestra educacion.”

La economia de este discurso no nos permite reputar como plan la indicacion filosófica que hace el orador respecto del fin que tienen las ciencias naturales, que es la perfeccion del individuo, el socorro de las necesidades propias y el bien de todo el género humano: por que sin embargo de presentar por último al hombre, como el rey la naturaleza, elevándose por el conocimiento de ella hasta el trono de su divino Autor y perdiéndose luego en su inmensidad; la marcha del orador en toda la serie del discurso no supone ni tampoco sigue la distribucion que acabamos de referir. El carácter de la pieza es mas general y muy descriptivo; y bajo este respecto el plan consiste sin duda en el anuncio anterior, de que va á discurrir un rato con sus oyentes sobre la importancia de las ciencias naturales. Este anuncio no puede mirarse como una idea filosófica que subordina á un designio marcado todas las ideas de la composicion: es muy indefinido y vago para ser desenvuelto con utilidad. Hablar de la importancia de las ciencias naturales equivale á tratar de ellas; y este mas bien es el título de una obra, que la proposicion de un discurso académico. Para satisfacer este anuncio, se necesita por lo mismo componer la primera, ó dar al segundo el estilo de una declamacion. Grave defecto á la verdad es este con que luego tropezamos; pero mucha gloria para el orador el haber faltado al rigor de su anuncio en la manifestacion de sus ideas, pues como tendríamos ocasion de notar, supo Jovellanos sorprender á cada paso á su escogido auditorio por el concurso de una vasta penetracion y de un gusto bien formado.

¿Mas como disculparémos la exageracion, ó

mas bien la falsedad del pensamiento contenido en la última cláusula? ¿Puede sostenerse con seriedad que la fisica &c. es por excelencia la ciencia del hombre? Dígase que ella perfecciona nuestro ser, que nos ministra datos abundantes para conocer las relaciones íntimas que hay entre lo físico y lo moral, admirar la sublimidad y magnificencia de Dios; pero considérese siempre este ramo como uno de los muchos que forman el árbol de los conocimientos humanos y no como su cumbre; y téngase mas bien como un medio de tantos que hay para elevarnos á la verdadera ciencia del hombre, á la filosofia moral, como dice Ciceron. ¿Y como aquella ciencia califica todas las demas y como hallarán en ella su complemento? Si hemos de conservar todavia la significacion usual de estas palabras, no es posible negar que Jovellanos pagó aquí un tributo al mal gusto de abandonar las nociones recibidas para colocar la ciencia ó arte, que se alaba, sobre todas las ciencias ó las artes.

CONFIRMACION.

„CASO alguno de vosotros, desvanecido con los sublimes conocimientos de la matemática se creerá capaz de penetrar al santuario de la naturaleza, pero habeis de saber que estais muy lejos todavia de sus umbrales. Son por cierto muy importantes y provechosas las verdades que habeis alcanzado; pero seran estériles mientras no las aplicáreis al conocimiento de la naturaleza. Conoceis ya la cantidad y estension, grandes y esenciales propiedades de la materia; pero solo las conoceis en abstracto y como separadas de los cuerpos. Teneis que investigarlas como uni-

„das, como inseparables de ellos, y con todo nada
 „alcanzareis de la naturaleza mientras no las ob-
 „serváreis en los cuerpos mismos. ¿Que importa
 „que podais calcular la rápida sucesion del tiempo,
 „la inmensa estencion del espacio y los progresos
 „del movimiento; si el movimiento, el espacio, el
 „tiempo son unos seres ideales y abstractos, unos
 „seres que no existen, si son nada mientras no
 „los consideramos como medida del estado y su-
 „cesion de los entes reales? Debeis pues contem-
 „plar estos entes en si mismos, observar su accion,
 „sus mudanzas ó fenómenos, y subiendo desde
 „ellos á sus causas, investigar aquellas eternas y
 „constantes leyes, que la sabiduria del Criador dictó
 „á la naturaleza para la inmutable conservacion de
 „su grande obra.”

El carácter distintivo de este pasage es la
 solidez. Las matemáticas son todo para algunos
 que nada encuentran útil y grande fuera de la
 verdad geométrica, mientras á los ojos de mu-
 chos aparecen en extremo despreciables, como una
 ciencia puramente facticia, cuyas verdades no me-
 recen rigurosamente este nombre, pues no son el re-
 sultado de la conformidad de nuestros juicios con
 las cosas, sino de combinaciones puramente con-
 vencionales. Para el Señor Jovellanos son un
 medio en alto grado preciso para progresar en el
 estudio de la naturaleza; verdad luminosa y oportu-
 namente manifestada por el Orador, puesto que
 dirigia su discurso á unos jóvenes, que habiendo
 hecho ya el estudio de las matemáticas, se dispo-
 nian á penetrar en la naturaleza.

No habian pensado los antiguos de esta ma-
 nera; y he aquí, á juicio del Orador, la fuente de
 tantas hipótesis que prepararon en breve tiempo el
 reynado de los sistemas y por consiguiente de los
 errores. La enumeracion que hace de estos y
 aquellos, repasando ligeramente las sectas filosóficas,
 es muy perfecta bajo todos aspectos; pero nada
 resplandece aquí tanto, como la destreza y gracia

*

con que descende á enumerar los prodigios que
 ha obrado en el campo de la investigacion la mo-
 derna filosofia.

„No os detendré yo en la esposicion de unos
 „errores que la antorcha de la experiencia ha des-
 „cubierto ya, y casi desterrado del mundo. Bás-
 „teos reflexionar, que Aristóteles fué menos funesto
 „á la filosofia por sus doctrinas que por sus méto-
 „dos. ¿Cual de los antiguos, y aun de los mo-
 „dernos filósofos, se gloriará de no haber pagado
 „su tributo al error? Pero el método de investi-
 „gacion señalado por Aristóteles, estravió la filosofia
 „del sendero de la verdad. Este método era pre-
 „cisamente lo contrario de lo que debio ser, pues
 „que trataba de establecer leyes generales para
 „explicar los fenómenos naturales, cuando solo de
 „la observacion de estos fenómenos podia resultar
 „el descubrimiento de aquellas leyes. Es sin duda
 „muy ingenioso su sistema de categorías y predi-
 „camentos, y lo es tambien el artificio de sus silo-
 „gismos; pero la aplicacion de uno y otro fué
 „equivocada y perniciosa. Su método sintético es
 „admirable para convencer el error, pero no para
 „descubrir la verdad; es admirable para comuni-
 „carla, pero inútil para inquirirla; y cuando la in-
 „dulgente sabiduria perdonáre á este gran filósofo
 „los errores que introdujo en su imperio, ¿como
 „le perdonará el haber cegado sus caminos y
 „atrancado sus puertas?”

„La gloria de abrirlas de par en par, estaba
 „reservada al sublime génio de Bacon. El fué
 „quien con intrépida resolucion y fuerte brazo, que-
 „brantó los cerrojos que tantos esfuerzos y tantos
 „siglos no pudieron descorder. El fué quien aterró
 „al monstruo de las categorías, y sustituyendo la
 „inducccion al silogismo, y el análisis á la sintesis,
 „allanó el camino de la investigacion de la verdad,
 „y franqueó las avenidas de la sabiduria. El fué
 „quien primero enseñó á dudar, á examinar los
 „hechos, y á inquirir en ellos mismos la razon de

„su existencia y sus fenómenos. Asi ató el espíritu á la observacion y á la esperiencia: así le forzó á estudiar sus resultados, y á seguir, comparar y reunir sus analogias; y así, llevándole siempre de los efectos á las causas, le hizo columbrar aquellas sabias admirables leyes que tan constantemente obedece el universo.”

„Por tan segura y gloriosa senda entraron á explorar la naturaleza los hombres célebres, cuyos pasos debeis seguir, y cuyos descubrimientos darán tan amplia materia á vuestro estudio. Sus útiles trabajos, ilustrando la generacion á que perteneceis, le dieron un derecho á mas altos y provechosos conocimientos. Buscándolos vosotros, reconocereis por todas partes los caminos que anduvieron, las huellas que dejaron estampadas en las vastas regiones del universo. Allí vereis como Copérnico, desbaratando los cielos de Hiparco y Ptolomeo, se atrevió á restituir el sol al centro del mundo, y fijar para siempre allí su inmóvil trono; y como Keplero en torno de él señaló nuevas vías á los planetas, y dispó las sabias ilusiones de su maestro Tico, en tanto que Harelío espiaba los inconstantes pasos de la luna, y subia hasta ella para contar sus valles, medir sus montes, determinar el espacio de sus mares, y el gran Newton se alzaba sobre la candente masa del sol para regir desde ella los escuadrones celestes. Allí vereis á Galileo y Hugens ensanchar con la fuerza de su telescopio aquel brillante imperio que debian poblar despues el sábio Cassini y el laborioso Herschel, mientras Descartes sometia el de la tierra á su sublime geometria, Leibnitz penetraba hasta las primeras moléculas de la materia, Torricelli encadenaba el aliento para pesarle en su balanza, Franklin estudiaba el fuego para apoderarse del rayo, y Priestley descomponia el aire para conocer su vária índole y su fuerza portentosa. Allí hallareis á la intrépida cohorte de los químicos destru-

yendo para reedificar, desmoronando las obras de la naturaleza para observar sus materiales, penetrar sus elementos, y remedar sus operaciones. Allí vereis como mas atentos otros á recoger hechos que á sacar inducciones, se derramaron por todos los ángulos de nuestro globo para ilustrar su historia. Como Kleint conversó con los cuadrúpedos, Adanson con los que cruzan la region del aire, Yonston y la Cepede con los que surcan las aguas. Como Reaumur se abatió hasta la rastrera república de los insectos, y Rondelet hasta las conchas moradoras de las desiertas playas. Nada, nada quedó por observar; nada por describir desde que Tournefort y Linneo se atrevieron á formar el inmenso inventario de las riquezas naturales, como si no fuesen inagotables. Hasta que al fin el inmortal Buffon, subiendo á los primeros días del mundo, resolviendo sus antiguas épocas, lustrando los cielos y las regiones intermedias, y corriendo con pasos de gigante toda la tierra, coronó aquel glorioso monumento que Plinio habia levantado á la naturaleza, y que debe ser tan durable como ella misma.”

¡Que grandioso espectáculo no ofrece á la vista del auditorio la reunion de estos tres pasages! En el primero se presenta Aristóteles semejante á un conquistador, que despues de haber vencido á cuantos le precedieron y acompañaron en la revolucion filosófica de la antigüedad, quedó dueño absoluto del campo y afianzó su tronó desde el cual gobernó al mundo científico por espacio de tantos siglos. Este imperio sostenido á la vez de todo el universo llegó á parecer interminable, cuando Bacon se levantó contra él y consiguió restituir al pensamiento su antigua libertad; acontecimiento admirable, y tan fecundo en resultados filosóficos, que muy pronto se vieron disipadas las tinieblas que cubrian la naturaleza, y esta sujeta de continuo al entendimiento de mil profundos investigadores. ¡Que cuadro tan sublime! Bacon

destruyendo con una mano el imperio de los antiguos errores, y abriendo con la otra un ancho y espacioso sendero al genio laborioso de la filosofía. Pero detengámonos particularmente en cada uno de estos pasajes á fin de reconocer por este medio la suma penetracion que distinguia particularmente al autor de esta pieza.

No siendo posible profundizar ninguna materia en esta clase de discursos, el orador se halla en el caso de indemnizar, digámoslo así, con algunos pensamientos grandes que se refieran á la ciencia en general y descubran el predominio del autor sobre la materia que trata. De este modo la ciencia progresa á su perfeccion y el género particular de oratoria cuenta con atributos que lo elevan á un grado superior.

En el primero de estos pasajes califica Jovellanos con admirable exactitud el mérito de Aristóteles y en solo dos proposiciones expresa dos pensamientos de aplicaciones muy fecundas y de importantísimos resultados en el sistema general de las ciencias. *Aristóteles fué menos funesto á la filosofía por sus doctrinas que por sus métodos.* Esta idea descubre inmediatamente un espíritu muy pensador, pues mientras mas se profundiza mas respaldece la verdad que contiene. En efecto, siguiendo con escrupulosidad y desde su origen la marcha de los errores, la mayor parte de ellos consiste en los métodos que se han adoptado. Nos causa mucha sorpresa ver algunos hombres que despues de haber consumido largo tiempo en los establecimientos literarios, y la mayor parte de su vida en el manejo de los libros, se encuentran incapaces de dominar una sola materia, de hacerla propia en cierto modo, de sistemar sus conocimientos y de ensayar libremente sus fuerzas intelectuales; pero todo se explica muy bien desde que descubrimos el método que han seguido en sus laboriosas tareas. *Su método sintético es admirable para convencer el error, pero no para descubrir la*

verdad; es admirable para comunicarla, pero inútil para inquirirla. He aquí la otra proposicion muy digna de observarse. Se ha disputado mucho sobre el silogismo: unos quisieran verlo proscrito absolutamente de las escuelas; otros lo sostienen como la verdadera y única lógica. Jovellanos ha dicho en una palabra cuanto basta para dirimir la disputa: por que considerado como medio de invencion, es no solo defectuoso, sino del todo inútil y positivamente erroneo, al paso que en el curso de una disputa que se empeña entre personas bien informadas en los principios de la materia, debe considerarse como un camino fácil y breve para llegar con menos dificultades al fin de la controversia.

¿Cual es pues el verdadero y mas adecuado sistema que debe seguir el filósofo para marchar á la perfeccion de las ciencias y aumentar el número de los descubrimientos? *sustituir la induccion al silogismo y el análisis á la síntesis, examinar los hechos, inquirir en ellos mismos la razon de su existencia, atar el espíritu á la observacion y la experiencia, forzarle á estudiar sus resultados, á seguir comparar y reunir sus analogias;* en una palabra, trazar un camino recto de los efectos á las causas, único á la verdad por donde puede acercarse la razon á las admirables y constantes leyes que *obedece el universo.* He aquí la gloria de Bacon. ¿Y que dirémos del Orador que en tan pocas líneas traza á nuestros ojos el admirable y magnífico plano sobre que se levantó el sencillo y noble edificio de la filosofía moderna? Estos grandes pensamientos, estas lecciones generales llenas de luz y de sabiduria y estos vastos designios, nos fuerzan á confesar que todo el poder de la comprension es el verdadero timbre de este género de oratoria.

La rápida distribucion que hace Jovellanos en el tercero de estos pasajes anuncia que poseia la materia y sabia distribuirla tambien con exactísima sobriedad. Muy oportunamente se sirve aquí

de la perífrasis: por que una le basta para trazar el carácter y hacer el elogio de cada genio de los muchos que la historia tiene colocados ya en el santuario de las ciencias. No se puede decir que se distinguen aquí los pensamientos por la novedad, por que estos caractéres estaban descritos de antemano y ofrecidos al alma bajo diferentes formas; pero tampoco es motivo este para censurar al escritor. Cuando se trata de la historia, la novedad, circunscrita solamente á la elocucion, es un atributo muy secundario; la esencia y el todo es la verdad. Por otra parte, la novedad pertenece al conjunto y no á los pormenores; y bajo este respecto el pasage de que hablamos tiene toda la que cabe en una materia tan trillada, cualquiera que sea su mérito en si misma, é inspira el mayor interes por las relaciones que tiene con el conjunto.

Descendiendo al exámen particular de algunas perífrasis, no podemos ver sin disgusto á Copérnico *desbaratando los cielos de Hiparco y Ptolomeo* á Newton *alzándose sobre la candente masa del Sol*, para regir desde ella los escuadrones celestes, ni á Kleint *conversando* con los cuadrúpedos. La perífrasis tiene uno de tres objetos: ó la claridad, ó la decencia y precaucion, ó la belleza. Ninguno de los dos primeros se propuso Jovellanos en el empleo que hizo de todas las que se leen en el pasage: por que enumeraciones de esta clase suponen ya un conocimiento de la materia por parte del auditorio; y la falta de este conocimiento de ningun modo se suple con la perífrasis; luego si ella se usa, no es para dar claridad al pensamiento. Las ideas en el fondo nada tienen de indecente, ni de peligroso, para que fuera necesario cubrirlas ó moderarlas con alguna circunlocucion; luego tampoco viene aquí esta con ninguno de estos objetos, y por consiguiénte las emplea el orador con la mira única de embellecer el estilo de su discurso. Prescindiendo pues de la poca exactitud con que usa del verbo

desbaratar en la primera perífrasis, pues para restituir el sol al centro del mundo se necesita un poco mas que desbaratar los cielos de Hiparco y Ptolomeo, todo es aquí muy humilde y acaso mas valiera no haber empleado la circunlocucion. No sucede lo mismo con el verbo *restituir*, tan felizmente usado por el Orador. Se sabe muy bien, segun observa Dutens, que no pertenece á Copérnico como vulgarmente se cree, la gloria de este descubrimiento; por que Pitágoras, Philolao, Nicetas, Platon, Aristarco y otros muchos de los antiguos hablaron en mil pasages de esta opinion y habian colocado al sol en el centro del universo. El verbo *restituir* supone por lo mismo todas estas opiniones antiguas, y que la gloria de Copérnico consiste en haberles dado una nueva vida y hecho triunfar de las preocupaciones que habian hasta su época prevalecido. ¿Y no hallamos aquí un argumento nuevo contra el verbo *desbaratar*, de que ya hemos hablado? Además de la ventaja que ha obtenido la exactitud histórica con el uso del verbo *restituir*, adquiere una muy grande el estilo, por que es muy bello presentar al sol por espacio de muchos siglos, como un soberano sin trono.

El gran Newton se alzaba sobre la candente masa del sol. He aquí una perífrasis no solo de mal gusto, sino extraña del todo al genio de la lengua: el verbo *alzar* usado como reciproco no corresponde aquí á ninguna de las acepciones que le da el Diccionario de la Academia, y tampoco lo hallamos consignado en las obras de los buenos prosistas; la preposicion *sobre* subordinada al verbo es á la verdad muy peregrina en nuestra Sintaxis y el epíteto *candente* no ha recibido todavía carta de naturaleza en el idioma de Cervantes: es un latinismo que usado con mucha destreza podrá pasar en una oda sublime, pero muy pedantesco y ridiculo en un discurso oratorio.

Tampoco gana mucho el estilo poniendo á Kleint *conversando* con los cuadrúpedos y á Buffon

lustrando los cielos y las regiones intermedias: - lo primero es muy exagerado en la idea y muy chocante en la expresion; lo segundo aunque consignado en la lengua, pertenece mas bien á la poesia, y aqui se presenta con cierto aire de afectacion.

Pero en cambio de estas perifrasis defectuosas, ¡cuantas otras llenas de hermosura! ¡Cuán bello es ver á Keplero señalando nuevas vias á los planetas, y disipando las *sabias ilusiones* de su maestro Tico; á Harello espiando los inconstantes pasos de la Luna, y á Torricelli encadenando el aliento para pesarle en su balanza! ¡Con que interes no se pinta y exalta el genio de la química, cuando el Orador ofrece á sus profesores á nuestra vista, destruyendo para reedificar, desmoronando las obras de la naturaleza para observar sus materiales, penetrar sus elementos y remedar sus operaciones! No sé qué tiene de sorprendente la lengua española en la boca de Jovellanos, cuando este nos dice que Reaumur se abatió hasta la rastrera república de los insectos, y Rondelet hasta las conchas moradoras de las desiertas playas. Nos agrada mucho la fina vulgaridad con que se alaban los genios de Tournefort y Lineo, presentándolos ocupados en formar el inmenso inventario de las riquezas naturales. ¿Y qué dirémos del lugar que ocupa Buffon en esta galeria de talentos? Si exceptuamos el verbo *lustrar* nos sentimos heridos de la magnificencia que le circunda, cuando le vemos subiendo á los primeros dias del mundo, resolviendo sus antiguas épocas, viajando por los cielos y las regiones intermedias, corriendo con pasos de gigante toda la tierra, para coronar aquel glorioso monumento que Plinio habia levantado á la naturaleza y que debe ser tan durable como ella misma. Sin embargo, la verdad en extremo zelosa de sus fueros, parece reprender aqui un olvido absoluto, cuando se aplaude sin medida y sin reparo, por solo el mérito del ingenio y los primores del estilo, la obra maestra de Buffon, en que abiertamente lucha con la verdad

*

histórica, tal como la presenta Moises, el mas antiguo de los historiadores y el mas sublime de los filósofos.

Despues de haber hecho esta reseña general, se prepara el Orador á sorprender el espíritu de sus oyentes con la inmensidad de la naturaleza y las maravillas inefables que hace admirar particularmente cada uno de sus fenómenos. „¿Quereis formar, dice, alguna idea del gran sistema de que somos una pequeñísima parte? Pues sabed que el lugar que ocupais, dista sobre veinte y siete millones de leguas del sol, que es su centro: que Saturno dista del mismo centro sobre doscientos y sesenta y cinco millones de leguas: que el planeta Urano, columbrado en nuestros dias, dista todavia mas de Saturno, que Saturno del sol: que todavia se alejan mas y mas de él los cometas en sus giros excéntricos: que todavia la flaca razon del hombre no ha podido tocar los límites de este magnifico sistema.”

La mira del Orador es grandiosa, por que nada mas á propósito para interesar en el objeto, que pintar á la imaginacion su magnificencia y sublimidad; pero el modo con que procede aqui es demasiado frio; y si podia tener cabida la computacion de estas distancias en el género didáctico, no sucede lo mismo en la oratoria que desecha como una languidez positiva semejantes procedimientos; y gusta siempre de retirar los límites cuando pinta la inmensidad, y de hablar en cierto modo con expresiones indefinidas que eleven el entendimiento, lo arrebatan, lo trasporten, sin permitirle aquella quietud y reposo en que naturalmente se coloca cuando solo ejercita la reflexion. ¿Quereimos un ejemplo magnifico del modo con que la elocuencia procede en la expresion de semejantes ideas? No necesitamos salir de este discurso, sino recorrer solamente algunos de sus pasages.

La imaginacion se siente abrumada, la reflexion ve debilitarse sus fuerzas, todo el hombre

se pierde en la inmensidad de la creacion, al escuchar el siguiente trozo.

„¿Y que? cuando los hubiese alcanzado,
 „cuando pudiese transportarse hasta ellos, ¿divisaria
 „desde allí los terminos de la creacion? Pregun-
 „tadlo á esa muchedumbre de estrellas fijas, que
 „en el silencio de la noche veis centellear sobre
 „los remotos cielos. Parece que su número crece
 „cada dia al paso que se perfeccionan los instru-
 „mentos ópticos, y cada dia nos hace ver que el
 „Altísimo las sembró como brillante polvo en el
 „espacio inmensurable. Fijas en el lugar que les
 „fué señalado, cada una es un sol, centro de otro
 „sistema, en torno del cual giran sin duda otros
 „cuerpos opacos, acaso en torno de estos otras
 „lunas como las que siguen nuestro globo y el
 „de Júpiter. He aqui lo que alcanzamos: pero
 „¿quien adivinará donde empieza ni donde acaba
 „la naturaleza inaccesible á nuestros débiles sen-
 „tidos? ¿O quien comprenderá los límites de la
 „creacion, sino aquella suprema inteligencia, que
 „encierra en su misma inmensidad el vastísimo im-
 „perio de la existencia y del espacio?”

No seria difícil acaso hallar mas grandeza oratoria, para la expresion de esta misma idea, en algunos escritores franceses; pero no es mi ánimo buscar ejemplos en otro idioma que el español; ni por otra parte hay motivo para esto, cuando el trozo es bueno en si mismo, y no faltan en él rasgos eminentes que nada envidiarían á la mas sublime elocuencia. Tal nos parece el que presenta *creciendo cada dia el número de las estrellas, al paso que se perfeccionan los instrumentos ópticos*; y las palabras faltan para exaltar el poder de una imaginacion que ha mirado al Altísimo, sembrándolas como brillante polvo en el espacio inmensurable.

¡Pero cuanto mas bella, sin embargo de no ser tan sublime, se nos presenta la luz bajo el pincel de este excelente artista! „Emanada del sol, ya se lanza á iluminar el anillo de Saturno y las

„radiantes cabelleras de los cometas remotísimos, y
 „ya descendiendo sobre nosotros, inunda la tierra en
 „un oceano de esplendor. Corporea, pero impal-
 „pable; penetrante hasta traspasar los poros del
 „diamante mas duro, pero flexible hasta ceder al
 „encuentro de una plumilla, ella vivifica cuanto
 „existe, no visible en si, hace visibles todas las
 „cosas. Simple é inmaculada, ella las colora y
 „cubre de bellas y variadas tintas. Sabe recoger-
 „se y estenderse, y ya la veis reunida en esplenden-
 „tes manojos, ya suelta y desata en brillantes
 „hilos.”

Es lástima que la suprema delicadeza que tanto resplandece en esta bellísima descripcion de la luz, esta novedad y gusto con que se introducen, mencionan y combinan sus atributos característicos, y donde no acertamos á distinguir un punto de separacion entre la poesia y la elocuencia; es lástima, digo, que no se reconozcan igualmente, cuando se oye hablar del calor, del fuego, del aire y del Oceano. Dejemos aparte el error con que al calor se llama fuego elemental, al aire fluido elemental, y al agua un elemento, inexactitudes en extremo visibles; por que sin salir del estilo, encontramos aqui varias cosas que nos disgustan. Sea lo primero cierta especie de dislocacion que se nota en los pensamientos, donde lejos de descubrir una verdadera propagacion oratoria, los vemos unidos mas bien con ocasion de las palabras. Sea lo segundo ciertas formas que tienen mas analogia con las definiciones escolásticas que con las descripciones magnificas de la elocuencia. Si el orador las hubiera suprimido, el discurso habria ganado mucho, pues á continuacion de ellas le vemos elevarse igualmente por la grandeza de las ideas y la rica pompa de los giros. No copiamos aqui todos estos pasajes, por que deseamos aprovechar nuestras páginas, trasladando algunos otros en que sentimos todo el embeleso de la imaginacion y el talento,

sin que nos perturbe ninguna deformidad.

Sea el primero de todos el siguiente, en que el Orador, bajándose á la tierra, presenta de golpe á su auditorio un magnífico cuadro. „Pero „nacidos para vivir sobre la tierra, ella es la que „os presentará los objetos mas dignos de vuestra „contemplacion. ¿Que nos importaria el conoci- „miento de los seres superiores, si no fuese por „las admirables relaciones que los enlazan con „nuestro globo? ¡Oh! ¡Como resplandece sobre él „la beneficencia de Dios! Do quiera que volvais „los ojos, hallareis impresa la marca de su omni- „potencia y de su bondad. Considerad el activo „y oficioso reyno animal derramado por todo el „orbe: consideradle desde el elefante que roe los „hojosos bosques de Abisinia, hasta el minador que „se esconde y mantiene en las membranas de una „hojilla: desde el águila cabdal que se reinonta á „las nubes para beber mas cerca los rayos del sol, „hasta el pájaro mosca que revolotea entre las flo- „res de América; desde la enorme ballena que „sondea los mares del Norte, ó se tiende sobre „sus espaldas como una isla batida en vano de „las ondas, hasta la inmóvil lapa, que nace y „muere pegada á nuestras peñas. ¡Que muche- „dumbre de pueblos y familias! ¡Que variedad „de formas y tamaños, de índoles é instintos! ¡Y „que escala de perfeccion tan maravillosa! Bus- „cadle y le hallareis poblando la pura region de la „atmósfera, como el fétido ambiente de las ca- „vernas; asi en las aguas dulces y corrientes, como „en las salobres y estancadas; en las plantas co- „mo en las rocas; en lo alto de los montes, como „en el fondo de los valles, en la superficie como „en las entrañas de la tierra. Todo esta poblado, „todo henchido de vida y sentimiento. ¿Que digo „henchido? La vida misma es alimento de la vi- „da, y los vivientes de otros vivientes. Nosotros „mismos, nuestra carne, nuestra sangre, nuestros „huesos, encierran dentro de sí numerosas familias

„de otros vivientes, que acaso encerrarán tambien „en sí, daran y morada y alimento á otros y otros „vivientes. Per que ¿quien sabe hasta donde plu- „go al Omnipotente multiplicar la vida y estender „los términos de la creacion animada?”

„¿Y quien alcanzó todavia los de la crea- „cion vegetal? Este reyno, lleno tambien de vigor „y de vida, ostenta por todas partes la misma „grandeza, la misma variedad, la misma exquisita „graduacion de formas y tamaños. Ved cual cu- „bre toda la tierra, y forma su gala y ornamento, „y cual va difundiendo sobre ella la abundancia y „la alegría. Tan admirable en lo grande como en „lo pequeño; en el cedro del Libano como en el „lirio de los valles; asi en la madrepora, que nace „en el fondo del mar, como en el moho que cre- „ce y fructifica sobre una piedrezuela; sirve de „sustento y abrigo á la vida animal, es origen fe- „cundísimo de inocente riqueza, y el mejor apo- „yo de la union social. ¡Cuanto no consueta al „labrador llenando sus trojes con las doradas mie- „ses, ó hinchiendo sus hervientes cubas, inocente „recompensa de sus fatigas! ¡Y cuanto no enri- „quece al industrioso artesano, ora le ofrezca „preciosa materia para que le inspire nuevas for- „mas, ora multiplique los instrumentos de las artes „útiles, desde el arado que nos alimenta, hasta el „telar que nos viste, desde el carro que da los „primeros pasos del comercio, hasta las naves vo- „ladoras, que llevan á los habitantes del Septen- „trion los frutos y manufacturas del Mediodia!”

„Asi es como la naturaleza reúne siempre „estos caracteres de grandeza y utilidad, que res- „plandecen en sus obras, y que vosotros descubri- „reis hasta el informe reyno mineral. ¡Que in- „mensa mole de materia ruda é inorgánica, tendida „debajo de nuestros pies, compuesta de seres tan „diferentes por su substancia, por su forma y por „sus propiedades! Tierras y piedras, sales y betunes, „metales y cristales..... ¡Cuantos bienes presen-

„tados á las necesidades y al recreo del hombre!
 „Y cual se ostenta en ellos aquella delicada pro-
 „gresion de perfecciones, que tanto embellece y
 „armoniza las obras de la naturaleza. ¿Quién com-
 „parará el barro con el minio, el asperon con el
 „jaspe, el fierro con el oro, el oscuro pedernal
 „con el lucidísimo diamante de Golconda? ¿Quién
 „explicará la naturaleza del iman, guía constante
 „de la navegacion, ó la virtud atractiva y repul-
 „siva del succino, ó la indocilidad de este mineral,
 „fluido inquietísimo, que así se niega al derretimiento
 „como á la congelacion, que tan fácilmente se
 „reune, como se disuelve y sublima? ¿Quién dirá
 „por qué el fuego, que funde la platina, deja ileso
 „el amianto? ¿O por qué la platina resiste tan
 „tenazmente al martillo, que estiende un átomo de
 „oro á distancias incalculables? Y como si la na-
 „turaleza se complaciese en acumular mayores
 „prodigios en los seres que nuestra orgullosa ig-
 „norancia mira con mas desprecio, ¿quien explicará
 „las virtudes de esta tierra que hollamos, y que es
 „cuna y sepulcro de cuanto existe sobre ella? ¿No
 „veis como de ella nace, y en ella se resuelve cuanto
 „vive y muere delante de vosotros? Engendre, ó
 „destruya, ¿cuan portentosa es su fuerza! O ya
 „de un grano menudísimo haga brotar el roble,
 „cuya sombra cobija rebaños numerosos; ó ya de-
 „vore y convierta en sustancia propia animales y
 „plantas, mármoles y bronce, palacios y templos, y
 „todo cuanto existe: ¿que todo está condenado á
 „caer en el abismo de sus entrañas!”

Tal vez algunos hallarán cierta monotonía en el estilo de estos pasages por la frecuencia con que se ven empleadas aquí las antítesis y los contrastes; pero nosotros opinamos de muy diversa manera. Cuando se trata de hacer admirar igualmente lo grande y lo pequeño, ninguna forma contribuye mejor que esta, para producir tan maravillosos efectos. El Orador la emplea es cierto con alguna continuacion; pero siempre con tanta gra-

cia, que le perdonamos de buena gana la repetición de unas bellezas, que sin salir de cierta clase determinada, se ofrecen de continuo con variados y primorosos adornos. Acaba de presentarse á nuestra vista el elefante que roe los hojosos bosques de Abisinia, con el minador que se esconde y mantiene en las membranas de una hojilla, el águila cabdal, con el pájaro mosca, y la enorme ballena con la inmóvil lapa; y penetrando bien el efecto de tan ingeniosa figura, prorrumpe luego con la mayor oportunidad en una exclamacion que expresa nuestros sentimientos, para seguir la propagacion de la vida animal hasta nuestra misma sangre y nuestros huesos, *que encieran á otros vivientes, que acaso encerrarán en sí, y daran morada y alimento á otros vivientes: por que ¿quien sabe hasta donde plugo al Omnipotente multiplicar la vida y estender los términos de la creacion animada?* Esta serie de ideas y de formas tan adecuadamente distribuidas, esta manera particular y exactísima de preparar los movimientos de imaginacion para producir el arrobamiento del alma, es el verdadero carácter de la elocuencia académica. No es posible, cuando se habla entre personas que no poseen la ciencia, derramar una nueva luz sobre las verdades que la constituyen, y menos todavia emprender un sistema completo de demostracion; tampoco mover las pasiones, porque solo tienen lugar estas, cuando se intenta gobernar los intereses, convirtiéndolos todos á un objeto moral. ¿Que medio pues para dar al ramo que se elogia toda la importancia que merece? Picar unas veces la curiosidad, herir otras vivamente la imaginacion.

No añadiremos nuevas observaciones á propósito de los dos últimos pasages que se han leído, pues en ellos resplandece el mismo sistema, se emplean las mismas figuras y se distribuyen estas de la propia manera. Basta llamar la atencion de nuestros lectores sobre el efecto, que causa la ojeada rápida y general que echa sobre los tres

reynos de la naturaleza, recorriendo exactamente las cualidades características de cada uno y deteniéndose únicamente en los fenómenos que tienen mas derecho para sorprender y confundir el espíritu humano. Pero cuanto ingenio gusto y filosofía no se encuentran aquí, y no arguyen las últimas pintadas que se dan sobre la tierra. ¡Que sencillo y nuevo es llamarla cuna y sepulcro de cuanto existe! ¡Y con cuanta delicadeza no se usa de la amplificación oratoria en el desarrollo de este pensamiento! *Engendre ó destruya, ¡cuan portentosa es su fuerza! O ya de un grano menudísimo haga brotar el roble, cuya sombra cobija rebaños numerosos, ó ya devore y convierta en sustancia propia animales y plantas, mármoles y bronces, palacios y templos, y todo cuanto existe.* Despues de tan bella preparacion ¡que feliz efecto no produce el pensamiento sentencioso que termina el pasage! ¡Que todo está condenado á caer en el abismo de sus entrañas!

Es muy sensible que hallemos en este discurso cierta repeticion de ideas: pues vuelve otra vez el Orador á recorrer los reynos animal vegetal y mineral. Cierito es que varía un poco los aspectos; pero ni esta variedad es bastante á borrar la impresion desagradable, ni dejan de prodigarse los mismos contrastes, ni se profundiza particularmente ninguna de estas clases. Tampoco se siente la sorpresa que causa la novedad; pues los motivos de admiracion que se ponderan aqui, son los mismos que han manifestado desde los mas antiguos filósofos. Veamos, sinó, el siguiente pasage que se refiere al reino animal.

„Observad cualquiera de los individuos de „este reino animado, y desde el leon que atruena con su bramido los desiertos de Africa, hasta „el imperceptible animalillo que se esconde en la „pimienta, cien millones de veces mas pequeño que „un grano de arena, no hallaréis alguno cuya „organizacion no sea tan cumplida y perfecta, „cual conviene á su ser, y al grado que le cupo

„en la escala de la naturaleza animal. En todos, „en cada uno hallaréis completos los órganos de „respiracion, digestion, secrecion, generacion, alimentacion, movimiento y sensacion: en todos, „los instrumentos y los recursos necesarios para labrar su morada, buscar su alimento, engendrar „y criar su prole, y defender su vida. ¿Y á quien „no sorprende la congruencia de esta organizacion con el elemento que debe habitar, el alimento de que debe vivir, y las funciones en que „se debe ocupar cada especie, y aun cada individuo? Y no mas? ¿No les fué dada tambien aquella partecilla de razon (*) que convenia á su „ser? Aqui es donde el observador de la naturaleza admira estasiado la conveniencia portentosa „que hay entre el instinto y la organizacion animal, y la constante fidelidad con que el mas „pequeño viviente llena este fin de conservacion, y „la sagacidad y el acierto con que camina á la „perfeccion para que fué criado. Ninguno desmiente la tendencia de esta ley. Todos la siguen, asi los que amigos de la soledad huyen á „los bosques y cavernas umbrías, ó pasan su vida „eremítica en un tronco, en una roca, ó en el „corazon de una fruta, como los que, amando la „compañia, se reunen en rebaños ó bandadas para „hacer comunes sus pastos, sus juegos, sus amores, „y su seguridad. Fieles algunos á la voz de la „naturaleza, ved como se buscan, se congregan „para volar sobre las altas cumbres, ó cruzan los „hondos mares en busca de otro cielo, otro clima, „otro suelo mas conveniente á su ser; mientras „que otros aspirando á mas perfecta union, forman aquellas officiosas repúblicas, donde el interes „personal aparece siempre sacrificado al bien comun; donde reyna siempre el orden y la laboriosidad, y donde tanto brilla la prevision y la

(*) Esto es, una semejanza de razon, á la cual es aprozima el instinto de los animales.

„justicia del Gobierno, como la subordinacion y el
 „zelo público de los individuos. ¡Dechados admi-
 „rables, que debiera observar con mas vergüenza
 „que pasmo el hombre temerario, que rompiendo
 „los vínculos sociales, arma tal vez su razon, ó su
 „brazo contra la patria, á quien debe la vida, y
 „el estado que se la asegura!”

No puede negarse que todas estas ideas en el fondo son muy comunes y que se han presentado ya bajo mil diferentes formas; pero al mismo tiempo es fuerza confesar que no lo son tanto en la literatura española; que la lengua se enriquece positivamente con ellas; que considerado absolutamente el pasage, no carece de hermosura, principalmente si se examina con cuidado la finísima y muy delidada alusion de las abejas y la reflexion moral y política que tan digna y elegantemente la sigue.

Pero ¿quien puede leer sin emocion el magnífico trozo que se dedica al reino vegetal? ¿Quien no se siente dulcemente arrebatado al ver la inmensa creacion vegetal dotada lo mismo que los animales, de un instinto tanto mas prodigioso, cuanto mas escondido se encuentra á las miradas del hombre? ¿No gustamos con cierta especie de encanto de reconocer en cada una de las diversas plantas una propension irresistible á procurar su bienestar y corresponder á su destino? Sus armonias maravillosas, sus relaciones dulces, sus amores apasionados: ¡que impresiones tan gratas no difunden por el espíritu que en medio de sus indagaciones filosóficas, busca de tiempo en tiempo los prestigios de una imaginacion viva, los placeres del sentimiento y los hechizos seductores de la poesia! La belleza que en todo este pasage resplandece, embelesa tanto el espíritu y satisface con tal plenitud la expectativa del buen gusto, que no queremos privar á nuestros lectores de la satisfaccion que causa su lectura. El es de un primor inefable; su carácter poético realza maravillosamente la perspecti-

va; y al ver aquí docilitarse de tal modo la lengua castellana, que obedece con admirable presteza á la voz del talento y del genio, creemos que el inmortal Buffon, que parece haber nacido con talentos únicos para pintar la naturaleza, no desecharia un cuadro en que se ven tan fielmente hermanadas la verdad, la sencillez y la armonía.
 „Qué ¡no descubrimos, dice, esta sombra de ins-
 „tinto, esta propension determinada al mismo fin
 „en el reino vegetal, aunque inmóvil, y á nues-
 „tro parecer dotado de menos perfecta organiza-
 „cion? ¿A cual de sus individuos faltan los me-
 „dios de conservar su vida y propagar su especie?
 „Poned una planta en la oscuridad, y vereis
 „como alterando su natural direccion, se encamina
 „en busca del aire que debe respirar, y de los
 „fecundos rayos de luz que la alimentan. Todas
 „estienden sus raices al paso que sus ramas, para
 „proporcionar el cimiento á la cumbre. Todas las
 „apartan de los lugares estériles, y las dirigen á
 „los húmedos y pingües. Todas buscan, todas ha-
 „llan su equilibrio, y perdido, todas saben restable-
 „cerle. Apenas columbramos sus amores; pero la
 „diferencia de sexos y el don de la fecundidad los
 „atestiguan. Ninguna ignora el arte de distribuir
 „y defender sus semillas, que ora siembran y
 „esparcen, ora las fian al ambiente, ó á las aguas,
 „provistas de airones ó quillas para que vayan á
 „germinar lejos de su tallo. Si son hambrientas y
 „voraces, ved cual se adhieren á los verdes tron-
 „cos, ó á los ancianos muros, y trepan por ellos,
 „y tienden sus brazos, y multiplican sus bocas, has-
 „ta saciarse de los jugos convenientes. Si débiles
 „y flacas, ved cual dirigen sus ramillas en busca
 „del cercano apoyo, y le estrechan y abrazan en
 „líneas espirales, ó buscan otros medios de segu-
 „ridad y subsistencia. Asi es como las propen-
 „siones se proporcionan á los recursos, y los recursos
 „á las necesidades; y mientras la robusta encina,
 „cuyas raices ocupan una region entera, resiste á pe-

„nas los embates del Aquilon, la dócil caña, do-
„blando su cuello, salva su vida, y se burla de los
„mas violentos uracanes.”

No hablaré de las miradas filosóficas que
vuelve á dirigir sobre toda la naturaleza este Ora-
dor esclarecido para mostrar como de un golpe la
maravillosa armonía que tanto brilla en el conjunto
de los seres; la influencia *de los elementos primiti-
vos en los principios secundarios y la existencia de*
*estos dependiente de la perenne y sucesiva destruc-
cion de los cuerpos, la atraccion, esta ley de amor,*
que ha mantenido hasta aquí por centenares de
siglos la mas dulce concordia entre cuantos indi-
viduos componen la república del espacio y el gran
sistema del universo; la primavera renovando la vi-
da y la vegetacion, el estio sucediéndola *con sus*
doradas mieses, el otoño con sus opimos frutos, y
al invierno *cobijando con sus yelos y con sus nieves*
las esperanzas de una futura renovacion. Bellas son
estas pinceladas descriptivas; grande, ver á las rocas
durísimas estrechando por todas partes nuestro pla-
neta para darle estabilidad, ofreciendo un ancho
asiento á los tendidos mares, ó levantando promon-
torios y continentes para refrenar el furor de las
olas; sublime, columbrar la mano del omnipoten-
te cuando enlaza de este modo los cielos con la
tierra; y muy patético, ver al Orador suspirando por
un día de que no era digna la corrupcion de su edad,
aquel dichoso día en que perfeccionadas la razon y
la naturaleza, y unida la gran familia del género hu-
mano en sentimientos de paz y amistad santa, se es-
tablecerá el imperio de la inocencia y llenaran los
augustos fines de la creacion. Pero ni cada uno de
estos rasgos, ni todo su conjunto son parte á
contener la ansiosa solicitud de ver presentarse aquí
al ser augusto á quien habia de rendir sus ho-
menajes toda la naturaleza.

„El hombre: ved aquí el rey de la tierra
„y el término de vuestros estudios. Vedle colocado
„en el centro de todas las relaciones que pre-

„senta la armonía del universo. El es la única
„criatura capaz de comprender esta armonía, y de
„subir por ella hasta el Supremo Artífice que la
„ordenó. Derramado por la superficie del globo,
„capaz de habitar todos sus climas, dotado de la
„organizacion mas esquisita y de la forma mas au-
„gusta, aparece en todas partes destinado á domi-
„nar la tierra. Firme y erguido entre los demas
„seres, su aspecto mismo anuncia su superioridad.
„¡Ved cuán escelsa se levanta su frente al Empi-
„reo en busca de objetos dignos de su contem-
„placion! ¡Y cómo sus ojos penetrantes circundan
„de un vuelo los dilatados horizontes y las bóve-
„das celestes! Habla, y todo viviente reconoce la
„voz de su señor, y viene humilde á su morada
„para ayudarle y enriquecerle; ó tímido se escon-
„de respetando su imperio. No le resiste el rino-
„ceronte en los umbríos bosques, ni la garza en
„la sublime region del viento, ni el leviatan en el
„profundo de los mares. Todo se le rinde: á su
„albedrio está el planeta en que tiene su morada;
„y ya le veis penetrar sus abismos, remover sus
„montes, levantar sus rios, atravesar sus golfos; ya
„remontarse á las nubes para colocar su trono
„entre los cielos y la tierra. Su mano es ins-
„trumento admirable de invencion, de ejecucion,
„de perfeccion, capaz de mejorar la naturaleza, de
„dirigir sus fuerzas, de aumentar y variar y trans-
„formar sus producciones, y de someterlas á sus
„deseos. Su palabra, vínculo inefable de union y
„comunicacion con su especie, le dá la portento-
„sa facultad de analizar y ordenar el pensamiento,
„pronunciarle al oido, pintarle á los ojos, difun-
„dirle de un cabo al otro de la tierra, y transmi-
„tirle á las generaciones que no han nacido aun.
„Sobre todo, su alma: ved aquí el mas sublime de
„los dones con que plugo al Altísimo enriquecer
„al hombre, y el que corona todos los demas: su
„alma, destello de la luz increada, purísima ema-
„nacion de la eterna sabiduria, sustancia simple,

„indivisible, inmortal, que anima y esclarece la parte,
 „corpórea y perecedera de su ser, y encaramándola
 „sobre toda la naturaleza visible, la acerca y asimila
 „á las supremas inteligencias. Mas aguda que la sae-
 „ta en penetracion, mas veloz que el rayo en su
 „movimiento, mas estendida que los cielos en su
 „comprension, abraza de una ojeada todos los seres,
 „penetra sus propiedades, sus analogías, sus rela-
 „ciones, y subiendo hasta la razon de su existencia,
 „ve en ella la gran cadena que los enlaza, y co-
 „lumbra la mano omnipotente que la sostiene.”

„Entonces es cuando estasiado en la con-
 „templacion de tan admirable armonía, pierde de
 „vista cuanto hay de material y perecedero en la
 „tierra, y levantándose sobre sí mismo, reconoce otro
 „universo mas noble y magnífico que el que le
 „habian mostrado los torpes sentidos, poblado de
 „seres mas perfectos, gobernado por leyes mas
 „sublimes, y ordenado á mas escelsos é importantes
 „fines. En medio de este universo moral, descubre
 „el alto grado que le fué concedido en la escala
 „de los seres. Ve mas de lleno las relaciones que
 „enlazan tantas y tan várias esencias, y se lanza de
 „un vuelo hasta el inefable principio de donde
 „todas manan y se derivan. Allí es donde pene-
 „trado de admiracion y reverencia, reconoce aquella
 „eterna y purísima fuente de bondad, en la cual
 „esencialmente residen, y de la cual perennalmente
 „fluyen los tipos de cuanto es sublime, bello, gra-
 „cioso en el mundo físico, y de cuanto es justo, ho-
 „nesto, deleitable en el mundo moral. Allí es donde
 „se inunda, se embebe en estos puros y generosos
 „sentimientos, que tanto realzan la gloria de la na-
 „turaleza y la dignidad de la especie humana: en
 „en la activa ilimitada sensibilidad que le interesa en
 „el bien estar de cuanto existe, en la augusta
 „longanimidad que le fortifica contra el dolor y la
 „tribulacion: en la gran prudencia, la noble grati-
 „tud, la tierna compasion, y la celestial beneficencia,
 „corona de todas sus virtudes. Allí vé, en fin, có-

„mo á él solo fueron dados este amor á la verdad,
 „este respeto á la virtud, este íntimo religioso sen-
 „timiento de la divinidad, que desprendiéndole de
 „todas las criaturas, le mueve, le fuerza á buscar
 „solamente en el seno de su Criador la causa y
 „el fin de toda existencia, el principio y térmi-
 „no de toda felicidad.”

Mucha gloria es para la literatura española
 poder presentar esta magnífica pintura del hombre
 al lado de las mas distinguidas que enriquecen la
 literatura antigua y moderna. Veamos, si no, el si-
 guiente trozo que debemos á la sublime pluma de
 Buffon. „Todo anuncia en el hombre y la muger
 „á los Señores de la tierra: todo señala en el hom-
 „bre, aun en su exterior, su superioridad sobre to-
 „dos los vivientes. Sostiénese recto y elevado. Su
 „actiuid es la del que manda: su cabeza mira al
 „cielo, y presenta una faz augusta en que está im-
 „preso el carácter de su dignidad; la imágen del
 „alma está pintada en su fisonomia; la excelencia
 „de su naturaleza penetra al través de los órganos
 „materiales y anima con un fuego divino las fac-
 „ciones de su rostro; su porte magestuoso, su mar-
 „cha firme y atrevida anuncian la nobleza de su
 „rango.”

„Ya con una voz fuerte y armoniosa can-
 „ta en un poema las virtudes de los héroes, ya
 „se transforma el tosco lienzo, al contacto de su
 „pincel, en una perspectiva encantada: ora con el
 „cincel ó el buril en la mano, anima el mármol y
 „hace respirar el bronce; ora con el plomo y la
 „escuadra construye un magnífico palacio: ayudado
 „de un microscopio que ha inventado él mismo,
 „descubre nuevos mundos en los átomos indivisibles,
 „ó penetra en el secreto juego de algun órgano,
 „si no es que convirtiendo en telescopio aquel ins-
 „trumento, penetre hasta los cielos, vaya á contem-
 „plar á Saturno y sus lunas; y vuelto á su morada,
 „desde aqui prescriba leyes á los cuerpos celestes,
 „señale su camino, mida la tierra, pese el sol. En-

„caminando en seguida su vuelo hácia las regiones
„mas elevadas de la metafísica, investiga la natu-
„raleza de los seres; y comparando sus perfeccio-
„nes diferentes, ve formarse una cadena inmensa
„que las abraza todas.”

„Otras veces, menos sublime, pero no menos
„estimable, el hombre se ocupa en las artes que
„pueden proveer á sus necesidades ó aumentar sus
„comodidades. A todo se presta su razon. La
„tierra, cultivada por sus cuidados, se enriquece
„todos los dias con nuevas producciones. El cá-
„ñamo y el lino se despojan de su corteza para
„servirle de vestido. La oveja le abandona su rico
„vellon, y el gusano de seda hila para él su pre-
„ciosa trama. Amóldase dócil el metal en sus
„manos, ablándase la piedra bajo sus dedos; y caen
„á sus pies. para recibir nuevas formas, los árboles
„mas grandes y robustos. A sus leyes están su-
„jetos los animales todos y aun los mas feroces
„no insultan impunemente su corona: unce los unos
„á su carro: obliga á los otros á surcar sus cam-
„pos, al paso que en otros halla ora quien le con-
„duzca su carga, ora quien persiga la presa, ya el
„centinela vigilante, ya el músico melodioso. En
„fin, despues que ha sujetado el hombre á su do-
„minio toda la tierra, bien allanando los escarpados
„montes, bien enriqueciendo de útiles y variadas pro-
„ducciones todos los campos para extirpar el tormen-
„to de la necesidad; conquistado el bruto, hecho pro-
„vechoso su humilde vasallaje, emprende y lleva al cabo
„un designio maravilloso: ábrese un atrevido sen-
„dero al través del vasto oceano, y une por la na-
„vegacion las dos extremidades de la tierra.

„La naturaleza es el trono exterior de la mag-
„nificencia divina; el hombre que la contempla y es-
„tudia, se eleva por grados al trono interior de la
„omnipotencia, adora á su criador y manda á todas
„las criaturas; vasallo del cielo, rey de la tierra, la
„ennoblece, la puebla y enriquece; establece entre
„todos los vivientes el órden, la subordinacion y

„la armonía; hermosea la naturaleza misma, la cul-
„tiva, la extiende y la pule: arranca el cardo y
„la espina, y multiplica el racimo y la rosa.”

Rico y pomposo es este cuadro en que el
hombre ostenta bajo el pincel de Buffon todos los
atributos de su grandeza. ¿Mas es por ventura
este pasage para eclipsar el esplendor de la pin-
tura que precede? No tenemos á la verdad en
Jovellanos cosa que oponer á ciertos rasgos que
parecen brillar á competencia en la pintura del
escritor frances; pero tampoco hallamos en este
ni la exactitud filosófica, ni la concision y pom-
pa oratoria que tanto sorprende en Jovellanos.
El cambio de una tela ingrata en una encantada
perspectiva; el mármol recibiendo la vida, y el bron-
ce respirando bajo el cincel del artista, descubren,
es cierto, aquel poder supremo de imaginacion que
admiramos con entusiasmo en los poetas mas es-
clarecidos de la antigua y moderna literatura.

La naturaleza presentada como *el trono ex-
terior de la magnificencia divina*, el hombre, eleván-
dose desde este trono *al interior de la omnipotencia*,
y *mandando á todas las criaturas*, componen una imá-
gen perfectísima y llena de hermosura y de interes;
y ofrecerlo colocado sobre la naturaleza bajo el
doble carácter de *vasallo del cielo y rey de la tie-
rra*, es una idea nueva y sublime, y que en sí mis-
ma encierra cuanto pudiera imaginarse para exal-
tar la grandeza del hombre. ¿Que mas pudiera
desear el poeta para comunicar á sus creaciones
todo el interes que se busca en el designio y la
ejecucion? No nos afanaremos por lo mismo bus-
cando en los pormenores del orador castellano
ninguno que oponer á estas magníficas pinceladas de
Buffon; pero véase todo el conjunto, y esto basta
para reconocer la superioridad que sobre todo el pa-
sage de este escritor manifiesta la pintura de aquel.

Lo primero que advertimos con gusto en el
pasage de Jovellanos es una progresion de ideas
á par filosóficas y oratorias: lo segundo un cua-

dro completo, en que presentado el hombre de la manera mas característica, descubre altamente la superioridad que le distingue del resto de las criaturas que componen el universo, y la subordinacion que deja traslucir por otra aquella dependencia infinita de Dios, la cual añade todavía infinitos grados á su grandeza: lo tercero es una variedad extraordinaria de formas dirigidas á comunicar al fondo de las ideas todos los encantos de la imaginacion; finalmente, se ve aqui el verdadero typo de una buena locucion castellana, no menos por la pureza de la diction y la correccion de la frase, que por la soltura de los giros y combinacion elegante de los periodos. No carece de número; pero tampoco es este una cualidad que se distinga mucho en todo el pasage.

Excelentes á la verdad y dignas del mayor encarecimiento son estas dotes; pero mayor sorpresa nos causa por ser una cualidad tan rara, el ver reunido en tan corto espacio quanto ha descubierto la filosofia de mas profundo y quanto la imaginacion ha podido criar de mas hermoso y atractivo para derramar los encantos en los trabajos de la reflexion. Nada parece mas natural, nada mas fácil y obvio que haber dado á tan rica materia una distribucion tan bien graduada y exquisita; pero nada sin duda es mas difícil, atendidos los pocos modelos que en esta clase nos presenta la oratoria. Comienza el orador por una proposicion general, llamando al hombre rey de la naturaleza, en seguida le coloca en el centro de todas las relaciones que presenta la armonía del universo, y por fin le conduce hasta el Supremo Artífice que lo ordenó. Léase con atencion el pasage todo, y se verá desempeñado muy filosóficamente este plan en el cuadro. En una parte vemos al hombre bajo tan sublime investidura, *firme y erguido, levantando al empíreo su escelsa frente y circundando de un vuelo los dilatados horizontes y las bóvedas celestes*; hablando, para que todo viviente sumiso acate su so-

berana voz; triunfando con su poder en los bosques, en el viento y en los mares, y colocando por fin su trono entre los cielos y la tierra. Como dueño de todas las relaciones físicas y morales, le vemos, con una alma que excede á la *saeta en penetracion, al rayo en movimiento y al espacio en inmensidad, abrazando de una ojeada todos los seres, penetrando sus propiedades y analgías, y subiendo hasta la razon de su existencia para ver en ella la gran cadena que las enlaza y columbrar la mano omnipotente que la sostiene*. Finalmente, su capacidad para elevarse hasta el trono de Dios le comunica ese generoso desden á todo lo terreno, y le arrastra en pos de otro universo gobernado por leyes mas sublimes y ordenado á fines mas excelsos é importantes: ella le hace reconocer el alto grado que ocupa en la escala de los seres, elevarse hasta el inefable principio en que se pierde la esencia de lo que es, de lo que ha sido, y de lo que será; y ofrecerle un humilde tributo de reverencia y adoracion. Capacidad sublime, excelsa prerogativa del hombre, sello de su estirpe inmortal, timbre de su rango supremo. De aqui saca una fuente inagotable de grandes sentimientos, simpatiza con el dolor y la tribulacion, se anima con la noble gratitud, y coloca sobre tendencias tan felices la celestial beneficencia corona de todas sus virtudes.

Reprodúzcanse aqui todas las observaciones que se han hecho sobre el hombre físico, intelectual y moral; repasemos de nuevo la indefinida escala de sus relaciones; reccjamos en un punto la parte que cabe á tan augusto ser en la historia, en las ciencias y en las artes; y veamos si en la magnífica descripcion oratoria que acaba de verse se ha omitido un solo punto de esta grandiosa perspectiva. Con razon admiramos como un dechado perfectísimo todo el pasage, y no nos detenemos en compararlo con el de Buffon. Imponente y sublime es el conjunto, exacta y filosófica la distribucion, completísimo el número de las cualidades, en ex-

tremo conciso el estilo en cuanto permite este género de elocuencia. El filósofo ve aquí una suma digámoslo así, de todas sus riquezas, el orador reconoce con gusto los bellos atributos de su arte, el poeta el manantial mas copioso y puro de cuanto alimenta al genio para situarlo en la cumbre de lo sublime; y finalmente la juventud, que todavía no ha conseguido hacerse de tantas relaciones admirables, tiene con esto lo necesario para columbrar el cuadro prodigioso, con cuyo estudio se la brinda para que marche á los conocimientos por el camino de la admiracion, y se levante á impulsos de la curiosidad y del sentimiento de su propia grandeza, hasta donde pretende conducirla con su excelente discurso el orador académico.

EPILOGO.

„VED aquí, amados jóvenes, los títulos de vuestra dignidad: títulos gloriosos, á ninguno negados, y ante los cuales se eclipsan, ó se disipan como el humo todos los títulos y vanas distinciones que la ambicion y el orgullo han inventado. Conocerlos, merecerlos, perfeccionarlos, es el sublime objeto de vuestros estudios y mis ardientes deseos. ¡Venturosos vosotros, si en medio de la depravacion de un siglo en que la supersticion y la impiedad se disputan el imperio de la sabiduria, siguiéreis el único camino que ella señala á los que quiere conducir á su templo! ¡Venturoso si le halláreis en el estudio de la naturaleza, y en la contem-

„pacion del alto fin para que fuisteis colocados en medio de ella! ¡Venturosos, si ilustrado vuestro espíritu con el conocimiento de las verdades que encierra, y perfeccionado vuestro corazon con la posesion de las virtudes á que conduce, alcanzáis la verdadera sabiduria para asegurar vuestra felicidad, mejorar vuestro ser, y acelerar la perfeccion de la especie humana! Entónces podreis convencer con la razon y con el ejemplo á aquellos hombres tímidos y espantadizos, que deslumbrados por una supersticiosa ignorancia, condenan el estudio de la naturaleza, como si el Criador no la hubiese espuesto á la contemplacion del hombre, para que viese en ella su poder y su gloria, que predicán á todas horas los cielos y la tierra. Entónces sí que podreis confundir mas bien á aquellos espíritus altaneros é impíos (baldon de la sabiduria y de su misma especie,) que solo escudriñan la naturaleza para atribuirle, al acaso, ó abandonarla al gobierno de un ciego y necesario mecanismo, usando solo, ó mas bien abusando del privilegio de su razon para degradarla bajo del nivel del instinto animal. Entónces sí que subiendo continuamente de la contemplacion de la naturaleza á la de vuestro ser, y de esta á la del Ser supremo, y adorando en espíritu á este Ser de los seres, Ser infinito, que existe por sí mismo, y que es principio y término de toda existencia, perfeccionáreis el conocimiento de los grandes objetos en que está cifrada toda la humana sabiduria: Dios, el hombre y la naturaleza.”

Los nobles sentimientos que se experimentan en toda esta peroracion, honran tanto la sabiduria y el talento, como el amor al bien público, aquel amor ardiente y apasionado, aquel zelo por los progresos de la patria, aquel entusiasmo por la educacion de la juventud, única tabla en que un pueblo que gime bajo el yugo de la corrupcion puede escapar del naufragio y salir al puerto de

su bien estar civil, político y religioso; en fin aquella maravillosa actividad y aquella exquisita solitud con que Jovellanos buscaba igualmente el bien de la patria en el establecimiento de las artes útiles, en el fomento de la agricultura, en la organizacion y desempeño del gobierno y en los establecimientos destinados á extender el dominio de la sabiduria y sentar sólidamente el trono de las virtudes. Dejemos aparte las bellezas y perfecciones que campean en todo este epílogo: no es posible detenernos en la obra cuando nos acordamos del artífice, ni malograr una oportunidad tan feliz de ofrecer al inmortal genio de Jovellanos el noble tributo de amor que debe todo el género humano á las almas grandes, que no satisfechas con el reducido espacio que ofrece á su beneficencia el recinto de la familia y el suelo de la patria, se dirigen á todo el universo, y aseguran de esta manera su verdadera gloria, como dice Ciceron. (*)

¿Y qué dirémos en general de todo este discurso académico? Si el plan no está bien circunscrito, ni exactamente marcadas las partes de que consta; si de cuando en cuando nos disgusta cierta falta de enlace que se nota en algunos pensamientos; si á veces vemos debilitarse la acción del espíritu, cuando prepara los grandes movimientos de imaginacion; si algunas expresiones y aun frases nos ocultan á veces con la amable naturalidad el noble y principal atributo del escritor: ¡cuantas miras filosóficas, cuantos pensamientos grandes, cuantos rasgos sublimes, que sistema de ideas tan neto y tan preciso, que pábulo para el buen gusto y cuantos motivos de admiracion, no reúne en el mas alto grado el discurso sobre las ciencias naturales! Causa mucha sorpresa ver á Jovellanos, cómo arroja

(*) *Gloria est illustris, ac pervagata multorum, et magnorum, vel in suos, vel in patriam, vel in omne genus hominum fama meritorum.*

con desden las abstracciones metafísicas, del cuadro de la naturaleza; cómo proclama la observacion de los hechos como el verdadero camino para fomentar las ciencias naturales; con cuanta filosofía juzga de las cosas que estan subordinadas al imperio de los sentidos, y con que admirable naturalidad conduce las investigaciones del naturalista á los designios de aquella ciencia que ocupada únicamente en el verdadero fin, lo encamina todo, para el bien supremo del hombre, hácia el dueño absoluto de los cielos y la tierra.

Muy superior á su siglo y á su época, manifiesta Jovellanos aqui que habia sabido aprovecharse del rico caudal de conocimientos que le habia dejado la antigüedad, estimar como era debido el genio de Bacon, seguir con firme y seguro paso, y por el camino que abrió al talento moderno el filósofo inglés, las huellas que en él habian dejado estampadas los grandes hombres que con tan felices descubrimientos han sorprendido al espíritu humano. Todo lo examina con exactitud; y siempre hallamos al eminente autor de este discurso colocado en el punto medio que á muy pocos ha sido concedido tocar, es decir, entre las preocupaciones de los antiguos sistemas y las exageraciones peligrosas de la moderna filosofía.

Si de aqui pasamos á considerar el estilo, nos sorprende á la verdad un sin número de cualidades eminentes: noble al través de un ropage sencillo; variado en medio de la mayor armonia; ameno y florido sin carecer los pensamientos de solidez, sin el embarazo del recargo, ni menos lo insoportable de la hinchazon; noble y elegante en el mas alto punto, y sobre manera oratorio; no tiene motivo de recelar una comparacion desventajosa con los que mas han honrado las academias é institutos de la Europa moderna.

Pero sobre todo, el lenguaje tan puro, correcto y natural despierta en nosotros una idea muy triste, la del abandono criminal de la lite-

ratura española tan rica y tan despreciada entre nosotros. No rehusamos á la francesa los justos elogios que merece, ni la pasión que tenemos á los buenos escritores de la península nos hace olvidar que el púlpito francés no tiene rival en el mundo. ¿Pero esta circunstancia nos autoriza para volver nuestras espaldas á Cervantes, Granada, Solís, Mariana, Clavijo, Vargas Ponce, Jovellanos, Martínez Marina, Reynoso y tantos y tan admirables prosistas, dechados perfectísimos de buena locución, como hay en la literatura castellana? Horacio aconsejaba á los Pisones que ni de día ni de noche dejasen de la mano á los escritores griegos: esto mismo debemos persuadir constantemente nosotros á la juventud española de ambos mundos, que se forma en el uso de la palabra. Nunca se estudiarán bastante nuestros modelos, y principalmente en esta época de novedad, y extrangerismo en que nos olvidamos de cultivar nuestro idioma, consagrando nuestra dedicación á los libros franceses, ya en su original, ya en las pésimas versiones que un espíritu de especulación ha derramado á torrentes por todo el mundo literario. Mas para detener esta corriente impetuosa, no basta el estudio teórico de los principios de la lengua patria. Todas las gramáticas y retóricas del mundo quedarán siempre inútiles sin la continua y laboriosa dedicación al cultivo de los escritores clásicos. „De modelos, dice Don Antonio Capmani, mas que de reglas del buen lenguaje necesitamos todos, por que el arte es breve y el estudio largo. Con estilo prosaico y en la lengua nativa hemos de explicarnos los hombres, por que todos tenemos que servirnos de este lenguaje diaria, continua y necesariamente en todos los usos y estados de la vida civil. En prosa y en castellano hemos de pedir nosotros y dar el consejo, hemos de cultivar á nuestros valedores, defender nuestras causas y las ajenas, sembrar la semilla de la divina palabra, publicar la doctrina en todas las ciencias prácticas y especu-

lativas, sostener la razón, desterrar la ignorancia, amparar la verdad y la inocencia, defender la justicia pública y privada, pasar finalmente á las edades venideras la noticia de los vicios y virtudes de los hombres, y la gloria ó infamia de las naciones y de los reyes.” (*)

(*) Teatro histórico-crítico de la elocuencia española. Discurso preliminar.